



La parcelación del cielo

Blaise Cendrars

Traducción de Juan Victorio

Prólogo de María Casas

Lectulandia

Blaise Cendrars cerró con *La parcelación del cielo* la tetralogía autobiográfica que emprendiera tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Convencido de que los seres capaces de volar son los más interesantes de la creación, se empeña en buscar al santo de mayor pericia levitadora para ofrecérselo como patrón de la aviación a su hijo Rémy, piloto de las fuerzas aliadas muerto en combate. Así encuentra a san José de Cupertino, tan lego en inteligencia como docto por los aires gracias a su capacidad de ¡volar hacia atrás! En esta novela de amor a los pájaros, que salta de París a Brasil para hallar a un misántropo que ha encontrado una nueva constelación denominada «La torre Eiffel sideral», Blaise Cendrars conjuga la ficción con su propia biografía para formular un ejercicio surrealista donde rotura los confines del cielo. Traducida ahora por primera vez al español, este libro original e inclasificable esconde un canto al amor y a la libertad y una crítica ponderada y serena a la Francia que apenas opuso resistencia a la ocupación perpetrada por las tropas de la Alemania nazi. Un período en el que gran parte de la intelectualidad francesa convivió en paz con el enemigo, mientras Cendrars se veía obligado a esconderse como un topo para burlar la muerte.

Lectulandia

Blaise Cendrars

La parcelación del cielo

ePub r1.0

Titivillus 29.09.16

Título original: *Le lotissement du ciel*
Blaise Cendrars, 1949
Traducción: Juan Victorio
Prólogo: María Casas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

CIELO ES UN LUGAR DONDE NUNCA, NUNCA PASA NADA

«Los Santos, los Niños, las Flores y las Aves, los locos, esos bienes gratuitos que nos vienen de no se sabe dónde, esporádicos e inocentes. Sin ellos, la vida sería imposible».

BLAISE CENDRARS, *La parcelación del cielo*

EL PRIMER LIBRO DE CENDRARS que cayó en mis manos fue una edición francesa de bolsillo de *La parcelación del cielo*. Era el año 2003, fue una recomendación con préstamo que devoré, más por amor al prescriptor que por interés en un autor hasta entonces desconocido. Durante estos años he leído más libros de Cendrars, pero ninguno ha causado en mí tanto impacto como éste. «Será por el enamoramiento», me dije, «lo leí en un raptó amoroso», me repetí, «mi juicio sobre este libro nunca será objetivo», añadí aún a sabiendas que todo juicio es subjetivo y los míos, más aún. «No aguantará una segunda lectura», concluí, con cierta tristeza.

Me equivoqué en casi todo. Este libro sigue siendo un libro extraordinario, aparentemente desordenado, abocetado e irregular, con un aliento poético poco común que se desgrana en enumeraciones, letanías, descripciones aterradoras, humor y amor a raudales, que yo no he encontrado en ninguno de sus otros libros, menos aún en su poesía. Un libro escrito a impulsos feroces, como en un raptó de amor.

Un libro loco, un libro niño, un libro flor, un libro pájaro. Un libro santo y levitador que vuela entre aviadores, hijos muertos en el aire, aves y pequeños pájaros libadores, constelaciones antiguas y constelaciones nuevas. Entre los incesantes bombardeos. Y, como san José de Cupertino, uno de los personajes que en él aparecen, unas veces vuela hacia adelante y otras, hacia atrás.

Los libros de Cendrars, y más aún los llamados autobiográficos —*El hombre fulminado*, *La mano cortada*, *Trotamundear* y *La parcelación del cielo*—, están siempre entreverados con su vida y sus viajes. No está de más, pues, que nos acerquemos, en grandes trazos, a lo que fue la existencia imprecisa de este hombre fabuloso e «inflamado», poseído por la vida, calificado de aventurero y, como tal, siempre en busca de un país inexistente para la cartografía pero inabarcable en su corazón: el país de las letras, la escritura.

Hijo de un hombre de negocios y de una mujer con ciertas veleidades artísticas, Frédéric-Louis Sauser nace el 1 de septiembre de 1887 en La Chaux-de-Fonds, en el

cantón suizo de Neuchâtel. Su infancia, tal y como se lee en sus libros, transcurre de un lugar a otro: Egipto, Nápoles, Basilea, Alemania, hasta que en 1901 su padre lo matricula en la Escuela de Comercio de Neuchâtel para que siga sus pasos. Imposible. Dice la leyenda que, en 1904, se escapó por la ventana de la casa familiar para viajar a Moscú y San Petersburgo como aprendiz de un joyero. Y allí permanece hasta 1907, en plena efervescencia revolucionaria, enamorado de las piedras preciosas, de la poesía, de los libros que leía en la biblioteca Imperial, de su libertad y de una joven rusa, Héléne Kleinmann, que no tardaría en convertirse en fantasma pues, según el escritor Cendrars, se la mataron por revolucionaria. A ciencia cierta, poco se sabe de esa muerte, aunque la realidad parece estar más cerca del suicidio — un tema recurrente en la obra de Cendrars— que del asesinato político.

Otra muerte, la de su madre, hace que desaparezca del mundo hasta 1909, en que intenta estudiar de nuevo: literatura, medicina, música... Devora sin criterio aparente todo libro que llega a sus manos de estas disciplinas y de otras, como la patología latina. En 1910 actúa de figurante en la Monnaie de Bruselas, pero también está en Londres y en París, regresa a San Petersburgo con la familia de su amada, y viaja a Nueva York. Allí, en abril de 1912, firma su primer poema con el seudónimo Blaise Cendrart que luego se convertiría en Cendrars, un nombre adecuado para alguien que se consume al crear —Blaise, de *braise*, brasa, y Cendrars, de *endre*, ceniza— una y otra vez, y, como el ave fénix, resurge de sus cenizas cada vez que se reaviva la llama. Ese mismo año se instala en París, donde fundará una editorial y empezará a frecuentar a Apollinaire, Chagall, Léger, Modigliani, Archipenko, Cravan y a los Delaunay. Muchos de ellos, fascinados por sus ojillos pequeños y vivarachos y su nariz contundente no dudarán en retratarlo.

Hasta aquí, el arte: simbolismo, escuela de París, disputas en los cafés, alcohol, el extraordinario poema-cuadro *La prosa del transiberiano y de la pequeña Jehanne de Francia*, una composición que firma junto a Sonia Delaunay, la admiración hacia Rémy de Gourmont, siempre su maestro, cuyos libros se aprende casi de memoria.

A partir de aquí, una boda con Féla Poznanska, la polaca con la que mantenía una relación desde 1909 y que le dio tres hijos —Odilon, Rémy y Miriam—, y, sobre todo, la guerra: en 1914 se alista en el ejército francés y participa en la ofensiva de Somme y Champaña donde en 1915, debido a una herida fatal, han de amputarle el brazo derecho, aquel con el que escribía.

La divisa nervaliana, «Je suis l'autre», que Cendrars había adoptado en 1912 con la veleidad del hombre inquieto, ávido de experiencias artísticas, se convierte en necesidad: el escritor diestro se convierte, con esfuerzo, en escritor zurdo. Dolorido y renegado, ha sepultado su mano perdida bajo las cenizas de los cadáveres calcinados de sus compañeros de batalla. A partir de entonces, Frédéric-Louis dejará de existir y el otro, Blaise, continuará viviendo, viajando siempre hacia la luz, escapando de la oscuridad, del gran saco de carbón en que la guerra ha convertido el mundo. Es ahora cuando, del hombre mutilado nace el escritor extraordinario y «desplegado», según su

amigo y admirador Henry Miller, que le consideraba «el más gregario de los hombres y sin embargo un solitario (.) hombre de profunda intuición e invencible lógica. La lógica de la vida. La vida primero y ante todo». Aquel que —y sigo citando a Miller, capítulo III dedicado a Blaise Cendrars de *Los libros de mi vida*— «rindiendo culto a la vida y a la verdad de la vida, se acerca más que cualquier autor de nuestros tiempos a revelar la fuente común de las palabras y los hechos. Restaura a la vida contemporánea los elementos de lo heroico, lo imaginativo y lo fabuloso».

El año 1916, el de su nacionalización como ciudadano francés, es calificado por él mismo de terrible. Estancias en Biarritz, Cannes, Niza, y en la primavera de 1917 regreso a París. Acostumbrado ya a su mano izquierda, comienza un periodo de escritura sin fin en la que retoma el aliento interrumpido por la guerra, pero interesado ya en otras aventuras: el cine —Cocteau, Gance—, el teatro y la edición. En La Siréne se encarga de reeditar los *Cantos de Maldoror* y publica su *Antología negra*, una colección de relatos africanos de tradición oral. Poco, como de costumbre, va a durar el sedentarismo: en 1924 embarca hacia Brasil, que será, desde entonces, su tierra prometida, el país de la utopía, donde el escritor se mezcla con «los hombres que realmente ama, los hombres que lucharon a su lado en las trincheras y a los que vio barrer como ratas, los gitanos de la Zona con los cuales convivió en los buenos días de antes, los estancieros y otras figuras del escenario sudamericano, los porteros, los conserjes, los mercaderes, los camioneros y “gente sin importancia”» (Henry Miller *dixit*). No sólo es la gente lo que fascina a Cendrars, también la naturaleza salvaje, ubérrima, palpitante y libre, llena, llenita de aves y estrellas nuevas en un cielo que parece ser el reverso del de Europa, infestado de bombas, aviones y santos. Regresa a París en unos meses y se pone manos a la obra: en 1925, Grasset publica *El oro*, una novela que había comenzado años antes y que le dará cierta fama entre el gran público. En 1926 vuelve a Brasil y a su regreso publica, entre otros libros, *Moravagine*. En 1927 hace su último viaje a la tierra de los pájaros mil-colores.

Hasta que la guerra regresó a buscarlo, siguieron las publicaciones incesantes, casi un premio Goncourt y una nueva vía para su escritura, el reportaje literario, al que se dedicó con creciente interés hasta el fin de sus días. El primero de todos, *Rhum. L'aventure de Jean Galmot*, fue publicado por Vu, pero a este siguieron trabajos similares para *Excelsior*, *Paris-Soir*, y un viaje a Hollywood, con reportaje incluido, para supervisar la adaptación al cine de *El oro*.

Blaise Cendrars, macuto, cámara y cuaderno de notas en mano, recorrió los grandes escenarios de los primeros años de la Segunda Guerra Mundial como corresponsal de guerra para el ejército inglés. La rendición de Francia en 1940 le desespera y le asusta de tal manera que se exilia en Aix-en-Provence, esperando que nadie le conozca, destruyendo sus papeles y ocultándose de los alemanes. Reaparece en 1943 pero, en ese tiempo, no ha dejado de escribir: se publican sus poesías completas en 1944; en 1945 aparece el primer volumen de sus llamadas autobiografías, *El hombre fulminado*, mientras su hijo Rémy muere en Marruecos en

un accidente aéreo; en 1946 el segundo volumen de memorias, *La mano cortada*; en 1948, el tercero, *Trotamundear* y, al fin, en julio de 1949, *La parcelación del cielo*.

Sesenta y dos años ya, dos guerras, una mano olvidada por el camino, los compañeros de lucha y los compañeros de arte muertos todos en sus respectivos campos de batalla, mas ahí sigue el viejo ave fénix, ligado infatigablemente a la palabra, escribiendo para acompañar a grandes fotógrafos como Manzen y Doisneau, entrevistado, analizado, hemipléjico desde 1956. Entre 1960 y 1965, sus editores en Francia, Denoel, publicaron su obra completa en ocho volúmenes. Alguno llegó a ver pues murió en París el 21 de enero de 1961. Según Enrique Molina, en el prólogo a su traducción de *Prosa del transiberiano y de la pequeña Jehanne de Francia junto a Panamá o las aventuras de mis siete tíos*, escrito el mismo año de la muerte de Cendrars, el niño que se había escapado por la ventana de su casa en Neuchâtel para no volver jamás, salió hacia el cementerio de Batignolles también por la ventana. Las ventanas (encontrarán muchas en este libro, pero esa es otra historia interminable). El vuelo. El viaje. Otra vida. La otra vida.

Claude Leroy, que ha dedicado muchas páginas a Cendrars, encuentra en sus primeros años una tendencia al simbolismo, que se traduce, principalmente, en un gusto por las palabras raras y los epítetos, y una suerte de «erotismo místico y perverso» (no hay que olvidar que uno de sus hijos se llamaba Odilon). Es marcada la influencia inicial y sempiterna de Rémy de Gourmont, que no tiene tanto que ver con el estilo sino con la percepción de la vida y de la vida a través de la escritura: «Estar por encima de todo. Despreciarlo todo y amarlo todo. Saber que no hay nada y que sin embargo esa nada lo contiene todo» (Rémy de Gourmont, *Pasos en la arena*). Y no hay duda de la fascinación que ejercieron en él la mística y la alquimia, la traducción de la Gran Obra algo que, como señala David Martens en su artículo «D'un Gourmont l'autre. Le premier des masques de Blaise Cendrars», *Fabula lht*, 1 de marzo de 2008, es patente en el fragmento de *La parcelación del cielo* donde el aprendiz de joyero dibuja las constelaciones con un mosaico de piedras preciosas: «Este fragmento, que cristaliza la conjunción sugerida entre el acto de escribir y las operaciones del Gran Arte, roza el corazón de uno de los puntos fundamentales de la poética cendrarsiana, que consiste, según una fantasía alquímica, en dar la vida por medio de la escritura». En el libro de Henry Miller ya citado encontramos lo siguiente: «Quizá con otra mirada que comprenderemos mejor más adelante y de todos modos con igual amplitud, violencia, humor, ternura y religioso —sí, religioso— fervor, Cendrars nos da el equivalente francés de lo vertido por Dovstoievski en obras como *El idiota*, *Los poseídos* y *Los hermanos Karamazov*». Un poco de todo hay, desde mi profano punto de vista. Yo diría que leer a Cendrars es como leer a Michaux, pero sin corsé. De hecho, el escritor de origen belga, mucho más reconocido y valorado en el canon de la literatura universal, es sólo una generación más joven que Cendrars, de extracción social similar, con el mismo anhelo por la poesía, el viaje y el arte, también nacionalizado francés luego con la misma pasión

por Francia y París, pero sin la necesidad de vivir la vida al límite y la compasión por la humanidad que llevó a Cendrars a combatir en las dos guerras.

Para terminar, dos trazos solamente, no se asuste el lector.

PRIMER TRAZO: el título. *La parcelación del cielo*. Esa división del cielo aparece entre líneas desde la primera parte del libro con esas pequeñas aves multicolor que no remontan el vuelo lejos de casa, que cantan como si lloraran y rieran al mismo tiempo, que se elevan en su parcela de cielo pero mueren antes de llegar a otra. Y son, para el escritor y para la niña moribunda a quien quiere enseñar esos pájaros, la esperanza, «esa cosa con plumas que se posa en el alma». Son un pedazo, un lote, un trocito del cielo brasileño, del Brasil inspirador y salvaje. El cielo también es territorio parcelado de los aviadores sin patrón y de los santos levitadores, el mayor de todos ellos, aunque no el más inteligente, san José de Cupertino, un alma simple que diciendo a todo amén conseguía remontarse, cual pájaro, a las copas de los altares y los árboles. Ellos dominan la segunda parte del libro mientras que en la tercera son las constelaciones quienes reclaman su parcela. De nuevo, o antes, en un vuelo hacia atrás, el poeta está en Brasil para visitar a un misántropo enamorado, no de la luna o de la Osa Mayor, sino de una constelación nueva, propia, a la que ha llamado «La torre Eiffel sideral». Esta constelación retrotrae al autor hasta su adolescencia en San Petersburgo, a ese cielo parcelado por constelaciones a su vez parceladas por piedras preciosas. Aves, santos, constelaciones no son más que una excusa para escapar de la negrura, de la oscuridad, de la nada, último o primer protagonista, según se mire, de esta historia, que también reclama un pedacito de cielo. Esa nada no es sólo silencio o soledad, es el silencio y la soledad que se advierten tras una masacre, en mitad o al final de la batalla. Cielo es un lugar donde sucede todo: la vida, la muerte y el amor. Y esto me lleva al segundo trazo (y razón de que yo, iletrada, este escribiendo este prólogo).

SEGUNDO TRAZO: el rapto de amor. La persona que me dio este libro en aquel lejano ya 2003 era alguien que me hacía levitar, volvía yo a volar, a bajar escalones de cinco en cinco, largos tramos sin poner los pies en el suelo, como cuando era niña. Esa sensación estaba descrita en *La parcelación del cielo*: en los vuelos histéricos de los santos levitadores, esa misma enajenación amorosa, esa «pequeña muerte»: «esa cadena, ese collar que Tú me has puesto alrededor del cuello para liberarme y del que estás suspendido como un carbunclo que me fulmina y me imanta; tus brazos, tus piernas, tus dedos, tus insoportables caricias, tu soplo que me acaricia la punta de la lengua, tu respiración que la hace moverse y vibrar en tu presencia. Y esto no es una confesión, pues tú lo sabes todo ya, oh inefable, y yo no sé ya lo que digo, pues tu boca me sella los labios cual carbón ardiente, y no puedo hablar, y exploto, una eyaculación, la Vida Nueva: ¡Aleluya!». Encontrar en Cendrars lo que estaba en los místicos, pero como cubierto de barro, de pena, de vuelos nocturnos y de tristeza, me sobrecogió, tonta de mí. En esta segunda lectura, me sigue sobrecogiendo aunque ahora, por circunstancias de nuevo amorosas —¿qué es el amor sino vuelo?—, pienso

continuamente en pájaros, en vencejos a los que les cuesta posarse y hacer un nido. También están en Cendrars.

Aquí les abandono. Es la hora de Cendrars. Una recomendación: lean despacio y lean sin esperar nada. Lean con el estómago, lean como si hubieran perdido la mano derecha y les pasará lo que a mí y a Henry Miller: «Leyendo a Cendrars hubo momentos que dejaba el libro para frotarme las manos de entusiasmo o desaliento, de angustia o desesperación». Frótese las manos pero como Miller o como yo, sigan leyendo.

MARÍA CASAS

INJUSTICIA

Ante su ventana del Palais Royal, Colette, contemplando cómo palomas y gorriones jugueteaban al sol, dijo:

—En mi opinión, la mayor injusticia de la creación es el hecho de que sólo algunos tengan alas.

Al acecho, junio de 1948

EL JUICIO FINAL

Solamente las aves, los niños y los santos son interesantes.

DECLARACIÓN DE O. W. DE MILOSZ A ARMAND GODOY



MIENTRAS SE LEVABA EL ANCLA.

—Godverdam, como suba a ese sucio animal, me veré obligado a...

Ese *sucio animal*, tal como lo calificaba el contraamaestre a gritos con su megáfono, era un perfecto insectívoro, un oso hormiguero *bandeira* de más de dos metros de altura con el que ya había estado varias veces a punto de caer al agua al abrazarnos amistosamente, yo en inestable equilibrio sobre el último peldaño de la escala del vapor al que los remolcadores del puerto hacían ya pivotar para hacerse a la mar y el gran animal, con su absurda cola en forma de bandera y su larga nariz más absurda todavía en forma de caperuza invertida, de pie, en la parte de atrás de la piragua de su amo, un viejo negro tuerto que se las tenía para mantener el esquife en medio de las aguas cenagosas que las hélices del vapor comenzaban a remover esbozando una estela, un trazo de espuma desde Pernambuco hasta Cherburgo, una travesía de dieciocho días.

Levanté la cara.

Perpendicularmente por encima de mí, el contraamaestre aullaba juramentos y amenazas con su megáfono, invectivas que no llegaba a distinguir con el ruido del motor haciendo molinetes y el tercer toque de sirena que lanzaba el emocionante pitido del adiós. Todo era nerviosismo en el puente, agitación, griterío a izquierda y derecha del contraamaestre, a lo largo de la barandilla, con las cabezas de los pasajeros a las que un rayo de sol oblicuo, al insinuarse entre los espacios de las velas extendidas en el puente, decapitaba subrepticamente por detrás y las hacía oscilar todas a la vez, con las caras congestionadas, mientras la altiva nave blanca se inclinaba, los cobres de los camarotes se iluminaban y apagaban como candilejas de teatro, la escala a la que me hallaba agarrado eraalzada sin previo aviso, el oso hormiguero me seguía con la mirada en mi subida mientras me tendía sus robustas manos de largas uñas, la piragua se engolfaba bajo la escala evitándola por los pelos y la voz del viejo negro me prevenía:

—Tómelo, *senhor*. Se lo vendo por poco, sin sacar casi beneficio. *¡Bicho tan bonito!* ¡Un animal tan bien adiestrado...!

Ya era tarde para eso. Nos estábamos haciendo a la mar. La piragua se balanceaba ya a distancia de donde estábamos. El negro había regateado durante mucho tiempo, como no queriendo separarse del animal. La ya replegada escala llegaba al nivel de la barandilla y un sonriente marino me daba la mano para saltar al puente.

—No vuelva a las andadas, señor Cendrars —me dijo el contraamaestre—. Ha podido romperse la cabeza o caer al agua. El capitán me va echar una bronca. Menos mal que, gracias a Dios, no ha comprado ese sucio animal.

Tenía razón. Como no hubiera metido a toda la tripulación en la bodega a la caza de hormigas durante toda la travesía, ¿cómo podría haber hecho para alimentar a esa

extravagante bestia de selva virgen que se nutre exclusivamente de hormigas y sus huevos? En la selva, este desdentado que se mueve pesadamente apoyado en el dorso de sus manos, con las uñas al aire, hunde su larga cabeza en forma de embudo en un hormiguero, la mete hasta las orejas, balancea su cola flameándola cual bandera, lo que es señal de gozo, lanza no sé a cuantos metros una viscosa lengua delgada como un hilo y segrega una saliva dulzona que tanto gusta a las hormigas, y cuando su lengua queda cubierta de miles y miles de ellas que se remueven pero sin lograr despegarse, ese curioso animal debe apretarse el ombligo con un dedo para poner en marcha un secreto muelle que hace que su lengua se rebobine como un sedal de pesca a una velocidad increíble. Se le suele ver apoyado en su trasero junto a un agrietado termitero deglutiendo y guiñando los ojos con un gesto de satisfacción. El oso hormiguero es un gran perezoso y también absolutamente inofensivo, pero hay que guardarse de caer en sus brazos, pues su abrazo, en un simple movimiento reflejo, resulta mortal al ser su fuerza, sin que él lo sepa, prodigiosa y sus largas uñas, vueltas hacia atrás e inútiles, afiladas como cuchillos. Es plañidero. Se le domestica fácilmente. Me he topado con ellos en muchos sitios. Algunos de estos ermitaños vagabundos llegan a medir tres metros desde la punta del hocico hasta el extremo de la cola. Su pelo es largo y lacio, y, como el de la cabra de Cachemira, de un gris apagado mezclado de oscuros rizos. Pero jamás había visto un tan bello ejemplar como el *tamandú* que no conseguí en Pernambuco. Lo echaré de menos durante toda la vida, pues tener un animal tan extravagante como compañero te hace abrir los ojos a los misterios de la creación y reflexionar sobre el absurdo de toda esa larga historia de la evolución de los seres. Tener un compañero que te emociona, un compañero de ruta pegado a ti como él, te hace reír desde que te levantas hasta que te acuestas. Quizás es Dios. Es misterioso de costumbres y forma de pensar y sus formas son incomprensibles. Nadie me ha podido decir cómo era su cagarruta, si es como la de las cabras. En cualquier caso, las hormigas se la comen.

EL GELRIA ERA UNO DE ESOS PERFECTOS vapores hecho para navegar, de esos que se veían surcando los siete mares del globo antes de la era de los transatlánticos de lujo fruto de la competencia de compañías, la competición de nacionalismos, cruceros mundanos de propaganda, esnobismo, turismo e intrusión del arte decorativo en la construcción naval, que asombra con sus instalaciones y mobiliarios destinados al incendio. Era una de esas «jaulas de gallinas» que se alzan sobre el agua, uno de esos entrañables, antiguos y buenos barcos que fueron destruidos durante la Gran Guerra y la Guerra Mundial. Era holandés, pero yo me movía por él con total libertad: la tripulación me conocía por haber hecho cinco o seis veces la travesía con ellos. Esperaba su paso por la costa de Brasil para poder embarcar mis animales, pues solamente en un barco holandés se sabe cuidar de ellos. Durante la travesía, Gasperl, su carpintero, para quien según la tradición de la vieja marina todos los animales de a bordo estaban en una casa de huéspedes, cuidaba de mis pequeños protegidos confeccionándoles cajas y jaulas muy prácticas, manejables y confortables, haciendo una obra de ebanista del mucho cariño y gusto que ponía en ello, así como por su sentido adivinatorio de las necesidades, costumbres y caracteres de los animales, sin olvidar su ingeniosidad para acondicionar en las jaulas y en las cajas dobles fondos, compartimentos, cajones secretos para burlar las aduanas y pasar así botellas de ron blanco y paquetes de puros que traía para mis amigos. También les traía animales sin ánimo de negocio (como se creía ese idiota de Serrhuis, el contramaestre, que me había impedido la compra del espléndido oso hormiguero de Pernambuco): titis para los bailarines de los *Ballets* suecos de Rolf de Maré y pajaritos para una niña que era a quien más quería en el mundo, a la que no dejaba de traerle en cada viaje a Brasil una de esas espléndidas criaturas.

Pero esta vez yo había verdaderamente exagerado y el contramaestre tenía mucha razón en su malhumor y en sus amenazas con retirarme los privilegios de que gozaba a bordo. Había embarcado en Río sesenta y siete titis-león de melena oxigenada, una raza en vías de extinción que sólo se encuentran en una isla, detrás de Paqueta, al fondo del golfo de Guanabara. Son unos frágiles principitos a los que alimentaba con bananas del lugar, arroz, pechuga de pollo. Los había instalado en mi camarote para evitarles la promiscuidad con los otros animales y, en Bahía, había reclamado un gran camarote de lujo que había libre justo en frente del mío para tenerlos al abrigo de los 250 «siete colores», que son unas aves tropicales de las cuales ningún ejemplar ha logrado franquear el Atlántico, razón por la cual arramblé con todos los que pude encontrar en las pajarerías de Bahía, estando seguro que de esos 250 no llegaría a mostrar vivo más que uno a la chiquilla que tanto quería. Todo eso me costaba una pequeña fortuna, y es debido a su amor al dinero por lo que, según él, me lo gastaba «como un animal por animales», por eso y no por los otros argumentos que yo argüía

para convencerle de que el capitán había acabado concediéndome el gran camarote libre, facturándomelo desde luego, para la buena administración general, con *one parrot*, es decir una libra esterlina, precio que se paga por la pensión de cada uno de esos loros que tanto abundaban en el taller del carpintero, unos grisazulados de trencillas rojas, el pillo más sutil de los loros de Brasil.

—Contramaestre, ¿de qué me amenazaba cuando estaba regateando por ese gran oso hormiguero con el viejo negro de Pernambuco, que yo no lograba entenderle a pesar de su gangoso altavoz? —le pregunté una tarde que nos paseábamos por el puente.

—De contar cada uno de sus monitos y de cada pajarito por los que debía pagar *one parrot*. Mi contabilidad quedaría así en regla con la Compañía; y también para curarle de una manía, de su ridículo cariño por los animales, de su curiosidad...

—¿De verdad? Ese oso hormiguero me tocó directamente el corazón y lo echaré de menos toda mi vida. Pero vamos a tomarnos algo y fumarnos una pipa.

Nos instalamos en el bar.

Al cabo de una hora, Serrhuis, que apenas hablaba, me dijo:

—No sé cómo tomarle, señor Cendrars, pero lo cierto es que es imposible negarle nada.

—¿Por qué me dice eso, contramaestre?

—Por sus monos, por sus pájaros.

—¿No tiene la conciencia tranquila?

—No es normal. No se instalan animales en un camarote de lujo.

—Pero usted sabe bien que no hay inspectores a bordo y que yo desembarco en Cherburgo.

—¡Menos mal!

Serrhuis se angustiaba temiendo una denuncia de alguien y, por mi parte, no estaba tranquilo. Mis monitos los veía tristes y, además, cada mañana tenía que arrojar un pájaro muerto al agua. ¿Podría ser que la chiquilla de Batignolles llegara a ver alguno vivo?

—¡Barman, ponga otro!...

Serrhuis volvió a encender su pipa, quedando envuelto en humo y de silencio. Meditaba.

Un gramófono lanzaba un *blues*. Algunos pasajeros bailaban entre las mesas.

No se puede llevar un pajarito muerto o disecado a una chiquilla querida.

—¡Barman, ponga otro!...

Seguía reteniendo al contramaestre gracias a las copas, ahogando sus escrúpulos de contable.

—¡Skal!

—¡Skol!

Me hacía reír, pero no tanto como lo hubiera hecho el oso hormiguero.

Ni la noche ni el vapor avanzaban deprisa.

Yo quería llegar cuanto antes para darle una alegría a la chiquilla.
¡Oh, las maravillas del mundo!...
—Barman.

EL «SIETECOLORES» ES UN AVE DEL TRÓPICO de la talla de ese mirlo nuestro de mirada descarada; pero, contrariamente al mirlo, ese espadachín fogoso, negro, liso y encorsetado, el «sietecolores» está siempre asustado, es una bola de plumas desgredada, fuera de sí, que se mueve como esa borlas de plumas que jugando se arrojan al aire. Es un pájaro pasivo, atolondrado.

Se dice que, si se exceptúan dos especies, la pitón sagrada de la India y la víbora cornuda de Formosa, en Brasil se dan todas las especies de serpientes del mundo además de las suyas propias, razón por la cual a esta ardiente tierra, infierno de la selva virgen, se la llama el *Paraíso de las Serpientes*. Pues bien, imaginen que, exceptuadas dos clases de plumas, las del pavo real y las del pájaro-lira, el «sietecolores» muestra, punteado en su negro jubón, un par de todas las clases de plumas distintivas con las que se enorgullecen y se pavonean todas las aves del mundo, razón por la cual, cuando los indígenas llaman a este arlequín «sietecolores», quieren dar a entender que es un auténtico arco iris, un ser que vive de la luz, un rocío, un espíritu, un soplo, un pálpito de felicidad, razón también por la que tienen tantos enjaulados. No hay choza que no tenga el suyo.

Cuando se divisa un despegue de «sietecolores» en un claro de la selva virgen, por donde se lanzan por millares, es un asombro, y la impresión admirativa y patética que uno siente viendo esa nube de alas, de plumas multicolores, de centelleos y de reflejos de sol cual si fueran millones de piedras preciosas que se disolvieran en una ardiente atmósfera palpitando sobre el sombrío fondo de la selva, eso queda grabado en el recuerdo. Es maravilloso. Y veinticinco más tarde, cuando vi la primera película en color sobre la explosión del volcán de Bikini y el prodigio de la fantástica formación de su champiñón de nubes, ese terrorífico fenómeno me hizo pensar en el despegue de esas aves en pleno sol del trópico, en el círculo mágico del claro de la profunda selva virgen, como una imagen y el símbolo de la desintegración de la materia.

A cierta escala, todo es mágico para el hombre que se siente excluido de la naturaleza al que *ni* los perfumes, *ni* los colores *ni* los sonidos le responden.

Pero no era solamente para que mi muchachita admirara esa extraordinaria exhibición de plumas que es su aparejo por lo que yo me empeñaba en traer viva una de esas espectaculares aves, sino también para que la niña de Batignoles, que vivía cerca del túnel y que no cesaba de oír durante el día el silbido de los trenes que se sumergían en él, oyera en vivo su voz, su grito. Y digo su voz, digo su grito al no atreverme a decir su canto, pues cómo definir el gorjeo del «sietecolores» que, una vez oído, se transforma instantáneamente en el más asombroso juguete mecánico que se pueda oír. No es necesario darle cuerda para que se ponga en marcha. Cuando le entran ganas de emitir sonidos, se revuelca en el suelo, le entra el baile de San Vito,

lo que le hace pivotar dos o tres veces sobre sí mismo batiendo unas semirrígidas alas, después gira la cabeza hacia la cola, abre un ancho pico y como en éxtasis deja brotar de su garganta que se infla y que palpita debido al esfuerzo un resoplido, un gargarismo, un pitido de válvula atascada expulsando vapor, sonando finalmente como un estridente pitido de locomotora desbocada, pitido que se estrecha acompañado de jadeos, acabándose tal éxtasis según el grado de resistencia de sus cuerdas vocales y las capacidades del ejemplar, o bien en una larga cascada de risas, o en un desgarrado estertor, o en una secuencia de sollozos. Produce un efecto de lo más cómico. Entonces, extasiado, vuelve en sí, se sacude y se pone a volar, pero mientras está en esa situación, se le puede echar mano y capturarlo. No hay ni un chaval indígena que no tenga alguno de esos juguetes. No hay cabaña en cuya puerta no haya jaula sin ellos. Los chavales ríen cuando canta, lo que se produce varias veces al día, más por artimaña que por ceremonial. Un cri-cri, un juego, un saludo. Muy necesario en la selva, en donde una simple hoja que se mueve provoca miedo.

Personalmente, lo que más me sorprende de ellos es esa mirada de ultratumba, de otro mundo, ¿pues dónde está el cementerio de las aves? ¿No se ha extrañado nadie alguna vez de esa mirada impersonal, casi de eternidad, que el Ave no hace pesar sobre ti pero con la que te traspasa como si uno no fuera opaco y que apuntara detrás de tu alma, de tu sombra, y que se divirtiera, preparada para el desposorio, pensando en volar hacia la inmortalidad con el otro o en morir para comerse los ojos de tu ángel de la guarda? No hay en este mundo nadie más extranjero que el ave, pues ¿dónde está su cementerio, su osario? Y aunque son criaturas frágiles y mueren a millares cada día, jamás se encuentran sus blanquecinas carcasas y muy de vez en cuando sus cadáveres ensangrentados. Se ha creído durante mucho tiempo que mueren en el mar y que desaparecen en bandadas en los océanos; pero esta creencia es falsa, pues ningún marino que se haya cruzado con bandadas de aves migratorias, por mucho que su número haya oscurecido el cielo, ha afirmado nunca haber visto un suicidio colectivo de ellas en alta mar. Al contrario, hoy se sabe con certeza que hasta los colibrís cruzan los mares y que auténticas nubes de pájaros-mosca emigran periódicamente desde los confines de Canadá y las Montañas Rocosas hasta los límites septentrionales del hemisferio austral, bordeando Colombia y Venezuela, sin dejarse abatir por los terribles tornados del Caribe y los furiosos vendavales del golfo de Méjico.

El ojo del Ave. Su lucidez es infernal. ¿Qué es lo que mira? Tiene una marca de metempsicosis, ¡y qué alucinante sería si las mujeres tuviesen esa mirada!

Eso es lo que me estaba esforzando hacer comprender a dos alegres inconscientes, compañeros de a bordo, Fontaine de l'Albley y Babot du Lac, dos buscafortunas que volvían con las manos vacías a Bélgica tras sus sueños de hacerse ricos en Brasil gracias a una hábil estafa, a los cuales había arrastrado durante una escala a dar un paseíto entre los vendedores de pájaros para así distraerlos de sus preocupaciones bancarias. La heladora *pinga* y el calor de Bahía nos hundieron y volvíamos a bordo

un tanto piripis escoltando a los porteadores negros que depositaban a pie de escala del *Gelria* las jaulas de mimbre con los 250 «sietecolores» que acababa de comprar.

—Es Hudson, el naturalista inglés de Río de la Plata, el autor de aquella frase — les expliqué mientras me daban y ordenaba las jaulas—. Y después de haber piropeado a las bahianas como las mujeres más bellas del mundo, no dejó de advertir, con cierto humor: «Pero esa negritas con ojos de almendra, ¿no serían absolutamente irresistibles si se les aplicase una mirada de águila o de gavilán? Sería como la coronación de su aspecto de diosas».

E inmediatamente añadí, exagerando según mi costumbre:

—La fijeza. ¿Os imagináis a Greta Garbo con unos ojos de autillo o de búho y a la niña Rothschild de Londres con ojos de buitre? ¿Y qué diríais de las parisinas con los ojos inmóviles del chorlito, de las currucas? ¡Sería como divinizar, como ocurriría con el ojo de una oca doméstica completando miríficamente la augusta fisionomía de la hermana de Nietzsche, a la eterna Germania! También las estatuas adoptarían un curioso relieve si se fijasen en sus vacías órbitas ojos de pájaros ahítos. Imaginad a Minerva con el ojo digestivo del búho; o a Venus con el ojo enrojecido y sin párpado del cormorán; a Eva, despidiendo destellos, con esa mirada de carbunclo de la dragontea encolerizada enfrentándose a la serpiente; a Leda y su cisne, ambos con ojos blancos, postizos, hechizados, fríos, estriados de maldad; y, en las esquinas, a las putas con los ojos asombrados del arrendajo...

Ya con las jaulas indígenas colocadas en el gran camarote de lujo a pesar de las vehementes protestas de un contramaestre que acababa de presentarse de improviso y no dejaba de hacer gestos de desaprobación ante tal intrusión, viendo a mis «sietecolores» bien al abrigo de las corrientes de aire, los tres piripis de Bahía nos dirigimos al bar del vapor a tomarnos una tónica, un *tropical-blue* con jengibre.

ME ENTRÓ UNA PREOCUPACIÓN. Mis pequeños monos se estaban poniendo tristes y no había mañana en que no tenía que tirar al agua algunos pájaros muertos.

Habíamos hecho escala en la isla canaria de La Palma. Para mis pájaros no había ya solución. El «sietecolores» no puede atravesar el Atlántico y ya había perdido más de la mitad. Por su lado, los titis se ponían tristes ya que las bananas frescas que les había proporcionado en las Canarias no les gustaban y que a esos rubios hilos de Capricornio les notaban un sabor a remolacha; peor aún, a nabo. Gasperl, el carpintero, me aconsejó que mezclara a su arroz unas guindillas de su tierra para que recuperaran el apetito, también que les atiborrara de cosas dulces sin dudar en emborracharlos para reanimar su buen humor, como igualmente distribuirles *caninha*, aguardiente de caña de azúcar, en caso de constipado. Estábamos en septiembre, se acercaba la mala estación y decidí hacerles mordisquear pastillas de peptona para prevenirlos del mal clima de París.

El lugar más agradable de a bordo era el habitáculo del carpintero, en la cubierta inferior, detrás del gran mástil, donde la *Hija de su Padre*, la favorita del buen hombre, servía de camarera a los clientes de su amo. Era una grácil moza de Sumatra, de un negro azulado, a la que el viejo mimaba, consentía, acariciaba, adornaba con pendientes, anillos y collares de cristal, en absoluto celosa pero a la que no le gustaban los loros que llenaban su habitación y a los que hacía continuas travesuras, y cada vez que le arrancaba una pluma de la cola al más llamativo de ellos se formaba un griterío y un jaleo como si se estuviera en el arca de Noé, pues había de todo en esa chirona además de los loros chillones del techo: monos que se cogían por sus correas, ardillas blancas, pequeños reptiles, horribles batracios en tarros y, meneándose en bamboleo por el piso, infatigables tortugas de todas las dimensiones, sin olvidar otros trotemenudos, conejillos de India y tatús apelotonados. En un rincón, una cabra enana de Tenerife con su par de ubres hinchadas servía de nodriza a las crías de los animales enfermos. Gasperl tenía una pierna de madera, era un viejo lobo de mar, y, por la noche, me encantaba fumar unas pipas, beber una ginebra y pasar el tiempo ante su puerta escuchándole historias de sus animales mientras la moza, acurrucada contra su pecho, terminaba durmiéndose pasándole un brazo bajo su jersey y los miembros de la tripulación y los pasajeros de entrecubierta venían a unírseles.

En Lisboa sólo me quedaban siete pájaros. En Cherburgo, tres. Dos de ellos murieron en el tren entre Cherburgo y París a pesar de la botella de agua caliente que Gasperl había sabiamente dispuesto en la jaula; pero la mocita de Batignoles llegó a ver, oír y admirar, un poco antes de que muriera, un «siete-colores» haciendo volteretas sobre la mesa de la cocina, muerte que ocurrió al día siguiente al amanecer, bajo la cruda luz de una bombilla, ante el calentador de gas que caldeaba la

habitación.

¿Te acuerdas, cariño, del pajarito?

Post-scriptum para las almas sensibles — Cuando murió mi madre, en 1907, fueron hallados en sus cajones y estuches plumajes, cuchillos, mechones, paraísos, penachos de gallo negro, de la especie *bersagliero*, y de gallo blanco, de la *casoar*, plumillas de colibrí, bonetes, manguitos, moños, plumones de cisne, plumas de avestruz, de faisán, de paloma y de gaviota y hasta de una tierna perdiz. Todo eso costaría muchos miles de francos. Todo olía a alcanfor, pero se volverá a poner de moda y se lucirá de nuevo entre las almas sensibles. Dicho esto, entre todos esos perifollos no había nada que se pudiera comparar al esplendor del «sietecolores». El día del Juicio Final, la muchachita volverá a dar palmitas y sonreír al reconocer al pajarito del trópico y cohortes de negritos —todos esos inocentes muertos por fiebre amarilla junto a las lagunas y en los *paranás*— la acompañarán al ver despertarse el pájaro de su infancia llevado como adorno en un ridículo sombrero por un anciano ángel pasado de moda.

Personalmente, dado que no soy creyente, no asistiré a tal espectáculo. Pero tampoco estaré con las almas sensibles. Hace ya tiempo que elegí mi rincón, no en el cementerio de la iglesia, sino en un punto ideal en la travesía de un vapor, allí donde un suicida puede arrojarse a gusto y flotar entre los sargazos en una gran cubeta añil. Eso se sitúa en la *latitud cero, una, dos tres décimas Sur, más bien Sur, y por una, dos tres docenas de grados de longitud Oeste, o directamente Oeste, da igual trece que treintaitrés*.

Espero que se me deje fijar ese punto tranquilamente.

No necesitaré ninguna trompeta.

Todo lo más, un cachalote para que me trague.



San José de Cupertino en éxtasis ante Urbano VIII. Grabado anónimo extraído de la *Novena a San José de Cupertino para tener éxito en los exámenes*, obra del abad D. Fontaine de los Hermanos de San Vicente de Paula (1897), publicada por la Obra de la primera comunión y de los huérfanos-aprendices de Auteil (calle de La Fontaine, 40).

EL NUEVO PATRÓN DE LA AVIACIÓN^[1].

«... dad a mi inteligencia la vivacidad y la prontitud y alejad de mí la timidez y de mi espíritu las tinieblas...»

PLEGARIA DE SAN JOSÉ DE CUPERTINO



A una repartidora de pan en paro

I

EL VUELO HACIA ATRÁS

He hallado a un hombre acorde al corazón de Dios y al mío.

SANTA TERESA DE ÁVILA

1

Lanzaba un grito y se echaba a volar...

Volaba ante el altar, no como un pájaro ante un espejo que se golpea la cabeza contra su propia imagen, sino quieto en éxtasis ante la faz de Dios.

DOMENICO BERNINO, que fue un tiempo obispo de Osimo, hijo del famoso Bernini, llamado el caballero Bernin, pintor, escultor y arquitecto al que Luis XIV hizo venir a Francia y autor de esa obra maestra de la escultura barroca, la prodigiosa estatua ecuestre del Rey-Sol, relegada después, no sé por qué, quizás porque el Gran Rey sentía aversión por todo lo que parecía apartarse de las reglas del arte clásico, junto al estanque de los Suizos, en un rincón inaccesible del jardín de Versalles, en donde tal monumento se está deteriorando bajo la acción del etéreo vaho que asciende de ese recipiente de agua y del parasitario musgo que revienta a la piedra (es fácil ver esa estatua desde el tren cuando sale de la estación de Chantiers en dirección de Saint-Cyr, a mano derecha), ese Domenico Bernino, su biógrafo, escribió^[2]:

«Una vigilia de Navidad, al oír la música que unos pastores producían con sus gaitas para festejar el Nacimiento, José se puso a patalear en un jubiloso acceso de éxtasis; inmediatamente, elevándose del suelo al tiempo que gritaba, recorrió la distancia de unos veinticinco metros que lo separaban del altar mayor». (*Acta Sanctorum*, 5.º tom. de septiembre de los Bolandistas, página 1021 ab).

El propio Bernino aporta la declaración de uno de los pastores sacada de las actas del proceso (*Fº 65, n.º 12, b cap. 77*): «Como pastor que soy, estaba guardando el rebaño junto a la Grotella. El día anterior, el hermano José vino a nuestro encuentro, mío y de otros pastores del lugar, y nos dijo: “¿Podrías venir con vuestras gaitas a la iglesia mañana por la noche para festejar el nacimiento de Jesucristo?”. Aceptada la invitación, todos los pastores, y éramos muchos, nos reunimos con nuestras gaitas y pífanos. El hermano José salió todo contento a nuestro encuentro. Entramos en la iglesia. Entramos en ella todos juntos, él delante y nosotros detrás, a eso de las diez o las once de la noche, al son de una multitud de gaitas y pífanos. Y entonces vimos al hermano José, loco de contento, ponerse a danzar en medio de la nave al sonido de nuestra música. Y de repente suspiró y dio un gran grito, al tiempo que se elevaba por el aire, volando como un pájaro hacia el altar mayor hasta quedar abrazado al sagrario, lo cual supone una distancia de unas cincuenta canas^[3]. Pero lo mejor de todo es que, aunque el altar estaba cubierto de antorchas encendidas, no tiró ni una lámpara ni un candelabro. Se quedó de rodillas ante el altar, abrazado al sagrario, por lo menos un cuarto de hora; después, se bajó de allí sin necesidad de ayuda, sin causar ningún estropicio. Se alejó de todos nosotros con los ojos llenos de lágrimas diciéndonos: “Hermanos, ya basta; que Dios os lo pague”. Por nuestra parte, estábamos todos de una pieza...» (Bernino, página 68)

«**J**OSEPH DESA NACIÓ EN COPERTINO el 17 de junio de 1603 en el seno de una familia pobre. Después de haber aprendido el oficio de zapatero, ingresó a los diecisiete años como hermano seglar en los Capuchinos de Martina, de donde fue expulsado, por incapacidad física pero también intelectual, al cabo de ocho meses de noviciado. Inmediatamente después logró ingresar en los Frailes Menores del convento de la Grotella, cerca de Cupertino (al sur de Apulia), donde profesó como hermano converso. Su extremada buena voluntad le valió, a pesar de su ignorancia, ser recibido entre los frailes y fue ordenado en 1628. Su popularidad de taumaturgo provocó la desconfianza del tribunal de la Inquisición de Nápoles, ante el cual tuvo que comparecer y que le ordenó que se retirara al convento de Asís. De allí fue trasladado a los Capuchinos de Pietrarubbia, luego a Fossombrone (ducado de Urbino) y de allí a los Menores Conventuales en Osimo (marca de Ancona), donde murió el 18 de septiembre de 1663 a la edad de sesenta años^[4]».

FUE DURANTE LA «DICHOSA GUERRA». Me encontraba en París, el último día de permiso y, para olvidarme un poco antes de volver *al frente*, hojeaba libros y tomaba notas.

Llaman a la puerta.

—¡Adelante!

Era mi hijo, piloto de caza.

—¡Hombre, tú, Rémy! ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿Estás de permiso?

—Si se puede llamar así. Veinticuatro horas de descanso.

—Suerte que tienes. Yo me reincorporo esta noche.

—Y yo.

—Bueno, bueno, ven que te abrace. ¿Dónde estás, qué haces, es duro? Te creía en el Este. No sé si sabes que visito a menudo la línea Maginot a la altura de Reims, pues me aburro mucho en Arras, y estando por allí me pregunto a menudo si al divisar una escuadrilla francesa no estarás tú en ella. Hasta ahora no he tenido la suerte de encontrarte, como por otra parte tampoco a tu hermano, cuyo regimiento debe de estar por algún lugar de los Vosgos. ¿Tienes noticias de Odilon?

—Odi está en el frente de los Alpes, según mis últimas noticias. Esquiando. Muy contento. En cuanto a mí, es imposible que me encontraras por Reims, pues he sido destinado a la defensa nocturna de París...

—Muy pesado, ¿no?

—Sí, bastante. Estamos de patrulla a una altura de entre ocho y diez mil metros. La máscara de oxígeno acaba resultando asfixiante.

—¡Pobre!

—¿Y tú, padre, estás contento?

—No me quejo. Me entiendo muy bien con los ingleses. Son amables. Echo unos tragos con ellos. Pero, como digo, deambulo por ahí esperando encontraros a ti y a tu hermano. Confiesa que sería muy buen tema para el calendario de Correos que un padre y su hijo se encontraran en el frente, el viejo y el jovencito, el amputado y el valiente, el antepasado con un uniforme inglés en un fuerte abrazo con un joven piloto de Francia o con un elegante sargento de infantería alpina. ¡La «Entente cordiale», vamos! ¡Francia e Inglaterra *for ever!*

—Estás de guasa, Blaise. ¿Pero no te molesto? ¿Estabas escribiendo algo?

—No, no. Sólo hojeando. A propósito, dime, ¿cuál es vuestro patrón de la aviación?

—¿Nuestro patrón? No tengo ni idea. En nuestra escuadrilla lucimos la cabeza de un sioux.

—Pero eso no es lo que te pregunto, querido. La cabeza del sioux es una insignia, la de la escuadrilla La Fayette. La insignia distintiva de un grupo. Al principio, cuando se creó esa escuadrilla durante la otra guerra, era como mucho un emblema sentimental para los aviadores americanos que se habían enrolado con Francia, como mi amigo Jos-W. Stilwell, hoy general de aviación en China^[5]. Era un tótem, una especie de mascota, o de fetiche si quieres. La cabeza del sioux no es un patrón.

—¿Y qué es para ti un patrón?

—¿Un patrón? Pues un santo protector, querido. Alguien a quien uno se puede dirigir en sus oraciones. Es una personificación del ángel de la guardia que se elige de entre la lista de santos y santas de la iglesia católica, cuya universalidad es de lo más activo y moderno, lo creas o no...

Mientras decía esto, observaba la sonrisa de mi hijo.

—¿... entonces, seguís sin tener patrón? —seguí insistiendo.

—No que yo sepa —me respondió él, que había obtenido su título de piloto en 1936 en Bourges, es decir en el momento más catastrófico de la aviación francesa, cuando las escuelas de piloto carecían no sólo de aviones y de combustible, sino también de disciplina y sobretodo de fe, a los que se les dejaba toda una serie de cacharros y chatarras de escasa navegabilidad, en especial los famosos *Bloch 210*, llamados «los ataúdes volantes».

—Hay entre nosotros —siguió diciendo— algunos tipos que llevan una medalla de san Cristóbal pegada en su cuadro de mandos. Pero, como es fácil comprender, son pamemas. Eso está bien para los automovilistas domingueros. ¡Mis colegas se cachondearían no poco llevando eso en sus taxis! ¡Imagínatelo a bordo de un *Curtiss* a 500 por hora! Es muy diferente a rodar sobre asfalto en una tartana con la abuelita al lado.

—¿Entonces no llevas nada en tu habitáculo, ni medalla, ni fetiche, ni una media de tu madrina de guerra? Porque tendrás una, ¿no?

—La media como cinta para el pelo... ¡qué ganso eres! Eso ya no se lleva. Ahora las chicas llevan las piernas al aire.

—¿Y madrina?

—Está pasado de moda...

—¡Pero tendrás una amiguita!

—Sí, para cuando estoy de permi. Veinticuatro horas. Me la eché en el cine.

—¿Y a qué estás esperando para presentármela? Toma, te pago un taxi, te la traes y comemos juntos.

—No va a querer.

—¿Por qué, la conozco?

—No. Es repartidora de pan y ahora está en paro. No se atreverá...

—¿Qué importancia tiene eso? Estoy seguro de que es guapa. Dile que vendrá también un general inglés y que la señora Lampen nos hará un buen guisado. Y sigo. En mi época, la medalla de Nuestra Señora de Loreto estaba muy extendida entre los

pilotos, ¿y eso también está pasado de moda?

—No, en absoluto. Pero sólo la llevan en mi escuadrilla los hijos de papá.

—¿Y las mascotas? Conocí un piloto inglés que llevaba un panda.

—Pues nosotros tenemos solamente un perrazo que recogimos en una granja que nos sirve de *putching-ball* por las mañanas. ¡Y es un una buena pieza con la que echamos partidas!

—Muy bueno. Veo, pues, que no tenéis patrón en la aviación. Yo os voy a proporcionar uno. Dime, hijo, ¿quieres hacerte rico cuando se acabe la guerra?

—Pues claro que sí, papi. Es lo que quiero. ¿Y qué hay que hacer?

—Solamente tendrás que poner de moda un buen santo y lanzarlo como nuevo patrón.

—¿Tienes ya uno?

—Sí, querido. ¡Un as, un precursor, un *recordman*, el *recordman* del vuelo sin alas, sin motor y hasta de la marcha atrás! ¡Récord que nunca ha sido batido, a pesar de los progresos de la aviación! Como ves, un santo muy moderno.

—¿Quién es?

—San José de Cupertino.

—¡Hombre, el patrón de los exámenes!

—El mismo. Pero no fue bien interpretado, su sitio no está entre los estudiantes, sino entre los pilotos. Ya verás, un día voy a escribir su historia. Es el campeón de la levitación. Un as, como te digo. Pero vámonos ya. Date prisa. Corre a buscar a tu amiga. Comeréis conmigo.

ESTABAN TARDANDO. Mientras, yo iba y venía por delante de mi puerta, en la avenida Montaigne, agarrado al brazo del general Winter y explicándole que esperaba a mi hijo que había ido a buscar a su amiguita, sin duda muy particular, al que no había visto desde hacía cinco meses, es decir desde el inicio de la guerra, y que esa misma noche tenía que incorporarse a su escuadrilla, como yo también tenía que volver a Arras, mientras la señora Lampen, inquieta por la comida que tenía en el fuego, venía de vez en cuando a ver si nos decidíamos a sentarnos y que la gente del barrio, que no me reconocía con mi vistoso uniforme británico y bajo mi gorra adornada de una escarapela dorada, se daba la vuelta tomándome sin duda por otro general inglés.

El general Winter era un veterano que había participado en todas las campañas del Imperio británico de los últimos cincuenta años, como también en la de Francia en la guerra del 14-18. En la declaración de la del 39 también se había enrolado, pero dada su avanzada edad se le había nombrado Correo del Rey para evitarle en lo posible no sólo los riesgos, sino también las fatigas de una campaña que se anunciaba extraordinariamente dura según previsiones del Cuerpo Expedicionario Inglés. Era un viejo *gentleman* distinguido, culto, inteligente, de una conversación extraordinariamente variada y documentada de las cosas vistas en los cinco continentes, una mente libre, sin prejuicios, de un intercambio muy agradable, de una cortesía casi oriental, y este venerable anciano se había prendado de una gran amistad conmigo, interrogándome, haciéndome hablar, tomando notas, pidiéndome permiso para escribir un día mi biografía.

Lo que más me extrañó en mi trato con los oficiales ingleses en el Cuartel General de Arras fue precisamente esa manía de tomar notas, escribiendo hasta el mínimo detalle y estar provistos de un diario secreto, detallado hasta el máximo. Es sin duda una costumbre que les viene del colegio, donde las conferencias, reuniones, reseñas, confrontaciones de opiniones contradictorias son el pan nuestro de cada día en Inglaterra, lo que proporciona una gran agilidad al carácter crítico, agudiza el sentido de la observación y, ejercitando al pensamiento, lo acostumbra a tener en cuenta la realidad. Rémy de Gourmont ha señalado que los ingleses son los únicos que saben escribir una biografía que da peso, medida, calor vital, todos los detalles físicos de una vida, por muy espiritual que sea, y todo sin necesidad de antropometrías ni de calcar documentos, sino visto como un aura. Yo siempre he creído que los ingleses son los mayores soñadores del mundo y que la constitución de su Imperio no habría podido realizarse ni en el tiempo ni en el espacio sin una intensa práctica del ensueño, del ensueño despierto de toda una nación. Y la viva palabra de Churchill, tan opuesta a parloteo abstractamente democrático de Roosevelt, al maravilloso silencio o la santa cólera de Stalin, a las recriminaciones, quejas,

acusaciones, amenazas, lloriqueos, meaculpas, pataletas de furor masoquista de Hitler, a la tronuencia y ladridos de Mussolini, a la voz de chisgarabís o las lágrimas de cocodrilo de Reynaud o de De Gaulle, esa viva y profética palabra de Churchill durante la guerra anunciando *lágrimas, sangre y miseria* devolvía vida y esperanza a los millones de oyentes pegados a la bbc por cuanto ese soñador, cuyo humor y convicciones partían por la mitad al Boche, lanzaba visiones a la realidad, por trágica y desesperada que fuera, y que este profeta, con su gran buen criterio, su cinismo, llamando a las cosas por su nombre sin sentimentalismo y sin dejarse engañar por teorías preconcebidas o arrastrar por ideas genéricas, hablaba cada vez como buen combatiente, sin perder nunca de vista la Tierra y el destino de los Hombres, la clave del sueño inglés.

Ignoro lo que contenían y lo que ha sido de los carnets secretos del general Winter, quizás hayan sido destruidos por la explosión de la bomba del avión que lo mató durante el primer bombardeo de Arras el 7 de mayo de 1940. A eso de las 10 de la noche, el anciano *gentleman*, que tenía por costumbre quedarse con nosotros en la mesa de oficiales hasta media noche mientras se bebía el último *whisky*, se levantó y se fue a la cama diciendo no encontrarse bien. Poco más tarde, y sin que ninguna alerta hubiese sonado, una bomba alemana hizo volar por los aires el Hotel de l'Univers. El comedor que se encontraba en frente, en un anexo del hotel, no sufrió ningún daño. La bomba había estallado en la habitación misma del general, en el entresuelo.

—El pobre hombre ha muerto en su cama, como es habitual entre los generales — dijo un mayor canadiense.

Entre los escombros pude encontrar mi aparato de radio, que seguía marchando. Había caído rodando con todo el cuarto piso. Nunca supe quién lo había encendido.

Hubo unos treinta muertos, entre ellos la bonita criada del hotel y los hijos del propietario.

Entre los escombros ardían documentos del estado mayor.

Los aviones boches habían trazado una nueva avenida a través de la ciudad, dejando cortada perpendicularmente la Rue de Arras.

UN TAXI VINO A DETENERSE junto a la acera y, antes de que frenara, mi hijo saltó de él sonriente, atento, apresurado, haciendo todo para sacar a su amiguita de ese absurdo vehículo aerodinámico. Iba descubierto, como buen chaval. Sin el uniforme y el chaquetón en el que iba embutido de cuya solapa pendía un perro esmaltado se le hubieran echado dieciséis años. El general Winter y yo estábamos a unos seis pasos contemplando la escena. Del taxi salieron dos largas piernas al aire hasta medio muslo, un sonoro estallido de risa, seguido de una buena moza sacudiéndose, con un sombrero de esa tela aceitosa propia de los marineros de la antigua navegación de vela. ¡Dios mío! ¿De dónde habría podido sacar la muchacha parecido sombrero en París? No me dio tiempo a encontrar la respuesta a esa pregunta, pues la doncellita ya saltaba al cuello del general Winter, tomándolo por el padre de su querido aviador, y se colgaba de su brazo hablándole sin parar mientras lo arrastraba al interior del restaurante de la señora Lampen.

La chica era de una naturaleza imposible, vulgar, jaranera; llevaba un pobre vestido, pero era de una belleza diabólica, de juventud floreciente, como su vivacidad. Es la más bella muchacha de barrio que me ha sido dado conocer, pero también sucia, tanto como comilona, lo que no es poco, pues nada más en la mesa se puso a jalar de todos los platos, a tragar como quien no se puede saciar cada día, como quien aún no tiene veinte años, como alguien con ansiedad, que va a conquistar París y que acaba de pasar toda una noche de amor entre los brazos de un joven amante.

—¡Ah, 'ñoñ! —le decía al general Winter entre bocado y bocado—. ¡Qué amable es su hijo! ¡Le llevo'n la sangre!

Rémy se divertía con las salidas de la muchacha, pero continuamente atento con ella, consagrado a su ligue, llenándole el plato, el vaso, animándola a comer, a beber, susurrándole cosas como «no te preocupes, es papá quien paga, aprovecha...», mientras el general y yo estábamos encantados de la mucha belleza que mostraba en sus dientes, sus dedos, sus mandíbulas masticando, su estómago dilatándose, sus suspiros de satisfacción, su apetito de animal joven, su fácil desenvoltura, su fogosidad, su ardor. Por una vez no hablaré del menú, por más que la cocina de la señora Lampen —su jamón, su pollo, su *soufflé* de queso— era famosa y particularmente apetitosa ese día.

Ver comer a esa chica ocasional era un espectáculo, pero detenerse en su mugre era una diversión tan rara como para un paleógrafo descifrar un palimpsesto. Y no hago alusión ni a sus manos enrojecidas, a sus uñas con luto ni a sus cabellos apelonados que colgaban en paquetes de estopa por debajo de su asombroso sombrero. Llevaba por lo menos quince días de maquillaje sobre su careto, lo que le daba un curioso colorido debajo del cual unos surcos de grasa que le bajaban desde

detrás de las orejas o le subían desde los pliegues del cuello y enredaban unos rasgos difíciles de descifrar para poder restablecer su armonía natal y sus graciosas proporciones. Un cuadro de Picasso. O peor. Y, por encima de todo, quizás por su alegría al ser invitada y su apresuramiento a sentarse a la mesa, se había aplicado colorete en sus pómulos y sombra en sus ojos, tonalidades que producían vivos contrastes; sus labios formaban dos barras paralelas, espesas y endurecidas; y, a pesar de ello, su petulancia era tan viva, sus ojos tan sonrientes, su sonrisa tan radiante, sus dientes tan esplendorosos, su reír tan comunicativo desde el fondo de su garganta, esa mugre y ese grosero maquillaje, tal cual pesado marco que rodea un frágil espejito de mano, esa mugre y maquillaje en relieve hacían resaltar un alma, un gorjeo de pajarillo, un corazón puro, una malicia ingenua, una espontaneidad que no dejaba lugar a la menor sombra de segundas intenciones, de vicio o de estudiada monería. Pura naturaleza, eso es.

—Dígame, señorita, ¿puedo hacer algo por usted? —le pregunté al final de la comida, mientras se zampaba un mazapán con crema de chocolate y se untaba las mejillas como un bebé— Rémy me ha dicho que estaba en paro.

—Así es, señor, estoy sin trabajo. Trabajaba en la panadería de la calle Jacob.

—¿Ha cerrado esa panadería?

—No *sñor*. Pero ya no tengo clientes. Se han ido todos. *Y'el* patrón ya no me necesita. Es la guerra.

—Conozco esa panadería. Tiene muchos clientes, americanos y...

—Justamente. Toda esa gente se ha ido por culpa de la guerra. ¡Qué suerte! *M'hacla* con unos cientos de francos de propina. Eran gente no orgullosa. Todos artistas. Pero no bebía entonces y yo me *pagaba'l* cine. Es donde encontré a Rémy.

—Así, pues, era usted quien les llevaba el pan a mis amigos. ¿Conoce a Gertrude Stein?

—¡No me diga que usted la conoce! ¡Ah, es una cachonda! Era capaz de hacerme perder la ronda, por lo que iba a su casa la última. No paraba de hacerme hablar sobre esto y aquello, y más y más. Quería saberlo todo. Pero era mi mejor cliente.

—¿Y a *Miss Sylvia*, Hotel de la Grille?

—Una grúa. Tres *cakes* al día y montón de *croissants* calientes y de milhojas.

—¿Y a la señora Bruce, la esposa del pintor, de la calle Furstenberg?

—¡Qué gracia *m'hace'l* señor! Veo que se las conoce a todas. Era muy divertida esa regordeta, siempre riñéndola a una quejándose de que no era bien servida. Para ella eran los panecillos y los molletes, que nunca encontraba bien cocidos. Quería que estuviesen crujientes. Pero era una buena mujer. Un día me dio un vestido de cola que nunca me he podido poner. Me venía enorme. Por eso lo tiré, pues no quería dárselo a una amiga.

—¿Y *The Kid*, en la calle Jacques-Callot?

—¡Ah, *Miss Kid*! Siempre persiguiéndome para que bailara en su taller. Me encantaba hacer rabiar a su sirvienta, a la que hacía un bonito número, pues sé andar

sobre las manos; y cuando llamaba a la puerta, le presentaba el pan con la cabeza agachada, con lo que envenenaba a la pobre, que se ponía a insultarme.

—¿Y no sabe ocuparse de otra cosa, no conoce otro oficio?

—No, señor. Soy repartidora de pan. Y ahora que todas esas señoras se han vuelto a América, el patrón ya no me necesita. Estoy en paro. ¡Esta guerra...!

—Escuche, señorita, la próxima vez que vuelva de permiso le voy a presentar a un amigo modisto que hará de usted un maniquí.

—¿Qué's maniquí y qué's lo que debo hacer?

—La van a enseñar a asearse, a peinarse y se la va a vestir con los más bellos vestidos de París, y sólo tendrá que desfilarse por salones, no apoyada en las manos, claro, sino como una gran dama bien educada haciendo cursilerías y monerías. Habrá visto algo así en el cine.

—¿Y usted cree que me querrán?

—¿Por qué no, señorita? Usted vale mucho.

—¡Fenomenal! ¡Qué buena persona es usted!

UNA VEZ LOS CUATRO EN EL TAXI, fuimos a dejar al general Winter en la embajada de Inglaterra, en donde yo mismo debía hacerme con una copia del último comunicado del ministerio del Aire. Era sólo un momento. En la calle del Faubourg-Saint-Honoré le dije al taxista que fuera a esperarme a la esquina de la calle de Anjou, no sin advertir a los jovencitos que fueran formales.

—Vuelvo enseguida, Rémy. Después iremos a buscarte una medalla de san José de Cupertino. Difícil será que no te encuentre una.

Los chicos eran unos santos, sentados frente a frente, ella con el sombrero aplastado contra el fondo del vehículo, satisfecha, feliz, y él, que no se había puesto el chaquetón, con su insignia de piloto bien ostensible sobre el pecho y la imagen del sioux, rígido sobre el asiento, con aire soñador y rasgos de cansancio. Me quedé asombrado por el peso de su mirada y su parecido con mi madre. ¡Pobre chaval! Duro oficio.

—¿Estás bien? —le dije.

—Sí, estoy bien —me respondió.

El general Winter me esperaba en el porche de la embajada. Cuando estuve a su lado, me cogió del brazo para acompañarme por el patio principal mientras me decía subiendo la estrecha escalera que llevaba hasta el despacho del agregado militar:

—Esta *french girl* es muy divertida.

Una vez dentro, no había ningún comunicado.

—¡Qué guerra tan curiosa! —murmuré—. Es decepcionante.

—No. Es más bien inquietante, mucho, mucho...

Antes de separarnos, ya escalera abajo, agregó:

—¿Vuelve a Arras esta noche? Si es así, tenga.

Tomó su portafolios, sacó un sobre envuelto en papel de seda y me lo apretó en la mano.

—No es nada importante. Un brazalete. Para la *french girl*. Dígale que es un detalle de cierta mocita indígena, ya muerta. Hace más de cuarenta años que lo llevo conmigo. Quería darlo como regalo, pero no encontré a la persona adecuada. ¿Dijo usted que volvía a Arras? Hasta pronto, amigo Cendrars. La comida fue excelente. Debe disculparme, tengo que ver a nuestro embajador.

—¡A Saint-Sulpice, y rápido! —le dije al conductor.

En el taxi, los chicos estaban riendo. Rémy le había explicado a la repartidora de pan su equivocación y metedura de pata, lo que le hizo esclafarse de risa:

—¿Y qué más da, Rémy? ¡Ay, ay, ay, el pobre hombre!... Te miraba con una mirada tan entrañable, que creí que era tu padre... ¡T'apuesto que no *tien* un hijo como tú...!

—El pobre hombre, señorita, le ruega que acepte este pequeño regalo que me ha

entregado para usted —le dije a la repartidora de pan mientras le hacía coger la bolsita del general Winter.

—¿Qué es? —preguntó sorprendida mientras desenvolvía el papel de seda crujiente y todo arrugado— ¡Oh, qué brazalete tan bonito! —exclamó mientras se lo ponía en el brazo.

—Es de los que se ponen en el pie —le expliqué—. Junto al tobillo. Es como un cascabel, hueco por dentro y con unas pequeñas pepitas que tintinean al andar, y son doradas...

—¿Cree usted que son de oro?

—Pues claro que sí. Es el adorno que más les gusta a las hindúes. Algunos contienen dos, o tres, pequeños diamantes que tintinean en sordina.

Y me puse a recitar:

La bayadera lo estaba llamando.

El timbre de su voz era más bello que el sonido del anillo hueco y daba alrededor de los tobillos una luz de claro de luna...

¡Ascetas, no hay que fijarse en las mujeres!

(LAFCADIO HEARN)

—¡Oh!, exclamó la repartidora de pan.

Inmediatamente se lo pasó al tobillo, sacudió su sucio pie, lo hizo tintinear y estalló en risas mientras palmeaba. Y, sin más, golpeó el cristal del taxi con los dos puños:

—¡Chófer, chófer! —gritó— ¡Vuelva a la embajada de Inglaterra, rápido! ¡Quiero darle un abrazo al general!

—¡Chófer, continúe! —grité yo más fuerte— A Saint-Sulpice. Y apresúrese.

Y después a la joven:

—No se ponga loca, querida. El general se lo ha entregado recordando a una chica indígena, ya muerta, y desde hace más de cuarenta años...

Inmediatamente se lo quitó de su pie jugueteón, lo metió en la bolsita, se quedó en silencio y se puso a llorar. Unos grandes lagrimones marcaban dos surcos en su espeso maquillaje.

Rémy se reía de ella viendo cómo las lágrimas le hacían arder los ojos, como se los frotaba con la punta de su pañuelo, se borraba las pestañas, se mordía los labios, moneaba ante su espejo de mano, aleteaba y acababa riendo, volviendo a ponérselo en un brazo, luego en el otro, en un pie, en el otro, sacudiéndolo una y otra vez para hacerle tintinear junto al oído.

—Pensar que es de oro —decía orgullosamente—. ¡Y mío...!

Durante todo ese tiempo el taxi nos iba llevando por todo París. Llevaba a Rémy

a todas las tiendas de cosas raras. Mi hijo bromeaba. Por ninguna parte conseguía hacerme con una medalla de san José de Cupertino, ni en Saint-Sulpice ni en los tenderetes de los alrededores de Notre-Dame-des-Victoires. Acabamos encontrando una estatuilla del santo en la capilla de los Orphelins de Auteuil, y una imagen, triste y ridícula, en Saint-Jean-du-Haut-Pas, su feudo en el Barrio Latino. Pero no se vendía nada, ni siquiera una hoja dominical.

—No te preocupes, Rémy, no pasa nada. De todas formas, voy a escribir su historia y, con un poco de publicidad, harás una fortuna. Tú te encargarás de publicarla cuando acabe la guerra. Hasta la vista, hijo. ¡Que tengas suerte!

—Adiós, papá.

Estábamos ante la estación del Este. Él volvía a su escuadrilla, mientras que yo tenía prisa para llegar a la estación del Norte a coger el tren que debía llevarme al Cuartel General británico, en donde estaba destinado como corresponsal de guerra en representación de media docena de periódicos franceses.

Llegado a Arras, me enteré de que debía partir esa misma noche a Inglaterra para un reportaje sobre las fábricas de armamento.

Antes de embarcar, le escribí a mi hijo una carta de regañina:

F M.

Sargento-piloto RÉMY
Escuadrilla 1/6
Sector postal 897

Somewhere in France, 21/2/1940

Querido,

Cuando se tiene la suerte de salir con una chica tan mona como tu repartidora de pan, ¡se le debe pagar un baño y una camisa! Y si el sueldo de piloto no da para eso, uno se dirige a su padre: para eso está. Lo contrario no es de recibo.

Un abrazo.

BLAISE.

En el taxi, durante el trayecto entre las estaciones del Este y del Norte, la repartidora de pan, cuya dirección le había ya tomado para recomendarla a mi amigo el modisto, me preguntó:

—¿No cree *usté*, señor, que a lo mejor la muerta era la hija del general?

—¿A qué hija te refieres?

—A la dueña del brazalet. O a lo mejor era su nieta, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque es muy estrecho.

—O tenía el tobillo muy delgado. Como Cenicienta.

—¿Se llamaba Cenicienta?

—No, bobalicona. Era una bailarina.

—¿Cenicienta era bailarina?

Y así sin parar. Era boba. ¡Pero qué lindeza!

Ojos negros.

SÉ MUY BIEN a qué tipo de crítica me expongo al intentar escribir una vida de san José de Cupertino, pues carezco tanto de fe como de conocimientos.

En materia hagiográfica, los especialistas y los eruditos sólo admiten como verídicas (o susceptibles de serlo en cuanto se ocupan de la cosa) las *Vidas* antiguas, y ocurre que, contrariamente a la opinión general, cuanto más se aproximan a los testimonios de los coetáneos del santo dignos de credibilidad, más raros se hacen los documentos y la redacción de esas vidas ejemplares más corta y sujeta a los hechos; al contrario que en las vidas legendarias, las cuales, cuanto más alejadas se sitúan de la época en que vivió el santo, más llenas están de desarrollo, de confusiones, de interpolaciones, de errores sobre la persona o su identidad, de carácter novelesco, de disertaciones, de invención, de propaganda; en una palabra, de literatura, hasta el punto que se puede afirmar que la introducción de lo maravilloso en la vida de un santo es señal inequívoca de mentira, de bizantinismo o de romanticismo.

Por ello, me apresuro a declarar que yo no introduzco ningún hecho ni ningún documento nuevo en mi relato; que, vistas las circunstancias y las condiciones en las que he elaborado este estudio y escrito mi relato a lo largo de estancias y etapas accidentales durante la «bonita guerra» en Francia e Inglaterra, luego durante la retirada, el éxodo, la ocupación, nunca tuve acceso a las fuentes ni pude frecuentar archivos y bibliotecas (¡ni ganas de hacerlo!); que mi documentación está hecha de aquí y de allá al albur de encuentros, conversaciones y lectura de libros a cuya búsqueda sistemática no me dediqué nunca pero que me los encontraba durante la larga guerra con mis desplazamientos y peregrinaciones, de lo que resulta que todas mis citas las he sacado de la obra magistral de Olivier Leroy, *La Levitación* ya citada, y, para otros detalles sin importancia, de libros de divulgación de tercer o cuarto orden; y si a pesar de todo he escrito este relato, no es para probarme en un género que ha producido algunas obras maestras ni ejercerme en la escritura, de santa escritura, ni por imitación ni simplicidad, sino, *primo*: porque se lo prometí a Rémy —que no publicitará al nuevo patrón de la aviación, cosa que harían los americanos y también porque por entonces mi hijo se mató en un accidente de avión; *secundo*—: porque, por muy santo canonizado que sea, Joseph Desa, natural de Cupertino (Apulia), es un personaje divertido que me apasiona; y *tertio*: porque la levitación es un arte de viajar instantáneo que a mí me hubiera gustado poder practicar desde que vi a los indígenas de las grandes selvas vírgenes del Amazonas dedicarse a ello después de absorber *ibadú*. Sin olvidar que, como le dije a Rémy, san José de Cupertino es un precursor, un campeón y un as de la aviación por cuanto hasta el día de hoy es el único en haber logrado un vuelo marcha atrás, un *retrosum volantem*, según los Bolandistas.

Tengo que confesar que, cuando metía mi transmisor en la cama tapándolo bien

tapado para que no lo oyera un miembro de la Gestapo que se había instalado puerta con puerta en el mismo piso que yo en un edificio de Aix-en-Provence, las noches en que quería captar Londres y Moscú a partir de 1943, esos vuelos de san José de Cupertino cuyas características contenidas en las *Acta Sactorum* de los Bolandistas estaba consultando en los que lo acompañaba mentalmente antes de dormirme acababan tejiendo un mundo de sueños entre mi inquietante vecino, al que hubiera podido oír reír y librarse a libaciones solitarias, y yo, entregado a sueños, visiones, como aquella de san José de Cupertino volando una mañana de domingo en la iglesia de Asís llena a reventar de fieles, de curiosos, pero también en presencia de una noble asamblea de doctos y mundanos venidos a verificar *de visu* las proezas aeronáuticas del santo varón para propagarlas y extender el eco —un auténtico snobismo reinaba entonces en la sociedad eclesiástica a favor y en contra del personaje—, José de Cupertino volando arrodillado frente al sagrario, dejando caer una de sus sandalias, lo que provocó un escándalo e indispuso tanto a sus superiores que se le prohibió manifestarse en público, esa presencia inmaterial del santo acolchaba de alguna manera mis ventanas y puerta como si les hubiera aplicado su vasta vestimenta impidiendo así que las infiltraciones de estupro que me venían de mi inmundo vecino me llegaran e infectaran: era un asesino que había matado al cochero de un simón de un puñetazo ante la fachada de la casa, un alsaciano que hacía reventar de vergüenza y de saña sus pantalones, sus medias blancas, sus guantes de piel, su piel grasienta y lustrosa, su anchura de espaldas, su falso aire de corrección que desmentían un sombrero tirolés verde y un bigotito bien conocido, un acento circunflejo sobre su cigarro (¡y pensar que no se lo han cargado y hasta ha engordado en Aix!), frente al cual yo temblaba de repulsión cuando me lo encontraba en las escaleras y el muy cerdo canturreaba en su habitación. Como iba diciendo, san José era muy divertido. Un día, tomó vuelo desde su sitio en el refectorio, con un erizo en la mano...

Todo esto lo digo con buena fe para que se me disculpe lo descosido de mi relato.

SUS CONDISCÍPULOS lo llamaban *Boca abierta*.

Hasta el día de su muerte, ocurrida a los sesenta años, san José de Cupertino no dejó de recibir reprimendas.

En casa, su padre, un zapatero remendón llamado Félix Desa, le gruñía continuamente por su distracción en la tienda, y dado que era el mayor de doce hermanos, que no servía para nada, pero ejemplar para sus hermanos y hermanas porque siempre estaba en la luna, no sabiendo qué hacer con él y no pudiendo alimentar su inutilidad, pues los recursos eran pocos y el trabajo escaseaba, después de discutirlo continuamente con su mujer, Francesca Panara, dos de cuyos hermanos eran monjes en los Conventuales, decidió meterlo en el convento para que allí recibiera instrucción.

Así, pues, un domingo por la mañana, cerrada la tienda y confiada la prole a una vecina, la pobre pareja se puso en camino al amanecer llevando a Joseph para presentarlo después de la misa a tío Anselmo, un tercer hermano de la madre que era el cura de Cupertino, trayecto durante el cual el zapatero no hacía más que gruñir a su hijo mayor:

—Echa delante, tardón. ¿No ves que cansas a tu padre y a tu madre tirando de ti? ¡Contentos nos tienes! ¡Vamos, deprisa, pasa adelante, trotando!

Y Joseph pasaba adelante dócilmente, sin la menor protesta. Era un chico robusto y de buena complexión. No tenía aún quince años y aparentaba dieciocho, ya con un bosquejo de bigote y pelillos en la barbilla y mejillas. Su madre se regocijaba al verlo andar con alegría. Pero los gruñidos del padre volvían de nuevo, pues, no se sabía bien por qué, Joseph volvía a ir detrás pisándoles los talones.

Era una bella mañana primaveral. El cielo estaba límpido. El volteo de campanas se dispersaba en un aire puro.

—¡Vamos, deprisa, echa adelante, burro! —seguía gritando el padre.

Y, humilde y dócil, el taciturno, el incomprensible muchacho volvía a trotar delante de sus padres, torciéndose los pies en el pésimo empedrado de las tortuosas callejuelas que subían desde los arrabales hasta la catedral cuyas caladas torres planeaban sobre el revoltijo de terrazas y techos de la ciudad vieja. Marchaba con la vista fija en el cielo, la boca entreabierta, parándose, reiniciando la marcha, silencioso, pensativo y haciendo zigzags como el asno que sube al molino y se encorva bajo el peso, que tropieza en los repechos y es arreado. Todo el mundo ha visto esos borricos en Italia, que caminan como si tuvieran esguinces, pasito a pasito, que desaparecen bajo la carga, que tienen el espinazo bien a la vista, llagas en unas patas que el palo de su amo y los enjambres de verdes moscas mantienen frescas, que dejan lamentablemente colgar su cabeza de unas alas atrofiadas, esas angélicas orejas de asno, una de las cuales suele estar a menudo rota y otra agujereada de un quiste. Es

la viva imagen de la humildad y la resignación. ¿Ha abrazado usted alguna vez el hocico de uno de esos pollinos? Su mirada es insondable. Bajo su tembloroso cráneo circulan grandes ideas de filósofo, mucha hilaridad, salvajismo rechazado y algo de extrañamente fraternal que les hace guiñar el ojo, sonreír.

ORACIÓN: rezo, oh, Dios mío, para ir al paraíso con los burros...

(FRANCIS JAMMES)

EL TÍO ANSELMO LO PRESENTÓ a los Conventuales, pero éstos no lo admitieron por indicación de los otros dos tíos, notables religiosos de la orden, que juzgaron al muchacho incapaz de cualquier estudio y se cerraron a los argumentos de aquel, el cual no hacía más que apelar a los sentimientos familiares enumerando las pesadas cargas que aplastaban a su hermano con cada nuevo nacimiento, ese pobre zapatero padre de una familia numerosa.

No desanimado con este primer fracaso, el cura de Cupertino fue a solicitar a los Capuchinos de Martina que aceptaran a su sobrino en calidad de hermano laico. Así fue, pero al cabo de ocho meses lo excluyeron del noviciado y lo devolvieron a sus padres dadas su notoria torpeza, su distracción y su incapacidad para los trabajos manuales.

Es fácil adivinar la cólera y las regañinas del padre al tener que volver a aceptar en su miserable vivienda a esa inutilidad de hijo (entonces de unos diecisiete años), inepto para el oficio de zapatero y que estaba casi siempre tan absorto, que cuando golpeaba una suela se daba en los dedos sin casi notarlo, al cual se le caía la herramienta y se quedaba quieto, atornillado a su banqueta, con la boca abierta y mirando al cielo: un auténtico chiflado. Al verlo el padre, se encogía de hombros harto ya de regañarle y volvía a clavar la lezna.

—¡Si por lo menos fueras capaz de seguir cursos manuales...! —le decía mascullando—. Pero no sirves para nada. Eres un dejado...

Por compasión, para no dejar que ese chico tan bueno y dócil quedara abandonado, y ante las lamentaciones y las lágrimas de la madre, y esta vez sí, a petición de aquellos dos hermanos a los que el cura de Cupertino acabó convenciendo para apoyar su petición, los superiores de los Frailes Menores Conventuales consintieron en aceptar a Joseph como oblato, encargándosele en particular que se ocupara de la mula del convento. Y este humilde palafrenero, del que se pudo decir que *se pasó la mitad de su vida en el aire*, no dejó de esforzarse en cumplir lo mejor que podía los fáciles trabajos que se le encomendaban en el convento de Grotticella. Joseph era un modelo de obediencia.

«*La obediencia*, solía repetir durante muchos años, sobre todo cuando estaba elevado en éxtasis, que además era la única palabra que le podía hacer salir de su estado, *la obediencia es el cuchillo que degüella la voluntad del hombre...* “¡Obedece!” Ante esta palabra, Dios corre la cortina...».

«*DESDE SU MÁS TIERNA INFANCIA, dicen las actas de su canonización, dio tantas señales de santidad, que para ser ya venerado como hombre perfecto sólo le faltaba la edad*».

Pero, en el convento de la Grotticella, el humilde hermano, que no estaba destinado a recibir las órdenes sagradas, fue siempre reprendido, regañado, zarandeado y tratado de burro y cernícalo, y que jamás se había visto una calamidad parecida.

—¿Se acuerda usted, *Sir*, del hermano Jean del que habla Jacques de la Voragine? —me preguntó cierto *pater* irlandés, capellán de los *Welsh Fusiliers*, una tarde en que nos moríamos de aburrimiento, al abrigo de la lluvia bajo el techo de una granja, durante unas maniobras en los alrededores de Carvin (Pas de Calais) en las que la *First Brigade* motorizada desfilaba con los faros encendidos y temiéndonos ver el ataque de los pilotos alemanes sobre esa larga serpiente de fuego ondulando en la llanura.

—Es un simple ejercicio —dijo un *Brigadier* que se encontraba cerca al oír nuestro grito de sorpresa ante ese imprudente espectáculo y los comentarios que no pudimos evitar decir en voz alta.

—Un ejercicio y una inspección —detalló un *Staffcaptain*—. Todos los aparatos de nuestras máquinas deben funcionar bien. También los faros.

—Pero esto es la guerra —dije.

—Sí, una bonita guerra —añadió el capellán irlandés—. *A very funny war, indeed...*

—He dado órdenes precisas —respondió furibundo el *Brigadier-Major* mientras se alejaba bajo la lluvia seguido de su estado mayor para ir a instalarse en el *commandcar*.

El coche-emisora echaba chispas.

El capellán y yo nos habíamos puesto a hablar de aviación y yo había citado el nombre de san José de Cupertino mientras fumábamos una pipa. Los motores no hacían más que dar acelerones y los cambios de velocidad hacían rechinar los dientes. Todo era choques y botes, chapoteo de ruedas, orugas de tanques que avanzan aplastando el barro. Se oían también juramentos e imprecaciones de unos hombres exasperados por ese barro de Flandes tan repetidamente citado en la historia como funesto para el ejército inglés, los cuales no dejaban de maldecirlo: *Bloody hure, damned it...!*

—... ¿se acuerda del hermano Jean de la *Legende dorée*? —me estaba preguntando el *pater*—. Un fraile jardinero que era la risión de su comunidad. De todas las oraciones sólo había retenido y repetía sin cesar las dos primeras palabras del *Ave María*. No paraba de decirlas. Una vez muerto, se vio salir de su tumba un

lirio, un lirio que llevaba escrito en el cáliz las palabras que repetía constantemente y en cualquier circunstancia: *Ave María*. El Superior ordenó que se le desenterrara, y entonces todo el convento pudo ver que ese lirio milagroso nacía de su lengua y brotaba por su boca, por lo que todos comprendieron que el jardinero al que tanto se había despreciado por su simpleza y torpeza era un santo, el santo de la pura humildad.

Y añadió con cierta malquerencia:

—No recuerdo en qué libro lo leí, pero su José de Cupertino era aún más lerdo que el fraile jardinero. Al parecer, de todas las oraciones rezadas en los oficios sólo había podido retener una palabra: *Amén*. En cuanto a la ciencia o la teología que se le pudo enseñar en el convento, mejor no hablar: no retenía nada, absolutamente nada. ¡Qué burro! ¡Y pensar que a ese chiflado se le ha hecho patrón de los candidatos que se presentan a los grados universitarios y se les recomienda que se dirijan a él para obtener por su intercesión el éxito en los exámenes! Se tendría que ser un ángel del cielo para no perder la paciencia poniéndose a la altura de parecido alumno, testarudo, limitado, ausente, que no respondía a ninguna de las recriminaciones y cuando se le preguntaba en clase respondía triunfante *¡Amén!*, sin más, con la boca abierta y sin notar la insistencia, la dulzura y el interés que se gastaban con él para despertar su atención. Naturalmente, dado que era un pésimo ejemplo para sus discípulos y una losa para los profesores y que tan extraño comportamiento por parte de un ingrato alumno, aceptado por lástima, despertase la cólera, dio ocasión a que lo fueran dejando de lado poco a poco, relegándolo a la cocina y, como rompía muchos cacharros, pues además era un manazas, destinado finalmente al cuidado de los cerdos.

—Disculpe, Padre —le interrumpí—. Creo que era de la mula del convento.

—Como quiera —me respondió—. Se le envió a la cuadra, en donde tenía todo el tiempo para embobarse con las cornejas y dedicarse a lo largo de la jornada a su incomprensible y aburrida estupidez.

—Quizás se entretenía con Dios.

—¿Usted cree? Desconfío de esos muchachos taciturnos. He sido profesor en un colegio en Inglaterra. Son por lo general unos hipócritas.

—Le pido disculpas otra vez. José a lo mejor era un burro, pero no mal chico.

—¡Es lo peor que le podía suceder! —me respondió el capellán—. En efecto, no tenía mala intención, ni pasión ni la menor huella de morosa delectación. Estaba en buen estado y tan robusto como el día que entró en el convento. Y eso es sin duda lo peor que podía ocurrir a ese muchacho al que no le interesaba nada: acabó no interesando a nadie. Lo único que se le podía reprochar era su absorción. Estaban hartos de sus torpezas, da igual como porquero o palafrenero. Y poco a poco se le fue olvidando. Imagínese, ser olvidado en un convento, ¿se da cuenta de lo que eso puede ser? Es como..., como un centinela olvidado en plena oscuridad... imagine a alguien que fuera olvidado, al otro lado de esta llanura, una noche como ésta, en la soledad y

bajo la lluvia.

—Creo que exagera, Padre. Fue también aceptado. Algunos frailes se fijaron en él, y hablan con mucho respeto de su conducta. Se percataron de que José parecía haber sido especialmente señalado por el Señor. Hablan de su unión constante con Dios, de su activa caridad, de sus mortificaciones, y otros más han testificado en su proceso de canonización el haber aprendido más en sus conversaciones con este embobado volador que con las más reputadas obras de teología. Además, a este pobre muchacho no le han faltado poderosos protectores, como el obispo de Nardo, el de Castro, el mismo papa Urbano VIII, o Benito XIV, sin contar al que lo ha canonizado, Clemente XIII...

—¡Oh!, es lo que siempre se acaba aceptando y, por otra parte, eso es muy posible pues, a fin de cuentas, todo el mundo estaba impresionado por las extraordinarias historias que se contaban sobre este loco. ¿Pero cree usted en la levitación? Es una insensatez. Humo. Si yo hubiera sido su profe en la escuela, le hubiera dado una patada en el trasero, como es costumbre entre nosotros.

—¿Y quién le dice a usted, Padre, que Dios no hizo eso exactamente?

El capellán me miraba estupefacto. Retiró la pipa de la boca y dijo:

—¿Está de broma?

—No. Lo haría para enseñarle a volar. Un buen golpe y a volar, ya estás lanzado.

Dicho esto, nos separamos. Las maniobras nocturnas se habían acabado, los aviones boches no habían venido. ¡Tuvimos suerte! Cada cual se fue a su acantonamiento. Pero en el pequeño *Morris* que me llevaba, continué dialogando mentalmente con el capellán y pensaba en el *Diario* de Roland Garros, en sus problemas, sus ganas de volar, esas ganas que sienten muchos adolescentes sobre los que Garros ejerce influencia, y yo mismo en sueños, y con placer, cuando tenía quince años.

¿Qué sueñan los chavales? Roland cuenta que se lanzaba con voluptuosidad por la ventana para entrar por las de las casas, pero en especial por los tragaluces, ojos de buey de las buhardillas de las chachas, sin alejarse mucho del reborde de los tejados de la calle en que vivía —en Niza—, pero que a veces se arriesgaba revoloteando por encima de la ciudad, en ese caso presa de un terror tan grande, que se apresuraba a volver y se despertaba asustado. Por mi parte, emprendía el vuelo por encima del puerto de la ciudad de Neuchâtel (Suiza), donde mi padre había tenido la barroca idea de enviarme a la Escuela de Comercio (1902) y de la que me escapé para largarme a China (en 1904). Y planeaba, daba volteretas, entregado a evoluciones muy agradables y un tanto vertiginosas, lanzándome a ras del agua o elevándome en el aire, hasta la copa de los álamos que bordean su orilla izquierda, ante la fachada oeste del museo de Pury, y esa fachada sin ventanas, de pesada construcción, me atraía hasta el punto que, aturdido, iba a darme de cabeza en ella, lo que me despertaba y me dejaba un buen rato sin poder moverme siquiera del espanto.

El *Diario* de Garros es el documento más extraordinario, más pintoresco y más

vivo que se pueda leer sobre los inicios de la aviación en Francia y a través de todo el mundo (unas cien páginas están dedicadas a las exhibiciones), periplo que se vio en la obligación de hacer en un circo para ganar dinero, dado que su familia le había cortado el grifo para traerlo al orden. En él proporciona cien retratos de extravagantes que se apasionaron de repente por las cosas del vuelo y querían hacerse pilotos: *cowboys*, financieros, mecánicos, borrachos, mujeres más o menos tocadas del ala que querían experimentar el bautizo del aire y que lo arrastraban a todo tipo de aventuras que generalmente se terminaban en los bares de cócteles fulgurantes (¡los primeros!) que Garros enumera con asombro, así como sobre la formación de un piloto de élite salido indemne de los mil y un riesgos corridos. Este *Diario* sigue inédito. Hizo que se escribieran cinco ejemplares que envió personalmente a cinco de sus amigos, en su mayoría antiguos compañeros de aventuras en Nueva Orleans, México, La Habana, con la expresa condición de no publicarlos nunca ni comunicarlo a la prensa. A pesar de lo cual pude hacerme con uno de esos ejemplares, pero lo perdí, al igual que otros papeles míos, cuando saquearon mi casa en Seine-et-Oise, a finales de junio de 1940. Mi ejemplar era un manuscrito de doscientas ochentaiséis hojas, cuidadosamente dactilografiadas por ambos lados, en holandesa, en un formato sin interlíneas, sin párrafos y sin margen alguno, dactilografía en bloque, un trabajo consistente, bien apretado, sin una falta, sin una rectificación. Un trabajo bien hecho, como nunca vi otro. Contar cómo me hice con él sería escribir una novela. Quizás lo haga algún día, pero no estoy nada seguro. ¡Qué no habría hecho el loco de Ajalbert si lo hubiera conocido! Sobre todo esa graciosa página que refleja una gran seguridad en sí mismo, en la que Roland cuenta cómo se fumó un cigarrillo, sentado a la sombra bajo el ala de su avión, degustando su triunfo, con una sonrisa de placer, contemplando el mar y acostado en la cálida arena antes de volver a subirse al aparato para que le hicieran el control y cronometraje en Túnez, anunciándoles a los encargados con su presencia que acababa de cruzar el Mediterráneo. ¡El primero en hacerlo!

EL TIEMPO TRANSCURRÍA.

En el mes de junio del año 1625, la congregación provincial de los Menores Conventuales de Osimo (Marca de Apulia) decidió admitir a José en la orden en calidad de oblato, acontecimiento que le causó la gran alegría de recibir el santo hábito, donde profesó con tanto fervor, que le condujo a la profesión solemne.

Y son los Frailes Menores Capuchinos los que cuentan cómo vino milagrosamente Dios en ayuda del pobre oblato del convento de la Groticella, el cual apenas sabía leer y menos aún escribir, haciéndole franquear victoriosamente el obstáculo, tan peligroso para él, de los exámenes, y el cómo y el porqué este pobre fraile de la orden seráfica, pero también el más grande extático de la historia, se convirtió en el protector y santo patrón de los examinandos, cosa que ni mi hijo Remy, y aún menos el *pater* irlandés, podían admitir:

«El obispo de Nardo, que admiraba sus virtudes, le había conferido sin ningún problema las órdenes menores y el subdiaconato. Se le advirtió de que para elevarlo al diaconato era necesario un examen. Fray José se presentó a él con la seguridad del consumado doctor conocedor de las Santas Escrituras, seguridad que no era orgullosa presunción, sino filial confianza en la Virgen María, que le aseguraría el éxito. El obispo abrió el Nuevo Testamento. Como si la Virgen dirigiese su mano, se paró en el texto evangélico *Beatus venter qui teportavit*, en el que el hermano José se detenía siempre para exaltar la maternidad de María. Dando gracias interiormente a su divina protectora, leyó y comentó, con tanta ciencia como devoción, este tan glorioso pasaje para la divina Madre. Fue felicitado y admitido al diaconato.

»Quedaba por pasar el examen más temido, el que precede a la predicación. En compañía de otros cofrades fue a presentarse ante el obispo de Castro, presidente del tribunal, temido por los ordenandos por su gran severidad. Los primeros, que eran los mejores, respondieron perfectamente, por lo que el obispo juzgó inútil interrogar a los demás, admitiéndolos a todos, incluyendo al hermano José.

»Allí se veía el dedo de Dios...»^[6].

JOSÉ DE CUPERTINO fue ordenado en 1628 a sus veinticinco años.

Pero yo conozco otra versión de los famosos exámenes que lo hicieron célebre en el mundo de los estudiantes. Al igual que el capellán de los *Welsh Fusiliers*, podría decir que yo tampoco sé en qué libro la he leído. Pero no es así, pues afirmo que fue en un copioso folleto anónimo encontrado en la *Biblioteca*, al menos eso era lo que se leía en una pancarta manuscrita en la puerta, pero una vez traspasada era un reducto en los sótanos de un fuerte de la Línea Maginot donde se amontonaban fardos de impresos sin vigencia y libros viejos desparramados que nadie leía y que las ligas patrióticas coleccionaban incansablemente por todas partes apelando a la buena voluntad de los franceses para deshacerse de colecciones de revistas y periódicos antiguos amontonados en buhardillas y graneros; y todos esos papeles ilegibles escapados de los dientes de los ratones y de la perseverancia de los gusanos y con manchas enmohecidas por el tiempo, los cuales debieran en principio amueblar el espíritu y ocupar los obligados momentos libres de esos hombres enterrados vivos en las profundidades de la inexpugnable línea hormigonada, terminaban en camiones que los soldados debían cargar con esas pilas de papel, lo que hacían entre blasfemias, furiosos por la agotadora tarea que les venía encima, sin que llegara a ver a ninguno de ellos coger siquiera uno echándole la menor ojeada. Qué diablo, en un decorado tan peculiar hubieran preferido novedades en armonía con su armamento ultramoderno y con la desesperación que se apoderaba de esos muchachos de bronce, los cuales, cual *vedettes* tostándose al sol en las playas de moda, se hacían broncear artificialmente con rayos ultravioletas o infrarrojos que les proporcionaba el galeno de la fortaleza, por turnos, un escaso cuarto de hora cada mañana, tanto por esnobismo como por diversión.

Esta es la otra versión del examen de José de Cupertino. Ignoro la razón por la que el anónimo autor, un italiano, sitúa la escena en la célebre facultad de Bolonia.

Llegado el momento en que los candidatos tenían que ir a Bolonia para presentarse al examen para obtener el doctorado, reinaba entre ellos la alegría, salvo en el hermano José, que pasaba de todo.

El día de la partida, los muy excitados candidatos se amontonaron en una berlina tirada por mulas, las cuales partieron a galope bajo una manta de palos y un gran ruido de cascabeles.

El único que faltaba era José.

El Padre Superior le había hecho venir a su despacho para informarle de que no era posible que siguiera por más tiempo en la escuela, por lo que tenía que regresar a casa de sus padres:

—Tú no puedes presentarte a los exámenes, pobrecito. Es así. Has perdido el tiempo. Estoy apenado por el pobre buenazo de tu padre. Vuelves a serle una carga —

le dijo mientras lo despedía.

José le besó la mano y se fue, según su costumbre, sin decir palabra.

—¡Curioso muchacho!, ¿será un ingrato? —se dijo el Padre siguiendo con la mirada a través de los cristales al pobre José mientras atravesaba el patio desierto y se deslizaba con presteza por entre los batientes del portón que estaban bajando en ese momento y se abatieron bruscamente sobre él.

—Ha salido por la puerta principal del convento. ¿Será orgulloso? —pensaba el Padre...

Veinte años más tarde, mientras se le amonestaba severamente en el tribunal, en Nápoles, en donde el Santo Oficio lo había convocado para la averiguación de las pretendidas e innumerables curaciones milagrosas que la voz pública atribuía al taumaturgo, conminado a decir toda la verdad y no omitir la más pequeña particularidad de su vida, agobiado a preguntas y después de haber recibido la orden formal del juez delegado por la Inquisición, el obediente hermano José confesó humildemente que aquella mañana, después de haber sido expulsado del convento por su ignorancia y su incorregible estupidez, se fue con el corazón compungido y hecho un mar de lágrimas, que estaba tan avergonzado, que no sabía cómo hacer para presentarse ante sus bondadosos progenitores. Pero que aún no había dado tres pasos cuando se *sintió transportado*, con una sensación tan delirante que le hizo perder toda noción de la realidad que le rodeaba; que no sabría decir cómo había ocurrido tal cosa, pero que, en vez de ir a casa de sus padres, tal como le había ordenado el Superior, sus pasos lo llevaron al aula de la universidad justo cuando proclamaban el nombre de los candidatos que habían sido admitidos a los exámenes, y que él, José, el más indigno e ignorante, se había presentado ante el tribunal *empujado por esa fuerza desconocida que lo había llevado hasta Bolonia*, y que, sin rubor alguno, pero no pudiendo evitar decirlo a pesar del sentimiento de ridículo que sentía, había solicitado ser examinado también y que a todas las preguntas había respondido con convicción *Amén*, tras lo cual, y ante su propia confusión, en vez de verse coronado con unas orejas de burro, se le colocó solemnemente el bonete de doctor en teología; y que, con él en la cabeza, no sabría decir cómo *se sintió repentinamente transportado en casa de sus padres*, donde fue recibido con grandes muestras de alegría y lágrimas de admiración, ante las que se sintió cohibido, sobre todo ante su madre; y que, después, se escondía, y que, después, sin saber cómo ni por qué, por donde quiera que iba el pueblo lo rodeaba, y que, no sabiendo cómo ocultar su vergüenza, y todo confundido, *voló...*

LA LEYENDA POPULAR DE SU TIEMPO ha hecho de san José de Cupertino un taumaturgo.

Estas son algunas imágenes grabadas sobre madera y torpemente coloreadas, tal como ilustraban el texto anónimo del folleto perdido la tarde del 13 de mayo cuando se dio la orden de quemar los bultos que llenaban los furgones del Cuerpo Expedicionario Británico, cuyo Cuartel General abandonó Amiens al amanecer para ir a instalarse (desde luego los servicios de prensa) en París-Playa antes de reembarcarse. El tiempo apremiaba y el orgulloso ejército estaba falto de vehículos. Por mi parte, no me podía llevar todos mis libros metidos en los bolsillos, por numerosos que éstos fueran, dadas las dimensiones que el sastre les había dado en mi uniforme a petición mía, yo que siento horror a llevar cosas en ellos. Pero, como corresponsal de guerra, estaba obligado a meter en ellos un bloc de notas, una estilográfica, mi *Petit Larousse* por lo perezoso que soy, un libro de metafísica por mi vena poética ¡y una máquina de fotos! No disponía de vehículo militar y tuve que hacer el viaje en tren (en el último, y bajo las bombas); tres días más tarde, me uní al *staff* de las *Forces Combattantes Avancées de l'Air* de la raf, donde fui acreditado por el agregado militar de la embajada de Inglaterra en París, y fue dando tumbos por una estrecha carretera bordeando el Aisne, donde tuve finalmente la suerte de toparme con algo, tan afortunado como largamente deseado, pero también patético, como fue dar con mi hijo y su tripulación. Fue la noche del 18. Al día siguiente, muy temprano, Rémy iba a ser derribado por la *Flack*, cayendo en las líneas enemigas. ¡Cuántos acontecimientos durante esos trágicos días que se iniciaban y se iban a reproducir durante un mes antes del hundimiento final! Mis recuerdos son sangrantes y no he podido olvidarme de ese tiempo, ni siquiera con esas siete imágenes de otra época que ilustraban un viejo folleto destrozado y ahora quemado, esa copiosa obra de divulgación redactada en italiano, impreso en Padua (probablemente hacia 1860) en gruesos caracteres tan favorables para los ojos debilitados de las señoras mayores y para uso de iletrados. Las siete imágenes (en madera vieja contragrafiada) servían para distracción de burros y conversión de no creyentes, y en colores para diversión de los niños:

PRIMERA IMAGEN: Faltaba. Debía de tratarse del retrato de un santo. Con barba.

SEGUNDA IMAGEN: Fray José en su triunfal marcha hacia Bolonia. Camina de una forma tan extraña, que llama la atención. Unos labriegos se burlan de él. Algunos le tiran piedras.

TERCERA IMAGEN: Cuanto más avanza, más llama la atención su insólita apariencia. Las mujeres lo siguen con la mirada, le van pisando los talones. Fray José parece deslizarse y las mujeres se ponen a gritar ¡milagro! viendo que *no posa los*

pies en el suelo, pues avanza ligero, sin dejar huellas, elevándose milagrosamente como Jesucristo al marchar sobre las aguas del lago.

CUARTA IMAGEN (enmarcada en una serie de pequeñas escenas en las que el santo se eleva cada vez más, planeando ante la muchedumbre cada vez más numerosa que se aglomera y le sigue): Mujeres tras él recitando oraciones y entonando cánticos, obreras, pastoras, humildes campesinas que abandonan por primera vez en su vida sus campos y chozas. Al pasar por las poblaciones, sirvientas y amas de casa, nodrizas con sus niños. Y cuanto más se acerca a la ciudad de Bolonia, cuyas torres se divisan al fondo, más delirante es la muchedumbre que se apiña tras *il santo*. Y en cada burgo por donde pasa el cortejo, artesanos, comerciantes y burgueses dejan sus faenas para unirse a la muchedumbre. Se abren las puertas de hospitales y prisiones a su paso por las ciudades, los enfermos se levantan de su lecho y los presos ven caer los barrotes. «¡*Il Santo... il Santo...!*».

QUINTA IMAGEN: en el aula de la Universidad. Fray José, en difícil equilibrio, de rodillas, posado como un pájaro sobre el borde del pupitre del que lo examina y respondiendo *Amén* a sus preguntas con las manos unidas y los ojos al cielo.

SEXTA IMAGEN: En Roma. Fray José volando por las bóvedas de San Pedro ante la gran estupefacción de los prelados que rodean a un gran personaje, el papa Urbano VIII. (En efecto, habiéndolo enviado allí el general de su orden, y ya en presencia del Soberano Pontífice, José experimentó un arrebató que lo elevó del suelo, ante lo cual aquél declaró que no dejaría de testimoniar ese prodigio si muriera después del santo varón).

SÉPTIMA IMAGEN: Parcialmente arrancada. Figura de otro barbudo. «*Raffaele Palma, padre que se ocupa del huerto del convento de Asís.— José pidiéndole que repita con él pulchra est María al tiempo que lo coge por los costados, lo levanta del suelo y se pone a revolotear por el aire con él*», según dice el texto.

Las otras imágenes habían sido arrancadas.

LA HISTORIA CUENTA TAMBIÉN que, cuando se presentó en Nápoles ante el Santo Oficio al haber sido convocado como *sospechoso de magia*, al entrar en la sala de audiencias su sentimiento de indignidad le hizo tirarse al suelo a los pies de sus jueces. Pero, ante el estupor general, lejos de quedar paralizado, se le vio elevarse ligeramente en el aire y no parar de subir hasta llegar al techo, de donde no descendió hasta pasada media hora y gracias a la delicadeza del padre Silvestro Evangelista, compañero suyo que sabía cómo dirigirse a él y hacerle volver en sí cuando esto ocurría gracias al sentido de obediencia que le caracterizaba. Lo llamó, pues, por su nombre, José sonrió y volvió en sí.

José de Cupertino fue severamente amonestado por dicha manifestación intempestiva, que fue considerada como pecado de orgullo, y considerando también los otros milagros y curaciones hechos por su cuenta desde hacía veinte años, los Inquisidores le ordenaron retirarse a un convento aislado. Urbano VIII atenuó esta sentencia, por lo que se le envió al convento de Asís, donde se le rogó que se mantuviera tranquilo, ruego que le hizo el padre guardián, el cual lo trataba fríamente al considerarlo un hipócrita. Más tarde, fue traspasado a la soledad de Pietrarubbia, después a la de Fossombrone (ducado de Urbino). Pero su popularidad era tal, que los hoteleros y las tabernas no tardaron en instalarse en los alrededores de los conventos para albergar a los curiosos que afluían, por lo cual se le devolvió a su convento de origen en osimo. Y es allí donde murió el 18 de septiembre de 1663 a la edad de sesenta años.

La única gracia que obtuvo en sus últimos años fue la compañía en todos los lugares del padre Evangelista, sin cuya abnegación no hubiera podido vivir el santo de lo torpe que era para todo.

NO ES EL BUEN PADRE SILVESTRO EVANGELISTA, testigo diario de las proezas de aviador de José de Cupertino, el que nos dará el detalle y la lista de sus récords; tampoco las *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, tan escrupulosas y tan minuciosas en lo que se refiere a lo inédito en el comportamiento de lo relacionado con el Espíritu Santo, pero que no se interesan lo más mínimo, nada de nada, por las hazañas deportivas. Para nuestro asunto, hay que leer el gran volumen que Olivier Leroy, profesor universitario, autor de varias obras sobre economía política, ha escrito sobre la levitación, el cual ha establecido basándose en cifras el palmarés de esta forma de vuelo sin punto de apoyo, sin vela y sin motor. Y no se trata de un panegírico, sino de una obra crítica que se detiene en todas las manifestaciones de este fenómeno, desde la más lejana antigüedad hasta nuestros días, tanto en los pueblos civilizados como en los más atrasados, en la que se estudia y analiza tanto el caso de los santos de la Iglesia apostólica y romana como el de los *médiums* y brujos más notorios, adjuntando las estadísticas de altura y duración y proporcionando cuadros comparativos y sinópticos. Dado su aparato científico, el tema tratado parece tan novedoso, que se lee como una novela, la novela de la prehistoria de la aviación moderna, comenzando por los titubeos, caídas, saltitos y fracturas, pues no es al primer intento como los magos y los demiurgos de la Antigüedad y de la fábula, como tampoco los santos cristianos de la Edad Media, o contemporáneos, se han elevado, han viajado por los aires. Pero está fuera de toda duda que, de todos los conquistadores del empíreo pagano o del cielo cristiano, es el humilde, el ignaro Fray José de Cupertino quien ostenta el récord, si no de la duración (Luis de Mantua: tres días), ni de la altura (Colette de Corbie: se perdía de vista, *oculis evanescens*), sí de la distancia (el 10 de julio de 1657: treinta metros a dos metros del suelo) y de la frecuencia: Prospero Lambertini, el futuro Benito XIV, que desempeñó en el proceso de canonización el papel de abogado del diablo y presentó en la Congregación de Ritos las *animadversiones* más puntillosas, ha retenido setenta casos de levitación ocurridas sólo en los alrededores de la villa de Cupertino. Y eso, sin tener en cuenta los éxtasis (*raptus est!*) en el convento de Asís, que eran casi diarios y fueron observados durante catorce años (de 1639 a 1653). Y, por si fuera poco, ¡nuestro pobre José es el único en haber volado *marcha atrás!*

ES MI AMIGO ALEXANDRE ROUHIER, director de la librería Véga, en el bulevar Saint-Germain, la librería mejor surtida de París en lo referente a obras sobre ocultismo, el que me descubrió la obra maestra de Olivier Leroy. Pero en ella, en la que se recogen todas las manifestaciones de levitación incluso entre los salvajes, no se menciona ni un solo caso de levitación póstuma y parece ignorarlo todo sobre el *ibadú*.

Un caso de levitación *post mortem* me fue proporcionado por mi amigo Edouard Trouin, hotelero de Sainte-Baume, pero también arquitecto visionario que ha concebido la Ciudad de la Contemplación que se construirá algún día frente al rocoso embalse que delimita esa augusta soledad desde la que María Magdalena se lanzaba varias veces al día llevada por los ángeles hasta el séptimo cielo. Se trata del bienaventurado Jacques d'Uzés, que voló en su ataúd desde Metz hasta el panteón ducal de su villa natal, en el departamento de Gard.

Jesús, después de dar un grito, rindió su espíritu.

En ese momento el velo del templo se rompió en dos, de arriba abajo, la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron;

Los sepulcros se abrieron y los cuerpos de los santos que habían muerto resucitaron;

Y después de salir de sus sepulcros después de su resurrección, entraron en la ciudad santa, siendo vistos por muchas personas.

(MATEO, XXVII, 50, 51, 52, 53)

He aquí, en mi opinión, un segundo caso de levitación póstuma, y además colectiva. ¿Y la Asunción, ese rapto de la Santa Virgen? ¿Y la Ascensión, esa milagrosa elevación de Jesucristo? Ciertamente es que era el Resucitado, el Dios vivo. Y es levitando como se cierra su vida terrestre:

Y sucedió que, mientras los bendecía, se elevó al cielo.

(LUCAS, XXIV, 51)

Pero Alexandre Rouhier, que es no solamente librero y sabio ocultista, sino también doctor en farmacia y autor de una monografía, modélica en su género, sobre el *peyotl*, planta que hace alucinar, un pequeño cactus mejicano llamado vulgarmente

en Arizona *the dry whisky*, este pozo de ciencia que es parece ignorar todo sobre el *ibadú*, planta que capacita al cuerpo humano para elevarse en el aire y moverse por él sin apoyo visible y viajar sin control de ninguna fuerza física, planta que todos los habitantes del Amazonas cultivan en su pequeño jardín secreto, detrás de su cabaña, y que la fuman en su pequeña pipa cuando sienten la nostalgia y el deseo de escapar del abrazo de la selva virgen que los retiene prisioneros, o que la toman mascando en caso de peligro cuando cazan o pescan, o cuando se celan mortalmente de su mujer y quieren volver instantáneamente a su casa: una masticada de hierba con la que al salivarla se elevan, desaparecen por el aire para aterrizar en su poblado con armas y bagajes, llevando también consigo su piragua.

«EN LA AMAZONIA, el extranjero que franquea el círculo del calvero del *hombre de la selva* no debe temblar de miedo y, sobre todo volver la espalda; si no, será picado en el talón. Que entre francamente en este antiguo asilo del hombre, se presente y no se perturbe.

»Entonces podrá ver de cerca, con sus propios ojos, al *hombre de la naturaleza* yendo y viniendo por el calvero perdido en las insondables selvas vírgenes cual isla en océanos de clorofila.

»Si no muestra demasiada extrañeza, su venida no sorprenderá y el amazónico continuará a lo suyo, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia: cuidar de su lumbre, trajinar con estacas y bastones, preparar sus cepos, colocar sus trampas y redes, lanzar su lazo o retirar sus espineles, tirar con arco o con cerbatana, o ir a ponerse de cuclillas entre sus cuencos, de sus cacharros de barro, sus utensilios de piedra, su tesoro esparcido por el suelo relativamente limpio de su área, ante su horno de mandioca o su saladero.

»Si es de buen carácter (pero tenga cuidado, el primitivo al que ha venido a sorprender, e incluso si ya está medio civilizado, es decir mestizo o *caboclo*, tiene el don de la doble vista y lee como un indio pura sangre sus pensamientos), este hombre no se alterará e irá a tumbarse en una red tendida entre dos postes bajo un tejadillo, se echará la siesta en su hamaca durmiendo sólo con un ojo, con sus flechas envenenadas o su *espingarda* al alcance de la mano y vigilado por una cascabel, su serpiente familiar.

»Pero si ha sabido inspirarle confianza, este “salvaje” se dejará incluso acompañar a su reducto, en un pequeño enclave secreto a donde suele ir varias veces al día, pues desconfía, para vigilar, abonar, cuidar las plantas de las que se ha apropiado y que ha sabido domesticar, las plantas misteriosas cuyas virtudes y terrible farmacopea solo él conoce, plantas demoníacas objetos de su culto que ha tenido que sustraer a la selva salvaje poniendo su vida en peligro, esa selva agobiante que lo aprisiona, su única, su insidiosa, su más mortal enemiga.

»Entre dichas plantas —lianas, arbustos, helechos, espinos, tubérculos, palmeras, musgos, setas benéficas o maléficas, regadas de sangre y atiborradas de carne, diurnas y nocturnas, algunas de las cuales ladran como perros a mediodía, otras son melodiosas al agitarlas el viento, otras más parecen sentir crisis nerviosas cuando el tiempo va a cambiar, plantas que desgarran, queman, arañan, se pegan, se adhieren, cortan, agujerean, aromáticas por el día y nauseabundas al claro de luna, que hacen estornudar o dormir, cuyos frutos, hojas, brotes, raíces, cortezas, polen y granos son venenos, febrífugos o estupefacientes de las que el primitivo *hombre de la selva* sabe extraer polvos o rapé, tinturas o jarabes, tuétanos o resina, alcohol o ungüentos, goma o cristales que entran en la composición, casi siempre en dosis infinitesimales, de los

elixires y aguas tofanas, drogas adivinatorias o filtros de amor, harinas de salud o decocciones mortales que él prodiga a sabiendas— entre dichas plantas hay una, la más rara, la más mágica de todas pero que no falta en ningún huerto secreto y que crece detrás de cada cabaña y de la que cada indígena lleva un saquito de hojas secas consigo, que es la planta más misteriosa de la selva amazónica pues nunca un Blanco se ha podido hacer con un tallo, a la que los sabios de Europa sólo conocen de oídas y han catalogado provisionalmente, debido a sus efectos psíquicos, entre los venenos más peligrosos para la inteligencia, esos que, según ellos, *actúan sobre el umbral de la consciencia* pero que todo Amazonio fuma tranquilamente, está el *ibadú*, la planta de la levitación... Planta legendaria gracias a la cual “el hombre de la naturaleza”, ese prisionero de la selva, viaja sin estar obligado, como nosotros los civilizados, a subirse en ningún barco o avión».

ESCRIBÍ EL CAPÍTULO ANTERIOR a mi regreso de un viaje a la Amazonia y lo publiqué, junto con otros acompañados de fotos, en el diario *Le Jour* en 1935. Pero nunca mencioné a mi compañero de viaje, el capitán X..., consejero en la embajada de Brasil en París y el único blanco susceptible de proporcionar un testimonio vivido bajo los efectos del *ibadú*, puesto que fue levitado después de haber absorbido a la fuerza cierta dosis que su piragüista le hizo ingurgitar al zozobrar la embarcación, en medio como estaban de uno de esos furiosos huracanes que transforman el Amazonas en un mar rabioso y que te caen de repente encima sin previo aviso en medio del tiempo más bello y el cielo más cerúleo. Es el *povoroca*, devastador huracán que origina sombríos cortes en las selvas vírgenes circunvecinas, abate gigantescos árboles, hace remontar, echar marcha atrás, al río más potente del mundo, levanta columnas de agua que vuelven a caer en trombas giratorias, se desplaza como un ciclón en bruscos saltos y de una energía inaudita. En un guiño de ojo todo está asolado. Los relámpagos fulguran sin discontinuidad. Los truenos se abren paso como tanques. El jadeante cielo queda estriado de nubes amarillas y gruesos nubarrones que se precipitan. Huele a ozono, y el calor que se desprende de todo este revuelo te sofoca y te hace llamear. Chispazos eléctricos crepitan a lo largo de los nervios. La mirada queda estupefacta. La lluvia diluviana que sigue y marca el final del fenómeno es una picadora que va, viene, apiola, aplasta; afilada como la hoja de una hoz, la lluvia siega, siega y hace el vacío por donde se desplaza, empujándole a uno, y te agrieta la piel, te hace sangrar.

—¿Y su escolta? —le dije a mi amigo.

—Se ahogaron todos.

—¿Eran muchos?

—Un sargento y seis hombres.

—¿Estaban en la piragua?

—No, en otras tres embarcaciones, dos hombres en cada una y dos remeros.

—¿Y usted?

—Yo iba en una pequeña piragua, con José Antonho, el guía de Pau-Queimado, un *zambo*^[7], con su hijo Firminho, un chaval de quince años.

—¿Y?

—Entonces José Antonho se lanzó sobre mí, me dio un golpazo con la espátula en medio de la frente, me hizo caer al fondo de la piragua que se estaba hundiendo y, cuando estaba abriendo la boca para gritar, me metió dentro de ella un manojo de hierba que casi me ahoga y.

—¡Se puso a volar!

—No, *Senhor*, yo me debatía. Mi última sensación fue una sensación de agua y de frío. Un agua amarga que me corría por la boca, de un amargor que me hacía escupir

y tragar, y un frío que me helaba los miembros, me paralizaba.

—¿Y después?

—Me desperté. Unas mujeres nos estaban haciendo beber un caldo criollo, una mezcla caliente. José Antonho y Firmino estaban acostados a mi lado. Seguían inconscientes. Me encontraba mal, con fiebre...

—¿Así que no habían vuelto al campamento?

—No, me encontraba en la cabaña de José Antonho, de vuelta a Pau-Queimado, su población de origen, a trescientos quilómetros del campamento.

—¿Qué día era?

—Era el mismo día. Apenas había transcurrido media hora desde el momento del naufragio, cuando creí que no saldría de aquella...

—¿Y la piragua?

—En su sitio de siempre.

Aunque al consejero de embajada no le gustaba hablar de esta aventura, yo no hacía más que ir a su casa para que me contara. Era un hombre digno de crédito, tranquilo y ponderado. Vivía en Francia desde hacía quince años. Había alquilado la villa de Léon Bloy en Bourg-la-Reine. Sentía una gran admiración por este escritor por cuanto él mismo se pasaba las noches escribiendo novelas, relatos nostálgicos en los que evocaba la vida y el pasado de su país perdido con una sintaxis singularmente complicada y un vocabulario romántico de lo más rico y precioso, pues las noches son largas cuando se sufre de insomnio y accesos de paludismo y con la mente raptada por el *Infierno Verde*, que así era como llamaba las selvas vírgenes de la Amazonia que tan bien conocía por haberlas explorado y de las que se había salvado por muy poco. Lo que equivale a decir que como hombre de letras era alguien acostumbrado a la introspección, que no se dejaba engañar por las palabras ni estaba dispuesto a dejarse engañar por las sensaciones. Podía confiar plenamente en lo que decía, razón por la cual venía a interrogarle en esa tranquila villa, situada justo en frente del liceo Lakanal en donde yo mismo había sido curado en 1916 después de tantas sensaciones de pesadilla después de la amputación, cuando el espíritu se emplea en seguir, situar, identificar, localizar qué puede ser de la mano cortada que se hace sentir dolorosamente no en el extremo del muñón, ni en el eje radial de la consciencia, sino en aura, en alguna parte fuera del cuerpo; una mano, manos que se multiplican, se desarrollan y se abren en abanico con el raquis de los dedos más o menos aplastado, los nervios ultrasensibles que acaban imprimiendo en la mente la imagen del mismo Siva, ese hombre divinizado. Es pavoroso. De ahí la sonrisa...

Permanecimos sentados a la mesa. Tomábamos *cafezinhos*. Yo fumaba un puro negro que el consejero me había ofrecido. Su señora esposa, durante el relato de la aventura, tocaba madera y rezaba. No le gustaba oír a su marido contando sus aventuras en la selva cuando al capitán x le asignaron la misión de pacificar con el coronel Cándido Rondón entre los indios *Muras* en 1921. A su lado, en el salón, la hija menor acompañaba al piano a su hermana, que cantaba con mucho sentimiento la

bella canción bahiana:

O, meu sabia!
Deus canta...
A mordinha d'ella!
Non me faz lembra...

En ese marco, ¿qué más podía preguntar al consejero? No podía seguir insistiendo. Dicho esto, aún osé preguntar:

—Dígame, querido amigo, ¿qué sensaciones tuvo cuando absorbió esa fuerte dosis de *ibadú*?

—No lo sé. Me ahogaba.

—¿Y no tiene ningún recuerdo de su levitación, de ese viaje?

—Ninguno.

—¿No sintió vértigo...?

No me respondió.

—Dígame —insistí—, ¿y José Antonho, qué dice de todo esto? ¿Lo encuentra normal?

—¡Oh, Cendrars! Usted sabe muy bien que la gente de allí no habla nunca de estas cosas. San José de Cupertino tampoco hizo ninguna declaración sobre su levitación y hasta es posible preguntarse si tenía conciencia de ella. Nunca habló del tema y nada se sabe de sus impresiones personales.

Es un misterio de Dios.

GRANGES-LES-VIEILLES-ÉGLISES...

«Es un gran progreso el que allí donde las mujeres rezaban las vacas rumien.»

Había establecido mi itinerario con mucho cuidado de modo que me fuera fácil largarme.

Y buscando la manera de morir que desde hacía algunos años deseaba, circulaba a tumba abierta por un atajo que conducía a Granges-les-Vieilles-Églises, haciendo mía la frase de Rémy de Gourmont que me había venido al recuerdo por asociación de ideas: «Es un gran progreso el que allí donde las mujeres rezan las vacas rumien...» Granges-les-Vieilles-Églises...

Desde el 10 de mayo de 1940 el surrealismo había perdido vuelo. No la obra de los poetas que se etiquetan absurdos, y que todo lo más son surrealistas predicando el subconsciente, sino la consciente obra de Cristo, el único poeta de lo surreal. Él jamás escribió una sola línea. Él actuó. Y todos le pusieron verde. Lógicamente.

De haber sido alguna vez creyente, hubiera pensado que aquel día había sido tocado por su gracia.

La imaginación vuela por donde quiere.

Fuego, llamas, humos. Bombas que atizaban incendios. Puentes, vías del tren y esclusas saltando por los aires, mientras en las carreteras el numeroso ejército aliado avanzaba entre el ruido de los motores sin saber que iba a yacer esa misma noche entre los muertos; o los supervivientes desorganizados ya en desbandada desde por la mañana debido a las oleadas de gente que huía aterrorizada en columnas cortadas por largas filas de automóviles americanos de Bruselas y de Amsterdam que huían a toda mecha en medio de un cloqueo de señoritas y un chirrido de neumáticos, un mundo mágico de final del mundo bajo un sol implacable. Visión bíblica, y eso sin tener en cuenta los callados sollozos de los niños perdidos en esa tormenta, o de ese coche de funeraria abandonado en el cruce de carreteras cuyo cadáver, una muy anciana mujer, taponaba por sí solo el camino.

Como dijo Goya, *Yo lo he visto*, lo he visto con mis propios ojos...

Me pierdo con las fechas. No es posible: tantas cosas, tantos acontecimientos, tantas desgracias, tantas cobardías —pánico, batallas perdidas, muertos, enfermos abandonados en un hospital en llamas, huérfanos perdidos, locos dejados en libertad, vacas que mugían de dolor porque nadie venía a ordeñarlas, gasolina que manaba ante un garaje cuyo propietario había huido precipitadamente sin haber cerrado el grifo o porque se había atrancado la bomba—. No, no es posible, ¡tantos acontecimientos no han podido producirse en tan poco tiempo! Histeria pura. El sol

se había detenido (¡el parte meteorológico había anunciado un anticiclón de cuarenta días!). ¡No es posible! Por eso se descomponía todo, hasta los engranajes que giraban en el vacío, hasta la avería generalizada, hasta el punto muerto.

No, aquel 10 de mayo el hombre no estaba a la altura de los acontecimientos. Dios. En las alturas del cielo era como un culo de brillantes nalgas y el sol como un ano en llamas. ¿Qué otra cosa podía salir que no fuera la mierda? Y el hombre gritaba presa del miedo. Y Jesús le dijo:

«¿No comprendéis que todo lo que entra por la boca pasa al vientre y es lanzado a los lugares secretos?

»Pero lo que sale de la boca viene del corazón, y es eso lo que ensucia al hombre».

(MATEO, XV, 17, 18)

¡Es imposible que la lección no haya servido de nada!

«¿No comprendéis?», pregunta Jesús. «Es del corazón de donde vienen los malos pensamientos...». Y Baudelaire declara: «Todo es rezo. Cuando un demócrata caga, dice que está rezando». (*Mi corazón al desnudo*^[8]).

Y es así como hay que entender que, saliendo de Sacre Coeur de Mont-martre, adonde había acudido en visita oficial en junio de 1940 con todo su pretendido gobierno, el tal Paul Reynaud, ese patrón del Santo Moco, pudiese declarar sin vergüenza ninguna, pero con dos chorros saliéndole de la nariz: «¡Creo en el milagro!».

LOS CORRESPONSALES DE GUERRA destinados en el Cuartel General británico entraron en Bélgica el 10 de mayo por la tarde. Algunos llegaron hasta Lovaina a tiempo para ver quemarse una vez más la célebre biblioteca. Yo me reuní con ellos la noche del 11 al 12 en Bruselas, procedente de París. El 13 ya estábamos en Lille. El 14 evacuamos Arras para instalarnos en Amiens. Y esa misma noche llegaba la orden de prender fuego a los equipajes. Nadie sabía dónde se había instalado el Cuartel General. El secreto era absoluto. Y nuestro equipo, que paseaba a sus miembros continuamente de acá para allá, fue disuelto: los periodistas anglosajones, enviados a París-Playa, (en donde se reembarcaron); los franceses (André Maurois de *Candide*, J.-H. Lefebvre del *Jour*, P. Ichac de *Lllustration*, R. Lacoste de la *Agence Havas*, P. de Lacretelle del *Petit Parisien*, B. Franklin del *Intransigeant*, y yo, representando, además del *Paris-Soir*, una media docena de periódicos de provincia, entre ellos *La Petite Gironde*, *Le Petit Marsellais*, *La République orléanaise*, *Le Mémorial de Saint-Étienne*, *La Dépêche de Brest*, *La Dépêche algérienne*, *La Vigie marocaine* o *Le Phare*^[9]) evacuados a París en tren. Ya en París, el 15, corrí a la embajada de Inglaterra para un nuevo destino y el agregado militar me preguntó si quería unirme al servicio aéreo, pero que tenía que esperar tres días para conseguir la conformidad de Londres y recibir del *War Office* el salvoconducto y la orden de partida.

Aproveché esos tres días para llevar a Raymone y su anciana mamá a casa de unos parientes en el Midi. Conducía a tumba abierta por pequeños caminos para evitar el embotellamiento de las carreteras principales, pues el pánico se extendía ya hasta el litoral mediterráneo, complicado por la agitación de los refugiados de la frontera italiana. Conducía a tumba abierta en mi propio coche que iba a contracorriente por caminos cada vez más estrechos para evitar el flujo y reflujo de las batallas y el devaneo del éxodo, habiendo planeado cuidadosamente mi itinerario que pasaba por Granges-les-Vieilles-Églises, al sur del Aisne. Era el 18 de mayo por la tarde. Quería llegar a Reims antes de anochecer.

GRANGES-LES-VIEILLES-ÉGLISES... «Es un gran progreso el que, allí donde las mujeres rezaban, las vacas rumien...» Curioso progreso. ¡Pobre Francia! Iba enganchado al volante. Más que los botes del coche, los sobresaltos de mi memoria y todo lo que me venía al recuerdo de lo que había visto en la batalla y de las imágenes apocalípticas del éxodo me hacían correr el riesgo de saltar del asiento y, cuando me detenía en algún detalle horroroso, apenas lograba evitar salir despedido. Conducía a tumba abierta, seguro de mis reflejos y de la mecánica, agotado, desgarrado, haciendo mía la frase idiota de Rémy de Gourmont, pensando en Dios en un completo olvido de mí mismo, evocando a los santos católicos que han hecho ese bello país que es una Francia que yo acababa de atravesar de frontera a frontera en el que a cada giro de rueda aparece un pueblo con nombre de santo con su leyenda incluida... tintineante... Aun con los ojos abiertos, me estaba entrando sueño. Estaba roto de cansancio... Campanas... ¿Es que iba a arder de nuevo Reims? La fachada de la catedral conserva aún su corteza, si bien las piedras desprendidas durante la guerra anterior no han sido reparadas todavía: apóstoles, santos, reyes de Francia desconchándose... Campanas en el crepúsculo... Granges-les-Vieilles-Églises... Y yo iba a tumba abierta.

Granges-les-Vieilles-Églises no es lo que se puede decir un pueblo. Es una de esas muchas aldeas dispersas a lo largo de los bordes de una carretera trazada con regla donde, a cada cien metros, tanto a la izquierda como a la derecha, se ven granjas de aspecto miserable o un vallado ruinoso, todo ello alineado detrás de una fila de postes de teléfono llenos de cables. Un lugar feo y tonto. La tarde está cayendo. Invisibles vacas mugen, como si fueran las habitantes de las casas abandonadas. Ni un gato a la vista. Piso el acelerador. De repente, un frenazo. Mi coche derrapa ruidosamente. Doy rápidamente marcha atrás. Me viene un ramalazo. Me acaba de entrar por el rabillo del ojo una de esas visiones fugaces típicas de cuando se circula velozmente. No es posible. No puede ser él...

¡Sí, es él!

Rémy.

—¿Pero qué haces aquí, hijo? —grité saltando del coche.

Ahí estaban los tres, Rémy y su equipo, sentados en torno a un velador instalado a la puerta de un pequeño café bebiendo una botella de vinazo. Me los presenta. Sumando los años del trío, no llegan a los setentaicinco. Los aprieto contra mi pecho con mi único brazo. A su mecánico, a su radioametrallador y a mi hijo, el piloto.

¿Y qué hacen allí? Se están tomando una botella para celebrar su primera victoria. El día anterior, han derribado un *Dornier 17*.

—¿Pero sabe usted? No será homologado, pues cayó muy lejos —me dijo el mecánico—. ¿No es verdad, Rémy?

—Es verdad. Lo atrapé perfectamente y no lo solté. Ha debido de caer en Holanda. Y me pregunto qué hice para volver, pues apenas me quedaba combustible. Pero parece que el capitán no puede homologarlo.

—Eso no es ningún problema —dijo el radioametrallador—, puesto que ahora estamos celebrándolo. ¡A tu salud!



Rémy Sauser (izquierda) reencontrado por Blaise Cendrars en Granges-les-Vieilles-Églises el 18 de mayo de 1940.

—¡A la tuya! —¡A la nuestra!

—¿No quieres un trago, padre?

—No es que no quiera. Pero ¿qué es lo que hacéis en este poblacho? ¿Es que es vuestro acantonamiento?

—No, estoy en misión especial del Cuartel General. Mañana por la mañana, al alba, partimos en patrulla para informar del avance de los blindados alemanes en dirección a Abbeville. Y tú, padre, ¿qué haces aquí?

—Voy a unirme a la aviación inglesa.

—Fenomenal, ¿no? —me dijo el mecánico, un parisino

—Pero no te equivoques, muchacho. Yo no soy piloto. Soy periodista. Yo no voy a combatir. Voy a informarme.

—La cosa está mal, ¿no? —me preguntó el radio, bretón él.

—Muy mal. ¿Y qué es lo que vosotros veis allá arriba?

—No mucho —me respondió Rémy—. Los blindados dan vueltas locas. Sin sostén ninguno. La infantería viene trescientos kilómetros detrás. Un auténtico agujero. Pero la aviación está por todas partes. Eso joroba.

—Bueno, muchachos —les dije al cabo de un rato—. Disculpad, debo irme. Llevo mucha prisa. Quisiera estar en Reims antes de que anochezca.

Los abracé otra vez. Le di a Rémy todo lo que llevaba en la cartera:

—Para champán —le dije al oído—. Pero del bueno, no de eso tan horrible que estabais bebiendo. Arranqué. ¡Buenos chicos!

Pero apenas había hecho trescientos metros cuando paré en seco para dar marcha atrás.

Llegado a la altura del café, llamé a Rémy:

—No te rías. Te lo digo en serio. Estoy preparándote la vida de san José de Cupertino. ¿Te acuerdas? Ya me he informado mucho y te he escrito un buen paquete de páginas. ¡Que tengáis suerte!

—¡Hasta la vista, padre! —me gritó a mis espaldas.

Pero yo ya iba a toda mecha...

Era el 18 por la tarde. Al día siguiente, al alba, Rémy y su radioametrallador serían derribados durante su misión apenas en el aire, cayendo tras las líneas alemanas. El 19, fueron conducidos a Bochelania. Yo no me enteré de eso hasta pasados dieciocho meses. Cuando ambos, con gran astucia y ocurrencia, lograron salir de Kaisersteinbrück, junto a la frontera de Hungría, y reunirse conmigo en Aix-en-Provence.

—¿Y vuestro mecánico? —les pregunté.

—No se sabe. Parece que le han dado por desaparecido —me respondieron.

DESDE REIMS, EL CUARTEL GENERAL DE LA RAF al que había sido destinado se trasladó a Troyes, en donde permanecimos desde el 31 de mayo hasta el 3 de junio; de Troyes a Blois, en donde nos quedamos desde el 3 al 13 de junio; de Blois a Nantes, en donde todo lo que quedaba de plataformas de la aviación inglesa se evaporó rumbo a Brest la noche del 15. A mediodía del 16, vi despegar el último avión inglés de la base secreta del castillo de los Chaffault. Centenares de motores *Rolls-Royce*, todavía sin estrenarse, estaban en llamas, así como un montón de alas y armazones, talleres y campamentos. Todo había sido regado de gasolina. Todo chisporroteaba.

Yo era el único testigo.

Durante toda la mañana había visto surcar el cielo escuadrillas que volvían a Inglaterra a todo vuelo. Siguiendo con la mirada el último avión que se alejaba, admití que habíamos perdido. Cinco minutos antes, me había negado a embarcar. Todavía creía en la posibilidad de un vuelco de la situación.

—¡Que esto es Francia! Verdún.

Mi despedida con el *wing-commander* Smoke había sido patética.

—*God bless you, Sir*. Tiene usted la suerte de ir a combatir y continuar la lucha en Inglaterra. En cuanto a Francia... no me siento con valor para abandonarla.

... Salir de Francia en ese momento, cuando es en ella donde se va a desarrollar el drama, donde cada francés deberá tomar partido...

Dirección Sur. En la carretera nacional el éxodo batía récords. Tal como era mi costumbre, tomé los caminos secundarios donde no había un ser vivo salvo urracas (nunca había visto tantas), pájaros agoreros en número incalculable que revoloteaban de seto en seto, se posaban erectas como espátulas, batían alas, se espantaban, cuyo inquietante vuelo y su plumaje blanco y negro me hacían pensar en la mala intención de Gilles de Rais, ese maldito. Acababa de atravesar Macheoul. Iba a poca velocidad en dirección a Burdeos, en medio de las bonitas viñas de Cognac con los ojos llenos de lágrimas.

Aquel lunes por la mañana reinaba la histeria. Todo el mundo en gemidos. El Todo París. Discusiones. Peleas. Y de repente el estupor: Pétain acababa de solicitar el armisticio, según se oyó por la radio. Era el 17 de junio. A las 12 y cuarto...

Podría cerrar este capítulo empleando la famosa frase de Kipling: «Pero eso es otra historia...» ¡Pero, maldito sea Dios, no es otra historia!

Si mis aventuras durante mi vertiginoso periplo a través de toda Francia con los ingleses no tienen cabida en el marco de este relato, e incluso si no suelto palabra y dejo en silencio las desgarradoras escenas, los cachondos episodios y los líos derivados del hecho de que por todas partes se me tomase por inglés debido a mi uniforme y a la gorra aplanada (¡el hábito hace al monje!) y las asombrosas imágenes

que me asaltaban a cada recodo del camino, sin olvidar la poesía surrealista de Cristo comentando una página del Apocalipsis o filmándola en Francia, es porque dichas aventuras cotidianas condicionan a fin de cuentas lo que sigue y el final de mi relato, como también que las condiciones del armisticio, en esa gran desgracia general que se abatía sobre los franceses, tuvieron una acción inmediata sobre mi propia suerte y, como otras muchas más, condicionaron mi vida y fijaron mi línea de conducta en los años que iban a seguir.

Así, desde la tarde del día siguiente, me encontraba en Marsella ¡y allí era el último inglés en uniforme!

Lo que produjo una situación cómica con un comisario simplón.

Cuando le expliqué mi caso, ese jovial meridional me dijo:

—¿Y a qué espera usted, caballero, para cambiarse de uniforme?

Ya el día anterior, en Burdeos, un oficial superior, con el que me encontré en la terraza de un café donde se arrellanaba habitualmente, me había dicho:

—Le aconsejo, Cendrars, que se vista de civil. No siga con ese atuendo. Los ingleses nos han traicionado en Bélgica. No han querido combatir. Será mal visto.

A lo que le respondí con encendida indignación:

—¿Qué sabe usted de eso, coronel? ¿Dónde estaba usted el 19 de mayo? ¿Y qué ha hecho usted desde entonces, usted y otros llenos de galones como usted y con la misma mala fe? ¡Cállese! No lo puedo soportar...

Desde entonces, las posiciones de cada cual habían sido tomadas y duraron hasta el día de la Liberación.

YA CONTÉ EN MI CARTA A ÉDUARD PEISSON, incluida en *Ll'homme foudroyé*^[10], cómo y por qué había vuelto a escribir aquel 21 de agosto de 1943; pero, bien pensado, me doy cuenta ahora de que ha habido otras razones para volver a coger la pluma y mi actividad de escritor después de tan largos y dolorosos años de silencio.

Había sucedido lo de Stalingrado y Roma estaba a punto de caer. Desde el 14 de julio en que me encontraba en Aix-en-Provence en la más absoluta de las soledades, a medida que los acontecimientos se iban complicando y se hacían más pérfidas las medidas policiales, así como la represión, en ese retiro no había hecho otra cosa que quemar papeles, si bien es cierto que en 1943, cuando un miembro de la Gestapo se instaló en un piso pegado puerta con puerta al mío, me dije que en caso de pesquisa eso sería sospechoso: un escritor sin papeles, sin notas, sin informes, sin agenda, sin un libro, harían de mi desnuda mesa un motivo muy comprometedor.

Así que me puse a frecuentar la biblioteca Méjanes para disimular... A su llegada a París, los boches se habían hecho con mi último libro *Con el ejército inglés*, que destrozaron y que iba a ser publicado por Correa, y del que, por supuesto, no había podido asegurar el servicio de información, como estaba convenido, el 10 de mayo de 1940. Durante la ocupación, cada martes y viernes los boches pasaban regularmente por mi domicilio en París, en la avenida Montaigne, para ver si había vuelto, de lo que estaba informado por cuanto la señora Lampen, la propietaria, me dirigía cada vez una nota en la que decía *su tía Amelia ha venido a invitarle a comer*, lo que no necesitó de más precisiones para que yo entendiera. Me las escribía desde la primera visita domiciliaria que hicieron, en realidad una búsqueda y captura, en la que no me encontraron y le preguntaron si sabía dónde estaba, y que era el enemigo público número uno de Alemania. En 1943, y supongo que debido a una denuncia de un amiguete del círculo literario, los boches me pusieron en la célebre lista *Otto* y fui prohibido, ¡el colmo!, por ser escritor judío. En Aix, en 1944, los «milicianos» vinieron a visitarme dos veces en mi casa de la calle Clemenceau, pero en cada ocasión me encontraba como por casualidad, pues se me había avisado, en el campo en casa de mi ahijado.

La biblioteca Méjanes resultó ser un buen escondite aun en plena boca del lobo, instalada en el mismo edificio de un ayuntamiento atestado de policías de todo pelo y ralea, más o menos colaboradores de los boches, pero a ninguno de ellos se le ocurrió subir al primer piso para ver lo que allí había.

Es en esas condiciones como reinicié un nuevo estudio, hecho de notas de lectura y de referencias sacadas de las *Acta Sanctorum*, quinto tomo de septiembre, en donde coleccionaba las hazañas de aviador de san José de Cupertino.

¡Mi querido san José!

Solamente una vez durante aquellos años de esperanza desesperada había visto su nombre en no recuerdo qué periódico ni de qué fecha exacta. Soy bastante descuidado. No lo anoté. Estaba muy pesimista en cuanto a volver al tema. Además, también había tirado al fuego mi primer informe sobre el mismo. Y sentí una gran impresión al ver su nombre impreso en un periódico. Recorté el artículo, lo grapé en la pared de la cocina entre los mapas en los que iba siguiendo con impaciencia las fluctuaciones de las batallas y los frentes.

He aquí copia de ese recorte amarillento y lleno de cagarrutas de moscas:

«UN MONJE ITALIANO QUE SE ELEVÓ SETENTA VECES POR EL AIRE SE CONVIERTE EN EL PATRÓN DE LOS PILOTOS AMERICANOS

»New York, 28 de octubre (¿de 1943?).— Según periodistas franceses, que han elegido recientemente como patrón a san Jerónimo, los pilotos americanos han decidido por su parte ponerse bajo la tutela de un santo. Se trata, claro, de pilotos católicos.

»Ignorando que en Europa ya se tenía una patrona, Nuestra Señora de Loreto, los americanos han rebuscado en la hagiografía a qué personaje sagrado podrían dedicar su corporación.

»En un principio, no encontraron a ninguno relacionado con la aviación.

»Pero una de sus admiradoras, *Miss Gretcher Green*, leyendo atentamente una *Vida de los santos*, descubrió a un monje franciscano, llamado José de Cupertino, que fue canonizado en 1782. La leyenda pretende que José de Cupertino, en el transcurso de su piadosa vida, logró elevarse por el aire setenta veces, especialmente para subirse a las altas ramas de los olivos desde las que predicaba la humildad, la fe y la caridad.

»Sus fieles, asombrados, le vieron incluso volar por encima del altar de su iglesia.

»Es por esos milagros por los que fue canonizado. Y es en su recuerdo por lo que *Miss Green* decidió hacer de este santo el patrón de los pilotos.

»En realidad, lo fue en 1767.

»Ya se han grabado medallas representándolo en su vuelo, y a modo de exégesis, con esta frase sacada de la Biblia: “Ya habéis visto como os transportaba sobre las alas de un águila”.

»Solo le falta a san José de Cupertino hacerse tan popular entre los pilotos como lo es san Cristóbal entre los automovilistas o santa Bárbara entre los artilleros».

Ignoro quién puede ser esta *Miss Gretcher Green*, la amiga de los pilotos. Olivier Leroy cita varias veces en su libro una obra americana: Laing (Francis S.), *Saint Joseph of Copertino* (Saint-Louis, 1918), lo que prueba al menos que *Miss Green* no ha inventado nada, ¡ni siquiera en América! En cuanto a la medalla a la que alude el recorte de periódico del que, ¡ay!, ignoro título y fecha a pesar de mis activas búsquedas y preguntas a pilotos americanos, no me he podido hacer con ningún ejemplar ni encontrar a nadie que la llevase. Pero sé que existe.

LA BIBLIOTECA MÉJANES. Es en ella donde se encuentra la más bella colección de textos eróticos del mundo, *La Guirlande de Julie*, cuyo original el padre Aude (muerto en 1941), ese delicioso, espiritual y hablanchín amigo, conservador de la biblioteca que se había leído todos los libros y que lo sabía todo (¡qué maravilloso!), me había mostrado y también comentado maliciosamente al final de la otra guerra, cuando vine por primera vez a Aix. Fue con los Roosevelt y los Destrooper, esa banda de jóvenes vividores que habíamos salido vencedores de la guerra y que éramos los únicos a los que se oía en el Grand Hotel des Thermes Sextius, en cuya piscina nos pasábamos mañanas y tardes, y a veces también las noches, aunque no nos hacían ninguna falta, ni mucho menos, esas famosas aguas cuyas virtudes proclamaron los romanos en un lapidaria fórmula que aún hoy podría servir de eslogan publicitario:

*Venustas mulieri
Priapo viro.*

El padre Aude, al que le encantaba la juventud, solía venir a nuestras fumatas y tragos que nada tenían que ver con la melancolía. Y también es en esa biblioteca donde solía leer, como en 1907 en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo, en los días con más pasta de mi vida, y como en Nueva York, en 1911, en la *Central Library* de la Calle 42, cuando estaba más tronado que nadie, la patología de Migne y las *Acta Sanctorum* de los Bolandistas. Solía dejar la Méjanes por la tarde llevándome a casa un gran in-folio, atravesando clandestinamente el patio del ayuntamiento como si llevase un escudo para protegerme y con él reforzar en casa mi defensa, constituida por dos mil quilos de leña que había apilado en el pasillo, detrás de la puerta, dejando al alcance de la mano unos escondrijos en donde guardaba mis armas, pues en caso de arresto haría saltar el inmueble, para lo cual había preparado una mina en mi mesita de noche, ¡ya que no podía hacerme a la idea de ser hecho nunca prisionero, como ya estaban mis dos hijos!, ¡y disponía de una dosis de cianuro... como en 1914!

Y aquí comienza otra historia, como dice Kipling, la del *Perro de Adolfo*, que aún no puedo citar en el presente volumen porque no sé cuándo se me permitirá contarla. Es la de un hombre que aún no ha vuelto de Alemania. ¿De qué trata, de libertad, de secretos, de silencios, o simplemente de claustrofobia y anemia?

Un francés debe vivir para ella,
Por ella un francés debe morir...

Para la anciana parisina de ochenta y cuatro años que tenía acogida en mi casa no

ofrecía la menor duda, hasta el punto que cierta parejita formada por una inglesa y una americana que venían alguna noche que otra a visitarme, ignorando ante quién estaban, acabaron reconociendo: «¡Es genial que haya dado con la solución esta ancianita que nos está escuchando! Ni un novelista lo hubiera imaginado...».

San José de Cupertino.

¡Ay, los santos, esos *enfants terribles* de la Iglesia! Es lo único que hay de verdadero para no condenar y maldecir la vida. Los Santos, los Niños, las Flores y las Aves, los locos, esos bienes gratuitos que nos vienen de no se sabe dónde, esporádicos e inocentes. Sin ellos, la vida sería imposible. Así que me ponía a leer... y el día de la Liberación icé una bandera china por mi ventana, la única que flotaba en Aix. ¡Pobres chinos, en guerra desde hacía diez años, en los cuales nadie repara y para cuya liberación se declaró esta guerra! Y todavía hoy siguen en ella...

He aquí, pues los extractos de mi lectura en la Méjanes. Pero, como no quiero pavonearme ni henchirme cual rana de fábula, pues no suelo beber agua, empiezo diciendo que para no engordar desmesuradamente mi relato solo daré pequeños extractos de los Bolandistas, eligiendo los ya hechos por Olivier Leroy en su ya citada obra sobre la *Levitación* y publicando el mismo texto de su resumen, controlando la traducción, añadiendo alguna que otra coma o nota, pero sin trastocar el contenido, pues su traducción es íntegra e inteligentemente llevada a cabo. Es de cine^[11]:

«**E**L DÍA DE LA FESTIVIDAD de san Francisco, revestido con la capa procesional y en presencia de otros religiosos y habitantes de Cupertino, José se elevó en el aire hasta el púlpito de la iglesia, y se posó en su borde, donde permaneció en equilibrio durante mucho tiempo arrodillado y con los brazos en cruz.» (*Acta Sanctorum*. Tomo V de septiembre, página 1021 B/u).

«Un Jueves Santo por la tarde, y mientras rezaba ante el monumento erigido en el altar mayor, se elevó en el aire hasta el sagrario, sin desordenar nada, y volvió a su sitio por la misma vía bajo las órdenes de su superior. A veces también se le veía volar hasta el altar de san Francisco y de la virgen de la Grotella mientras se rezaba la letanía». (*Ibid.*, página 1021 B/x).

«Viendo desde la puerta del convento a unos obreros esforzándose en plantar una alta y pesada cruz de calvario en una pequeña colina entre Cupertino y Grotella, voló hasta esa cruz, que estaba a unos ochenta pasos. Y, levantándola como si fuera un simple palo, la puso en el hoyo. Posteriormente, se le solía ver elevarse en éxtasis hasta ella». (*Ibid.*, página 1021 C/ac.)

«Mientras meditaba sobre la aparición del Espíritu Santo a los apóstoles, entró en éxtasis y, ante la mirada de un religioso que pasaba por allí, se elevó con un cirio en la mano franqueando una distancia de catorce pasos». (*Ibid.*, página 1021, C/bb).

«En otra ocasión se elevó hasta un olivo para contemplar el bello cielo azul, obra de Dios. Y allí permaneció media hora posado en una rama que se movía igual que si se hubiera posado un pájaro». (*Ibid.*, página 1021, cc). «Cuando volvió en sí, no podía bajarse y tuvieron que traerle una escalera». (*Bernino*, página 285).

«El 10 de julio de 1657, mientras se dirigía al convento de Osimo por orden de Alejandro VII, hallándose en una elevación del terreno desde la que se divisaba la cúpula de Nuestra Señora de Loreto, tuvo una visión, cayó en éxtasis y voló hasta un almendro situado a unos treinta metros de distancia, que en aquella elevación alcanzaba una altura de dos metros y medio». (A. S., página 1040 E/i).

«En otra ocasión, en Fossombrone, se elevó por encima de los árboles del huerto. Sucedió la tarde de un domingo en la que se hace la lectura del pasaje

del Buen Pastor, es decir el segundo domingo después de Semana Santa. La razón de este vuelo fue la vista de un cordero, que le recordó las palabras evangélicas». (Ibid., página 1038, E/u). Según la versión de Bernino: «Era el domingo en que se reza el Evangelio ego sum pastor bonus. Por la tarde, paseando por el huerto con otros frailes, vio un cordero, se detuvo ante él y, pareciendo que quería cogerlo, uno de sus compañeros se lo puso entre las manos. José lo apretó tiernamente entre sus brazos y acto seguido se lo colocó transversalmente en la espalda cogiéndolo por las patas. Inconsciente y progresivamente, el santo se iba animando. Inflamado del espíritu divino, redobló el paso y se puso a correr a través del huerto, seguido por los frailes y algunos piadosos seglares curiosos por saber en qué acabaría ese arrebató. No tardaron en contemplar a José y el cordero por los aires. Al cordero lo soltó al aire impulsado por una fuerza sobrenatural mientras que, por su parte, el santo se lanzó detrás de él, planeando por el espacio a la altura de los árboles del huerto, donde permaneció, de rodillas, durante más de dos horas, es decir hasta media hora después de la puesta del sol». (Bernino, página 212).

«En varios de sus arrebatos llegó incluso a llevarse consigo a alguien. La primera vez ocurrió en la iglesia de santa Clara en Cupertino, acontecimiento que causó gran estupor. Cuando estaban rezando las vísperas, y al oír cantar la antífona veni sponsa chrilsti, surgió desde el rincón donde se encontraba rezando de rodillas y, en su divina embriaguez, se lanzó hacia el confesor del convento, lo cogió de la mano, lo arrancó del suelo y le puso a dar vueltas a su alrededor por el aire». (A. S., página 1021, C/dd).

«También transportó por el aire en una de sus levitaciones a un alienado que le habían llevado para su curación. Tal hombre, llamado Balthazar Rossi, estaba atado a una silla, pues era peligroso y se lanzaba contra todo el mundo tomándolo por loco. José lo desató, le hizo arrodillarse y, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo: “No temas, encomiéndate a Dios y a su muy Santa Madre”. Pronunciada esta frase, le cogió del pelo y, lanzando su clamor acostumbrado, se elevó del suelo llevando consigo al alienado, permaneciendo así durante un tiempo. Una vez en tierra, se despidió de él diciéndole: “¡Ve en paz, caballero!”». (A. S., página 1022 D.)

«Estando de paso por Nardo, tuvo otra levitación en casa de un enfermo al que había venido a visitar. En esa ascensión se posó sobre una mesa llena de frascos sin causar ningún estropicio. La misma cosa le ocurrió en mayo de 1649 en Asís, en casa del moribundo padre Gabriel de Caravaggio. En el momento de la extremaunción, José se elevó por encima de la cama». (A. S., página 1021 E/ff).

«De paso por Monopoli en su camino hacia Nápoles, en donde fue convocado por el Santo Oficio por su fama de taumaturgo, visitó la iglesia para ver una nueva imagen de san Antonio de Padua. Al instante mismo de contemplarla, sus pies abandonaron el suelo, atravesó por el aire la distancia que lo separaba del altar en donde se encontraba la imagen y después volvió también volando al punto de partida». (A. S., página 1021 E/ii).

«En Nápoles, en la iglesia de san Gregorio el Armenio, se elevó desde donde estaba rezando y, lanzando un grito, fue a posarse en el altar entre los cirios y las flores ante el gran espanto de las religiosas del monasterio anexo de san Ligorio. Acto seguido, y lanzando otro grito, volvió volando adonde estaba». (A. S., página 1021 F.)

«UNA IMAGEN PIADOSA, un canto religioso, una brizna de hierba, una hoja de cerezo cuya textura le entusiasmase, cualquier cosa le servía de pretexto para sus arrebatos. En las actas del proceso se registran quince levitaciones en presencia de imágenes de la Virgen, y la altura a la que se elevó en un caso fue de más de diez metros... Sus éxtasis diciendo misa eran cotidianos, a menudo acompañados de levitación». (*Leroy*, p. 132).

Esas levitaciones tuvieron lugar en muchos casos ante notables testigos: el papa Urbano VIII; el Gran Almirante de Castilla, legado del papa y acompañado de su mujer, la cual se desmayó de espanto; María de Savoya, hija de Carlos Manuel y Catalina de Austria, que vino a instalarse cerca de Asís y había venido a entrevistarse con el santo varón para tratar de asuntos espirituales, por lo que pudo verlo levitar. Es, pues, legítimo preguntarse hasta qué punto los superiores del convento no se aprovechaban de los vuelos del extático para fines económicos y piadosos. El episodio del Duque de Brunswick lo prueba fehacientemente:

«Juan-Federico, a sus veinticinco años en 1649, estaba visitando las principales cortes de Europa. Estando en Roma, quiso visitar Asís atraído por la fama del santo. Al día siguiente de su llegada al convento, acompañado por dos de sus chambelanes, asistió a la misa dicha por José, pudiendo ver cómo se elevaba desde el altar, cruzaba el aire de rodillas y volvía de nuevo al altar. Al día siguiente, durante la consagración, se elevó un palmo, se mantuvo así durante cinco minutos con los brazos levantados sosteniendo la hostia. Ante tal visión, el Duque se puso a llorar. Uno de sus chambelanes, luterano como él, declaró que lamentaba haber asistido a un espectáculo que ponía en duda sus convicciones. En cuanto al Duque, después de una conversación con José, no sólo se declaró católico, sino que después de asistir al oficio de completas se enroló como cordelero de la orden de san Francisco. Acto seguido regresó a Brunswick para arreglar ciertos asuntos y al año siguiente volvió a Asís para abjurar solemnemente entre las manos de José en presencia de los cardenales Fachinetti y Rappaccioli». (A. S., página 1024 P). «Ese chambelán luterano, H.— J Blume, se convirtió por su parte en 1653». (Citado por *Leroy*, página 136, según Laing.)

Y HEME AQUÍ ANTE EL VUELVO más sensacional de José de Cupertino:

«Los guardianes del tesoro del convento de Asís no quedaron menos estupefactos cuando vieron a José, a quien se le había confiado la tarea de quitar el polvo de los relicarios y del manto de san Francisco, sobrevolar sus cabezas, marcha atrás, para situarse en el espacio de detrás de ellos».

Este récord mundial, único en los anales de la aviación, es tan importante que, para mejor conmemorar esta hazaña, aporto el testimonio de esta *performance* en su versión latina: «*Non absimilis fuit eorum stupor, qui ipsum sublimi volatu super capita sua RETRORSUM VOLANTEM conspexerunt, quando ad lipsanothecam expoliendam, vestemque sancti patriarchae Francisci reponendam, operam suam conferebat*^[12]». (A. S., página 1022, B, C/pp)

Dicha primera acrobacia aérea tuvo lugar ANNO DOMINI MDCXLV.

LA BULA PUBLICADA el 16 de julio de 1767 por Clemente XIII para la canonización de José de Cupertino hace mención de las levitaciones y vuelos extáticos del santo aeróbata:

«... Hoc ille nempe quamdiu vixit, non tam verbis quam re ipsa pulcherrime docuit, quum terram veluti dedignatus, frequentes ac prope quotidianas extases patiens, SUBLIMIS IN AERA FERRETUR AC MODO EXULTABUNDUS CELERRIMO IMPETU CIRCUMVOLANS, CHOREAS VELUTIDUCERET, MODO ALIOOS QUOQUE SECUM SUBLIME RAPERET...»^[13]

POR EL CONTRARIO, el 18 de septiembre, la festividad del santo, el *Breviario romano* sólo hace una vaga alusión a esos vuelos, suspensiones, ascensiones, raptos corporales, accesos de júbilo extático:

«Die XVIII septemb.— In festo S. Josephi a Cupertino, Confess Lectio V.: *Eluxit praecipue ardentissima ejus charitas in extasibus ad Deum suavissimis, stupendis que raptibus, quibus frequenter afficiebatun*^[14]».

II

EL MILAGRO DEL AÑO 1000

La fe es la MEDIANOCHE y Dios es EL DÍA QUE NACE.

SAN JUAN DE LA CRUZ

SEGÚN UNA TRADICIÓN muy extendida, antigua e ininterrumpida, en ciertos individuos y en ciertas ocasiones el cuerpo humano sería capaz de elevarse en el aire y desplazarse por él sin apoyo visible, sin acción controlable por ninguna fuerza física

Este fenómeno es designado hoy como levitación, palabra de origen inglés y espiritista que no se remonta más allá de 1875^[15] según el Oxford Dictionary. Pero aunque esta palabra sea reciente y de fabricación espiritista, la cosa no lo es. Es el raptó, la oración, el éxtasis —*raptus, oratio, extasis*— de los Bolandistas, y sus sucesores, teólogos y hagiógrafos, hablan de acrobacias aéreas de los santos denominándolas *elevación, suspensión, impulso, vuelo extático, éxtasis ascensional, éxtasis de elevación, arrebató corporal, incendio de amor divino* según su grado de virtuosismo y de perfección.

Para la levitación de los santos, los manuales de teología mística se contentan con el mero enunciado, pues los ejemplos recogidos son tenidos de oficio como auténticos; pero, en los procesos de beatificación, los casos de levitación son examinados, analizados en todos sus detalles, y sus manifestaciones rechazadas nueve de cada diez veces como indicios de magia, engaño, mentira, razón por la cual la Iglesia no asiente y sólo lo hace obligada y forzada por la evidencia de la sinceridad de los testimonios y la moralidad de los testigos, y eso en términos enigmáticos, vagos, frecuentemente apenas alusivos, siempre con una prudencia y un pudor extremo a causa de las ilusiones de los sentidos, de la magia, de las artimañas y maleficios del diablo y de los remilgos de los brujos, de los gestos de los dementes, de las proezas histéricas, de los fraudes de los pseudo *médiums* y de los sonámbulos, de la confusión posible entre los extáticos y los poseídos, hasta el punto de que después de muchas encuestas, declaraciones, procesos y las intervenciones solapadas, escépticas y dubitativas, las comprobaciones, las críticas, las llamadas al orden motivadas, las famosas *animadversiones* del Promotor de la Fe, *el abogado del diablo*, a lo largo de los tiempos y sin cesar renovadas, de los alrededor de catorce mil santos cuyas biografías figuran en los diez primeros meses de las publicaciones bolandistas, sólo hay unos sesenta para los cuales los *indicios morales* mencionan levitaciones constatadas, registradas y aceptadas, es decir en una proporción del 0'4%.

La lista de santos que han levitado contenida en la obra de Olivier Leroy es la más larga de las conocidas, aunque apenas sobrepasa los doscientos nombres, de los cuales 93 son mujeres y 112 hombres.

Eso equivale a decir que el fenómeno es raro, rarísimo y difícilmente admitido por la Iglesia, contra la opinión general que cree que la Iglesia confirma los milagros, ya que desconfía de ellos y sus beneficiados le parecen sospechosos. Y si después de

muertos los actos de estos venerables son sometidos a rigurosas encuestas en las que sus vidas, sus conductas, sus palabras, su humildad, sus comportamientos, su fe y hasta sus intenciones (*rezos y prácticas ortodoxas —ayuno, confesión y comunión— equivalen a una invocación al espíritu del Mal si tienen como objetivo lograr un poder sobrenatural*^[16]) pasan por la rigurosa criba del dogma, de la tradición y de la experiencia católica. Durante sus vidas, todos los extasiados, y particularmente los que levitan y los estigmatizados, han sido observados muy de cerca, muy bien estudiados, ridiculizados, castigados, envidiados, castigados, puestos en el índice y en penitencia, prohibidos, encerrados, sometidos a crueles controles, espiados, quemados, martirizados por sus cofrades, sospechosos de hipocresía, de simulación y despreciados por su entorno, acusados de superchería o de magias por sus superiores que los conducían gustosamente a la Inquisición, tribunal que los amonestaba, los condenaba, los prohibía, los mantenía encerrados (como le ocurrió a san Juan de la Cruz, apartado en un habitáculo escondido en un convento de Toledo), los amenazaba de excomunión y de muerte, como también hacía con los innumerables brujos que han sido aprisionados, juzgados, ejecutados cuidadosamente por el Santo Oficio, y cuyo número es tan considerable y los documentos de los archivos tan convincentes en su patetismo, su horror o su sequedad en la enumeración de los hechos y de las espantosas obtenidas a la fuerza, que se está obligado a admitir que en uno y otro caso no se trata ni de credulidad, ni de superstición, ni de complacencia, ni de propaganda ni de puesta en escena, sino que existe en el hombre una ambición maravillosa y extraña de agilidad aérea en profundo contraste con las posibilidades físicas con que la naturaleza ha gratificado a este «animal bípedo y sin plumas^[17]», y que en todos esos procesos de canonización y de brujería la Iglesia se esforzaba en establecer hechos bien delimitados y caracterizados, una ciencia y una técnica, el conocimiento de los fenómenos de la vida espiritual, de su conducta y de su grado. Y, en efecto, sólo la hagiografía católica posee hoy sobre la levitación una tradición escrita antigua, continua y variada, apoyada en documentos controlados y precisos que le permiten establecer una distinción entre el prodigio divino y el artificio demoníaco o la demencia; entre el carisma de los santos y la parodia siniestra o burlesca o histérica de los posesos; entre los contemplativos y los simuladores; entre los dones gratuitos y las manifestaciones interesadas; entre los fenómenos interiores de la vida mística y los transportes de los neurópatas o publicitarios de los médiums; entre la verdad moral y la mentira extravagante; entre la humildad pura, la espera pasiva o la fuga de un alma ascética llena de fervor y los trucos psicológicos y psíquicos de los magnetizadores escandalosos y los magnetizados charlatanes e histriónicos; entre el olvido de sí y la vanagloria, la jactancia; entre la oración, ese conocimiento de Dios, y la telequinesia, ese triunfo de Satán; entre los santos y los malditos; por no hablar de los drogados y los modernos «colgados», en libertad o en clínicas, que esnifan hachís y estupefacientes en grandes dosis y cuyo cuerpo, músculos, nervios, se han convertido en un enchufe de vida acelerada o ralentizada,

con el alma, el espíritu y la conciencia averiadas y la inteligencia trastornada, cobayas vanidosas que se han convertido en pacientes complacientes en manos de psiquiatras materialistas y vivisectores a los cuales se han entregado abdicando de toda su personalidad para permitir la apoteosis de una ciencia que los mantiene en esclavitud o les hace bailar graduando o variando las dosis tóxicas o soportando electrochoques; sin olvidar tampoco el poderío de las poéticas metáforas, la exaltación y el entusiasmo de las leyendas populares, de sus relatos épicos, sus cuentos de hadas, del folclore, de los mitos icarios de la antigüedad pagana, de la religión invertida de los magos de Babilonia, de las tradiciones pervertidas o nebulosas de las Indias o de China, de los trucos de los faquires (¡el *rope-trick* ejecutado ante los turistas armados de sus kodacs!), y las prácticas de los yoguis de exportación en las radios (el *pránáyama*, ese regreso a la respiración fetal intrauterina, gimnasia a la que se ve arrastrada tanta gente dilatando al máximo el tórax y que después no saben qué hacer, ya que el objetivo de este entrenamiento mecánico es el de alcanzar la paz anímica como etapa preparatoria a la iluminación espiritual, sectarios todos ellos que no son sino agitados, inquietos, protestantes, americanizados más que sabios, que no tienen de sagrado más que la insignia que llevan en la botonera de su club de discusión libre, vegetarianos, bebedores de agua, adeptos al espiritismo del que no son sino simples voceros en charletas interminables. ¡Y creer que esos farsantes necesitan sin más un aumento de fuerzas que han podido obtener esa misma mañana haciendo ejercicio físico a saltitos ante su aparato de radio!). Y para qué hablar de la oculta vida de los salvajes contemporáneos.

SAN DUNSTAN, ARZOBISPO DE CANTORBERY que desempeñó un gran papel en la historia religiosa y política de Inglaterra, levitó el día de la Ascensión el 17 de mayo de 988, tres días antes de su muerte. Según uno de sus biógrafos, se le vio elevarse hasta la bóveda de la catedral. A eso lo llamo el milagro del año 1000, pues el segundo en levitar fue San Esteban, rey de Hungría, que murió el 15 de agosto de 1038. Su biógrafo dice que una noche se le vio sobre el suelo de su tienda de campaña mientras rezaba. Estaba al mando de su ejército para hacer frente a la invasión de Conrado II, emperador de Alemania^[18].

Antes del año 1000, dejando de lado el Antiguo Testamento (con sus citas clásicas: Henoc, que se fue al cielo volando; Elías, en ruta hacia el Elíseo, elevado por un torbellino en forma de carro de fuego; Habacuc, transportado por vía aérea de Judea a Babilonia para llevarle comida a Daniel en el foso de los leones y vuelto al lugar de donde el Ángel del Señor lo había transportado, cogido del pelo según el texto) y también el Nuevo (por ejemplo, el diácono Felipe, elevado súbitamente en su camino de Gaza a Azot, desaparecido ante los ojos del eunuco de la reina de Candacia a la que acababa de bautizar, y el caso típico de la levitación que concluye la vida terrestre de Jesucristo cuando, después de encaminar a sus discípulos en dirección de Betania, se elevó en el aire desapareciendo de su vista, sin olvidar el éxtasis del Apóstol y su anuncio de que en el Advenimiento los elegidos serían elevados ante la presencia del Señor), la tradición cristiana de la Iglesia primitiva sólo aporta unos pocos casos de levitación. Según la tradición provenzal: santa María Magdalena, elevada siete veces al día durante los treinta años de su retiro, con su cuerpo eterizado por las mortificaciones y el espíritu gastado por las plegarias, vuelos en plena oscuridad para no causar admiración a cualquiera en ese desierto aéreo en busca de nuevos clientes, pues le avergüenza llamar la atención incluso ante los ángeles que la rodean aunque éstos van a su encuentro solamente para garantizar su pudor. Según la tradición histórica: san Amón, muerto en el año 350, transportado milagrosamente de una a otra orilla de un afluyente del Nilo; san Antonio, 251-356, que se sintió elevado en el aire en Nitria, allá por el año 340; santa María Egipciaca, 354-431, a la que Zósimo sorprendió flotando a un palmo del suelo, en plena penitencia, cubierta únicamente por su larga cabellera, negra como un reseco pellejo de cabra, y a la que cubre con su capa según se puede ver en las vidrieras de la catedral de Bourges; Schnoudi, 333-451, la figura más pintoresca del monacato egipcio, organizando con sus monjes auténticos ataques contra los templos paganos, expediciones que le valieron ser llevado ante la justicia, y que en presencia de Antínoo se puso a rezar, se elevó por el aire, quedó suspendido por encima del tribunal a una altura en la que aún podía hacerse oír, emprendió una larga defensa, descendió después poco a poco mientras la muchedumbre lo aclamaba y se empujaba

para recibir su bendición^[19]. Etcétera.

Pero, desde el año 1000, la levitación de santos personajes ha sido continuamente informada hasta nuestros días, primero por los antiguos cronistas y después por las *Acta Sanctorum* de los bolandistas y hagiógrafos oficiales; y después, ya en tiempos modernos, por los historiadores y biógrafos más instruidos e informados de las cosas de la Iglesia.

Así, he aquí una selección extraída de la lista establecida por Olivier Leroy y publicada en su obra sobre la *Levitación*, lista que comprende doscientos cincuenta nombres de santos y santas extáticos a los que se les ha atribuido ese privilegio, lista que relata mil años de experiencia católica^[20]:

DESDE EL AÑO 1000 HASTA EL SIGLO XIII.

«La biografía de uno de los sucesores de san Esteban en el trono de Hungría, san Ladislao (1001-1095), contiene una levitación parecida a la de su antecesor, con detalles más precisos. Un día en que Ladislao se había detenido rezando en el monasterio de Warasdin, un criado, que lo esperaba en la puerta, extrañado de la tardanza, entró en la capilla, en donde vio a su señor rezando alzado sobre el suelo».

«San Bernardo (1091-1153), abad de Clervaux y doctor de la Iglesia, tuvo una levitación mientras predicaba».

«Santo Domingo (1170-1221), fundador de los Hermanos Predicadores, estando de paso por Castres hospedado en el monasterio de los Benedictinos de esa ciudad, fue sorprendido por un religioso de esa orden rezando en la capilla elevado un codo del suelo, por lo que, habiendo olvidado acudir a la mesa, el prior Mateo y los otros frailes lo esperaban en vano en el refectorio. Ya se le había adjudicado una levitación el día en que resucitó milagrosamente a un sobrino del cardenal Orsini, muerto en una caída del caballo; y otra más en la iglesia de san Sixto en Roma, en donde, celebrando la misa, se elevó durante la consagración».

«Un día, santa Cristina la Admirable (1150-1224) —según su biógrafo Thomas de Cantimpré, que escribía ocho años después de su muerte y consultó a muchos testigos oculares en Saint-Trond, en la diócesis de Lieja, de donde la santa era natural—, un día en que se la daba por muerta durante el oficio fúnebre se elevó hasta la bóveda de la iglesia, en donde quedó suspendida. Desde ese día, la vida de Cristina fue una larga sucesión de tormentos que sufrió por parte de los suyos, que la miraban como una poseída, lo que la llevó a rehuir toda compañía y a refugiarse en lugares desiertos, subida a los árboles o en las torres. Se suspendía en las más débiles ramas con la ligereza de un pájaro. Se la vio también en equilibrio sobre una estaca cantando los salmos».

«Se cuenta de san Francisco de Asís (1186-1226) que, en los últimos días de su vida, retirado en el monte Alverne, experimentó múltiple raptos. El hermano León, su discípulo preferido, era el encargado de llevarle pan y agua dos veces al día a la gruta en la que se había refugiado, situada en una ladera de la montaña. Y allí lo encontraba en pleno éxtasis, fuera de la gruta, con el cuerpo elevado a una altura que podía cogerlo por los pies. A veces se elevaba hasta la mitad de las grandes hayas, y otras tan alto, que casi desaparecía de la vista. Sin olvidar que en ocasiones aparecía envuelto en un halo luminoso».

«Santa Otta (muerta en 1226) hacía una vida solitaria, no lejos de Kulm

(Prusia). Se había refugiado en una casa abandonada. Sus éxtasis se producían dos veces diarias, acompañados de levitaciones de las que fueron testigos las gentes del lugar, “...*instar Moysis vultu coruscante, como el resplandeciente rostro de Moisés*”, según las *Actas*. Y su rostro resplandecía».

«Santa Isabel de Hungría (1207-1231) era hija del rey Andrés II, el cual la casó con Luis, hijo del Landgrave de Turingia y de Hesse. A la muerte de este príncipe, Isabel ingresó en la orden franciscana. Fue canonizada cuatro años después de su muerte por Gregorio LX. Se cuenta de ella una levitación constatada un poco como la de santo Domingo en Castres: yendo una hermana a buscarla al coro, la encontró arrodillada al pie de una imagen de la Virgen, de donde se elevó un palmo del suelo».

«La bienaventurada Gerardesca de Pisa (muerta en 1240) pertenecía a la orden de las Camáldulas. Un día, en la festividad de san Juan, una persona de Pisa la vio elevarse diez codos en la iglesia de Santiago de Podio. Quedó espantada al principio, pero el gracioso canto de la extática la tranquilizó».

«San Edmundo (muerto en 1242), siendo arzobispo de Cantorbery, fue visto por su amigo y consejero san Ricardo de Chichester en estado de levitación en su capilla».

«Santa Lutgarda (1182-1264) ingresó en un convento cisterciense a los veinte años, del cual llegó a ser la priora en 1215. Un día de Pentecostés, cuando se cantaba el *Veni Crator Spiritus* se la vio elevarse dos codos del suelo».

«El bienaventurado Gil de Santarem, hijo del gobernador de Coimbra, se trasladó para estudiar medicina a París, en donde se dedicó a la magia. Posteriormente cambió de vida y entró en la orden de santo Domingo, fundando un monasterio en Santarem. Andrés de Resende, su biógrafo, cuenta de él una levitación de circunstancias muy curiosas: de camino a Lerena (entre Coimbra y Santarem) fue a alojarse en casa de una señora. Una vez retirado a su habitación, compartida con un dominico, se puso a meditar sentado en un borde de la cama. Al cabo de unos instantes, su compañero vio que entraba en éxtasis y se elevaba por encima de la cama. Asombrado, fray Andrés llamó a la señora y demás habitantes de la casa para que presenciaran el maravilloso espectáculo. Inmediatamente intentó mover al extático, pero no pudo desplazarlo en absoluto. La noticia de tal acontecimiento se extendió por el vecindario, que acudió en masa. La muchedumbre estaba tan ávida de ver a Gil en tal estado, que algunos, no pudiendo entrar, se subieron al tejado y lo demolieron parcialmente (*tectum ipsum refractum*) para poder ver lo que sucedía en la habitación. Cuando Gil se enteró de lo que sucedía, abandonó la casa desapareciendo en la oscuridad de la noche».

«La bienaventurada Margarita de Hungría (1241-1271) ingresó a los doce años en el convento de las Dominicas de la isla que se llamó desde entonces Margit Sziget, cerca de Budapest. Allí se dio a una vida marcada por la

austeridad. Su biógrafo, Garini, dice que se la vio frecuentemente elevada corporalmente, levitaciones que se producían generalmente en ciertas fiestas litúrgicas».

«Santa Douceline (1214-1274), monja provenzal, era hermana del famoso Hugues de Digne, que fue provincial franciscano de la Provenza. Experimentaba frecuentes éxtasis durante los cuales se elevaba del suelo». «... Según se lee en un texto provenzal del siglo XLV publicado por Robert Gout^[21], estando en éxtasis en la iglesia, entró en ella un noble caballero llamado Jacques Vivaud, señor del castillo de Cuges, acompañado de su hijo. Sucedió una tarde de un domingo, ya dicho el sermón. Dicho caballero oyó de boca de su mujer, noble dama llamada Sancha y dedicada al bien, que la santa monja estaba en éxtasis desde por la mañana y que ella misma la había estado acompañando en una capilla en la que había comulgado. Enterado de tal cosa, fue a verla lleno de devoción, pudiendo así contemplarla en el aire, suspendida por efecto de una maravillosa fuerza de atracción que la llevaba hacia Dios, elevada sin apoyarse en nada, sin tocar en ningún sitio, a tal altura que tanto el caballero como su hijo, arrodillados con gran reverencia y descubiertos de sus caperuzas, pudieron besarle con toda devoción la planta de los pies... Otro marsellés, Raimon de Puy, la vio también en ese estado. Estaba en éxtasis en la iglesia ante el altar donde había comulgado elevada del suelo en la misma posición en que Jacques Vivaud la había visto. Este marsellés se postró de rodillas al verla, midió con la mano la distancia que la separaba del suelo y, una vez constatada, henchido de fe, colocó su dolorida cabeza por debajo de esos pies venerados cuya planta besó.» «También se la vio, el día de la Asunción, recorrer todo el coro por el aire, como si siguiese una procesión imaginaria. En otras ocasiones, se elevaba sin perder contacto con el suelo, apoyada únicamente en los dedos gordos del pie. Y también elevando un solo pie hasta la altura de un palmo y el otro apoyado en el dedo del otro, permaneciendo en tal postura desde la comunión hasta el rezo de completas».

«No era esperable que santo Tomás de Aquino (1226-1274), el enciclopedista de la Iglesia, el autor de la *Suma*, figurara en la lista de los santos levitantes. Sin embargo su biógrafo, Guillaume Tocco, que fue su contemporáneo y amigo, dice que lo vio varias veces en éxtasis, elevado en el aire. La primera vez, en el convento de los Dominicos de Salerno: estando en oración, después de maitines, ante el altar mayor, dos frailes lo vieron suspendido. Posteriormente, en un convento de Nápoles, fue también sorprendido en la misma situación por otro fraile, fray Domingo, el cual, observando que Tomás bajaba a la iglesia antes de maitines, lo siguió en dos ocasiones, viéndolo en éxtasis en la capilla de san Nicolás: su cuerpo estaba dos codos por encima del suelo».

«Santa Inés de Bohemia (1203-1282), hija del rey Primislas Ottokar, habiendo rechazado casarse con el emperador Federico II, ingresó en las Clarisas de Praga, llegando a ser su Superiora general. Su biógrafo cuenta que en su contemplación planeaba por el aire. Un día de la Ascensión, mientras se paseaba por el jardín del monasterio con las hermanas Benigna y Priscila, se elevó ante sus ojos (*rapta ex medio illarum*) y no reapareció hasta pasada una hora. Interrogada sobre su misteriosa ausencia, se negó a responder (*nihilque de absentia requisita, praeter decorum et blandum risum significavit*) Es decir que se contentó con sonreír».

«San Ambrosio de Siena (1220-1286), en una predicación a religiosos y laicos, tuvo dos levitaciones (*bis in aera elevatum se vidisse*). Según él, se había producido ta cosa porque se trataba de una gracia concedida por Dios a sus oyentes en recompensa a su devoción».

«El bienaventurado Franco, natural de Grotti, cerca de Siena (muerto en 1291) malgastó su juventud en los peores excesos, pero se convirtió después bruscamente. Después de una serie de peregrinaciones, entró en la orden del Carmelo. De él cuenta Goerres la siguiente anécdota: estando en su celda, se le apareció la Virgen. En tal éxtasis, su cuerpo empezó a irradiar una luz tan luminosa, que los otros frailes creyeron que se había producido un incendio. Cuando entraron en la celda, lo vieron con los ojos abiertos mirando el cielo, con la boca entreabierta, las manos juntas, privado de sentido y el cuerpo en el aire».

«Santa Margarita de Cortone (1247-1297), terciaria franciscana, expió durante veintitrés años con crueles maceraciones los excesos de su juventud. El padre Chérancé^[22] aporta en su biografía el siguiente relato de su primer éxtasis acompañado de levitación. En casa de una dama, cuidaba a una joven madre pariente de aquella. Aprovechando un instante de libertad, se retiró a un rincón de su habitación para llorar sus faltas y, en el momento más fervoroso, el Espíritu de Dios la invadió de repente, atrayéndola y elevándola en el aire, a una altura de varios codos. Dos testigos oculares, uno de ellos esa joven madre y el otro un obrero con el que la bienaventurada terciaria solía compartir el pan de las limosnas, atestiguaron la verdad del relato».

SIGLOS XIV Y XV.

«El bienaventurado Pedro Armengol (1238-1304), de la familia de los condes de Urgel, aliada de los reyes de Castilla, llevó en su juventud una vida poco edificante, llegando a capitanear una banda de bandidos. Preso de los remordimientos, ingresó en la orden de la Merced, tomando su hábito en 1258. Allí se entregó a una cruel vida de penitencias y se dedicó al rescate de los cautivos en manos de los moros. Condenado a la horca en Bugía, se libró milagrosamente de morir en ella. Algunos testigos aseguraron haberlo visto elevarse mientras rezaba».

«Santa Inés de Monte-Pulciano (1277-1317) ingresó en el convento de Dominicas de Proceno (condado de Urbino), de donde fue abadesa siendo muy joven. Fue vista varias veces por las hermanas levitando (*sine aliquo corporali sustentáculo in aera elevari*). Un día se elevó hasta un crucifijo situado a una altura considerable, de donde descendió suavemente».

«Un fraile celestino, el bienaventurado Robert de Salente (1273-1341), levitaba a más de un codo del suelo cuando fue sorprendido por el grito de los hermanos recriminándole: *fili, male fecisti!*».

«Caterina Colombini (muerta en 1367) no tiene, según las *Acta*, una biografía particular. Pero se lee en la de su primo san Juan Colombini que una noche de Navidad se elevó a unas dos varas por encima del suelo, permaneciendo así durante dos horas, envuelta en un luminoso halo».

«Santa Catalina de Siena (1347-1380) experimentó éxtasis desde la infancia. No tenía más de seis años cuando tuvo un raptó acompañado de una sensación de levitación. J. Jorgensen aporta el relato de esta primera experiencia^[23]: “Ocurrió en una gruta cerca de Siena, en donde pensaba vivir como ermitaña. Una vez hecha su provisión de pan, emprendió la vida solitaria. En plena oración, experimentó un extraño estado en donde todo a su alrededor desaparecía y ella planeaba por un mundo de intensa luz. Tenía la impresión de elevarse poco a poco del suelo, alto, cada vez más alto, hasta que chocó con la cabeza en la bóveda, lo que la hizo volver en sí. Supuso que debió de permanecer mucho tiempo en la gruta, pues el sol estaba ya bajo, las chicharras cantaban en las higueras y a lo lejos se oían las campanadas de santo Domingo tocando a vísperas”. Más tarde, esta célebre dominicana tuvo levitaciones ante testigos. Por su parte, Caffarini afirma que la vio elevarse a varios metros del suelo».

«La vida de santa Colette de Corbie (1381-1447), reformadora de la orden de las Clarisas, abunda en detalles maravillosos, pero entre ellos apenas se citan levitaciones. O al menos esos hechos son relatados muy escueta y secamente,

tanto más incomprensiblemente por cuanto a los arrebatos de esta santa se les da un carácter más prodigioso. En efecto, se lee en la narración de las *Acta* que otras monjas la vieron planear por el aire en varias ocasiones y a una altura tal, que desaparecía de su vista (*ab earum oculis evanescens*)».

«El bienaventurado Pietro de Palermo (1381-1451) pertenecía a la orden de los Dominicos y se dedicó particularmente a la reforma de los conventos de su orden en Sicilia. Su vida fue escrita por uno de sus compañeros en el monasterio, según la cual se solía elevar mientras rezaba. Su cuerpo resplandecía entonces. Viendo su superior un día ese estallido de luz atravesando por las rendijas de la puerta de su celda, creyó que se trataba de un incendio: empujó la puerta y se encontró con el santo en éxtasis».

«San Pietro Regalati (1391-1456) emitía un vivo estallido de luz cuando estaba en éxtasis, durante el cual se elevaba del suelo y quedaba a veces suspendido durante varias horas».

«Una levitación inspiró a Murillo un famoso cuadro que se halla en el Louvre: *La cocina de los ángeles*. Un poco hacia la izquierda, san Diego (muerto en 1463) es transportado en éxtasis a escasa distancia del sol, con las manos juntas y la mirada al cielo. Su cuerpo está envuelto en un ligero halo. A la derecha, unos ángeles, reemplazando en sus funciones al extático, realizan las diferentes faenas en la cocina».

«Los biógrafos de Geronimo de Savonarola (1452-1498) conceden al famoso dominico cierto número de milagros, entre los cuales se cita la levitación. Algunos de ellos incluso estando en prisión, según F.-T. Perrens^[24]. En varias ocasiones, el carcelero lo encontró liberado de sus esposas y grilletes; la puerta de la celda estaba a menudo abierta, circunstancia que no aprovechaba para escaparse; y también se le vio elevado del suelo y rodeado de una luminosa aureola. Todos esos prodigios emocionaron al carcelero, hasta el punto que se convirtió en un perfecto cristiano. Los biógrafos son unánimes al afirmar tales hechos».

SIGLO XVI.

«El franciscano Stanislas de Gielniow (muerto en 1505) estaba predicando la Pasión en la catedral de Varsovia el Viernes Santo del año 1505, cuando, llegado al relato de la flagelación, cayó en éxtasis y quedó durante un tiempo suspendido por encima del púlpito ante la viva emoción de la muchedumbre (...*Tuc iam ardentis ignis divini amoris in camino cordis sui succensi, flamma vehemens, contineri intus non valens; tanquam e fornace, septulumplusquam ante ardente, súbito in tantum erupit ad dextra, ut ipsum visibiliter, coram illa tota congregata multitudine, ómnibus clara spentantibus, viris et mulieri-bus, senibus et iuvenibus, peccatoribus et iustis, devotis et indevotis, in altum tolleret; ita ut, cunctis videntibus, et prae novitatae rei aliis in auditae stupentibus, alii salte exclamantibus Jesus, Jesus, Jesus! Aliis in terram cadentibus, aliis prae stupore, timore et rei novitate a sensibus quasi alienatis, supra suggestum elevatus in aere pendulus appareret. Stabat sublimis inter coelum et terram, nullo homini auxilii adminiculo subnixus, per extasim sursum sublatus aere ipso, loco solidi corporis, ad eius sustentandum corpus ministerium proebente quasi in coelum vellet abire clare visus. Mansit sic iusto temporis spatio, nec fari amplius potuit in langore positus, totus que in Deo immersus...*) Después descendió lentamente, agotado, y se echó en su cama (...*igitur lento motu ab aere descensus, sensit se vehementidebilitati effectum, languore correptus, lecto decumbit...*)^[25], muriendo un mes más tarde, el 4 de mayo».

«Se han aportado considerables testimonios a los raptos corporales de san Francisco de Paula (1416-1507). Cuando este taumaturgo calabrés visitó la corte francesa, enviado por Sixto IV, fue alojado en Nápoles por el rey Fernando I de Aragón, el cual, observándolo secretamente, se dice que lo vio en éxtasis en su habitación, rodeado de luz y suspendido en el aire. Se le volvió a ver en el mismo estado en Plesis, cerca de Tours, en cuya iglesia a veces se elevaba unas cinco o seis codos, citándose como testigo ocular de ello a la hija de Luis XI, Ana de Beaujeu».

«El padre Simplicio de Saint-Martin, que escribió una *Historia de la vida de Nuestro Padre san Agustín y de los santos, bienaventurados y hombres ilustres de la orden de los Agustinos* (1640), cuenta en ella que una de sus religiosas, Cristina d'Aquila (1480-1543) experimentó una elevación de cinco pies por encima del suelo el día de la fiesta del Santo Sacramento. En otra ocasión quedó suspendida en el aire durante un éxtasis que duró veinticuatro horas».

«De san Francisco Javier (1506-1552), el apóstol de Japón y de las Indias

Orientales, el padre Bouhours^[26] cuenta que a veces, en medio de una conversación, se le veía retirarse para darse a la contemplación. Después, cuando se le buscaba, se le encontraba o ante el Santísimo Sacramento o en un lugar solitario ensimismado en una profunda contemplación, a menudo suspendido en el aire despidiendo haces de luz alrededor de su rostro. Varios testigos oculares atestiguan este hecho. Algunos dicen que al principio veían al santo arrodillado e inmóvil, que inmediatamente después se iba elevando poco a poco y que en ese momento, dominados por un santo horror, no podían mirarlo fijamente a causa de la intensa luminosidad de su rostro. Otros aseguran por su parte que, cuando les hablaba de las cosas de Dios, notaban que repentinamente se alejaba de ellos y que su cuerpo se elevaba en el acto. Estos raptos corporales a veces le sucedían celebrando la misa, inmediatamente después de la consagración. Así se le vio particularmente en Malacca y en Melia-por. También ocurrió con frecuencia en Goa cuando daba la comunión al pueblo; y lo más notable de todo, y dado que solía dar la comunión estando de rodillas, parecía estar elevado del suelo en esa postura. Tales tradiciones han sido mantenidas oficialmente (*Die III decembris, lectio IV*)».

«De santo Tomás de Villanueva (1488-1555) sólo se cita una levitación. Un día de la Ascensión, según las actas de su canonización, siendo entonces obispo de Valencia, mientras leía la antífona *et videntibus illis elevatus est*, experimentó un éxtasis que lo elevó del suelo, quedando suspendido en el aire, inmovilizado, durante doce horas, expuesto a la vista del personal del arzobispado y de otras personas (...*ab hora quinta matutina usque ad quintam vespertinam.*) de la ciudad. Tomás de Villanueva había ingresado en la orden de los Agustinos casi a la vez que Lutero la abandonaba. El santo había aceptado el arzobispado de Valencia obedeciendo una orden de un Carlos XV que lo tenía en gran estima».

«Ignacio de Loyola (1491-1556), al inicio de sus tardíos estudios en Barcelona (tenía entonces treintatré años), se alojó en casa de la señora Inés Pascual, cuyo hijo Juan aportó diversos detalles sobre la vida del santo. Por ejemplo, lo observaba en secreto durante el tiempo dedicado a la oración y, según él, la habitación en la que Ignacio experimentaba sus éxtasis se llenaba de claridad mientras el santo, arrodillado y con los brazos en cruz, se elevaba cuatro o cinco palmos».

«San Francisco de Alcántara (1499-1562), fundador de los Hermanos Menores llamados de la Estricta Observancia, era contemporáneo de santa Teresa, cuyo Tratado de la oración mental era considerado una obra maestra de la literatura mística. Este contemplativo permanecía suspendido en el aire, durante sus éxtasis, a la altura del artesonado del coro. A menudo se le veía volar por el huerto del convento a la altura de las ramas más elevadas. Según

se dice, una de sus levitaciones duró tres horas. A veces era transportado en el aire por ese movimiento impetuoso llamado vuelo extático. Esas levitaciones se acompañaban a veces de una irradiación luminosa».

«El bienaventurado Salvador de Orta (1520-1567) era hermano laico franciscano. Su reputación de taumaturgo le acarreó persecuciones. Su biógrafo, Dimas Serpi, cuenta que tuvo una levitación en estas circunstancias: un día en que estaba mendigando en la población de Maella (Cataluña) fue invitado a comer por un habitante del lugar, Antonio Vughet. Cuando Salvador estaba cortando una granada, la visión de sus granos color púrpura, perfectamente alineados en la corteza, le pareció un símbolo tan maravilloso del orden divino, que cayó en éxtasis, con los brazos en cruz, elevado sobre el suelo. Su anfitrión se levantó inmediatamente de la mesa y corrió a invitar a los vecinos a que asistieran al espectáculo. (*O Deus, si tampulchro ordine cunc-tas huius tuae criaturae partículas disposuisti, quam ordinata erit coelestis tui palatii species, ubi Angeli spiritusque beati magis ardebunt faciem contemplantes tuam, quam grana haecpulcherrima serie distincta rubent!*)...»^[27]

«San Luis Beltrán (1526-1580), dominico español, volvió del Caribe después de haberlo evangelizado, desolado por la barbarie de los aventureros que se habían lanzado sobre América del Sur. Fue en el año 1569, y le quedaban once de una vida que consagró a la dirección de casas de su orden y a la predicación. Su vida fue escrita por Bartolomeo Arignoni, de la orden de los Predicadores y postulador de su causa. En dicha biografía se lee que a menudo se elevaba del suelo en sus éxtasis, y también se cuenta una de sus levitaciones: de regreso de una visita a Moncada (a unos quilómetros de Valencia), el santo, al observar un campo de trigo que mostraba las espigas, le pidió al sirviente que le acompañaba que lo esperara en el borde del camino, alejándose después en medio del trigal. Un habitante de Moncada que pasaba por allí le preguntó al sirviente a quién estaba esperando. Recibida la respuesta, subió a un montículo para otear los alrededores, desde donde vio al santo en éxtasis con el cuerpo elevado a la altura de las espigas. Unos árabes también fueron testigos del mismo espectáculo del santo rezando y elevado en Tubara, cuyo cuerpo se elevó en el aire sobre las espigas (*corpus eius supra spicas segetis tolleretur in aera*)».

«Con santa Teresa de Ávila (1515-1582) disponemos por primera vez de un testimonio personal directo acerca del fenómeno de la levitación. Al explicar la diferencia entre la unión y el rapto, escribe la santa^[28]: “En esos raptos, el alma parece no querer estar más con el cuerpo. Ahí ya no hay manera de resistirse a la atracción divina. En la unión, encontrándonos aún como en nuestro país, todavía casi podemos hacerlo, aunque no sin un gran esfuerzo; pero no ocurre lo mismo en el rapto, en el que casi nunca es posible resistirse.

Previniendo todo pensamiento y toda preparación, se lanza sobre nosotros con una impetuosidad tan veloz y tan fuerte, que podéis ver y sentir cómo os atrapa esa nube y cómo esa potente águila os transporta en su vuelo. He dicho bien: se ve, se siente que uno se eleva, pero no sabe adónde va, de manera que la débil naturaleza experimenta con ese movimiento, muy delicioso por otra parte, un no sé qué espanto al principio. El alma debe mostrarse aquí mucho más resuelta y animosa que en los estados precedentes. En efecto, es necesario atreverse a arriesgarlo todo, ocurra lo que ocurra, abandonarse sin reservas a disposición de Dios y dejarse llevar gustosamente hasta donde disponga; por mucho esfuerzo que se sienta, ya que se está en un rapto. Yo he tenido uno tan vivo, temiendo haberme equivocado, que muchas veces, sobre todo en público, he intentado resistirme con todas mis fuerzas. A veces lograba algo, pero, dado que en cierto modo era una lucha contra un gran gigante, acababa rota y agotada de cansancio. Otras veces todos mis esfuerzos eran vanos; mi alma me era arrebatada, mi cabeza seguía casi siempre tal movimiento sin poder detenerla e incluso ocurría que todo mi cuerpo se elevaba de tal manera, que no tocaba el suelo. Muy raramente me he visto así. Me ocurrió un día estando en el coro con todas las hermanas, arrodillada para recibir la comunión. Mi esfuerzo fue extremado al pensar que una cosa tan extraordinaria tenía que causar inmediatamente un gran impacto. Dado que esto ocurrió hace poco, cuando ya ejercía como priora, prohibí a las hermanas que se hablara de ello. En otra ocasión, al darme cuenta de que Dios me iba a favorecer con esa experiencia (exactamente en la festividad del patrón de nuestro monasterio, mientras asistía al sermón junto con otras distinguidas señoras), me eché al suelo, de donde mis hermanas me intentaron levantar, pero a pesar de ello el rapto no pudo escapar a las miradas. Supliqué a Nuestro Señor que no quisiera favorecerme más con esa gracia que se hace ver por signos externos. Ya estaba cansada de la circunspección a la que me condenaba y me parecía que podía concedérmela sin que se supiera nada. Pareció dignarse en su bondad a concedérmelo, pues después no me ha vuelto a ocurrir, aunque bien es cierto que hace muy poco tiempo que le pedí ese favor. Cuando quería resistirme, creía sentir bajo mis pies unas extraordinarias fuerzas que me elevaban, fuerzas que no podía comparar a nada. Ninguna otra operación del espíritu de las que he hablado se aproxima a tal impetuosidad. Me quedaba rota. Es un terrible combate que no sirve de casi nada. Confieso que al principio estaba invadida de un gran espanto viendo mi cuerpo elevarse en el aire. Pues aunque el alma lo arrastra tras ella con un indecible placer cuando no se resiste, el sentimiento no desaparece. Al menos en lo que me respecta, lo conservaba de tal manera que podía ver que me elevaba.”.

»Al obispo Yepes, que la conoció personalmente, se le deben ciertos detalles complementarios del rapto que la sorprendió en el momento en que iba a

tomar la comunión. Don Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, daba la comunión a las hermanas por la abertura de la pared de clausura (*comulgatorio*) cuando la santa, en pleno éxtasis, se elevó del suelo y, sobrepasando la altura del hueco, no pudo tomar la hostia. Otro día, inmediatamente después de haber comulgado, sintiéndose arrancada del suelo, la santa se agarró a los barrotes de la reja de clausura mientras imploraba a Dios que le evitara esos favores tan visibles. Una vez más, en parecida ocasión, se agarró a la esterilla que cubría las baldosas del coro y la llevó consigo en la subida.

»Las primeras declaraciones oficiales acerca de estos hechos comenzaron en 1595, trece años después de la muerte de la santa y treinta después de la redacción de su autobiografía. Quedaban, pues, todavía testigos oculares. Las levitaciones de santa Teresa son mencionadas en las *Acta authentica canonizationis*, donde se hace constar que tales hechos han sido objeto de numerosas declaraciones (*...Saepissime enim in oratione positam extra se raptam fuisse constat; et aliquod aliquando adeo vehementibus spiritus elevationibus rapiebatur ut corpus etiam ipsius a terra in altum levaretur: ut deponunt in remissoriali Abulensi vigesimus super 15; et in 2 part. Salmantini quadragesimus septimus testis super decimo, et quadragesimus nonus super tertio, et centesimus et centesimus secundus testis super eodem; et in 2 part primus testis super 74, et vigesimus testis super 2 et trigesimus super 70 et in 3 part. Primus testis et secundus super 2 et alii plures. Inter quos in specie de raptibus et elevationibus corporis a terra deponent de visu in remissoriali Abulensi quadragesimus nonus testis super 15, etc.*)... Se añade que esos raptos iban a veces acompañados de luminiscencias^[29]».

«Santa Catalina de Ricci (1522-1589) es una célebre estigmatizada. Fue elegida a sus veinticinco años priora del monasterio dominicano de Prato (cerca de Florencia). San Felipe Neri la tenía en particular estima y mantuvo con ella una correspondencia espiritual. Fue canonizada por Benito XIV, el cual mandó publicar un resumen de su vida. En dicho compendio se menciona que el cuerpo de Catalina, cuando estaba en éxtasis, quedaba a veces suspendido en el aire, cosa que fue vista por numerosos testigos».

«De san Juan de la Cruz (1542-1591), el famoso doctor y poeta místico, ya se verá al final de este relato la levitación que tuvo junto con santa Teresa. Que yo sepa, no hay citas de ninguna otra que no sea esta doble levitación».

«Jérôme Barnabé, en la vida que escribió de san Felipe Neri (1515-1595) basándose en los documentos del proceso, afirma que tenía frecuentes levitaciones. Lo más a menudo, ocurrían mientras decía misa, ocasiones en las que se elevaba de cinco a seis metros. Una joven que lo vio en tal estado lo tomó por un poseído. Entre los testigos de una de ellas se cita al cardenal Paolo Sfondrate, quien contó al papa Pablo V haberlo visto en oración casi en

el techo. En otra ocasión estando rezando por la cura de un enfermo, fueron varios testigos los que lo vieron a tal altura, con el cuerpo bañado en luz. Grégoire Ozes lo vio un día de esa misma guisa rezando en la basílica del Vaticano ante la tumba de los apóstoles. El padre Antonio Galloni, uno de los discípulos preferidos de Felipe, nos ha transmitido las sensaciones que el santo experimentaba durante las levitaciones: le parecía que lo abrazaba alguien que lo elevaba a la fuerza por el aire (*retulit illepostea videri sibi se ab aliquo apprehendi, atque alte a terraper vim mirabiliter sustolli*). Al santo no le agradaba que esas cosas le ocurrieran ante el público, por lo que, cuando entraba en una iglesia acompañado de alguien, se esforzaba en abreviar sus oraciones para no dar un espectáculo con su éxtasis».

SIGLO XVII.

«Margarita Agullona (1536-1600) es conocida como extática y estigmatizada. Según el martirologio franciscano de Arturus, se lee que el domingo de la octava de la Ascensión, mientras se celebraba en la iglesia franciscana de Valencia la festividad de la Santa Corona, Margarita, contemplando un cuadro que representaba la coronación de espinas, se elevó del suelo en éxtasis. Su cuerpo, sostenido en el vacío, oscilaba ligeramente al soplo de aire procedente de la puerta. Además de sus hermanas franciscanas, otros muchos habitantes de Valencia fueron testigos de dicha escena».

«Se lee en *El Palmeral seráfico*, antología biográfica de la orden franciscana, que Alfonso Rubio de Valencia, hermano Converso que murió en 1601, se elevaba lo suficiente en sus éxtasis para que sus hermanos pudieran pasar bajo sus pies sin tocarlo».

«La carmelita María Magdalena (1566-1607), de la ilustre familia florentina de los Pazzi, es conocida como estigmatizada. Su vida fue escrita por su confesor, Virgilio Cepari, hagiógrafo estimado y reputado por su prudencia como director espiritual. En dicha biografía se lee que el 3 de mayo de 1592, día de la festividad de la Invención de la Cruz, la santa se elevó a la altura de unos dieciocho metros para alcanzar a descolgar un crucifijo (...*Crucifixum sumpsit, clavisque extractis...*). Y cuando iba por las escaleras, parecía no pisar los escalones de lo rápida y ligera como lo hacía».

«De la bienaventurada Passitea Crogi (1564-1615), franciscana, más conocida por el nombre de Pasidea de Siena, se tiene una biografía escrita por un compatriota, el padre Venturi. María de Médicis ordenó que se tradujera^[30]. En ella se lee que, siendo muy joven, Pasitea experimentó éxtasis: *Cuando ya esta niña se vio libre de pañales y se la vistió con un vestido, su confesor cuenta que los ángeles empezaron a aparecérsely a conversar con ella, a lo que añadía que con mucha frecuencia estos bienaventurados espíritus, elevándola a veces en el aire, la hacían sentir alegrías en el alma que no pueden expresarse.* Otra biografía más, obra de L. Maracci, insiste en estos detalles aportando algunas precisiones: *Según la intensidad del éxtasis, se elevaba a diferente altura. Sor Felicia declaró que la había visto a la altura de tres brazas; sor María Francesca, a más de cuatro, y envuelta en una resplandeciente luz, a veces durante dos o tres horas. En una ocasión, en Santa Fiora, en casa de la duquesa Sforza, en presencia de esta y otras personas, Pasidea sintió un éxtasis que la mantuvo sobre el suelo a la altura de un hombre. La duquesa hizo que todos los asistentes al acto firmaran una declaración sobre este acontecimiento. A veces se transportaba de un sitio a*

otro sin que se viera que moviese los pies: parecía deslizarse ligeramente sobre la superficie del suelo».

«El jesuita Bernardino Realino murió en Lecce (al sur de Brindisi). En la investigación que se hizo en Nápoles en 1621 para su beatificación, el señor Tobías da Ponte declaró bajo juramento haber visto al religioso en estado de levitación. Dicho señor había viajado a Lecce en 1608 para consultar al padre Bernardino sobre cuestiones de espiritualidad. Un sábado de abril, después de Semana Santa, y mientras esperaba al padre, se sentó en un corredor al que daba la celda del religioso. En un momento dado, constató que la puerta no estaba totalmente cerrada y que por la rendija se podía ver una gran luz. Intrigado por este brillo, se acercó y entreabrió la puerta, lo que le permitió ver al padre Bernardino arrodillado, con el rostro en dirección del cielo, los ojos cerrados y el cuerpo suspendido a la altura de casi un metro del suelo (*in aria sollevato da quattro buoni palmi sopra*). Una vez contemplado durante unos momentos este espectáculo con una mezcla de estupefacción, reverencia y temor, el señor Tobías se retiró subrepticamente. Estos son los términos del informe de su declaración^[31]: *Prevenido en que debía tener cuidado de que sus afirmaciones no eran producto de una alucinación o imaginación y si el raptó que había contemplado no era otra cosa que el reflejo de la luz del sol, una alucinación de la vista o el resultado de cualquier causa natural, el testigo ha respondido: “La cosa era tan evidente, cierta y real, que me parece estar viéndolo todavía, y de eso estoy tan seguro como de lo que estoy diciendo y viendo en este momento. Vi la luz que se filtraba por la rendija de la puerta no una vez, sino dos, tres, cuatro veces para estar seguro de que no se trataba de una sensación engañosa. Acto seguido, me pregunté cómo podría haber fuego en esa celda, puesto que los rayos de luz que salían no podían venir más que de un gran fuego, parecido a los de una fragua cuando se golpea el yunque. Entonces me levanté y, empujando la puerta, vi al padre Bernardino elevado del suelo, lo cual es tan cierto como el estar viendo ahora a Vuestra Ilustre Señoría...” El testigo es en ese momento advertido de que no debía exagerar los hechos motivados por un sentimiento de devoción mal comprendida, o de que los alterara de un modo u otro al describirlos, pues los santos no necesitan que su causa se sostenga por malos procedimientos, sino muy al contrario. Acto seguido, se le pregunta si ha lugar de alterar algún pasaje de su declaración. Su respuesta es la siguiente: “Lo que he declarado ha sido total, pura y simple verdad, sin ficción ni exageración ninguna...”».*

«En la vida de otro jesuita contemporáneo, Francisco Suárez (1548-1617), autor de obras teológicas clásicas, se informa de una levitación apoyada en un documento muy detallado. Se trata de una declaración de fray Jerónimo da Silva, portero del colegio de Coímbra, escrita por orden del padre Morales,

confesor de Suárez y de este fraile. Este documento fue guardado en un sobre que contiene esta inscripción: *no abrir antes de la muerte del padre Francisco Suárez. Este es su contenido*^[32]:

»Yo, fray Jerónimo da Silva, religioso de la Compañía de Jesús, certifico que he escrito este documento por orden de mi confesor, el padre Antonio de Morales el ciego, y que este mismo padre me ha ordenado que no lo publique ni permita que se lea, sino que lo mantenga bien guardado en un sobre con la prohibición absoluta de que el pliego no se abra hasta después de la muerte del padre Suárez. Es lo que he hecho a instancias de su petición, estimando también que la santidad del padre Suárez, cuyos trabajos han aportado tanta luz a la Iglesia de Dios, no puede quedar oculta, y añadiendo que Dios podría apartarme de este mundo en un ataque de alguna de las enfermedades que sufro. Por tales razones, me hizo escribir este documento en la forma antedicha y certificar bajo juramento lo que sigue, de manera que se pueda conceder más fe y crédito.

»En primer lugar, siendo el encargado de la puerta claustral del colegio de Coímbra, en una ocasión en que don Pedro de Aragón, entonces rector de la Universidad de Salamanca, fue huésped de nuestra hospitalidad, me pidió que llamara al padre Francisco de su parte. Llegado a su apartamento, constaté que había colocado un bastón que trababa la puerta, y creyendo que estaba dormido y que nuestro huésped podía impacientarse si debía esperar mucho, retiré el bastón, entré, lo llamé por su nombre al tiempo que daba algunas pisadas para que me oyera. Pero no recibí respuesta alguna. Los postigos de la primera ventana estaban cerrados. Los de la segunda pude abrirlos y, como allí había más luz, puesto que estaba encima de la otra, vi claramente que el padre Suárez estaba arrodillado, con las manos en alto y la cabeza descubierta ante el crucifijo. Comprobando que no se movía en absoluto, me acerqué y le tire tres veces de la manga de la sotana, sin que él hiciera el menor movimiento ni la menor respuesta, lo que me dejó asombrado durante un cuarto de hora. Después salí en busca del padre Aguilar, su compañero, y, al no encontrarlo, esperé a que el padre Suárez acabara. Por fin salió de ese estado tan profundo, unos tres cuartos de hora más tarde. Le dije que lo esperaban, omitiendo que había estado antes en el apartamento.

»Otro día, y a la misma hora —a eso de las dos de la tarde— don Pedro de Aragón me pidió que le dijera al padre Suárez si quería acompañarlo a Santa Cruz para visitar el monasterio. Y como el padre me había pedido que lo llamara cuando esa personalidad lo deseara, fui a hacerlo. Y encontré atravesado en la puerta el bastón, tal como solía hacer a esa hora. Teniendo en cuenta su recomendación de que no le advirtiera de mi llegada, retiré el bastón y penetré en el apartamento. La pieza estaba a oscuras. Lo llamé, pero no me respondió. A pesar de que la cortina de su gabinete de trabajo estaba echada,

por el intersticio entre ella y el montante de la puerta observé una gran claridad. Levanté la cortina y entré en el gabinete. Vi entonces una gran luz procedente del crucifijo, una luz cegadora, como cuando el sol reverbera intensamente en el cristal proyectando rayos muy luminosos. Así era como salía del crucifijo, de modo que me hubiera cegado si me hubiera quedado mirándola. Y era tal el reflejo que despedía, que me era imposible permanecer allí sin ser deslumbrado por tanta luz. La cual, procedente del crucifijo, daba en la cara y el pecho del padre Suárez, al que vi de rodillas delante de él, con las manos juntas, la cabeza descubierta y el cuerpo elevado a unos cinco palmos del suelo, a la altura de la mesa en donde estaba el crucifijo. Ante tal espectáculo, me retiré; pero antes de la salida, paralizado y como fuera de mí, me apoyé en el cuadro de la puerta, en donde permanecí el tiempo que se tarda en rezar tres credos. Después salí de allí, con los pelos en punta, y me quedé en la puerta exterior de la primera pieza, fuera de mí. Pasado un buen cuarto de hora oí un ruido de dentro. Era el padre, que se había acercado a retirar el bastón de la puerta, el cual se dio cuenta en ese momento de mi presencia. Le dije entonces que ese señor lo esperaba. Me preguntó por qué no se lo había dicho. Le respondí que había entrado al gabinete y lo había llamado, pero que no me había respondido. Cuando oyó que había entrado allí, me cogió del brazo, me hizo entrar y, juntando sus manos y con los ojos llenos de lágrimas, me rogó que no dijera nada de lo que había visto, o por lo menos no antes de que hubiera muerto. Le pregunté si se lo podía contar a mi confesor, a lo que accedió, pues era también el suyo. Y este confesor me aconsejó que escribiera este relato tal como lo he contado, firmándolo con mi nombre, ya que su contenido responde a la verdad. Y si es la voluntad de Dios que yo muera antes que el padre Francisco Suárez, se podrá creer que lo que atestiguo es como si lo hubiera visto; pero si la voluntad divina dispusiera que el padre muriera antes, podré afirmar todo esto bajo juramento las veces que fuera necesario.— Firmado, JERÓNIMO DA SILVA».

«La bienaventurada Ursula Benincasa (1547-1618), fundadora de las Teatinas, conoció el éxtasis desde que tuvo diez años. A veces se elevaba corporalmente, cosa que le ocurría en una iglesia, en presencia de una muchedumbre. Eso la hizo sospechosa de estar poseída, por lo que fue exorcizada. Tuvo una levitación durante una sesión de exorcismo en presencia del cardenal de San Severino^[33]».

«La bienaventurada María de la Encarnación (1566-1618), más conocida por el nombre de *madame* Acarie, introdujo en Francia el Carmelo de santa Teresa y contribuyó a la fundación de las Ursulinas y a la reforma de las abadías benedictinas. Las oportunas páginas del abad Brémond en su *Historia literaria*^[34] le han servido a este notable místico un renacimiento de popularidad. André du Val, profesor de teología en la Sorbona, el cual fue de

manera intermitente pero durante muchos años el director espiritual de María, publicó su vida tres años después de que muriera. En ella se hace alusión a una levitación que se habría producido en casa de la madre del cardenal De Bérulle^[35]. *El padre De Bérulle, superior de la congregación del Oratorio, la vio un día en un rapto tan poderoso, que su cuerpo se elevó a dos o tres pies del suelo, quedando durante mucho tiempo suspendido en el aire, lo que le motivó muy grandes debilitamientos de salud.* Un biógrafo posterior precisa que este rapto duró tres horas. La madre del canciller Séguier afirmaba exactamente lo mismo».

«El llamado Domingo de Jesús-María (1559-1630), nacido en Calatayud, entró siendo muy joven en los Carmelitas Descalzos, llegando a ser después el General de la orden. Se cuenta que predijo la derrota de la Armada Invencible, lo que le originó cierta impopularidad. Su vida fue publicada por J. Caramuel de Lobkobicz veinticinco años después de su muerte, en la cual se lee que el año 1593, en los días siguientes a la Ascensión, tuvo levitaciones en las que se elevaba lo suficientemente como para que los otros religiosos pudieran apenas tocarle la planta de los pies. Para evitar este espectáculo, se le vio tirarse al suelo. Se cuenta que un día, en Valencia, en el momento en que se elevaba ante el Santísimo Sacramento, un espectador lo cogió por los pies. Arrastrado hacia lo alto, el miedo se apoderó de él, soltó presa y cayó duramente al suelo (*un certo suo emolo si trovo presente per essersi nascosto avanti, non so se con intentione d'insidiarlo, quando lo vidde elevato in aria, con gran temerith corse e lipresi ipedi, e vedendosi ancor lui alzar de terra, sipenti della sua audacia, e lasciati i piedi cadde in terra; e pago la pena del suo ardire*). Se dice también que en Madrid, y ante Felipe II, la reina y otros cortesanos, tuvo un éxtasis durante el cual se elevó del suelo, y que el rey, soplando su cuerpo, lo hacía mover como si fuera una pluma».

«Después de dedicarse al pastoreo, Juan Massias (1585-1645) ingresó como hermano laico en los Dominicos de Lima, realizando las labores de portero. Tenía por costumbre ir a la iglesia a rezar por la noche, en donde experimentaba éxtasis acompañados de levitaciones. En cierta ocasión, un novicio se quedó aterrado cuando, en plena noche, se dio un golpe contra los pies del bienaventurado Juan, que estaba suspendido en el aire».

«Santa Mariana de Jesús Paredes (1618-1645), piadosa ecuatoriana conocida como El Lirio de Quito, fue canonizada en 1850. Según se cuenta, muchas personas la vieron en éxtasis, elevada del suelo y el rostro rodeado de luz».

«Marguerite du Saint-Sacrement, carmelita de Beaune (1619-1648), según la biografía del padre Amelot, escrita durante su vida, experimentó numerosas levitaciones. La víspera de sus votos (21 de noviembre de 1631) tuvo una exactamente: *Sor Marguerite, en plena preparación para la ceremonia de sus votos simples que tendría lugar el día de la Presentación de la Virgen María,*

se retiró en su víspera a una ermita consagrada a la divina Madre; estando allí en oración, experimentó de repente un raptó que la elevó hasta el altar sin poder resistirse a esta fuerza invisible. En una biografía posterior se aportan nuevos datos: un día en que había ido a buscar unos racimos de uva para un enfermo, las otras hermanas la vieron elevarse del suelo para alcanzar un racimo que estaba fuera de su alcance. Lo que no quiere decir que estuviera muy alto, pues su crecimiento se había detenido cuando tenía unos doce años. Finalmente, el Viernes Santo del año anterior a su muerte, después de varias horas de oración al pie de un crucifijo, levitó con los brazos extendidos, el cuerpo recto y la cabeza inclinada hacia la izquierda, permaneciendo así durante una hora ante la mirada de las monjas».

«Juana Rodríguez de Jesús-María (1584-1650) ingresó a los sesenta años en las Clarisas de Burgos después de cuarenta y cinco de vida matrimonial. Cada semana, y durante muchos años, se dedicó a imitar las escenas de la Pasión en los momentos de sus éxtasis. Para lo cual se acostaba sobre una gran cruz de madera para después, según afirman haber visto sus compañeras, elevarse con ella sin pisar el suelo. Un día en el que caminaba a duras penas, sostenida por Alfonso y Francisco Ruiz a causa de su gran debilidad, oyó no lejos de donde estaban unas notas de música sacra. Y de repente fue como transportada por una impetuosa fuerza hasta el convento de los Agustinos, situado a unos ocho tiros de piedra, de donde en ese momento salía una procesión. Sus dos ayudas, de los que no se había soltado, fueron incapaces de explicarse cómo habían sido transportados con ella».

«El jesuita español Pedro Clavet (1589-1654) es conocido como el apóstol de los esclavos negros de Bolivia, país en el que permaneció durante cuarenta y cuatro años. Se dice que tuvo diferentes éxtasis corporales durante los cuales estaba envuelto por una luz. Su sirviente afirma haberlo visto una vez con un crucifijo en la mano al que miraba elevado del suelo. Durante su última enfermedad tuvo aún otra levitación. En ese momento se encontraba tan débil, que el fraile que lo cuidaba, viéndolo en el aire, tuvo que meterlo en la cama cuando descendió».

«José Desa, conocido con el nombre de José de Cupertino (1603-1663), ocupa un lugar importante en la historia de la levitación. Estas experiencias habían comenzado inmediatamente después de su ordenación (28 de marzo de 1628) y duraron hasta su muerte (18 de septiembre de 1663). Durante ese intervalo, el santo fue excluido por sus superiores tanto del coro, como de las procesiones y del refectorio, debido al desconcierto que causaban entre los frailes sus extraordinarios raptos, en circunstancias a veces más cómicas que edificantes. Una de las últimas levitaciones, y de las más curiosas y mejor descritas, y sin embargo de las menos citadas, es la que tuvo lugar durante una operación. Este es el relato del cirujano Francesco de Pierpaoli, testigo

presencial: *Durante la última enfermedad del padre José, y de conformidad con las órdenes del doctor M. Jacinto Carosi, debía practicar una cauterización en la pierna derecha. El padre José estaba sentado en una silla con la pierna apoyada en mi rodilla. Cuando estaba aplicándole el hierro para la cauterización, me doy cuenta de que estaba extasiado, completamente abstraído: los brazos extendidos, los ojos abiertos y dirigidos al cielo, la boca medio abierta y la respiración aparentemente parada. Noté que se había elevado como medio palmo por encima de la silla, pero en la misma posición que antes del éxtasis. Intenté bajarle la pierna sin lograrlo: siguió estirada. Una mosca se había posado sobre la pupila de uno de sus ojos, y cuanto más me esforzaba en espantarla, más obstinada la veía en volver a ese lugar, hasta el punto que me despreocupé de ella. Para mejor observar al padre José, me puse de rodillas, junto con el mencionado doctor, y ambos nos dimos perfecta cuenta de que se hallaba fuera de sí y además verdaderamente suspendido en el aire, como ya dije. Esta situación duraba ya más de un cuarto de hora cuando apareció el padre Silvestre Evangelista, que vivía en el convento de Osimo. Después de que observara el fenómeno, ordenó a José, apelando a la santa obediencia, que volviera en sí. José sonrió y lo hizo. Según Bernino^[36], la última levitación tuvo lugar exactamente un día antes de su muerte, mientras celebraba la misa el día de la Asunción».*

«María Jesús de Ágreda (1602-1665), religiosa cordelera, superiora del convento de la Inmaculada Concepción, es conocida sobre todo por sus visiones. Su proceso de beatificación fue abandonado en 1771 por orden de Clemente XIV debido al carácter demasiado imaginativo de sus revelaciones. Este es el relato de sus éxtasis y levitaciones que aporta su biógrafo, el padre Ximénez Samaniego, que la conoció en persona: *Los raptos de esta sirvienta de Dios se producían de esta forma: el cuerpo quedaba privado del uso de los sentidos, como si estuviese muerto, e insensible a toda violencia, ligeramente elevado del suelo y tan ligero como si careciera de todo peso corporal, hasta el punto de que con cualquier soplo se la podía mover cual si fuera una pluma. Permanecía a veces en tal estado dos horas y a veces hasta tres. Estos raptos le sucedían cuando se hacía alguna lectura espiritual o cuando se le hablaba de la grandeza y la belleza de Dios o de otros misterios divinos, y también cuando oía cantos eclesiásticos. Pero lo más frecuente era cuando recibía la comunión. Las monjas adoptaron la costumbre de dejar que se la viera en ese estado para extender la devoción entre los fieles. Enterada del caso, decidió encerrarse en su celda cuando rezaba. Pero entonces separaban una plancha de una de las paredes de su celda y la llevaban ante la verja del coro. Cuando era transportada, no pesaba más que una pluma».*

«Goerres hace esta descripción de un vuelo extático de Bernardo de Corleone (en los alrededores de Palermo), que vivió treintaicinco años como hermano

laico en los Capuchinos (1605-1667): *El día del Corpus Dei, de rodillas junto con los otros frailes en el coro de la parroquia, antes de iniciarse la procesión con la mirada elevada hacia el altar mayor para contemplar el Santo Sacramento que estaba expuesto, el alma de Bernardo quedó inflamada de tal fervor, que arrastró su cuerpo con ella en su impulso hacia Dios, de forma que, en pleno vuelo delante del público, quedó suspendido ante el objeto de su amor. Un asombrado público acudió a toda prisa para ver más de cerca esta maravilla, besar los pies del monje o intentar palpar su hábito. Tanta fue la agitación, que le hicieron despertar de su éxtasis y descender suavemente al suelo».*

«Las levitaciones de la dominica María Villani (1584-1670), fundadora del monasterio de Santa María del Amor Divino de Nápoles, son descritas por ella misma. Esto es lo que dice de una de ellas a su director: *Estando en mi celda, experimenté una sensación nueva. Me sentí fuera de mí y con tanta fuerza, que me encontré totalmente atraída por el aire, como lo es el hierro por el imán, pero con una extremada dulzura. Al principio sentí un gran temor, pero en seguida me dominó un sentimiento de suma satisfacción y alegría. Pero por más que estuviera transportada fuera de mí, no perdí la consciencia de estar sobre el suelo aunque permanecí así durante mucho tiempo. Esto me ha ocurrido cinco veces desde las últimas Navidades (1618).* Sor Villani aseguró a su confesor que había obtenido del cielo que estos favores no fueran nunca conocidos por nadie».

«Otra dominica, la Hermana Teresa de la Cruz, no podía oír hablar de amor divino o pronunciar algunos nombres sagrados sin entrar en éxtasis de levitación: donde quiera que estuviese, ya fuera en el coro, en su celda, por los claustros, incluso en el refectorio, su cuerpo abandonaba su peso natural y se elevaba por el aire sin soltar lo que llevara en las manos. Algunas veces quedaba suspendida fuera de sí misma e inmóvil durante cinco o seis horas seguidas, experiencias que le valieron ser cambiada de convento, tratada de bruja y finalmente devuelta al mundo. Pero el monasterio de Lieja, en donde había iniciado su vida monacal, la volvió a acoger. Allí murió en 1673».

«Los éxtasis de san Francisco de San Nicolás (1608-1678) eran tan frecuentes cuando decía la misa, que su acólito tenía que tirar de su casulla e incluso darle golpecitos en el talón para que la misa no resultara interminable. Esos éxtasis iban acompañados a veces de levitaciones. En una de ellas, durante su misa en la capilla de El Escorial, se elevó hasta la bóveda».

«Otro franciscano, Blas de Caltanissetta (muerto en 1684) ofrecía en sus levitaciones un conjunto de síntomas muy curiosos, según describe Imbert-Gourbeyre^[37]: *Su corazón latía en su pecho como si estuviera lleno de agua hirviendo. Su tórax se dilataba visiblemente. Temblaba de pies a cabeza como en un acceso de fiebre y lanzaba gritos cuando se elevaba en el aire ante la*

mirada de numerosos espectadores que veían cómo se le hinchaba el pecho saliendo de él un ruido semejante al de dos piedras que chocan».

SIGLO XVIII

«El bienaventurado Joseph Oriol (1650-1702), según informa el abad Daras en su obra sobre los santos y bienaventurados del siglo XVIII, se elevaba frecuentemente en sus éxtasis: *¡Cuántas veces se le vio en la iglesia de Nuestra Señora del Pino (en Barcelona) arrodillado en el aire, sin tocar en absoluto el suelo! Y así permanecía durante horas.* Un día, después de confesarse, experimentó un raptó mientras rezaba al pie del altar, permaneciendo largo tiempo en ese estado, con el cuerpo elevado a una altura de más o menos un pie. En 1698, yendo por mar de Marsella a Barcelona, tuvo un éxtasis en el puente del barco. Su cuerpo se elevó rápidamente en el aire ante el gran asombro de los marineros, que se esforzaron en seguirle en esa ascensión trepando por el cordaje. Rafael Baladas de Blanes, capitán del barco, quedó tan emocionado por la escena, que no podía hablar de ella sin derramar lágrimas^[38]».

«Carlo Lavagna (1651-1711), natural de Potenza (Basilicata), ingresó a los quince años en los Cordeleros, donde tomó en nombre de fray Bona-ventura. Deseaba seguir como hermano laico, pero sus superiores lo elevaron al sacerdocio. Según escribe el abad Daras, *cuando cantó misa, se ahogó en lágrimas: su cuerpo se elevaba en el aire como para acercarse a Dios... Cuando hablaba de los sufrimientos de Nuestro Señor, de su amor por los hombres, sus ojos parecían echar llamas, sus pies no tocaban el suelo, incluso la silla en que se sentaba también se elevaba en el aire...* Un día (en 1711), al ofrecerle el sacerdote Francesco d'Amato una manzana de la que alababa su buen olor, por cuanto el aroma le recordaba la inefable suavidad de Dios, según dice el mismo autor, *no pudo dominar sus impulsos, cambió de color, perdió el uso de sus sentidos, su cuerpo se elevó del suelo alrededor de ocho pulgadas y permaneció así suspendido durante algún tiempo*».

«Era durante la predicación cuando el dominico Francisco Posadas (1644-1713) se elevaba. En cuanto empezaba a hablar, su voz hacía temblar a su numeroso auditorio; acto seguido, el amor de Dios que lo inspiraba inflamando su alma e inundando todo su cuerpo hacía que su rostro resplandeciera, que sus pies se elevaran, según se vio muchas veces. Un día mientras decía la misa, al elevar la sagrada Forma, su cuerpo siguió a su alma que se elevaba a Dios, quedando suspendido en el aire. Cuando descendió, un gran número de personas lo vio envuelto en luminosidad. Francisco no era consciente de lo que le sucedía durante sus levitaciones, según le decía a su confesor: *No sé si es el terreno que se me va, pero no comprendo lo que experimento...* Otros hechos semejantes son relatados en una biografía

publicada por Sopena inmediatamente después de su muerte».

«El franciscano Gianbaptista de Mastena, después de una estancia en diferentes conventos en Tierra Santa, volvió al suyo en Como, en donde murió en 1713. Según informa el Dr. Imbert-Goubeyre^[39], *el 17 de septiembre, en plena contemplación mientras estaba barriendo, se le vio elevarse del suelo a la altura de una brazada, con la escoba en la mano*. En otra ocasión, su confesor le vio elevarse en el aire a cierta altura y permanecer en dicha posición. Otra más, se le encontró en su celda elevado hasta el techo».

«San Pacífico de San Severino (1653-1721) ingresó en los Observantes en 1670. Después de recibir las órdenes (1678), fue destinado a la predicación, pero una grave enfermedad interrumpió muy pronto esta misión, lo que le llevó a retirarse al convento de Forano. Durante el proceso para su beatificación, los habitantes de San Severino afirmaron haberlo visto en éxtasis durante la consagración, con el rostro iluminado, los brazos en cruz, el cuerpo elevado a una altura de varios palmos por encima de la grada del altar. El padre Félix Pascal, postulador de la causa, añade lo siguiente: *En el mes de diciembre de 1714, mientras decía misa en la capilla del Crucifijo en San Severino, en el momento de la consagración, el cuerpo de Pacífico empezó a resplandecer y a elevarse a una altura de un palmo por encima de la grada del altar. Allí permaneció en éxtasis, sin contacto alguno con el suelo, durante unas cinco horas. El acólito fue en busca del Superior del convento, que ordenó al extático recuperar el sentido y acabar la misa...*»

«Ursula Giuliani (1676-1727), que tomó el nombre de Verónica cuando ingresó en las Capuchinas de Citta di Castello, fue objeto de fenómenos místicos tan extraños, que le atrajeron numerosos interrogatorios por parte de la autoridad eclesiástica bajo sospecha de impostura. Se la retiró del cargo de maestra de novicias, se la acusó de brujería y se la amenazó con morir en la hoguera. Sus éxtasis eran casi continuos, viéndosela frecuentemente en el huerto elevarse por encima de los árboles».

«Un día en que el bienaventurado Tomasso de Cori (1655-1729) daba la comunión en la iglesia de Civitella, experimentó un rapto que lo elevó hasta la bóveda a una velocidad que los asistentes temieron que se fuera a romper la cabeza. Después de haber flotado durante unos instantes por el aire, volvió suavemente al suelo sin haber soltado ni el copón que llevaba en una mano ni la hostia en la otra. El día anterior a su muerte —el 20 de enero de 1729— se elevó horizontalmente de su lecho. El fraile que se ocupaba de él declara haberlo visto así suspendido a una altura de dos pies y rodeado de claridad, hechos que son aportados por el postulador de la causa, F. Luca di Rama, en la biografía que publicó en 1786 según los documentos del proceso».

«San Juan José de la Cruz (1654-1734) también se elevó hasta la bóveda de la iglesia. En otras ocasiones sólo lo hacía algunas pulgadas, y otras más entre

cinco y seis pies. En 1728 se le vio en Nápoles levitando en una procesión, avanzando como si anduviera, moviendo los pies en el aire. También llegó a cubrir una distancia de unas dos millas. Sin olvidar que tuvo otras levitaciones diciendo misa. Había ingresado a la edad de trece años en los Franciscanos de la reforma de san Pedro de Alcántara. Murió en Nápoles».

«En 1722, el bienaventurado Angelo d’Acri (1669-1739), misionero Capuchino, pronunciaba un sermón en Aprigliane, en la diócesis de Cosenza. Al terminar, y sosteniendo un crucifijo en la mano, tuvo un éxtasis. Su cuerpo se elevó más o menos un pie del suelo, quedando suspendido durante bastante tiempo. Se pudo observar que el crucifijo participó también en la elevación, pues el predicador ya lo había soltado de su mano. El mismo fenómeno se volvió a producir en 1725 cuando predicó en Monteleone, pero esta vez se elevó cinco pies por encima del púlpito y permaneció mucho tiempo en el aire. El último día de otra misión, en Fiumfreddo, durante la exposición del Santísimo Sacramento, voló hacia el altar franqueando una distancia de diez pasos. También se produjo el prodigio en Belmonte».

«Gerardo Majella (1726-1755), hermano laico Redentorista, cayó en éxtasis un día al oír a un mendigo ciego que tocaba con su flauta este canto popular:

*Il tuo gusto, e non il mio,
Voglio solo in te, mio Dio.*

Y en este éxtasis se elevó del suelo. La escena ocurrió en Caposele, en presencia de otros pobres que habían acudido a una distribución de limosnas, y también ante el médico Santorelli. El ciego se llamaba Filipo de Falcone. En otra ocasión se elevó en el aire como si fuera algo muy natural^[40]: *Gerardo volvía de Deliceto con dos jóvenes obreros destinados al servicio de la comunidad. A un lado del camino que lleva de la villa al convento se eleva una capilla dedicada a la Virgen, ocasión que aprovecha para pasar a hablar de la misericordiosa bondad de María. De repente se para, saca un lápiz, traza febrilmente algunas palabras en una hoja de papel y lo lanza al aire, como queriendo enviar un mensaje al cielo. Y entonces lo ven ambos obreros elevarse en el aire, volar con la ligereza de un pájaro hasta el lugar llamado el Francés, situado a una distancia de unos quinientos metros. Llegado allí, vuelve a tierra y regresa tranquilamente al convento. Los dos testigos de este extraño suceso, que murieron por el año 1804, contaban a quien quisiera oírles y sin variar nunca el relato lo que habían visto sus asombrados ojos. Otro vuelo extático realizado en circunstancias análogas fue aportado al proceso de beatificación por una dama, Madalena Flumeri, a quien se lo había contado su tía, Rosaria Bertucci, testigo ocular: *Un día que fue a confesarse a la iglesia de la Consolación se encontró con Gerardo, que volvía de Deliceto.**

Como la conocía bien, le pidió que le llevara el manto a la Consolación, a donde él mismo iba, y, adelantándose a ella, entró en una capilla que se encontraba en el camino. Cuando salió de allí, la asombrada Rosaria lo vio elevarse en el aire y recorrer, con los brazos extendidos, la distancia del aproximadamente un quilómetro que hay entre la capilla y la iglesia. El día de Viernes Santo del 23 de abril de 1753 se le volvió a ver elevarse a una altura considerable en el momento en que, después de la tradicional procesión de Corato, se devolvía un cuadro representando la crucifixión. Murió muy joven en 1753 y fue canonizado por Pío X en 1904».

«Paolo Francesco Danei, fundador de los Pasionistas, conocido como Pablo de la Cruz (1694-1775), volvía cierto día de invierno del monte Argentara en que vivía como ermitaño. Se sentía tan cansado, que creyó que iba a morir. Se acostó en el suelo y se puso a rezar. Y entonces se sintió elevado del suelo e inmediatamente transportado a su convento. En Latera (en la diócesis de Montefiascone), mientras estaba exhortando a otros religiosos en la sacristía, se le vio elevarse del suelo. En la isla de Elba, durante un sermón dando pasos de allá para acá, pasó a andar por el aire sobrevolando por encima del auditorio. En los últimos años de su vida, durante una piadosa conversación mantenida en Roma en la sacristía de la iglesia de san Juan y san Pablo, se vio como su rostro se iluminaba y su cuerpo se ponía a temblar. Ante tales señales precursoras de un rapto, Paolo, que estaba sentado, se arqueó con todas sus fuerzas al respaldo de su sillón y se agarró a los brazos. Según un testigo, *a pesar de sus esfuerzos comenzó a elevarse con el sillón hasta más arriba de mi cabeza, lo que me lleva a pensar que fue unos siete u ocho palmos. Y allí quedó en éxtasis mucho tiempo. Cuando volvió en sí, noté un pequeño temblor en la parte superior del cuerpo, y después descendió poco a poco junto con el sillón en que estaba sentado.* Las levitaciones de san Pablo de la Cruz son mencionadas en el breviario del día de su oficio (*die XXVIII aprilis, lectio VI*)».

«De san Labre, el peregrino mendicante (1748-1783), no se citan levitaciones propiamente dichas. Sin embargo, resulta interesante anotar que los que asistieron a sus éxtasis declararon que su cuerpo, sin perder contacto con el suelo, parecía escapar parcialmente a la ley de la gravedad dadas las posturas extraordinarias que podía adoptar».

«San Alfonso de Liguorio (1696-1787), fundador de la congregación de los Redentoristas, tuvo levitaciones públicas durante sus predicaciones. El más célebre de estos hechos tuvo lugar en diciembre de 1745 en Foggia, durante el sermón que san Antonio estaba dando en la catedral unos días antes de las Navidades. En un momento dado, la madona llamada de los Siete Velos o la Vieja Imagen, venerada en Foggia desde el siglo XI, pareció que se iluminaba y proyectaba un rayo de luz en el rostro del predicador. Fuera de sí, Alfonso

balbuceaba: *¡Madre mía... soy tuyo... enteramente tuyo...!* E inmediatamente le invadió un sagrado raptó, viéndolo todo el pueblo con los ojos fijos en María, con los brazos extendidos hacia ella y elevándose varios palmos por encima del púlpito como si fuera a iniciar un alto vuelo. Las dos mil personas que componían el auditorio, mudos al principio de estupefacción, lanzaron inmediatamente un grito de entusiasmo que se oyó inmediatamente en el exterior del templo: *¡Milagro, milagro!...* grito que, repetido por doquier, atrajo oleadas de curiosos a los alrededores de la catedral, hasta el punto que las religiosas de la Anunciación, cuyo convento se encontraba no muy lejos de allí, creyeron que se trataba de una revuelta popular.

»Un acontecimiento parecido —tanto que se podría creer, a falta de testigos, en una segunda versión del mismo acontecimiento— tuvo lugar en octubre de 1756 en Amalfi. San Alfonso tuvo otra levitación durante un sermón. Según relata Casanova, *el día en que echaba el sermón sobre la Santa Virgen animando a los oyentes a encomendarse a ella en todas sus necesidades tanto espirituales como materiales, de repente, pareciendo inspirado por Dios, lanzó este grito: ¡No tenéis apenas confianza en vuestra madre, no sabéis suplicarla con fervor! ¡Yo, yo voy a rezar por vosotros! Su ardiente alma se puso a exhalarlas más conmovedoras súplicas cuando, de repente, de la imagen de María, situada a la derecha del púlpito, surgió un rayo de luz que se proyectó en el rostro del predicador. En ese momento lo vimos con el rostro iluminado, los ojos fijos, sumido en un raptó, elevarse dos palmos por encima del púlpito, como un serafín iniciando un vuelo hacia el cielo. Tal raptó duró más de cinco minutos durante los cuales, en medio de una indescriptible emoción, los sollozos del público se mezclaban al griterío procedente de todas partes: ¡Milagro, milagro!* Cuatro testigos oculares declararon sobre este hecho durante el proceso de santificación: los canónigos Casanova, di Luca, di Stefano y el padre Criscuoli. Este último atribuía a tal milagro la extraordinaria influencia que ejerció la misión en las costumbres de los habitantes de Amalfi: *Yo asistía todas las tardes a la misión de Amalfi, misión que no olvidaré nunca al haber sido la razón inmediata de mi entrada en la institución. Sé, pues, a ciencia cierta lo que ocurrió. Pero me acuerdo muy en particular de la total transformación que se ejerció en dos barrios de la población, llenos de prostitutas. Gracias a la gracia divina, esas criaturas entregadas al vicio se convirtieron todas y totalmente al escuchar a ese servidor de Dios».*

«Otras levitaciones tuvieron una publicidad menos estruendosa. Según cuenta fray Verdesca, *en los primeros días del año 1762 me dirigía una mañana al rezo habitual de oraciones. Al entrar en su celda, lo vi dos o tres palmos elevado sobre su asiento en la actitud de un hombre mitad sentado mitad de rodillas. Tenía los brazos extendidos, los ojos abiertos y mirando al cielo, con*

el rostro luminoso, como transfigurado. Entré sin hacer el menor ruido y me puse de rodillas entre el asiento y la cama de modo que pudiera contemplarlo con sólo girar la cabeza. El rapto duró como un cuarto de hora, que a mí me pareció sólo un instante. Y mientras que con mis ojos bañados en lágrimas contemplaba ese espectáculo tan celestial, ese servidor de Dios lanzó un grito profundo diciendo: ¡Dios mío, Dios mío...! En ese momento volvió en sí y se encontró en su asiento en la postura habitual. Yo estallé en sollozos, lo que le hizo darse cuenta de mi presencia y quedar lleno de confusión. Volviéndose hacia mí, me dijo con un tono de dulce reproche: “¡Ay, pillín, así que estabas aquí...! Pero te ruego que no digas a nadie lo que has visto...” Y nos pusimos a rezar el oficio, aunque él permanecía como aturdido bajo la impresión de ese largo rapto».

«El padre Tannoja tuvo también ocasión de observar una levitación de san Alfonso, de la cual dio una descripción muy detallada: Estando en Paganí en octubre de 1784, me disponía a decir la Santa Misa estando Alfonso ante el altar del Santísimo Sacramento. Le oí mover los pies como si hubiese resbalado en el pavimento, ruido que se repitió algunos instantes después, por lo que, sospechando que le ocurría algo sobrenatural, echando una mirada de reojo le vi elevarse en el aire por encima de su asiento, y esto varias veces, por lo que no fue sino con gran esfuerzo, y gracias a la ayuda de un criado y del fraile que lo acompañaba, que pudo finalmente moverse con naturalidad, bien para ir a la iglesia, bien para, si estaba sentado, levantarse. Después de dicha misa, estando situado ante el coro para mi acción de gracias, pude observar varias veces las mismas elevaciones. Para asegurarme de una manera más completa de qué iba aquello, me situé varios días seguidos en el mismo lugar para observarlo bien y constaté que se renovaban las mismas elevaciones con la rapidez y la ligereza de una ligera pluma».

«San Alfonso tuvo levitaciones hasta los últimos días de su vida, estando en la silla de ruedas en la que se le paseaba cuando quedó imposibilitado, e incluso en su lecho de muerte. El cardenal de Villecourt aporta estos hechos de la siguiente manera: Un día en que se le llevaba en su silla por el corredor, se pudo observar que iba hablando solo, como alguien que delira, sobre las obligaciones que no estaba cumpliendo. El padre Volpicelli, que lo quería distraer de esos penosos pensamientos, le dijo que en el estado en que se encontraba a sus años no estaba obligado a nada y que, por un solo acto suyo de amor, satisfacía todas sus obligaciones. “Sí, respondió Alfonso como saliendo de un sueño, por un acto de amor...” El padre Volpicelli continuó: “Un acto de amor lo llena todo”. Como Alfonso oía ya mal, el padre Volpicelli se acercó a él y le dijo en voz más alta: “Dios mío, os amo”. E inmediatamente, sumergido en pleno éxtasis, se elevó por el aire a una altura de más de un palmo, golpeando con su cabeza la barbilla del padre Volpicelli,

que se había inclinado para hacerse oír. En otra ocasión, Alfonso le rogó al padre Volpicelli hacerle obrar un acto de amor de Dios, pero el padre tuvo la precaución de no ponerse tan cerca para resguardarse del choque que había tenido anteriormente. E hizo bien, pues el santo anciano se elevó de la misma manera».

«Cuando el santo se hallaba ya cerca de su muerte, José de Mauro, arquitecto de la casa real, vino de Nápoles a Pagani para examinar las obras que se estaban haciendo en la iglesia de los Redentoristas, después de lo cual fue a hacerle una visita para saludarlo. El santo le preguntó si eran muy frecuentados los teatros y si su sobrino los frecuentaba. El arquitecto le respondió: *Hoy día es algo que hace todo el mundo*. Alfonso se calló durante un instante y después añadió con más interés: *¿Las capillas son también frecuentadas?* “Sí, y no podríais creer todo el bien que se consigue, y con qué ardor acude la gente de clase baja. Hasta los cocheros que acuden parecen santos”. El santo se hallaba en el lecho como un muerto y, al oír que los cocheros eran unos santos, exclamó: *¡Cocheros santos en Nápoles! ¡Gloria Patri!* Al decir estas palabras se elevó de su lecho a la altura de más de un palmo y repitió tres veces: *¡Cocheros de Nápoles santos! ¡Gloria Patri!* Fue tal su emoción, que se pasó toda la noche sin dormir, gritando continuamente unas veces a su criado y otras al fraile que se ocupaba de él: *¡Cocheros de Nápoles santos...!*^[41]».

«En el oficio que le es consagrado, Die 2 Aug. S. Alph. De Ligorio, lectio V, no se hace alusión a sus levitaciones. Lo acontecido en Foggia y en Amalfi es simplemente mencionado en estos términos: *a Virginis imagine in eum immiso miro splendore totus facie coruscare et in extasim rapti coram universo populo non simil visus est*^[42]».

«Santa Marie-Francoise de las Cinco Llagas (1715-1791), monja terciaria de la rama franciscana de san Pedro de Alcántara, fue, según se dice, notoria por la precocidad de su fervor: al parecer, ya se la vio en éxtasis a la edad de cuatro años. Cuando sus padres instalaban en Navidad el belén, no había modo de separarla de él, permaneciendo en oración durante horas después de que su familia se hubiera retirado. Una noche, su hermana la sorprendió junto al nacimiento, elevada en éxtasis a una altura de dos pies del suelo. Es el único caso de levitación del que informa el padre Daras, añadiendo simplemente que se la vio un día en que se paseaba a pasos lentos, estando enferma y débil, y regresar de repente con una agilidad anormal corriendo tan rápido por el campo, que se hubiera dicho que volaba. Por otra parte, en su oficio del breviario se habla de sus levitaciones que, si no eran frecuentes, sí lo eran repetidas: *Coelestibus rebus intenta, frequenter in extasim est rapta et quandoque a terra sublata* (6 oct.)».

SIGLO XIX.

Las tradiciones relativas a la levitación de los místicos ni se interrumpen ni escasean a medida que nos acercamos a la época presente. He aquí algunos datos que Olivier Leroy ha podido recoger referidos al siglo XIX:

«Claude Dhière (1757-1820), director del seminario de Grenoble, pasa por haber tenido levitaciones durante sus éxtasis. Según su biógrafo^[43], *le ocurría con frecuencia transportarse llevado de la oración al éxtasis debido a la violencia del Amor divino que lo consumía. Sus alumnos lo veían entonces perder el uso de los sentidos, extender poco a poco sus brazos como si estuviera sujeto a una cruz y elevarse del suelo. Si en esos momentos de deliciosos ardores se escapaban de sus labios algunas palabras, eran en general textos de las Sagradas Escrituras o impulsos de amor divino. Cuando su alma volvía de esos piadosos raptos, se humillaba y pedía perdón a los que lo rodeaban, explicando ese transporte de fervor como un olvido. Sus éxtasis al decir la misa se producían casi siempre en el rezo del memento de los vivos y los muertos, y los discípulos que le ayudaban a decirla aseguran que, una vez invadido de Dios, sus pies apenas tocaban el suelo*».

«Anne-Catherine Emmerich, vidente y famosa estigmatizada (17 741 824), no experimentó una levitación propiamente dicha, pero ella misma se atribuye unos hechos de agilidad anormal que deben ser citados: *Mientras realizaba mis funciones en la sacristía, de repente me elevaba, ascendía, subía, me mantenía en las partes altas de la iglesia, en las ventanas, en las imágenes, en los salientes de las columnas. Arreglaba y limpiaba todo en los lugares en que la tarea era humanamente imposible. Me sentía elevada y sostenida en el aire, lo que no me producía ninguna inquietud, pues estaba acostumbrada desde mi infancia a ser asistida por mi ángel de la guarda*».

«André-Hubert Fournet (1752-1834) fue beatificado en 1926. Los detalles que siguen están sacados de la biografía concienzudamente consagrada a este bienaventurado por Jules Saubat, el cual las ha obtenido del proceso informativo que siguió a la investigación preliminar prescrita en 1853 por el obispo de Poitiers:

»Las primeras levitaciones de A.-H. Fournet tuvieron lugar en 1820, durante la estancia que hizo en Issy en el convento de las Hijas de la Cruz que acababa de fundar. Mientras el servidor de Dios celebraba el santo sacrificio de la misa, sor Marie-Alexandrine lo vio en ocho ocasiones elevado del suelo e inmóvil en el momento de la elevación de la sagrada hostia. Llena de emoción y temiendo tener visiones, llamó a las otras hermanas, que también pudieron contemplar la escena. Les fue, pues, posible constatar el prodigio,

que se repitió durante ocho días durante la misa dicha por el Padre.

»Un tal Lafleur-Peignon, de Paizay, que durante su adolescencia fue el monaguillo del bienaventurado Fournet, contaba que a veces éste, estando ante el altar, parecía un pajarillo en pleno vuelo cuyos pies no tocaban el suelo.

»Monjas del convento de La Puye (Vienne) lo vieron rezando en la iglesia, arrodillado sin tocar el suelo. A la hermana que informó de ello en el proceso informativo se lo había dicho sor Mónica, testigo del acontecimiento. Hizo esta declaración: Nuestra querida sor Mónica me ha declarado que, encontrándose en la iglesia de La Puye con otras cinco o seis hermanas, vio al servidor de Dios puesto de rodillas, con los brazos en cruz, a la altura de las campanas.

»En otra ocasión, se le vio levitar mientras predicaba durante el Via-crucis en la misma iglesia. Una de las monjas, sor Ludvine, cuenta así el suceso: *Informaré de un hecho del que fui testigo en la iglesia de La Puye. Este servidor de Dios dirigía el Viacrucis, predicando en cada estación, en presencia de toda nuestra comunidad. Yo iba detrás de él con una vela, junto con otra hermana. Al llegar a la sexta estación, cuando empezó a predicar lo vi elevado del suelo. Como estaba muy cerca, pude ver claramente la luz que había entre sus pies y el suelo. La elevación no era exactamente de un pie, pero sí de al menos medio pie. Al verlo despegado así del suelo, me quedé estupefacta y no pude evitar decirles emocionadamente a las hermanas que se encontraban a mi lado: ¡Oh, mirad al Padre en el aire!... Las hermanas me hicieron señal de que me callase y no perturbara la ceremonia. No recuerdo ahora el nombre de las hermanas que fueron testigos conmigo de esta elevación. En cuanto a mí, me puse a observar a mis anchas ese hecho extraordinario, que duró durante toda la predicación de la décima estación.*

»A propósito de otra levitación que tuvo lugar durante la predicación de este beato se tienen declaraciones más numerosas y detalladas. Proceden también de monjas de La Puye: *El día de san Juan Bautista, en el que allí también se celebra el de la primera comunión, el servidor de Dios predicaba ante una cruz situada en el antiguo camino que llevaba a Paizay, a la cual habían ido en procesión los parroquianos y los niños que la iban a recibir. De repente, los niños comenzaron a gritar a la hermana que los conducía: ¡Hermana, hermana, mire al Padre en el aire! La hermana les mandó callar, diciendo: Ya lo veo, pero no digáis nada. Ella fue quien me vino a advertir del hecho, pues yo estaba con la mirada al suelo, escuchando con qué grandísima devoción y animación hablaba el Padre. Y fue así como lo vi elevado a una altura de un pie y medio, de donde descendió lentamente...*

»Otra monja da esta versión del mismo acontecimiento: Hicimos la procesión como de costumbre dirigiéndonos a la cruz que estaba en el límite de la

clausura del convento en el camino de Paisay. Nos colocamos alrededor de esta cruz, los niños de la primera comunión y los hombres de la parroquia en primera fila, después las hermanas y detrás las mujeres. Las novicias estábamos detrás de las hermanas. El padre André nos predicaba al pie de la cruz, que estaba plantada en una piedra que a su vez se hallaba sobre una pequeña elevación. El buen padre hablaba sobre la felicidad del cielo y se le oía muy claramente. No recuerdo bien si lo podía ver cuando empezó a hablar, pues no prestaba mucha atención, porque, además, debido a mi pequeña talla y a las personas que estaban delante de mí, era natural que no lo pudiera ver. Yo tenía entonces doce años. En medio de su predicación, oí a una mujer que estaba a mi lado exclamando que el buen padre estaba subiendo al cielo. Parecía muy emocionada y lloraba. Su grito me hizo prestar atención a lo que estaba sucediendo. Y vi entonces muy claramente al padre por encima de las personas que estaban delante de mí, pero sólo hasta las rodillas, y luego el borde de su sobrepelliz. Me hubiera sido imposible verlo así si no hubiese estado elevado del suelo. Por lo que se refiere a mí, me puse a mirar ingenuamente hacia el cielo esperando ver si alguien debía descender de él para subir al padre André.

»Y he aquí la declaración de sor San Vicente de Paula:... el servidor de Dios, una vez llegado con la procesión al pie de la cruz, se arrodilló inmediatamente según su costumbre mientras entonaba el *O crux Ave*, seguido del cántico *¡Viva Jesús, viva su cruz!* Después se levantó y, subido a un pequeño escalón que rodeaba el zócalo de la cruz, comenzó a predicar con gran celo y palabras encendidas. Y estaba yo ordenando en la primera fila a los niños de la primera comunión y escuchando su sermón sin mirarlo, cuando uno de los niños que se encontraba a mi lado gritó: *¡Mira, hermana, el padre se está elevando en el aire!* Entonces miré y vi que, en efecto, el servidor de Dios no tocaba el suelo y permanecía en el aire a una altura de alrededor un pie por encima del pequeño escalón de piedra sobre el que estaba situado. Vi y observé sin duda alguna que se encontraba en esa posición. Yo estaba a unos cuatro o cinco pasos de donde él y no tenía a nadie que se hallara entre nosotros que me pudiera impedir contemplarlo sin ningún problema. Fui a comunicárselo a una hermana que se encontraba a algunos pasos de allí y le dije: *¡Mira al padre como se eleva en el aire!* Esta hermana es sor San Martín, que se puso a mirarlo conmigo. Pero en ese momento el servidor de Dios empezó a estar menos elevado y se acercaba al suelo. Desde el momento en que, advertida por el niño, lo vi elevarse hasta el instante en que lo volví a ver descender y apoyado en sus pies debieron de transcurrir unos diez o doce minutos. El servidor de Dios estaba vuelto hacia los niños de la primera comunión con quienes me encontraba yo. Los parroquianos de La Puye no podían verlo porque estaban situados detrás de la cruz».

«El bienaventurado José-Benito Cottolengo (1786-1842) vivió en Turín como religioso secular y se entregó a numerosas obras de caridad, para cuyo sostenimiento creó diferentes fundaciones religiosas. Fue beatificado por Benito XV en 1917. Numerosas levitaciones han sido aportadas a la documentación del proceso de beatificación. He aquí algunas basadas en declaraciones de testigos oculares: *Una tarde del año 1836, José volvía a la caída de la tarde a la Piccola Casa, en donde residía. En ese momento fue atacado por unos malhechores de los que escapó gracias a la intervención de dos policías. La hermana portera (que es la testigo ocular) lo vio entrar pálido y destrozado, quedando sorprendida al oírlo pedir una taza de café. Una vez que se lo hubo bebido, José subió a su habitación. La hermana portera, que se había quedado inquieta e ignoraba lo que había sucedido, se sorprendió de no oírle, pues la habitación se encontraba justo encima de la portería, de modo que, temiendo que le pasara algo malo, subió. Después de llamar varias veces a la puerta sin obtener respuesta, se decidió a abrirla, pudiendo entonces verlo rezando extasiado ante una imagen de la Virgen. Estaba de pie, con los brazos extendidos, el rostro iluminado y elevado del suelo.*

»La misma monja tuvo numerosas ocasiones de contemplar semejante escena. Especialmente una en que subió a buscarlo al haber algunos visitantes que lo reclamaban en la portería. Después de llamar a la puerta inútilmente, se decidió a abrirla, encontrándolo en plena levitación, con la mirada fija en una imagen de la Virgen que tenía encima de la puerta, lo que permitió a la monja contemplarlo cómodamente: *rapito in estasi, fuor dei sensi, sollevato da terra, colla faccia accesa, aria ridente, occhi scintillanti e rivolti al cielo...* Estaba de rodillas, elevado del suelo, de modo que la testigo pudo observar que la sotana no tocaba el pavimento. Según ella, *sus éxtasis coincidían con ciertas festividades litúrgicas, y también cuando el bienaventurado había sufrido alguna humillación*».

«Santa María Magdalena Postel (1756-1846), fundadora de las Hermanas de la Misericordia, fue canonizada en 1925. Monseñor A.-M. Legoux le dedicó, cuando aún era sólo beata, una voluminosa biografía basada en informes extraídos de los diversos procesos canónicos a cuyas sesiones había asistido en calidad de juez. Lo que sigue está tomado de este documento: *Sus alumnas la sorprendieron un día en éxtasis delante del tabernáculo de su oratorio. Estaba de rodillas, sin tocar el suelo y con los brazos cruzados. Su rostro resplandecía con una luz celeste y sus ojos parecían estar contemplando la belleza infinita... Más de una vez, empujadas por una curiosidad fácil de comprender y de disculpar, quisieron gozar de este espectáculo encantador. Así, se levantaban temprano, bajaban la escalera de puntillas y, acercándose al oratorio sin hacer ningún ruido, miraban por las rendijas de la puerta o*

por el hueco de la cerradura, pudiendo así contemplar a la santa elevada del suelo y arrodillada en el aire, con los ojos elevados al cielo y totalmente transfigurada... Fue también vista en ese estado por dos monjas, que la contemplaron enteramente elevada del suelo y sin apoyo de ningún tipo, arrodillada, con las manos juntas y murmurando palabras inflamadas: Dios mío, sufro mucho, pero lo hago por ti, mi Dios... ¡Hazme sufrir más!

»Después de la misa, María Postel se quedaba en la capilla para prolongar su acción de gracias. Cuando volvía del desayuno, la monja que la ayudaba al cuidado de la sacristía la encontraba a menudo arrodillada en el aire, con el rostro destellando una luz divina.

»De la misma santa se cita también un transporte que debe añadirse a la experiencia de la levitación. Una tarde, se dirigió a una parroquia vecina llamada Gatteville, situada junto al mar. Quería ver a su confesor que se había retirado a ella por unos días^[44]. En la ida, y puesto que la marea estaba baja, había tomado el camino más corto a través de la playa. Cuando decidió volver, la noche estaba ya echándose y la marea había subido, por lo que se vio obligada a tomar un largo camino solitario y poco seguro. Entonces oyó una voz que le decía muy claramente: *¡No temas nada!* Dios ponía a su servicio las alas del viento. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró transportada a varios kilómetros en la otra orilla de la bahía: en su convento.

»Cuarenta y cinco años más tarde, Monseñor Delamare, su superior eclesiástico que se había enterado del milagro, quiso tener su confirmación de la misma boca de la santa, cuya vida no podía ya prolongarse mucho. La cosa era difícil: ¿cómo triunfar sobre una humildad que ocultaba los favores que recibía con más interés que el de un avaro que oculta su tesoro?

»Después de haberla convencido, sor María refirió muy escuetamente el suceso ante Monseñor Delamare y el capellán, el padre Lerenard, el cual la interrogó, la interpeló y le hizo múltiples preguntas. Esta fue su respuesta:

»—*¡Bendito sea Dios! El lo sabe todo...*

»A fin de obtener una declaración más completa, el padre Lerenard insistió: *¿La Divina Providencia no habría enviado a un hombre que os habría llevado en una barca o en algún caballo?*

»A lo que respondió con cierta animación la santa: *No había tal hombre, ni tal barca, ni tal caballo. Cuando Dios quiere una cosa, se realiza inmediatamente. Nada más oír aquella voz, fui transportada en un abrir y cerrar de ojos...*»

«A. de Rochas, en su opúsculo sobre la levitación^[45], cita al cura de Ars, san Jean-Marie Baptiste Vianney (1786-1859) entre los santos levitantes y remite para la exposición de los hechos a la biografía abreviada del abad A. Monnin. En ella se lee que una noche, el cura de Ars se despertó sobresaltado sintiéndose elevado en el aire. Poco a poco perdí contacto con mi lecho, según

afirmó».

«Maria Domenica Barbagli (1812-1859), una extática italiana, pasa por haber tenido levitaciones muy frecuentes. El doctor Imbert-Gourbeyre recogió un testimonio de primera mano. Una de sus clientes, de la que se ocupaba entonces en Royat, le contó que había asistido a un rapto corporal de esta extática en estas circunstancias: *En 1855 vi a la extática de San Savino, en Toscana, cerca de Siena Longa. Se la llamaba Miniquina, cariñoso diminutivo de su nombre. Vivía recogida en su casa con fama de santa. Fue un viernes cuando la vi en éxtasis. Estaba arrodillada, con los brazos en cruz y elevada unos dos pies por encima de su lecho. El éxtasis duró una hora. Puse mi mano bajo sus rodillas y me fue fácil levantarla: tenía el peso de una pluma; la soplé y su cuerpo se balanceó lentamente en el aire, como si fuera una hoja mecida suavemente por el viento. Anteriormente se me había advertido de ello, así que quise comprobarlo. Al día siguiente, durante la misa, experimentó tres éxtasis, uno de ellos elevada del suelo. Miles de personas han sido testigos de esos éxtasis.* P. G.E. Bini, otro de los biógrafos que habla sobre estas experiencias, precisa... *per lievissimo soffio ondeggiava quasi sottilissimapiuma*». (Citado por Leroy).

«Marie de Jesús, más conocida con el nombre de Mère du Bourg (17 871 862), fundadora de las Hermanas del Salvador y de la Virgen Santa, era tía de Monseñor d'Hulst, el cual le contó al padre Bulliot que su tía se había elevado del suelo en muchas ocasiones ante los ojos de todas las monjas de la comunidad, en especial cuando se hablaba delante de ella del amor de Dios. El padre Bulliot hizo a tal efecto una comunicación en la Sociedad de Ciencias Físicas (sesión del 7 de febrero de 1897). Los dos biógrafos de la santa, el abad Bersange y G. du Bourg, aportan sobre estos hechos otros detalles más: *Ocurría casi siempre al final del éxtasis, según éste último, cuando la Madre du Bourg era súbitamente elevada del suelo. Ella intentaba resistirse, pero una fuerza sobrehumana la arrastraba. Entonces, sintiéndose impotente, se acababa abandonando a la atracción sobrenatural.*

»El doctor Imbert-Gourbeyre conocía personalmente a esta santa mujer. Muchos miembros de su familia la habían visto elevarse mientras rezaba. He aquí lo que dice de dichas levitaciones: *El éxtasis no se acababa casi nunca sin una súbita levitación, al tiempo que decía ¡Oh, caridad, oh, amor sagrado! Llegada a ese momento, intentaba resistirse a esa atracción divina. Después de intentar en vano agarrarse a la silla o al reclinatorio, cruzaba los brazos sobre su pecho, o bien los extendía ligeramente dirigidos al cielo, y se abandonaba a esa fuerza que la elevaba rápidamente. Pero siempre conservaba la postura en la que había sido sorprendida por el éxtasis y, al elevarse, quedaba de rodillas, sentada o de pie.*

»Según el mismo autor, estas levitaciones se producían con regularidad:

Cada tarde, durante el rezo de la comunidad, a la madre María le resultaba imposible oír el rezo sin experimentar inmediatamente un raptó. Se elevaba entonces en el aire a la altura de su silla, descendiendo bruscamente después sobre su reclinatorio. Un día, la caída fue tan violenta, que la plancha se rompió.

»Este último suceso es también informado por la madre María de la Cruz, que fue testigo de él, el 7 de abril de 1856, y que fue a visitarla al día siguiente:

»—*Se me suele preguntar acerca de mis rodillas. Pues bien, no sufro ningún daño* —dijo un tanto confusamente.

»—*A lo mejor el reclinatorio no puede decir lo mismo* —le dije.

»—*Mi corazón se repartía y se iba. Era un amor purificador que me ha hecho sufrir* —respondió ella.

»*Poco después, bajó a la capilla para ver cómo estaba su reclinatorio y, agachándose para mirar el desperfecto, dijo en voz baja: ¡Oh miserable criatura! Mira lo que has hecho*^[46].

»El 24 de octubre de 1854, al concluir un retiro, la santa tuvo un éxtasis que duró dos horas durante el cual se elevó del suelo dos veces.

»Se cuenta que el día en que se enteró de la muerte del papa Gregorio XVI (1846), estando de rodillas en plena oración para rezar por su alma, su cuerpo se elevó».

«El bienaventurado Michel Garico'íts (1812-1863), fundador de los Padres del Sagrado Corazón de Bétharram, cuando decía misa se elevaba de repente en el momento de la consagración a la altura de dos o tres palmos. A veces, se elevaba solamente apoyado en la punta de los pies. Muchas Hijas de la Cruz, como los religiosos de Bétharram, seminaristas y parroquianos fueron testigos de estas levitaciones».

«De Marie de Moerl (1812-1863), la célebre estigmatizada del Tirol, no se dice que durante sus éxtasis casi diarios se elevase del suelo, y sí que a menudo la cosa se limitaba a rozar con la punta del pie la superficie de su lecho. M.-E. de Moy, profesor de derecho en la facultad de Munich, en una carta a M. Boré, describe así la posición de la extática tal como la presencié: ... *las manos juntas, la cabeza y la mirada dirigida al cielo, de rodillas, el cuerpo inclinado hacia delante, parecía transportada por ángeles que la sostenían invisiblemente, pues la inclinación de su cuerpo era contra las leyes del equilibrio, y sus rodillas no se notaban bajo su hábito*».

«En cuanto a sor María de Jesús Crucificado (1846-1878), carmelita árabe, ella sí que se elevaba muy alto, pero sus levitaciones jamás se produjeron sin apoyarse en algo. En sus éxtasis, ascendía hasta las copas de los árboles del huerto del Carmelo de Pau, pero empezaba a izarse apoyándose en algunas ramas y jamás flotaba libremente en el vacío. Su último biógrafo, el reverendo P. Buzy, capellán del Carmelo de Belén, hace alusión a ello. En una carta a

Olivier Leroy aporta estas precisiones:

»*Sor María se elevaba hasta la copa de los árboles por la extremidad de las ramas. Ponía el escapulario en una mano, con la otra cogía la extremidad de una rama, por la parte de las hojas, y en un abrir y cerrar de ojos se deslizaba por el exterior del árbol hasta llegar arriba. Los testigos insisten en que subía instantáneamente. Y sin necesidad de bajarse, pasaba de un tilo a otro por la punta de las ramas. Una vez arriba, se sostenía en unas ramas demasiado débiles como para sostener una persona de su peso.*

»He aquí algunas declaraciones de testigos en su proceso: *La hermana E. ha declarado que un día, encontrándose en el huerto con la servidora de Dios, ésta le dijo que volviera la cabeza. Así lo hace y, al volver a mirarla inmediatamente después, la ve sentada en lo alto de un tilo, apoyada en una pequeña rama, balanceándose como un pajarillo y cantando al amor divino.*

»Otro testigo añade lo siguiente: *La vi una vez en éxtasis en lo alto de un tilo, sentada en la extremidad de la rama más alta, rama que no hubiera podido sostenerla. Su rostro resplandecía. La vi bajarse de allí como si fuera un pajarillo, de rama en rama, con una gran ligereza. Comprobé que esas ramas del tilo, al ser tan pequeñas, tendrían que haberse partido bajo el peso de la servidora de Dios, peso que no era nada ligero. Cuando la vi descender, estaba en éxtasis.*

»Cuando descendía del árbol, añade otro testigo, iba de rama en rama, por las puntas, ligera como un pájaro, como quien baja una escalera.

»Una sola vez tuvo un descenso difícil: la priora le había ordenado que bajara, como lo solía hacer. Sor María dudó un instante. Después descendió, pero con mucha dificultad. Atribuyó ese fallo físico al ligero retraso que había tenido en obedecer a su Superiora. *Si yo obedecer pronto, el árbol hacerse piquiño, así, dijo la monja poniendo la mano casi a ras del suelo».*

«En julio de 1898, el transatlántico *La Bourgogne* naufragó en la costa de Terranova. A esta catástrofe se refiere una escena cuyo relato tiene aquí cabida, según Olivier Leroy. El héroe es un dominico, Joseph Baumann (muerto en 1898), hermano del novelista Émilie Baumann^[47], de quien tomo textualmente lo que sigue:

»A propósito de los últimos instantes de la vida de mi hermano, he aquí el inesperado testimonio que me acaba de llegar como transmitido desde lo Alto. Me cuidaré muy mucho de certificar como sobrenaturalmente cierta esta extraña y milagrosa circunstancia. Pero, desde luego, atestigua en qué estado de éxtasis pasó de la mar oscura al sol de la eternidad. En el momento en que *La Bourgogne* estaba naufragando, y desde una embarcación que se alejaba, una dama, protestante ella, y de las pocas que se salvó, echó la vista atrás para ver el navío inclinado ya casi a nivel del agua. Vio así a tres dominicos en medio de otros náufragos arrodillados. El de más edad, que era el prior, les

mostraba su rosario y un crucifijo. El más joven, mi hermano, con la mirada dirigida al cielo, le pareció estar elevado por encima del puente con la cabeza circundada por un círculo de fuego.

»Tal episodio me lo proporcionó el reverendo padre Hugon, profesor del colegio angélico de Roma, un ponderado teólogo hostil al iluminismo. Esa dama se lo había contado, estando en un hospital de Nueva York, a una religiosa del Buen Socorro de Troyes, la madre Henry-Joseph, persona de juicio sólido incapaz de inventar un milagro, que fue quien se lo contó en una carta al padre Hugon, el cual le rogó que guardase para sí la confidencia, que no la divulgara ni en su convento: quería evitar adornar con una imprudente aureola la frente de un joven muerto prematuramente. Ultimamente, tuvo un nuevo conocimiento, que le vino del padre Joseph, y consideró conveniente comunicármelo sin olvidar mencionar sus fuentes: efectivamente, la dama protestante VIO. Y como es la única superviviente, no es imposible decidir si fue su exaltación la que creó el fenómeno, o si Dios, para iluminarla, le manifestó la anticipada gloria de un elegido».

SIGLO XX.

«Al parecer, Gemma Galgani, natural de Lucques, que murió en olor de santidad en 1903, tuvo algunas levitaciones».

«Con María de la Pasión, de las Adoradoras del Crucifijo, abandonamos otra vez la levitación para volver a la agilidad extática. Sor María Prassede, de la misma congregación, informa en una carta del 3 de junio de 1913 que un día en que se le encargó acompañar a su cama a María de la Pasión, que había bajado a la capilla a comulgar y estaba demasiado débil como para volver sola: *Apenas habíamos abandonado el coro, vi a la servidora de Dios, a pesar de que estaba muy enferma, subir las escaleras rápidamente, como si volara. Tanto que yo, que gozaba de buena salud, apenas podía seguirla. Parecía que no tocaba el suelo y que volaba verdaderamente por la escalera que conducía a su habitación*».

«Marie-Julie Jahenny, una bretona extática de La Fraudais que vive aún, tuvo, según el doctor Imbert-Goubeyre, frecuentes éxtasis durante más de dos años. Según afirma, hice constatar su ligereza extática por personas competentes. Por mi parte, he intentado verificar estas afirmaciones, pero el cura actual de Blain, parroquia de la que depende La Fraudais, no ha podido darme personalmente ninguna confirmación...».

Es con esta última mención como se completa la lista de santos extáticos establecida por Olivier Leroy en 1928, el cual cita además numerosos casos de semilevitación, de agilidad de sonambulismo, enumera los *médiums* más famosos de los siglos XIX y XX —Daniel Douglas Home, W Stainton Moses, Eusapia Paladino, Fuggeri, French, Maria Wollhart, Willy Schneider (su hermano Rudi es desde el 11 de noviembre de 1930 el *médium-cobaya* del Instituto Metafísico de París), el brasileño Carlos Mirabelli— y estudia y analiza paralelamente en cuadros sinópticos para hacer una diferencia objetiva entre el vuelo de los santos y los fenómenos similares de los histéricos y simuladores tal como han sido constatados o sorprendidos en las observaciones clínicas, las descripciones patológicas, las experiencias de laboratorio, los procesos verbales de las academias pseudocientíficas de espiritismo, metapsiquismo y otras manifestaciones anexas, trucos, manipulaciones, paseos magnéticos, escenificaciones, rayos infra o ultrarrojos, fosforescencia negra, iluminaciones indirectas, juegos de espejo, velos, ilusión, fotos, transparencia, ectoplasma, alma de difuntos, evocaciones, mesas giratorias de adivinos, espíritus inventivos, anunciadores, telequinesia, bipolarización y otras monerías y éxitos en el programa de esos agentes del Infierno y disfraces del Diablo que son los managers y

empresarios en *tournée* por los cinco continentes. Pero no por eso se para con los progresos del siglo la vida milagrosa de los místicos católicos ni la actividad de los protonotarios del Papa, pues la santidad sigue siendo la misma, y el Promotor de la Fe sigue oyéndose aún, y sus *animadversiones* siguen su buena marcha e invectivan, discuten, registran, ratifican, maldicen o beatifican y canonizan a los extáticos, que levitan o fueron estigmatizados, con una sana prudencia que vivifica y una lentitud constante y sabia que mantiene a la santa Tradición, pues ni el tiempo ni la publicidad cuentan para la Iglesia universal en continua labor de Eternidad y de Verdad.

Ignoro cuántos casos hay actualmente en instancia en Roma, ni cuántos procesos han sido ganados o perdidos desde el inicio del siglo xx, pues la Curia romana no publica estadísticas por más que desde entonces la ciudad del Vaticano se haya modernizado con estación ferroviaria, túneles, servicios telegráficos, antenas, radio, gran periódico independiente, central eléctrica, blancos aviones (con las llaves de san Pedro grabadas en su fuselaje), sellos de correos para coleccionistas y, últimamente, observatorio astronómico y laboratorio de bioquímica, telescopios y microscopios, sin olvidar estudios cinematográficos para su propaganda diaria, y como es lógico, hasta de un cardenal americano, desde luego *up daté*^[48]. Pero la prueba de que la vida mística no está muerta es que, a pesar del barullo de las dos guerras mundiales y sus secuelas económicas, sociales, intelectuales, turbulencias morales y nacionales, amenazas racistas, conquistas del proletariado, ensaladas revolucionarias, miseria, nudismo integral, aberraciones sexuales, industrialización a ultranza del planeta, hambruna generalizada, trashumancia, amontonamiento de los humanos, armas secretas, atomización nuclear, a pesar de todo eso, unos desconocidos en éxtasis en los conventos perdidos y olvidados aparecen un buen día en los periódicos, en grandes titulares deslumbrando y cegando a las vedetes de la prensa, artistas, pintores, literatos, políticos, militares, inventores, ingenieros, gentes de la bolsa, banqueros, industriales, gente de mundo, *snoobs*, boxeadores, bailarines, aviadores, especuladores, ases de la publicidad con sus logros, sus campeonatos y sus récords, a los que eclipsan y hacen sombra ganándoles en brillo y profundidad y confrontados a la consternación de las muchedumbres que no comprenden a esos extraños y sublimes Hermanos y santos en oración en este siglo xx, pero que acaban siguiéndolos y adorándolos de rodillas: la pequeña santa Teresa del Niño Jesús, natural de Lisieux (Normandía), de la que no se sabe gran cosa y que quizás no haya hecho nunca nada extraordinario sino aparecerse en sueños a la estigmatizada de Konnerseuth (Baviera) y dirigirla a ciegas en su dolorosa vida. O ésta misma, Teresa Neumann, aún viva, hija de simples campesinos bávaros, que hace milagros en su pueblo, que es visitada por centenares de personas todos los viernes, y en especial en Viernes Santo, por millares de gentes curiosas, creyentes e infieles, extranjeros, judíos, enemigos, compatriotas, esbirros cargados de mala conciencia, enfermos que esperan de ella la curación de sus llagas y úlceras a pesar de que por su parte sólo se mantiene desde hace años y años con una pequeña cucharada de agua azucarada y

estar clavada a su lecho más por los pecados del mundo que por sus propias miserias y accidentes lamentables, servidora que ha sido objeto desde hace treinta años de comisiones de información, de expertos, de sabios, psiquiatras, experimentadores materialistas, doctores en teología, miembros del partido comunista alemán, de la juventud hitleriana, del clero de Ratisbona y cuyo largo martirio espiritual, ideológico, científico, está lejos de haberse acabado, hasta el punto de que uno se pregunta compasivamente cómo va a acabar todo esto para ella teniendo en cuenta que la Iglesia aún no se ha pronunciado, pero que los incrédulos periódicos del mundo entero la han hecho repentinamente célebre publicando (sin que ella lo sepa y sin la aprobación del Vaticano, al que le horrorizan estas prácticas y no se ha modernizado en esto hasta ese punto) una fotografía en primera página y en grandes titulares, con sus ojos anegados en lágrimas de sangre, lanzada en Francia por *Paris-Soir* y que salió en 1936, en plena euforia del «frente popular», foto obviamente sensacionalista que no está dentro de las costumbres de la prensa, ni siquiera en la llamada de información. O el humilde sacristán de Santiago de Chile, al que he llamado el santo Desconocido, el cual, si no ha levitado él mismo, hizo levitar a un albañil caído del andamiaje de la torre de la catedral al dirigir su caída, como si fuera capaz de medir ángulos, frenándola, deteniéndola con un simple gesto, amortiguándola, recibiendo al desgraciado obrero con su mano sana, pues la otra, inválida, la llevaba pegada a la cadera. Y a pesar de ser enclenque de físico y débil de mente, un chiflado, un mestizo, hijo de una italiana y un indio, hacía curaciones entre la gente humilde de su alrededor que lo venían a acosar, sobre todo las mujeres estériles que deseaban tener un hijo, sobre las que lanzaba un soplo ante la gran vergüenza del decano de la catedral, que le ordenaba, confundido y nada seguro, que no hiciera ningún milagro sin su consentimiento para evitar tener ninguna historia con Roma, personaje del que me he permitido esbozar la silueta, una primera noticia hagiográfica, en *Histoires vraies*^[49]. Y, finalmente, el último del que he tenido noticias, otro desconocido, fray Pío, el extasiado que realiza «prodigiosos prodigios» (*sic*) allá al fondo de un convento al sur de Apulia, del que me ha hablado un productor cinematográfico que acaba de llegar procedente de Roma y con el que me he entrevistado en Sain-Segond, Villefranche, esta misma mañana del 5 de mayo de 1948.

¡Y el siglo xx no ha hecho más que empezar!

¡Qué importa el resultado de las elecciones italianas de las que se ocupan todos los periódicos de hoy! La Congregación de Ritos seguirá aún con asuntos que resolver y los periódicos seguirán hablando en primera página de ascetas enjutos y extáticos etéreos, hoy todavía anónimos, sumidos en la santidad en la que se gozan y entregados a las maceraciones, a sus cilicios, los cuales escaparán quizás sin saberlo a la destrucción del mundo bajo las bombas, las capas de gas, los efectos de las radiaciones de la energía nuclear con su incineración instantánea, total, y seguirán levitando con sus gloriosos cuerpos por encima de entre las máquinas y los robots

anónimos y todos esos sucios trastos productos de la ira de un Dios de los hombres en perspectiva. Y se salvarán llevados por el Espíritu Santo, el Innominado dios con el que se identifican cuando rezan, olvidándose de todo y jubilosos.

In principio erat Verbum...

murmuraba san José de Cupertino sumido en oración, perdiendo contacto con el suelo, prosternado, adorando, colmado, asombrado, idiota, consolándose con un profundo suspiro, diciendo clamorosamente

¡Amén!...

mientras se eleva en éxtasis, encantado.

III

EL RAPTO DEL AMOR

Al cabo de un gran rato se ha encumbrado sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos, y muerto se ha quedado, asido d'ellos, el pecho, del amor muy lastimado^[50].

SAN JUAN DE LA CRUZ

Y EL MONJE se levantó en la noche para rezar.

MUERTO EN EL MUNDO, no tener como referencia consoladora más que un Job o un obrero de Babel, qué puede haber más decepcionante, alucinante, inquietante, estupefaciente cuando Dios conduce al alma por el muy arduo camino de la oscura contemplación y la vida espiritual se reseca y muere de sed del conocimiento íntimo y la impaciencia y languidece con la duda en la plegaria, con la lengua ansiosa de lo impronunciable y paralizada y quemada por lo innominable, la atención desorientada por esa su propia emanación que la inflama y la fulmina con quimeras, imaginaciones, visiones, con la ilusión dejada atrás, con la idea fija, con el cuerpo negándose a seguir, encabritándose, rebelándose, sudando, echando espuma para acabar rindiéndose y dejándose arrastrar todo agotado, caer, yacer seco como muerto, muerto en el mundo, ausente, vertiginosamente ausente, hundido en el estiércol, expuesto en la mesa del sacrificio, hostia oculta o en cruz en los cruces de camino, polvo que cimenta las baldosas pisoteadas, desgastadas, borradas, horadadas, y todo se desmorona y se hunde en el momento de la resurrección de los huesos y de la carne.

Y ES ASÍ COMO ANTE EL ESPÍRITU SANTO el asceta se presenta cual mendigo, ciego, tullido, enfermo, loco de amor, y su locura divina lo transporta, y su empeño de vagabundo merodeador de catacumbas y criptas le empuja, y sus idas y venidas de débil buenazo, de espíritu enfermo, titubeante entre cascotes y escombros lo llevan por sendas y senderos llenos de rodeos que le hacen ir hacia atrás, vertiginosamente solitarios, con fosas de desesperaciones contemplativas, caídas repetidas de ebrio sublime ante el acercamiento, ante la posesión de ese Dios que posee también al imprudente y se ofrece al peregrino imprudente pero audaz en el agobio: toda esa Gloria que cae del cielo a la tierra por el día, por la noche, y que engulle y envuelve en su ardiente calor de una manera más completa que la arena que fluye en la clepsidra en la muda garganta del tiempo o que las agitadas aguas del mar profundo, esa Gloria es el beso de lo Eterno: la Trinidad, la *Vita Nova*.

EL RECIÉN NACIDO no necesita ni zodíacos ni predicciones. Para el hijo del Amor, para el Niño perdido entre los Doctores, el Salvador, su Madre es su estrella y su planeta.

TUS LABIOS. Quemazón, estigmatización, tatuaje indeleble. Hablas sin palabras. Tu boca, una cicatriz. Me hundo en esa boca abofeteada, herida. Tu sonrisa, ¡amén!... Tu mirada. ¡AMÉN!... Eres el Todopoderoso y perdonas. *No saben lo que hacen.* Y te desentiendes. Piensas en otras cosas desde otra parte del mundo, en el otro mundo, en el Nuevo Mundo. La Cruz se eleva en el aire. ¡Déjame seguirte, amor mío! A tus pies se juega a los dados. Tu corona... Los clavos... Tu ropa desgarrada... La infamante pancarta... Tu sudario. El Cielo.

EL CORAZÓN DEL SANTO DESPLOMADO al borde del camino sobresale como alforja de pobre, pues sólo contiene provisión de lágrimas, de caridad, de humildad, de amor, por lo que los perros de la noche que lo rodean, con el pelo erizado y enseñándole entre gruñidos los dientes, no quieren lanzarse sobre este mendigo olvidado que huele de una manera peculiar y ha perdido su bastón, muerto como está para el mundo.

LA PIEL DEL LEPROSO que se halla en una cruz en un cruce de caminos es como la Vía Láctea que se extasía sobre las espigas de los trigales. Sus llagas son estrellas en la claridad naciente. Las primeras luces del día aparecen reflejándose en los viejos cacharros y tiestos extendidos por entre la maleza y las espinas al pie del calvario. Tropiezo. Un paso más, adelante.

EL CAMINO DE LA CRUZ. La muralla. Un paso más. Se oye la campana de la capilla del monasterio. Un golpe. Un paso más, el último. Empuja la puerta. La puerta chirría. Suena la campana. Su badajo es el corazón. El cráneo está lleno de sonidos. La cabeza escucha al pecho. Cae agotado. La puerta se vuelve a cerrar. Encerrado. La campana solitaria. Otro golpe más, el último. Se escucha el silencio. El alma es una mosca que no sabe donde posarse y que revolotea molesta en todas partes. Está buscando el cadáver.

HAY UN CIRIO ARDIENDO. Su llama se inclina a ambos lados. Una sombra se desliza ante el altar. Un atuendo bate sus alas. Es por el viento de la plegaria. La atracción. Boca abierta. La entrega completa. ¡De rodillas! Retírate la capucha. Los pies, desnudos. Tus manos tiran nerviosamente del cíngulo. ¡Junta las manos, pues están oficiando otras! Las manos desnudas. Dedos desnudos y frágiles que se extienden como rayos. Un anillo. Un dardo que no titubea. La Hostia, un hundimiento en la eucaristía, el corazón perforado. Un vuelo de avispa. Una lágrima de cirio. Una gota que quema. El sello en los labios. Las lágrimas. El dolor es fulgurante.

LA MUERTE. La Vida. Deglución.

SUSTENTO.

NO ES POSIBLE estar saciado de Amor.

INCENDIO DE AMOR DIVINO, ramillete de oro, flor de Jesé, escala de Jacob.

Los Bienaventurados.

EL ESPÍRITU SE ESPANTA en la celda. La tonsura en lo alto. Un golpe. Es vertiginoso. Un golpe. El estremecimiento del alba. Un golpe. La campana tintinea. Un golpe espaciado. El monje blanco se aplica la disciplina. Un golpe. Un golpe. Un golpe. Maitines. ¡Sigue arrodillado!

LA CONSCIENCIA ES ESTRANGULADA por la obediencia cual si fuera una cuerda y la voluntad está ahorcada.

UN HÁBITO RÍGIDO. Unos pies desnudos flotan luminosamente en las sandalias. Un nimbo en el techo. Planea con las manos juntas o con los brazos extendidos el extasiado que estira el cuello. De rodillas. En el aire. Acostado de lado. Ofrecido. Con los ojos en blanco. Con el corazón desnudo.

SAN JOSÉ DE CUPERTINO tenía como costumbre decir cuando salía de sus éxtasis, temblando todavía de júbilo interior, exangüe, balbuciente: *La obediencia es la cuchillada que degüella la voluntad del hombre... ¡Obedece! Ante esta palabra, Dios retira la cortina...* Bien es cierto que solía emplear términos burlones. Los santos son como niños, juegan con fuego, les gusta el riesgo y les encanta reír. Carecen de vergüenza. Adoran perderse. Tienen confianza. No se pertenecen. Su Padre siempre los encontrará dondequiera que vayan a encaramarse en el Cielo. Y el Cielo está cubierto de charcos por todas partes, como después de la lluvia o las lágrimas.

EL DÍA SE ANUNCIA y con él los primeros rayos de sol que irrumpen en la estrecha celda. Cual alegre obrero en su taller, palpa con el dedo el extendido cilicio de la plegaria.

CADA OFICIO TIENE su herramienta predilecta. Hay gotas de sangre en cada punta y rizos atrapados en los peines de la suave lana del Cordero.

—¡BUENOS DÍAS, bello Rosal salvaje, compañero de mi soledad, que has florecido esta noche ante mi puerta!

LA MAÑANA ESTÁ TODA PERFUMADA del fuego de sarmientos cortados y de brazadas de espinas muertas.

ABRAHAM se afana.

ISAAC está maniatado.

EL CORDERO designado.

EL CUCHILLO de hoja curva del pastor.

EL SACRIFICIO.

EL ÉXTASIS.

LA LLAMA DEL HOLOCAUSTO crepita y asciende muy recta. El sacrificio se ha consumado. Todos los pecados del mundo se esfuman. Abel y Caín. Más. Basta. El ganado bala por los alrededores. Adán prepara su flauta. No hay una pastora Eva. Una tórtola arrulla en la torrentera. Bajo el ramaje, un ruido de agua viva.

EL ÁRBOL.

LA FRUTA prohibida.

ESTA MAÑANA, la creación luce como un fruto olvidado después de la cosecha, como una naranja entre las múltiples hojas del naranjo —¡sólo se la ve a ella!—, como un beso en la mejilla de un Inocente, en el pecho de una Virgen, en la vestidura de un Ángel que se ruboriza de pura alegría, en tu barba de romero florecido ¡Oh. Padre que estás en el cielo y no Te ocultas, fruto de mi boca! ¡Suculencia del beso que se prolonga y que absorbo, oh Bendición, oh Perfume, oh Efusión inagotable de la plegaria, amén!

YA IGNORO LO QUE DIGO en este arrebatado que prorrumpe de mi boca y me eleva hacia Ti y se engolfa y pierde en Tu oído para construir en él su nido de barro, cual golondrina; o de fino plumón y de largos hilos de araña, los cabellos de la Virgen, como un petirrojo; o de paja, en desorden, como un gorrión. Pío, cacareo, gorjeo. Los pájaros del campo ya no son inconscientes: ni el ruiseñor en el vergel; ni el mirlo del jardín; ni la golondrina que se desgañita en el aire; ni el ínfimo abadejo que se oye en una flor de salvia de dedal; ni el gigantesco avestruz que olvida sus huevos en el desierto africano; ni el pájaro del paraíso que danza en Australia; ni el kiwi anacoreta, que se parece a un hormiguero, a un montón de heno en marcha, a un campesino que bajo la lluvia chapotea en los arrozales; ni la ladrona urraca; ni al águila real; ni los ridículos y enternecedores pingüinos que parecen monjas y se desgañitan como asnos en los hielos del polo; ni los estorninos en las acacias; ni los tordos en los serbales; ni el cucú, pájaro del eco al que responde un pájaro irreal, también cucú, y que se va a poner sus huevos al nido vecino; ni el pájaro secretario, esa maravilla que se posa en los cactus y conduce al viajero errático alejándolo de las fuentes, de los charcos, de los puntos de agua; ni el pájaro vigilante sobre la espalda del elefante o pavoneándose sobre la espina de dientes de sierra del más fiero cocodrilo al estar al cuidado de sus ojos, de sus glándulas lacrimales y de los dientes mostrados en su monstruosa sonrisa; ni el ibis, el flamenco rosa, las zancudas, la familiar cigüeña; ni el albatros en la tempestad; ni el serpentario encolerizado muestra sus espolones; ni la abubilla, el pelícano, el cisne, los pavos reales que se exhiben en los parterres embaldosados en mosaicos de la piscina del *Sha* de Persia; ni las setenta y dos especies de palomas de las Indias; ni los patos estrangulados en los lupanares chinos que balbucean y sangran al morir; ni los buitres, esos carroñeros en círculo sobre las apestosas terrazas y torres del Silencio de los adoradores del fuego, los parsis, todos ellos banqueros de Bombay; ni los cóndores de los Andes que se siluetean cual en un pentagrama series de notas negras, cuádruples corcheas, *presto*, *prestissimo*, entre los vanos paralelos de las Cordilleras, cuyos nevados volcanes son las blancas en arpegio o los acordes de acompañamiento, el bajo anotado, el calderón; ni el colibrí, casi imperceptible al ojo debido a la rapidez con que se mueve pero cantando; ni el *chupa-flores* o *beija-flores*, como se conoce a ese aprovechado gorrón en Latinoamérica, ese pájaro mosca de millares de especies de entre las que la más pequeña, la *Pigmornis rubra*, no es más gruesa pero sí diez veces más rápida que lo que conocemos como abejorro volatinero, un avecilla que no pesa más de dos gramos, cuyo vibrátil vuelo es como un dardo, un destello, una brasa ardiente, un polvillo al sol, una estrella errante, una lágrima de diamante, un estallido; ni la asustadiza codorniz, acurrucada en los rastrojos; ni la atemorizada perdiz; ni las ocas silvestres y gritonas; ni las silenciosas rapaces nocturnas con su aterciopelado vuelo,

aves de presa que se dejan caer desde lo alto y se lanzan con un gran batido de alas; ni el martín pescador azul; ni las cornejas de las catedrales que estercolan las estatuas y salpican las vidrieras; ni las lechuzas y los búhos tan frecuentes entre las ruinas, burlándose socarrona y diabólicamente, con un plumaje tan tiernamente humano alrededor de sus ojos en acento circunflejo y un perfil de Edad Media, cual punto de interrogación, bajo sus capirotes; ni los loros y las cotorras, charlatanes y charlatanas sobre los cuales los pintores impresionistas han probado sus pinceles; ni el tucán, ese espantoso cómico del Amazonas; ni las garzotas, esos abanicos del Trópico; ni el sinsonte de la pampa argentina; ni los chillones eiders en las profundidades de los fiordos de Noruega; ni los miles de aves marinas en sus islas de guano a lo largo de las costas de Chile; ni los gallos silvestres de Escocia que vienen a posarse en los fusiles cuando hay niebla; ni los pavos de la Pradera, empalados entre gritos y protestas en un pincho; ni los faisanes y sus polluelos, dejándose atrapar en la red; ni la siempre sorprendida becada, que nunca se da cuenta de la trampa que se le tiende; ni el cuervo que croa, ese legionario, ese duro que esgrime una pequeña cruz de hierro sobre la cual está grabada la palabra *hodie*, viejo cuervo misántropo que se negó a alimentar a Elías y vuelve hoy en raudo vuelo desde la noche de los tiempos a acompañar a su santo patrón cuando se le invoca en los casos desesperados y de extrema urgencia, de lo puro apresurado que está hoy en participar en el bien y recuperar el tiempo perdido {...*hodie mecum eris in paradiso*...}); ni el gallo de Pedro, el Apóstol, pura negación, veleta de los pueblos, tótem de los Galos, y que en Francia se sirve al vino desde la carnicería que armó Enrique IV, pues París bien valía una misa; ni la primera pareja, la paloma y el palomo del Arca de Noé, que echó a perder el macho para siempre, el muy borracho, y a cuya hembra, oh milagro, nos la volvemos a encontrar en el agua del Bautismo, regresada acompañando al Espíritu Santo, ese pájaro de fuego. Como tampoco son inconscientes las antífonas, los salmos, los cánticos, las letanías populares, las secuencias, esos cultos poemas procesionarios de los cristianos; ni las sinfonías de ángeles y pastores que se alborozan, o la melopea de los bateleros faenando, las salvajes onomatopeyas de los piragüistas ritmando la cadencia en el fragor de los rápidos, las canciones obscenas y nostálgicas de los antiguos marinos de vela aparejando para partir a las islas del Sur, el látigo que resuena y sacude a bordo de la trirreme romana o de la galera del Rey en el Mediterráneo, las canciones de piratas y negreros a sus anchas por las Antillas.

No, nadie hay más inconsciente que yo, el loco cantor, el distraído por excelencia, que me centro y no me centro en mi oración que me arrastra, mi perpetua plegaria, mi adoración desviada, mis palabras en hiato, tu Verbo que se desgrana en un rosario, cascada sin fin, asociación de imágenes, pensamientos, causas, efectos, identificaciones, esa cadena, ese collar que Tú me has puesto alrededor del cuello para liberarme y del que estás suspendido como un carbunco que me fulmina y me imanta; tus brazos, tus piernas, tus dedos, tus insoportables caricias, tu soplo que me acaricia la punta de la lengua, Tu respiración que la hace moverse y vibrar en tu

PRESENCIA. Y esto no es una confesión, pues Tú lo sabes todo ya, oh Inefable, y yo no sé ya lo que digo, pues Tu boca me sella los labios cual carbón ardiente, y no puedo hablar, y exploto, una eyaculación, *la Vida Nueva*:

¡ALELUYA!

LA VIRTUD DE LA ORACIÓN es enumerar las cosas de la creación y llamarlas por su nombre en una efusión. Es una acción de gracias.

NO SE TRATA de mover los labios ni chasquear la lengua, de hacer que se mueve.
No se pronuncian las palabras.

SÓLO Dios habla.

ES POR ESO por lo que el santo que cae en éxtasis cae a los abismos, flota por lo Alto, es levitado, gravita transportado, se derrite y deja de poseerse. Todo lo más lanza un grito o un último suspiro. Se deja ir y discurre como una sonda hasta lo más profundo de la palabra de Dios. Planea...

MUERTO en el mundo.

LA ORACIÓN MENTAL es la pajarera de Dios.

DIME, Halconero mío: ¿hay una diversidad mayor de almas que de aves, son como números que viven en la Unidad o, si nos situamos en las profundidades del mar, de peces, que son pájaros de los abismos marinos que mueven perpetuamente los labios aun siendo mudos por ser su boca táctil y su cuerpo en doble cuña que sube y baja, gravita, símbolo consagrado de CRISTO? Dímelo, bello Pescador de almas en los borborigmos, tú que sondeas las entrañas. ¿O hay más astros en el cielo o estrellas dobles en el universo para cantar tu Gloria?

TU GLORIA es la Respiración que anima el Cielo y la Tierra, y el Océano es tu Pulmón negro.

EL DÍA SE CARGA de sombras opacas. La noche es transparente como la Santa Ampolla y yo circulo entre los glóbulos de Tu Sangre en efervescencia: Comunión, Resurrección, Vida, corazón que se consume, frente que sangra, nimbo en el techo, vestidura que vuela, pies descalzos en sandalias irradiantes, de rodillas, prosternado. Y me pierdo en lo Alto.

UN GOLPE DE LANZA y el cuerpo se vacía, queda desprendido.

CUERPO POSTRADO y puro goteo.

UN GOLPE. Un golpe. Un golpe. Otro golpe más, el último, y es el ángelus. El brazo está cansado. La campana suena a debilidad, campana hendida, campana de badajo fatigado. La campana. El sonido. Un paso atrás. El espanto. El recuerdo. El enterrador. ¡Atrás, atrás! La campana se ha parado. Silencio. Y la mosca vuelve y encuentra el cadáver caído.

CADA FUNCIÓN tiene su herramienta adecuada. La mano palpa, aun dolorida. El dedo tonta, ahí está el de santo Tomás. ¿Dónde están los bucles del Cordero? Sólo hay un peine sucio, que apesta a sebo coagulado. ¿Puede ser esa la herramienta de Dios? Duda. ¡Quiere reír! El cuerpo vuelve en sí, completamente palpitante y siente de repente el horror del Tuteo oído, y la alegría sentida le espanta.

EL SANTO CONOCE también las migrañas y los sinsabores de la lasitud. Carencias. Repugnancias. Desfallecimientos. Dudas. La fiebre. El sudor de la angustia. Desconfía de la ilusión, del sonambulismo y de los sueños, de esas acrobacias de los intoxicados, de las crisis de nervios de los epilépticos y neurópatas. Una gracia mística es un don gratuito, y teme ver cómo se manifiesta públicamente ante profanos. Se niega. Le avergüenza su triunfo, del cual se siente indigno. Todos sus sentimientos y sus votos de humildad son violados. Maceraciones, mortificaciones, crueles penitencias, anormales abstinencias, la muerte en el mundo conlleva modos de vida, tanto externos como internos, de los más diversos, como son las virtudes teúrgicas de la ascesis, y son incontrolables. La ascesis consiste en un entrenamiento secreto que tiene sus virtuosos. Todas las facultades del hombre están tendidas hacia la realización heroica de ciertos fines morales y espirituales. Perfección, unión mística. El éxtasis es asunto de Dios.

LA LEVITACIÓN está relacionada con el éxtasis. Contrariamente a muchos extáticos de la Historia que eran doctores, teólogos, poetas, misioneros, descubridores místicos y los más valiosos arquitectos y obreros de la Iglesia, sus abogados y sus soldados, el más famoso de todos ellos por la frecuencia y el prodigio del fenómeno, aquel del que se ha podido decir con razón que se había pasado la mayor parte de su existencia en éxtasis, en el aire, san José de Cupertino se distingue por una rara ineptitud para cualquier tipo de trabajo, tanto corporal como mental. Pero su inclinación por los refinamientos ascéticos ha marcado una época y ha sido constatada por la declaración de testigos contemporáneos, de la misma manera que lo han sido su obediencia, su amor a Dios, sus raptos cotidianos, sus transportes espirituales, sus traslados corporales, su clamor asombroso y su grito *AMÉN*, su alegría, su buena pasta, su cándido humor, sus balbuceos, las palabras de la bella plegaria que se le atribuyen y su memorable proeza, ese récord único en los anales de la levitación y de la aviación, ¡su vuelo marcha atrás! He aquí lo que se puede leer a propósito de sus prácticas ascéticas en las *Acta Sanctorum*, tomo v de septiembre, páginas 117-118. Doy el texto latino para no ser tachado de exageración o de impudicia:

*P*ÁGINA 1017, *marginalia E/F/G/*: «Verum quo majus erat internum gaudium excommunicatione cum Deo, eo durius corpus suum tractabat, ut spiritui subjectum contineret. In hunc finem post adeptum sacerdotium quinquennio numquam panem usus est, nec decenio vinum bibit, folis herbis contentus aut siccatis fructibus, fabisve intolerabilis amaritudinis pulvere conditis, uti ex parti fuerunt quidam Religiosi qui illum piper esse crediderant. Herba vero, qua feriis sextis vesci solebat, adeo erat insípida et nauseosa, ut, cum quídam Religiosus eam extrema lingua libasset, totum sibi stomachum commoveri senserit, nec sine nausea per triduum illo cibo vesci potuere. Continuis jejuniis addictus, et observabat cum tanto rigo-re... ideoque antequam hunc sumpsisset, palidus ac debillissimus apparebat, sed eo sumpto, rubicundus et robustus^[51]».

Página 1018, marginalia A/B: «Hinc factum est, ut deficiens stomachus carnem jam amplius ferre nequiret quam tamen ex superioris imperio semel comedit, sed mox etiam rejecit. Hinc quoque faucibus ejus interdum atque constrictis qualemcumque cibum aegre potuit transmittere. Ad tam insolitos effectus concurrebat praeterea somnus brevissimus {quem capiebat in lecto, qui non quietis, sed doloris poterat appellari), et dura carnificina quam in in corpus suum per flagella, acubus, aciculis et stellulis chalybeiis intexta, exercebat, cum tam copiosa sanguinis effusione, ut muri in cella aliisque praedictis locis, in quae soluerat se cedere, eo tincti, imo incrustad etiam aliquot post annis apparuerint. Ad hasce flagellations, et ad catenam atque cilicium, quibus jam a multo tempore cruciabatur, grandem laminam ferream addidit quae, cum cilicium et catenam magis magisque stringeret, in eiusdem carnem tam horribili modo penetravit, ut ipse aliquando a superiore iussus sese exuere, non nisi unum vulnus appareret. Quam ob rem superior ipsum eo redactum conspicetus, ut exiguum ipsi vitae superesset, jussit horrida ista poenitentiae instrumenta a suo corpore amovere^[52]».

EL MÍSTICO emplea el término *éxtasis*, y el médium *trance*. Uno y otro fenómenos pueden comportar síntomas orgánicos comunes: alienación de los sentidos, frío en las extremidades, desaceleración de la respiración, a menudo rigidez, anestesia total, catalepsia.

El místico entra en éxtasis espontáneamente, por sorpresa, a menudo sin ningún preámbulo, mientras que el médium debe ser hipnotizado por un tercero o se pone por sí mismo en trance en un momento fijado de antemano mediante procedimientos especiales, a menudo sexuales.

El estado de salud del individuo no ejerce la misma influencia en uno y otro caso. En el médium, un mal estado de salud o incluso un ligero malestar pueden paralizar los poderes anormales debidos pasajeramente al magnetismo o a la autosugestión. En el caso de los místicos, no se puede decir que la mala salud aporte un obstáculo para su oración. Por el contrario, los santos que levitan se distinguen en todos los casos por una ascesis particularmente rigurosa en la que las maceraciones activas se unen a la insuficiencia de nutrición y de sueño.

La ligereza de ciertos extáticos, y sobre todo los estigmatizados y los que levitan, está probada, mientras que los médiums presentan sin excepción fenómenos de pesadez.

De igual manera, la luminosidad tampoco se puede comparar, ya que la de los médiums está aún por probar, y es en este dominio donde se han descubierto los mayores fraudes, los trucos, las puestas en escena y sabias trampas orquestadas. Los médiums no operan más que en la oscuridad, en pequeños grupos de simpatizantes y en un ambiente especial, un local preparado con los detalles adecuados, una decoración oriental o cuadros abstractos, mientras que el fenómeno de la luminosidad se produce sin que los extáticos se den cuenta y ha podido ser observada indiferentemente por el día o por la noche, con luz artificial o a pleno sol, en la soledad de la celda, en secreto o en público, en las amplias naves de las iglesias y las catedrales o en pleno aire, en huertos y en campos, ante algunos escasos testigos o en presencia de miles y miles de personas que han acudido, creyentes o incrédulos.

El enfriamiento de la atmósfera comparado a un soplo helador —*el beso de Satán*, del que se hubieran tenido que quejar tantas brujas que parece que tuvieron contacto con el diablo a lo largo de los tiempos y que son unánimes en su constatación de que su cetro es como una horca, rígido, y que ese beso las hacía descender los primeros escalones de la tumba, sensación de espanto que se apoderaba de ellas por delante y por detrás y las dejaba rígidas— *esa corriente de aire helado*, procedente de no se sabe qué lugar, que acompaña a los fenómenos llamados metafísicos no se observa jamás en las manifestaciones externas de la vida mística. Muy al contrario, un gran número de extáticos, y muy en especial de nuevo los

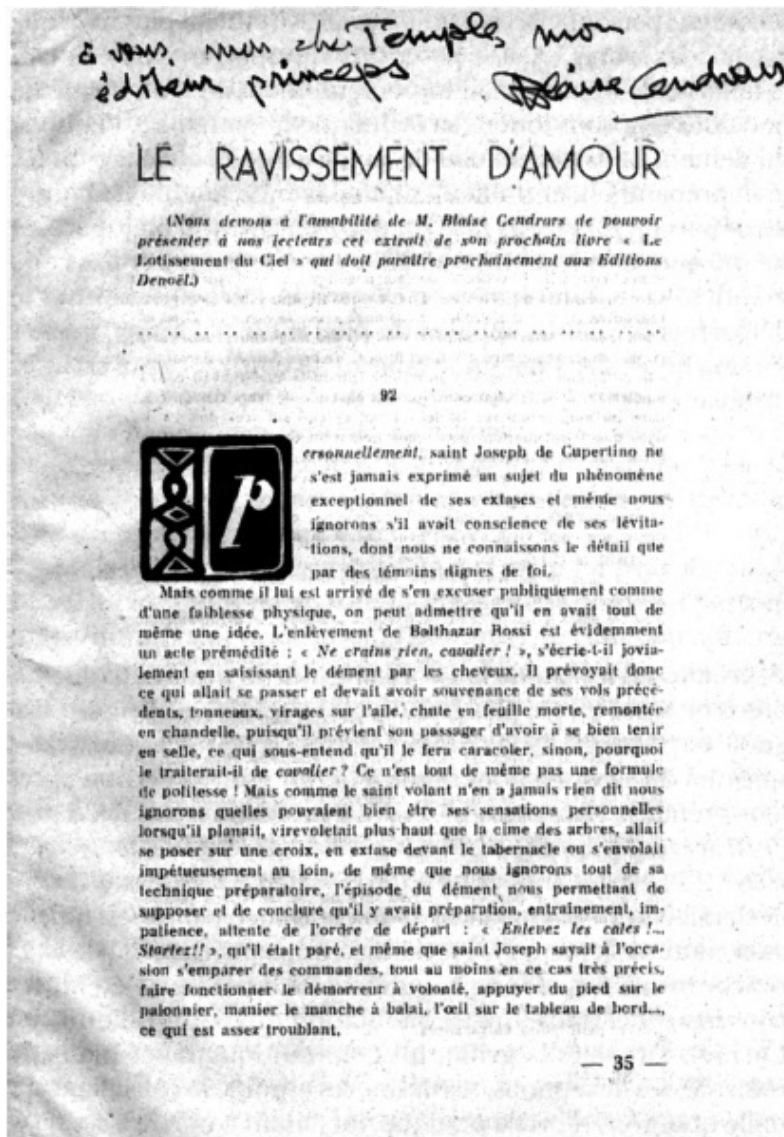
estigmatizados y los levitantes, presentan un fenómeno llamado *incendio de amor divino*, a veces acompañado no de ardores rechazados o de frenesí, sino de un positivo calentamiento de cálido ambiente, observable con termómetro.

Pero es sobre todo desde el punto de vista moral desde el que extáticos y médiums se diferencian, hasta el punto que se puede decir que son antípodas.

La vida moral del santo está totalmente conformada por un ideal de perfección, mientras que la del médium es abúlica e incolora. Mientras que el santo seguirá siendo siempre un hombre de fe y se fortifica con este único amor, el médium sufre muy frecuentemente de desagregación mental y se da al libertinaje. El santo se somete a una ascesis inflexible, retiene en sí el esfuerzo heroico destinado a repudiar al hombre natural para sustituirlo por el amor de Dios. Pero ni la menor huella de ascesis en el aprendiz de brujo, que generalmente es vanidoso, mentiroso, cobarde, juerguista, estafador, vanidoso, tan pronto a ocultarse ante un fracaso como a pavonearse de un supuesto éxito. El santo siente indómita repugnancia por toda manifestación espectacular de su santidad, mientras que el brujo está devorado por la ambición y el encelado deseo de manifestar sus poderes sobrenaturales.

El místico considera sus dones como efecto del *bondadoso placer divi no*, como carismas, como gracias de las que se considera indigno y de las que teme sus efectos para su humildad. El médium, por su parte, piensa que debe sus logros a la influencia *de los espíritus* que evoca o hace evocar en su nombre por otros agentes o intermediarios del diablo, con la codiciosa idea de hacerse con ellos y así disponer a su voluntad. Aquél es un muerto en vida, éste se exhibe. Y es sólo en la medida en que uno y otro se comportan ante las fuerzas ocultas y su comportamiento referente a las realidades sobrenaturales, de la consciencia que tienen de ellas y del Ser en quien las personifican, del miramiento que tienen para con Él, de los honores que Le rinden, de su conducta pública, de sus sentimientos íntimos, de sus plegarias o de sus tretas, sólo así se puede decir que el asceta y el brujo tienen algo en común: el parecido. El Santo y el Mono^[53].

EN LO QUE SE REFIERE a san José de Cupertino, nunca dijo nada acerca del excepcional fenómeno de sus levitaciones e incluso se ignora si tenía consciencia de sus levitaciones, de cuyos detalles sólo se tienen noticias por las aportadas por testigos dignos de fe.



Blaise Cendrars, *El rapto del amor*, Montpellier, *Souffles*, número de enero-febrero de 1949.

Pero como sucedió que se disculpó públicamente diciendo que se trataba de una debilidad física, se puede admitir que al menos tenía alguna idea de ellas. El rapto de Baltasar Rossi, por su parte, es sin duda un acto premeditado: «*No tengas ningún miedo, jinete*», gritaba jovialmente cogiendo al loco por el pelo. Así, pues, preveía lo que iba a pasar y debía de recordar sus vuelos precedentes con sus vueltas de campana, sus giros sobre el ala, caídas de hoja muerta, remontadas de cohete, por cuanto previene a su pasajero que se sujete bien a la silla, lo que hace que se

sobrentienda que le hará caracolear, pues, de otro modo, ¿por qué había de tratarlo como *jinete*? ¡Pues no es lo que se puede decir una simple fórmula de cortesía! Pero como el santo volador no lo aclaró nunca, ignoramos cuáles podrían haber sido sus sensaciones personales cuando sobrevolaba, cuando revoloteaba por encima de las copas de los árboles, cuando iba a posarse sobre una cruz, en éxtasis ante el sagrario, o cuando enfilaba impetuosamente a lo lejos, como también ignoramos todo sobre su técnica preparatoria, permitiéndonos por ello que el episodio del demente nos haga suponer y concluir que hubo una preparación, un entrenamiento, impaciencia, espera de la orden de partida: «*¡Levad anclas!... ¡Adelante!*»... y que estaba preparado, y también que en esas circunstancias san José sabía cómo hacerse cargo de los mandos {al menos en esas precisas circunstancias) para arrancar, apoyar el pie en el acelerador, manejar la palanca de cambios, mirar el tablero de mandos..., lo que no deja de ser inquietante.

«*EN EL PRINCIPIO era el Verbo...*»

exclama san Juan de la Cruz, el guía más sutil y más preciso de la ascesis y el más grande poeta místico en lengua española y quizás de la cristiandad, el Doctor Angélico, vicario espiritual de la orden del Carmelo, de quien santa Teresa de Ávila escribía después de su primer encuentro^[54]: «*He encontrado un hombre acorde con Dios y conmigo. Nos hemos comprendido ya en las primeras palabras...*» y, años más tarde, declaraba «*es el padre de mi alma*», haciendo alusión a los encuentros espirituales que tenía continuamente con el santo confesor, declaración contenida en un largo intercambio de correspondencia que se extiende a lo largo de tres lustros, y también en sus casi diarias entrevistas en el Carmelo, a través de la rejilla, comunicándole sus planes de reforma, sus decepciones, sus deseos, sus esperanzas, preguntándole sobre mil asuntos de orden práctico, haciéndole conocedor de sus escrúpulos, partícipe de sus angustias, confesándole las gracias de que gozaba, abriéndole su ardiente alma, su viril corazón, no teniendo con él ningún secreto.

En el *Cántico espiritual*, cuando se quiere expresar con palabras lo que es la elevación sin dolor del espíritu purificado, cuya total actividad es absorbida en Dios, san Juan de la Cruz, ese gran maestro del verbo, no duda en calificarla como *arrobamiento de amor*.

En la *Llama de amor viva*, este doctor místico se esfuerza en definir lo que es el *arrobamiento de amor* y en precisar lo máximo posible el proceso según el cual el alma desbordante de gozo y ebria de amor a la contemplación consuela al cuerpo del peso del pecado y lo incita a elevarse, indicando en el prólogo: «*Con el toque de Dios, el alma goza según sus potencias y su sustancia. Más aún, la felicidad que se desborda de dicho contacto se refleja en el cuerpo llenando de gozo toda la sustancia sensitiva, los miembros, los huesos, las médulas, y no ligeramente en el mero contacto, sino con una impresión de gran felicidad y de gloria, y eso se siente hasta en las extremas articulaciones de los pies y las manos*».

Pero este gran contemplativo, el poeta de la *Noche oscura del alma*, tampoco quiere decir nada de sus sensaciones personales durante esa su oración que le arranca rimas en aliteración hasta el balbuceo supremo ante el Verbo que se pronuncia tanto en lo más alto del Cielo como en el seno de las Cosas; y una vez aterrizado, de vuelta de su arrobamiento, regresado, reingresado en la realidad del mundo, san Juan de la Cruz escribe con sordina, fiel a su voto de humildad, pero soberanamente inteligente, como fino psicólogo, como prudente clínico de la vida espiritual, pesando bien sus términos: «*Habría llegado el momento de especificar los caracteres de las diversas especies de arrobamientos, éxtasis, raptos y vuelos del espíritu que se observan en los contemplativos; pero para ser fiel al plan que me he trazado, dejo ese cuidado a las personas con más competencia en la materia. Nuestra bienaventurada madre*

Teresa de Jesús ha dedicado a esos estados páginas admirables y yo espero de la bondad de Dios que pronto serán dadas a la publicidad». Y es así como san Juan de la Cruz le pasa la pluma a santa Teresa, cuyas declaraciones sobre las sensaciones personales y su repugnancia al santo vuelo son en efecto únicas en los anales de la levitación.

Y ESTAS SON LAS DECLARACIONES de santa Teresa de Ávila, la enérgica mujer que no se arredraba ante audacia alguna y la que más se ha adentrado en el oscuro camino edificando estancias, estaciones, cruces, insistente vagabunda acosada por Dios, de alma quejumbrosa, abandonada de sí, con el cuerpo destrozado pero de mano firme para sostener la pluma y que parece el único ser entre todos los héroes de la ascesis en occidente que no ha perdido la razón humana arriesgándose ante ciertas confesiones femeninas que sugieren muchas cosas de sus debilidades y de la piedad de su corazón, lo que no deja de extrañar con respecto a esta emprendedora mujer cuya energía ha logrado construir las vertiginosas torres de la adoración perpetua y los pozos de silencio de la oración del Carmelo, fundación realista de una gran dama del mundo y de España, su joya más brillante. Como dichas declaraciones son únicas y de gran importancia, no tengo ninguna duda en volverlas a poner ante los ojos del Lector para que de este modo tenga una idea verdadera del fenómeno de la levitación y esté mejor iniciado, comprenda y sepa exactamente de qué se trata:

«... En estos arrobamientos, el alma parece no querer al cuerpo. Aquí no hay medio alguno que se resista a la atracción divina. En la unión, encontrándonos aún como en nuestro país, podemos casi siempre lograrlo, aunque con esfuerzo y gracias a un violento esfuerzo; pero no ocurre lo mismo en el arrobamiento y casi nunca es posible resistirse. Previendo todo pensamiento y toda preparación, la atracción divina se lanza sobre uno con una impetuosidad tan rápida y tan poderosa, que uno ve, siente, como este nublado te envuelve y esta poderosa águila te lleva por el aire.

»Ya lo he dicho: se ve, uno se da cuenta de que se ha elevado, pero no sabe a dónde va, de manera que la débil naturaleza experimenta en este movimiento, tan delicioso por otra parte, un no sé qué espanto al principio. El alma debe mostrarse aquí mucho más resuelta y valerosa que en los estados precedentes. En verdad, es necesario que se atreva a arriesgarlo todo, ocurra lo que ocurra, que se abandone sin reserva alguna entre las manos de Dios y se deje conducir de buen grado donde sea, pues por otra parte, por mucho esfuerzo que se pueda hacer, se acaba elevado. Yo me esforcé una vez tan vivamente, por temor a equivocarme, que muy frecuentemente, pero sobre todo cuando me hallaba ante el público, intenté resistirme con todas mis fuerzas. A veces lograba algo, pero como era de alguna manera luchar contra un poderoso gigante, terminaba rota, extenuada.

»Otras veces todos los esfuerzos que hiciera resultaban vanos. Mi alma se elevaba, mi cabeza seguía casi siempre ese movimiento sin que pudiera

dominarla y de vez en cuando hasta todo mi cuerpo se elevaba, de manera que ya no tocaba el suelo.

»Esta elevación me ha ocurrido pocas veces. Me ocurrió un día en que estaba en el coro con todas las monjas, arrodillada y a punto de comulgar. Mi esfuerzo fue extremado al pensar que una cosa tan extraordinaria no podía por menos que causar inmediatamente una gran sensación. Como tal suceso es muy reciente y ocurrió una vez que era ya la priora, prohibí a las monjas que hablaran de ello. En otras ocasiones, dándome cuenta de que Dios iba a repetir este favor (y un día en particular, en la festividad del patrón de nuestro monasterio, mientras escuchaba el sermón junto con otras altas damas), de repente me lancé al suelo; mis hermanas acudieron inmediatamente para retenerme, pero a pesar de sus esfuerzos el rapto no pudo ocultarse a los ojos de todos. Supliqué a Nuestro Señor para que no me favoreciera más con estas gracias que se manifiestan con signos externos. Ya estaba cansada de la circunspección a la que me condenaban y me parecía que me podía conceder las mismas gracias sin que nada se supiera. Pareció haberse dignado en su bondad escuchar mi súplica, pues después no me ha sucedido nada igual (a decir verdad, hace muy poco tiempo que le pedí este favor). Cuando pretendía resistirme, creía sentir bajo mis pies unas extrañas fuerzas que me elevaban, fuerzas que no puedo comparar con nada. Ninguna otra de las operaciones del espíritu de las que ya he tratado se le puede equiparar en impetuosidad. Me quedaba rota. Es un combate terrible y que no sirve para nada.

»Confieso que al principio estaba invadida de un gran espanto al ver mi cuerpo elevado del suelo. Pues aunque el alma lo arrastra tras ella con un indecible placer cuando no se resiste, el sentido no se pierde; por lo menos en mi caso, lo conservaba de tal manera que podía ver que me iba elevando^[55].

»... A menudo mi cuerpo se hacía tan ligero, que perdía toda pesadez; a veces esto llegaba a tal punto, que ya no sentía mis pies tocando el suelo^[56]».

EL FAMOSO ÉXTASIS doble o levitación a dos en el monasterio de la Encarnación de Ávila mencionado por todos los biógrafos de san Juan de la Cruz y de santa Teresa es el ejemplo más notorio que se conoce sobre la exaltación espiritual y de raptó de amor, y aun siendo doble, es decir arrastrando a dos personas a la vez, en éxtasis en el aire y sumidos en tal contemplación recíproca tras los barrotes que los separaban, por su parte ni san Juan de la Cruz agarrándose a su silla, ni santa Teresa ascendiendo de rodillas desde el otro lado de la cancela se daban cuenta del prodigio que estaban protagonizando, ni tampoco sintieron vértigo, de lo íntimamente unidos como estaban en el misterio de la Santísima Trinidad que acababan de evocar, creyendo simplemente que seguían entrevistándose como de costumbre. Dicho acontecimiento fue hasta tal punto juzgado como extraordinario por sus contemporáneos, que no pudieron mantenerlo en secreto —también dada la calidad de los dos personajes y la virtud de sus méritos— y quedó registrado en la siguiente inscripción que se halla bajo el cuadro que representa la escena, situado en el locutorio del convento:

Siendo priora deste convento de la Encarnación
 Nuestra Santa Madre,
 y vicario de dicho convento
 San Juan de la Cruz,
 estando en este locutorio hablando del misterio
 de la Santísima Trinidad,
 se arrobaron entrambos, y el Santo subió elevando
 tras sí la silla
COMO SE VE EN LA PINTURA^[57].

LAS ACTA SANCTORUM^[58] relatan también el sensacional suceso de este encuentro de dos almas perdidas en la pura contemplación que los eleva simultáneamente: «Cum quadam die in locutorio monasterii incarnationis altissimos ac pro more suo fervidissimos de Sanctissimae Trinitatis misterio sermones miscere coepissent, et Johannem sublime loquentem Teresiam in genua provoluta per cancellos auscultaret; adeo utriusque animus divino igne incaluit, ut primum quidem Johannes una cum sede in qua requiescebat, tanquam cum suo carru Elias, mox vero etiam Teresia, genibus uterat flexis, rapti fuerint sursum versus. Testem huius rei habemus Beatricem a Jesu (filiam Francisci Alvarez, patruelli S. Teresiae) tunc ad Incarnationis monacham, sed postea ad Excalceatas cum aliis pluribus transgressam; quae ipso ecstaseos tempore locutorium ingressa fuerat ad nuntium aliquo sanctae ferendum, atque ex ea postmodum tam miri spectaculi causam et occasionem didicerat, idem non semel contigisse consendum est, tum ex fide historicum, tum maxime ex eo quod ferunt S. Matrem dictitare solitam, caute de Deo colloquendum esse cum P. Johanne a Cruce; quippe qui non solum raperetur ipse, verum efficeret ut alii quoque raptus paterentur».

LEROY RESUME dicho relato latino de esta manera^[59]: «Una de las levitaciones más célebres de santa Teresa es la que tuvo al mismo tiempo que san Juan de la Cruz, que había venido a visitarla al convento de la Encarnación. A través de la celosía del locutorio, santa Teresa escuchaba a san Juan de la Cruz hablándole de la Trinidad cuando, en un raptó, el santo se elevó arrastrando su silla por el aire. En cuanto a santa Teresa, que estaba de rodillas, también quedó elevada. Sor Beatriz de Jesús, hija de Francisco Alvarez, primo hermano de la santa, fue testigo de tal espectáculo al entrar por casualidad en el locutorio».

EN SU BELLO LIBRO sobre san Juan de la Cruz^[60], el Reverendo Padre Bruno recoloca la cosa en su ambiente conventual y hace tintinear en su relato cierto tonillo de emoción familiar: *«Un día, festividad de la Santísima Trinidad, el Padre Juan de la Cruz se encontraba en el locutorio —un pequeño locutorio de dos metros y medio de alto por cinco pies de largo y otros tanto de ancho, con un suelo de ladrillo rojo, muros de piedra gris y techo atravesado de vigas de marrón oscuro—. Estaba sentado en una silla, y la Madre, del otro lado de la cancela, en un banco. Estaba él hablando a propósito del misterio, su misterio preferido, al tiempo en que su alma se abismaba en su océano de fuego, cuando el ardor del Espíritu se apoderó de su cuerpo, y aunque el Padre Juan se agarraba a la silla, la arrastró tras sí llegando hasta el techo. Teresa de Jesús también había sido arrastrada por la misma impetuosidad amorosa. Doña Beatriz de Cepeda y Ocampo, la futura Beatriz de Jesús, al abrir la puerta para entregar una carta a su parienta, pudo presenciar este raptó verdaderamente propio de Elías. “No hay manera de hablar de Dios con el Padre Juan de la Cruz, pues entra inmediatamente en éxtasis y hace a los demás que también entren”, dirá más tarde Teresa a modo de excusa».*

¿VE USTED A ESTA PAREJA, en su pequeño locutorio, separados por una cancela, charlando, revoloteando allí mismo como dos colibrís frente a frente o como esa aves que canta el poeta:

... que sólo tienen un ala y que vuelan en pareja...

en éxtasis, muertos para el mundo? ¿Los ve como esos *besa flores* en éxtasis ante una cortina de jazmín, revoloteando, batiendo sus alas tan rápidamente que forman una aureola de destellos, situados uno ante el otro, uno y otro en éxtasis con los picos frente a frente cual pétalos de una corola entreabierta? ¿Los ve a uno y al otro ante la temblorosa cortina del jazmín de blancas florecillas exhalando como una estrella liliputiense en transparencia? ¿Los ve deslumbrándose mutuamente, cada uno haciéndose incandescente y fundidos en la acción de gracias, de la contemplación, del júbilo, del impulso, de la posesión, de la alegría y del amor puro que se produce impetuosamente y es allí absorbido? ¿Ve ese *incendio de amor divino*?

ES EL INSTANTE de Dios.

MEDIODÍA.

ES EL MOMENTO.

HACIA LA CIUDAD FORTIFICADA parte el cañonazo de la meridiana, sobre el cual cañón el sol ha lanzado fuego de una manera perpendicular gracias a un juego de lentillas.

DE DÓNDE LOS CLAMORES de san José de Cupertino cuando volaba.

Interrogado por el cardenal de Lauria a propósito de esos gritos, fray José respondió:

La pólvora, una vez en el arcabuz, estalla produciendo un ruido enorme; así ocurre cuando el corazón es besado por el amor divino... ¡AMÉN!

LANZABA UN GRITO y se elevaba.

Revoloteaba ante el altar, no como un pájaro ante un espejo, que se golpea la cabeza contra su propia imagen, sino que estaba en éxtasis ante el rostro de Dios.

... EMISSIO SUSPIRO CUM MAGNO EJACULATU...

modula el órgano de las *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, página 1023 del tomo V de septiembre, *marginalia b/c*, editado apud Bernardum Albertum Vander Plasschi, *ANTVERPIAE, MDCCLV, in fo.*

Post-scriptum para los hombres de negocios.— Aunque me he jurado no perder mi tiempo con el objetivo de hacer cine, si acaso a un productor le apeteciera realizar esta prodigiosa película, lo dejaría todo, soledad, tranquilidad y escritos, para colaborar en el rodaje de la historia de san José de Cupertino. Esto en memoria de mi hijo Rémy, aviador, y en recuerdo de su amiga ocasional, la repartidora de pan en paro, perdida en el gran París durante la guerra.

LA TORRE EIFFEL SIDERAL

(RAPSODIA DE LA NOCHE)

«Es cierto que amamos el mundo; pero no porque estamos acostumbrados a la vida, sino al amor».

NIETZSCHE



Para a mais linda Paulista do mundo.

I

ORILLA IZQUIERDA



FAZENDA MÔRRO-AZUL
LIMEIRA-SÃO PAULO

La hacienda de Morro Azul (Estado de São Paulo).

EL VUELO DE LOS COLIBRÍS (después leí todos los libros, desde el de Buffon hasta el más reciente^[61], que hablan de los pájaros-moscas, *hum-ming-bird*, *beija-flores*) tuve ocasión de observarlo en el patio y alrededor de la *fazenda do Morro Azul*, ese paraíso de las aves en donde abundaban la Esmeralda, el Granate, el Rubí-Topacio de plumas ópticas y escamosas, el Barba Azul, el Vientre Dorado, el Arco Iris y esa pequeña joya alada que ha recibido de los indígenas el nombre de Pequeña Estrella y por parte de los naturalistas el menos poético pero muy ilustrativo de Pájaro Mosca de penacho dorado, y hasta la Avoceta, la más asombrosa y rara, de pico recto o curvado hacia abajo o, forma absolutamente incomprensible, de pico curvado hacia arriba. El doctor Oswaldo Padroso, propietario de esa antigua plantación, era una especie de ermitaño que vivía en soledad, un santo laico, un librepensador de alma tierna y, como su maestro Augusto Comte, un positivista tocado por el amor, que, al haber prohibido la caza en toda la extensión de su propiedad, el vallecito del *Morro Azul*, la Montaña Azul, la había convertido en el refugio de las aves.

¡El Morro Azul!

La noche cae rápida en los trópicos y yo me había demorado en la carretera que va de Campinas a Glareola para poder admirar de frente la hilera de montañas azules en medio de las cuales el río Tieté se abría camino, recogiendo en sus meandros los

últimos charcos de luz entre los breñales de los bananos, los manojos de los bambúes y de los últimos árboles gigantes, postreros vestigios de la selva primitiva, de la selva recubierta de plantas parasitarias, y que no hacía mucho tiempo de eso, apenas un siglo, hacían inabordables sus orillas.

El paisaje era grandioso pero estaba destrozado, camino quemado, ferrocarril, copas de árbol sombrías, suelos calcinados (se estaba instalando la electricidad en la región) y me preguntaba en qué repliegue de esas montañas de la orilla derecha se escondía la *fazenda* a la que me dirigía, donde se me esperaba, donde debía hacer etapa antes de que llegara la noche, ya que un amigo de Sao Paulo había anunciado mi paso por allí y hecho lo necesario para que se me tratara bien.

—No pase de largo, Blaise —me había dicho ese amigo—. Pues me ha costado mucho convencer a Oswaldo Padroso para que le dé albergue por una noche. Es un antiguo empleado nuestro, le hemos facilitado la adquisición de esa vieja *fazenda* a buen precio, le hicimos un adelanto de dinero que le faltaba, por lo que no tendría que haber problema alguno para recibirle. Pero es un misántropo, un oso, y creo que si no le hubiera dicho que usted era el más grande poeta francés contemporáneo, si no hubiera insistido en eso, no le habría recibido. Y no la tome conmigo, amigo mío, si el doctor Oswaldo le da el tostón con sus elegías. Pues el lugar es digno de usted, ya verá, y detenerse en la hacienda vale la pena. Es la hacienda del Emperador, toda ella de mármol, sin que se le iguale ninguna otra en todo Brasil...

—¿La hacienda del Emperador? No sabía, amigo Caio, que el Emperador don Pedro se hubiese adentrado tanto en el país. Me imaginaba que jamás había abandonado la corte, tanto la de Río como la de Petrópolis...

—Y tendría razón, Blaise. Don Pedro ha viajado mucho, pero no en nuestro país, que era, como Francia para Napoleón, un poco el suyo. Tenía que venir a Sao Paulo y visitar las plantaciones de café del interior, pero no lo hizo nunca. Influenciado por Gobineau, a la sazón embajador de Francia en Río y que lo arrastró hasta el Cáucaso, cuna de la raza blanca, don Pedro sólo sentía desprecio por los Paulistas, ardorosos patriotas que desbrozaban y plantaban el café con sus negros, fuente de la riqueza del Brasil actual. De ahí lo impopular que es el Emperador en Sao Paulo, por cuanto los Paulistas son muy susceptibles y gustosísimamente revolucionarios. No busque otra razón para explicar su rápida caída. E igual pasa hoy, y más de un presidente lo ha podido notar en Río, la capital desde que tenemos una república. Los Paulistas son particularistas y chauvinistas, y muy orgullosos de su trabajo de desbrozado y limpieza del inmenso Brasil, así como de estar siempre a la cabeza de su progreso y financiación. Pero mientras que se esperaba la anunciada visita del Emperador, visita siempre aplazada, los ricos plantadores de las provincias, que entonces eran muy orgullosos pero también bobos, se arruinaron en su pretensión de construirse sin perder tiempo mansiones dignas de recibir a un emperador, pretendiendo todos albergar a don Pedro en la suya. Y esta emulación llegó a crear tal corriente de extravagancias y vanidad en la construcción y tales gastos suntuarios, con sus

correspondientes deudas e hipotecas, que los plantadores de la región de Glareola no han levantado cabeza, dejando sus haciendas paralizadas. Así que, llegado el momento del monocultivo y de la producción intensiva y rentable del café, las grandes plantaciones modernas se han desarrollado aún más lejos en el interior, alrededor de Ribeirao Preto, en donde se va a alojar usted esta noche. Le diré que la región de Glareola, hasta hace poco tan floreciente, ha descendido al rango de municipio en plena descomposición. Es en estas románticas condiciones como surgió la hacienda del Emperador, el Morro Azul, todo ella construida en mármol rosa, último vestigio de aquella gran época de esperanza. El doctor Oswaldo le dará más detalles de esta desilusión, si es que la cosa le interesara. Se dice que la ha embellecido con sus versos, en una especie de epopeya. Pues debe saber usted que nuestros poetas son como los bomberos, que siempre llegan con retraso al fuego.

—¿Es acaso poeta su doctor Padroso?

—Es lo que se dice por ahí. Pues, de otro modo, ¿qué podría hacer en su soledad? Pero no se extrañe, amigo: está enamorado. ¿De quién? Ya se lo diré yo cuando vuelva en caso de que el doctor Oswaldo no se lo haya contado. Es toda una historia, un secreto de polichinela, pues dura ya más de veinte años y en la ciudad todo el mundo se ríe de él. Sí, parece que hace versos a lo Edmond Rostand, versos que circulan bajo capa. Más le vale, pues no son buenos. Pero ¿qué quiere usted?, podemos enamorarnos, y cuando un brasileño se enamora, escribe poemas. Es el vicio del país. Se puede decir que en Brasil hay tantos poetas como habitantes machos y, desde hace algún tiempo, hasta nuestras mujeres los escriben. La cosa promete. Lo cual debe hacerle entender tanto la sobreabundancia como la poca calidad de la poesía brasileña, sea oficial o no, académica o doméstica, pero siempre redundante y vacía. Pero no nos juzgue por eso. Hay canciones populares exquisitas. Vergüenza me da decirlo, pero sólo los negros son verdaderos poetas, a pesar de su analfabetismo.

—No hay de qué avergonzarse, Caio. Ya el propio Gobineau había coronado al Negro con el don poético. Sí, ese mismo ministro de Francia que ha ejercido una influencia tan nefasta en su Emperador. Pero, dígame, ¿el doctor Oswaldo Padroso es también médico?

—¿Médico él? ¡De ninguna manera! Apenas bachiller, como yo mismo. Es que usted ignora que en Brasil se exagera todo, y desde luego el menor título. Se le llama doctor porque pasó por la Facultad, de la misma manera que se le llama coronel a los plantadores con éxito en el cultivo del café, pero que desertaron del ejército. Es cosa del clima de aquí. Observe la naturaleza que le rodea, su exuberancia Abra los ojos y no sea inocente. Todo es exageración entre nosotros. ¡Y no le deseo que se enamore de una brasileña! ¡Qué cosa! No tiene la menor idea de...

¡Qué mala idea la de mi amigo! Pero me estaba iniciando y yo lo apreciaba. En París, un petimetre parecido, malvado, mordaz, presumido, burlón, intrigante y celoso me hubiera horripilado, pero en Sao Paulo, en donde no hay diversión posible y en

donde el círculo de relaciones es muy restringido fuera del Automóvil Club, este hijo de banquero al que le gusta denigrar, que pasaba por cosmopolita bien informado, me divertía mucho con sus comentarios e indiscreciones. Y las anécdotas que Caio de Azevedo me contó, a menudo muy pesadas y siempre muy aderezadas a pesar de su aspecto de pasota y su desenvuelta manera de contarlas, me han ilustrado más acerca de la historia de su país y de las costumbres de su sociedad que tantos y tantos libracos de historiadores o economistas distinguidos. Su documentación era perfecta, tanto como su falta de respeto, y nunca ninguno de sus escandalosos comentarios carecía de base. Este socarrón era un malvado sugiriéndome cosas, poniéndome al corriente de cosas maliciosas con la intención llena de júbilo de liarme, de hacerme pensar maldades, de descubrirme, de aprisionarme, de perderme.

Este tipo de persona no es rara en Brasil, en donde pululan las serpientes. Es cosa de la sangre india, tan peligrosa como la cocaína. Pero yo me felicitaba del trato de Caio y ya no podía prescindir de él de tanto como este hipócrita desconcertante me era útil en este país donde, como él afirmaba, todo crece exageradamente, tanto los sentimientos como la hostil naturaleza, donde la amistad es impura e inquietante, al igual que las orquídeas, esas bellísimas flores parasitarias y a la vez venenosas con las que, al contrario de lo que hacen las norteamericanas, ninguna brasileña adorna su atavío, y que incluso los descerebrados colibrís no picotean, por mucho que los naturalistas expliquen la proporción desmesurada de su pico y su absurda y sorprendente curvatura por la necesidad en que se encuentran estos pájaros-mosca de buscar su alimento en el interior de las llamativas corolas de estas flores diabólicas y rebuscar en ellas como si su irracional pico fuese un utensilio cortante, perforador, un buril, un escalpelo, una lanceta, unas pinzas, cuando el colibrí se sirve de su lengua protractil para libar, para absorber los cálices más profundos, un pico que es una lengua dinámica, atrapadora, chasqueante, succionadora, un látigo, una sonda, un sedal, un largo tornillo, un detector, una aspiradora cosquilleante, el más operativo ingenio de violación que se pueda imaginar, eficaz y voluptuoso, como se puede ver por cómo las flores se maravillan, se abren. Y todas sus especies, con un seguro instinto de conservación y con unos reflejos más propios de insectos que de aves, evitan las orquídeas ofrezcan el aspecto que ofrezcan, sus formas, sus colores o perfumes, probablemente porque tales fanerógamas monocotiledóneas les son una vasija envenenada.

País seductor éste, lleno de contrastes simultáneos y también peligrosos, tal como resulta de los unánimes discursos de los brasileños, esos enfebrecidos charlatanes cuya verbosidad oculta la profunda melancolía a la que el hombre está reducido en ese horrible clima, sintiéndose perdido en esa inmensidad de país e inmensamente impotente e inútil ante ella, ante lo inmenso de su tarea. Y a pesar del estímulo de sus más exaltantes logros, que todo brasileño sabe muy bien que son ficticios, vuelve a caer generación tras generación en una enfermiza indolencia, en un descorazonador cansancio, al igual que su antepasado, ese arriesgado pionero que se acostaba agotado

en su hamaca y que a menudo se dejaba morir en plena naturaleza salvaje, completamente desorientado, con la cabeza vacía que el rico brasileño de hoy amuebla gustosamente con palabras antes de quedarse dormido sesteando en el *roof-garden* de los clubs de sus ciudades, aniquilándose en su bienestar, embriagándose de veleidades, meciéndose en la abúlica y esporádica melancolía, imaginando inmensos proyectos como ocurre cuando se abusa de un afrodisíaco o un estupefaciente.

¿Mentalidad de criollo o pesado atavismo portugués? Ya los tupi-gua-raní antropófagos se distinguían por su profunda tristeza, sus cantos fúnebres, sus danzas macabras, los llantos que lanzaban por cualquier motivo, incluso en un encuentro feliz. ¿Y qué pensar de sus mujeres con las que los *bandeirantes* paulistas se han mezclado? Eran unas indias tatuadas, generalmente altivas, pero también melancólicas y fáciles de llanto. Las brasileñas de ahora son unas insatisfechas. Y apasionadas. En los trópicos, el amor es una enfermedad mental. Nunca en mi vida he visto tantas crucecitas fúnebres de madera como se ven a lo largo de las pistas que penetran en la soledad del interior. Y no se trata de víctimas de los bandidos, de los fuera de la ley, de los *salteadores* de los caminos, sino de los celosos. Del malvado celoso, ese honorable vengador, «vengador de su honra», ese lusitano que para suicidarse se pierde gustosamente en la selva orgulloso de su acto. A veces se localiza su esqueleto. Ese suicida no es raro en la selva virgen donde, entre otros horrores, la proliferación vital, los tótems, los animales, las serpientes, la vegetación, los gusanos, la fosforescente putrefacción fomentan la pesadilla noche y día.

Pero, me decía, ¿es que los representantes más evolucionados de la moderna civilización de la Europa occidental no son digna pareja de esta mestiza mentalidad de los criollos millonarios de ultramar? Ese su continuo cambio del optimismo al pesimismo, ese dejarse llevar, esa lasitud debida a los excesos del lujo, del confort, de la higiene, de cuidados mercenarios y finalmente de falta de fe en el éxito, tal como permite suponerlo el progreso de las guerras exterminadoras y cada vez más frecuentes desde la civilización del viejo mundo, se ha centrado exclusivamente en el descubrimiento y la conquista científica de la materia desde los inicios del siglo XIX, de la misma manera que ya lo hicieron los conquistadores desde el XVI, dedicados al descubrimiento, conquista y explotación de las fabulosas riquezas del Nuevo Mundo. Pero nuestros sabios materialistas y nuestros capitanes no se quedan atrás, sólo sueñan con la explotación del universo, pero en frío, sin riesgos personales, sin correr aventuras sentimentales. ¿Y nuestros capitanes de la industria sin cojones y sin prestigio y nuestro proletariado consciente pero asexuado y que contribuye a la trituración de los secretos del cosmos, asociados ambos con el objetivo puesto en un resultado económico calculado de antemano, previsto en las estadísticas y realizable en un tiempo récord, formando así un circuito cerrado de una economía dirigida, por ejemplo un plan quinquenal, un trust gigantesco, una exclusividad estatal? Esto es también colonialismo, como ocurría en los siglos XVI y XVII con las concesiones dadas a las grandes compañías de las Indias orientales y occidentales, o en la Bahía

de Hudson o de Minas Gerais, donde era posible el enriquecimiento sin mucho esfuerzo y en un espacio de tiempo relativamente corto, cuando ya se practicaba una economía dirigida, el monocultivo a pequeña escala del azúcar, las especias, el tabaco, practicando la caza del tesoro, la caza de los metales preciosos... y la caza al hombre a través del empleo, precursor del implacable maquinismo del trabajo en cadena de la mano de obra de los esclavos negros.

Conocidos son ya los resultados tan estupendos como catastróficos de este primer triunfo de la aplicación de la razón en su intento de dirigir una vida reglamentada de los hombres. Este primer ensayo de orden económico dio lugar a todos los desórdenes e hizo estallar la Revolución. Y los conseguidos por nosotros, por descontado, producirán un verdadero cataclismo planetario, puesto que, aplicados a escala universal, nuestra miserable razón no se sostendrá, tal como lo prueban nuestra última guerra mundial, nuestras ideologías, nuestro mundo actual escindido en dos por fanáticos igualmente materialistas pero divididos en lo referente a la aplicación de una fórmula científica apropiada para asegurar no la felicidad, tal como afirman las dos partes antagonistas, sino la pronta decadencia del género humano.

¡Es como si no se hubiese hecho algo grande y duradero para la felicidad de los hombres desde que la Tierra gira! Incluso el mismo Dante fracasó y no dijo nada bueno en su aburrido *Paraíso*. Ya Adán fue expulsado de él, quiero decir del «jardín terrenal», pues el mundo no ha sido nunca un paraíso. El hombre es un lobo para el hombre si no hay caridad cristiana. Poncio Pilatos se lavó las manos. «*¡Después de nosotros, el Diluvio!*», como diría el Rey Cristianísimo. Actitud es la palabra que ilustra desde hoy el paradójico comportamiento de nuestras mujeres blancas, las más refinadas de las cuales se atavían ya como las salvajes, o bien desnudas, o bien con plumas, con pieles, con pigmentación adulterada, bajo el peso de sus joyas, con el cuello al aire, con una delgadez femenina en su intento de guardar la «línea», pretensión estética que no es sino un disfrazado rechazo de la maternidad (¡algunas llegan al extremo de hacerse la ablación del pecho!), poliandria agresiva, cócteles, tabaco, bailes, locas de medianoche reivindicando el derecho de «vivir su vida», como si la naturaleza las hubiese hecho unas e independientes. La degeneración. Me detuve a pensarlo...

—Tal como todos nuestros contemporáneos muy orgullosos y enterados, nos cuidamos como si estuviéramos tuberculosos precaviéndonos de la menor corriente de aire, como si usted y yo fuéramos unos enfermos graves, y sin embargo estamos sanos e incluso hacemos deporte como los chavales. ¿Qué vamos a hacer el día de mañana de este exceso de salud y cómo invertir este capital no empleado? —me preguntó un día Caio, que también había sido alumno de los Jesuitas.

Y añadió con un cinismo provocador, pero que dejaba adivinar sus íntimos deseos reprimidos:

—Me pregunto para qué nos puede servir nuestra buena salud...

Pensé en ello. Hay ejemplos históricos. El propósito del degenerado y hastiado

Luis XV es una buena prueba. Pero hay otros ejemplos zoológicos.

Meditaba sobre la cosa reparando en el gigantismo que está a la orden del día, ese gigantismo abocado rápidamente a la muerte o extinción de la especie de los ictiosauros y los plesiosauros cuyos monstruosos esqueletos pueden encontrarse en los terrenos liásicos y las rocas rojas, arenosas y friables del jurásico, ese gigantismo que es el empuje más formidable de la vida animal sobre la tierra. Según se dice, cuando esos colosos retozaban, con una prodigiosa fuerza, esos espesos brutos sin huella de inteligencia de hace 120 millones de años, ese gigantismo, pues, no era sino un fenómeno externo, morfológico. Pero el gigantismo que se reforma hoy y reaparece de repente en la conciencia es de orden psicológico, una monstruosidad interna, un psiquismo, una psicosis, la más fenomenal locura de grandezas del hombre, un empuje del cerebro, del orgullo, del saber, de lo técnico, la desmesura total: ciudades tentaculares, rascacielos, orquestación polifónica de la publicidad, trust en competencia, complejos industriales, *holdings* financieros, redes anónimas que dan en todos los sentidos mil vueltas al planeta, por el aire, por tierra, sobre el mar, bajo el mar, en la estratosfera, a través de las ondas, con la ambición de captar todo el universo, propaganda para el exclusivo uso de las masas, dictadura del proletariado, imperialismo, monopolios, y esa manía del *homo sapiens* de laboratorio haciendo inclinarse al *homo faber* hecho prisionero en las fábricas, ese *homo sapiens* que se propone descomponer la nuclearización del mismo átomo y hacer moneda con la energía, hasta ahora bienhechora por desconocida, el rayo cósmico, ese nuevo azote del semental oro que va a surgir de los sembrados, probetas, espectrógrafos, electroscopios, transformadores de energía-materia y hornos de los ciclotrones de Estado. ¡Y he aquí que nos anuncian ya los mesotrones^[62], esos rayos cósmicos industriales, ese subproducto que engendra el ciclotrón de Berkeley!

Meditaba sobre la cosa.

EL ORO.

Como en el pasado histórico reciente, la Gran Obra de los alquimistas a sueldo de reyes y emperadores arruinados por las guerras, ese ORO SINTÉTICO bautizado como PIEDRA FILOSOFAL para hacer creer que se trata de una obra piadosa destinada a asegurar la felicidad futura del género humano, *el regreso* a la EDAD DE ORO, nuestros modernos sabios, técnicos y especialistas al servicio de los Estados y de los regímenes capitalistas o comunistas igualmente arruinados con una tesorería vacía por las guerras, la proclaman al unísono afirmando que hay que trabajar en nombre de los grandes principios democráticos para la felicidad exclusiva del género humano. Y esa famosa EDAD DE ORO, a la que la economía, so pretexto de justo reparto de las riquezas de la tierra y en nombre de la Igualdad y la Fraternidad de los hombres, es situada sin ambages *en el futuro*, por más que los mismos progresos de la ciencia hacen retroceder a un porvenir cada vez más incierto.

¿La Libertad es la felicidad del género humano? No, es del dinero de lo que se trata, sólo del dinero, dinero para financiar la guerra, sólo para eso, para alimentarla.

Y que el género humano reviente, falto de pan, esclavo de las máquinas bajo la férula de políticos y funcionarios que no blanden el látigo como los amos de antaño para doblegar las espaldas, pero que sí hacen avanzar robots que trituran entre sus mandíbulas mecánicas a refractarios e individuos, y cuyo pene, igualmente automático, no orina sangre, ni su ano suelta excrementos, sino que arroja rodajas de oro en serie, rodajas limpias, brillantes, moldeadas, hipnóticas, calibradas con exactitud y con el mismo peso: la Unidad.

¡Hostia metálica de la economía política!

EL ORO.

La Unidad.

La Unión.

LA UNIDAD ECONÓMICA = LA UNIDAD POLÍTICA.

Los USA — la URSS

Gigantes, colosos geográficos desde luego, pero tan frágiles como la mónada
CAPITAL = TRABAJO o TRABAJO = CAPITAL.

Hoy día, sin falsear los conceptos y la balanza entre la verdad y la mentira no se puede condenar el capitalismo sin condenar el comunismo u optar entre uno y otro, pues ambos falsos monederos ponen en circulación exactamente la misma moneda imita-monos.

El HOMBRE = DIOS.

Juego.

¿Cara o cruz?

Entre un luis de oro o un rublo, dígame cuál es la diferencia ¿*Linterna Internacional* o *Estatua de la Libertad*? Se pretende que confundamos la gimnasia con la magnesita. Y cualesquiera que sean el sello y la efigie que se graben, la máscara de un Lenin embalsamado o el ave fénix que renace de sus cenizas, o el águila, el *New Deal* de Roosevelt, la estrella roja de los soviéticos o las cuarenta y ocho estrellas de la bandera americana, todo eso es falso.

EL ORO es una engañifa.

¡Y pensar que desde la noche de los tiempos el hombre social haya querido hipnotizarse intensamente con ese artificio!

A falta de esas osamentas monumentales de los ictiosauros y plesiosauros, también se encuentran monedas de oro entre el polvo de tantas tumbas, lo que lleva a creer que todas las difuntas civilizaciones, por gloriosas, antiguas y poderosas que fueran, han sucumbido ante este microbio del cerebro, el ORO, y ante la falsa idea del valor intrínseco y el valor salvador de esta imagen convencional, que no es sino una redondez del culo.

¡Qué bellamente útil en la práctica habría sido la inteligencia del hombre, esa inteligencia que se declaraba en rebeldía ante los monstruosos saurios del jurásico que no sabían servirse de ella, gigantes acéfalos como se les considera, esa inteligencia de la que el hombre está tan inmensamente orgulloso!

Es un veneno. Una hinchazón. Una desmedida. Un sueño engañoso desenrollando sus anillos saturninos.

Y si el hombre tan cultivado de hoy, que lo ha revuelto todo ciegamente, se pone ahora a querer descomponer científicamente el Universo, significa que siente llegar el final de su larga hipnosis, que siente venir la crisis final. El hombre es un animal destructor, y esa es la verdad que su conciencia no quiere ver de frente y que su inteligencia pretende camuflar hasta donde pueda para no admitirlo. Si algún día recobra la vista, su despertar será un suicidio colectivo. No puede ser de otra manera. Es lógico. Hoy día es ya la bancarrota de la Modernidad. El género humano está jodido.

¿No ha visto nunca a gente profana de visita en un laboratorio por el cual anda de puntillas, manifestando, de lo impresionada que está, una emoción religiosa que los dirigentes sindicados más presumidos y los responsables de circulillos más hipócritas no sienten en basílica alguna, ni siquiera en la de san Pedro en Roma? En un laboratorio, se convierten en ridículos por su respeto y beatería. A no tardar mucho, se empezará a visitar fábricas en paro de la misma manera que ocurre hoy con las catedrales abandonadas o el Kremlin de los zares. Serán algo así como museos de la barbarie y de la superstición.

Creer en los beneficios de la ciencia y en el humanismo de los físicos es hoy una moda entre intelectuales tan estúpida, limitada y generalizada, en este espacio entre guerras, como lo era a finales del siglo XVIII la de los Enciclopedistas, esos primeros metomentodo sin Dios que instauraron el culto a la Razón, adorando el Progreso indefinido, predicando los infinitos Derechos del hombre, y creían, los bobos de ellos, en la inocencia y la virtud del «buen salvaje»; mientras que Voltaire adulaba servilmente al rey de Prusia, Diderot sobaba a la Semíramis del Norte y Jean-Jacques Rousseau se entregaba a Onán en los bosquecillos de su *Charmettes* sin que lo supiera Claude Anet, su amante jardinero que le habría tirado de la oreja, pero bajo la ventana de Mme. De Warens, no pensando ninguno de nuestros tres grandes hombres más que en hacerse con unas confortables rentas o asegurarse su sitio en la mesa o en la cama, importándoles el género humano tan poco como la vida en el año 40 (actitud típica de los hombres de letras que no sienten ningún empacho de su conducta pública de militantes ni de sus íntimas contradicciones dado que ¡se dedican a la Literatura!). Lo cual legitima «el compromiso», es decir el conformismo de la última generación de escritores y el servicio de su pluma a una u otra de las dos ideologías reinantes. ¡Vale, atajo de farsantes! ¿Qué hacéis de la libertad? Pero es que el *bifteck* es lo primero^[63]... Por algo me fui yo en 1924 a vagabundear por Brasil previendo ya todo esto^[64]. Afortunadamente hay en Francia algunos jóvenes que no han seguido esos pasos. No queriendo hacer nada ni ser nada, no creyendo ya en nada en pleno siglo XX ¿no han *salvado lo esencial*, tal como se pregunta Paul Andreota, en su emocionante novelita *Hors-Jeux*^[65]? Mi corazón está con ellos, pues su caso de conciencia es trágico. ¿Por qué trágico? El buenazo de Rabelais se hubiera reído.

Pero los nerviosos no se ríen y esos jóvenes, chicos y chicas, son grandes niños nerviosos. (Pasé con ellos un día en Marsella, durante la ocupación, cuando la destrucción del Viejo Puerto por los alemanes a golpe de dinamita...) Y quizás es también la razón por la que me fortifiqué en mi soledad vista la acción directa y el desapego de las cosas, según los preceptos de san Juan de la Cruz:

Para llegar a conocerlo todo
no quieras saber algo en nada.
Para llegar a gustar el todo,
no quieras gustar algo en nada.
Para llegar a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para llegar a ser el todo,
no quieras ser algo en nada.

Seguía pensando.

—Blaise, no deje de comunicarme si tiene necesidad de ver a algún miembro del gobierno cuando vuelva de su paseo por el interior. Conozco a todo el mundo en Río. Nuestro banco está a su disposición. Estará como en su casa. Cuente conmigo —me había dicho Caio de Azevedo al despedirme y que, apretándome en un abrazo fraternal y sonoro de mis costillas, me felicitaba no sin ironía de haber renovado la tradición de los viajeros desinteresados como Von Humboldt, Von Spix y Von Martius, Saint-Hilaire, Debret, Lund, venidos a Brasil por curiosidad, por amor al país o para escribir un libro, no como hombres de negocios o estafadores como todos los demás europeos y americanos o como los inmigrantes pobres o intelectuales en paro o los sin oficio de todas las clases llegados a finales del siglo XIX.

—Por supuesto que lo haré, Caio. No dejaré de hacerlo —le respondí con el mismo tono—. Cuando vuelva, a lo mejor le pido que obtenga para mí la concesión de una mina de oro o de diamantes. ¿Quién sabe? Si así fuera, su banco y usted tendrían derecho a una comisión. Esté seguro, no lo olvidaré.

—¿Tiene la intención de escribir un libro?

—¡No!

—Si fuera que sí, se lo cojo para nuestro periódico. El banco...

Antes de que acabara la frase, ya había pisado el acelerador y me había alejado tocando el claxon, prefiriendo la aventura. Estaba pensando en el día a día y en una receptibilidad continuamente en alerta, en movimiento y al acecho.

Mi cabeza me daba tantas vueltas como el motor, y mi estado de ánimo, nihilista y descreído, me arrastraba. Ya había perdido un brazo en la guerra. Era violentamente indisciplinado.

Me convenía lo salvaje, el *sertão* brasileño, la maleza y la plantación.

Nada de mujeres. Licores, un frigo bien abastecido a bordo y, por si me

encontraba en una mala situación, mi Colt. El petate de *camping* en condiciones. Mi hamaca de plumas. Cigarrillos. Libros. Un gramófono con discos vírgenes para grabar. Una tonelada de gasolina en reserva. Una gama de carretes de fotos, pequeños y grandes.

Circulaba por la carretera desierta y reciente, de tierra batida, una tierra roja, la famosa diabasa del café, ya con una señal del sol bajo la barbilla y en el pecho y en los brazos, correteando durante toda la tarde por esa carretera tirando fotos entre las crestas de la Cachoeira do Cachorro, una sierra desnuda osadamente dibujada entre el cielo y la tierra, despegándose de un mundo de escombros. A media etapa de la gran ciudad de Sao Paulo, ya me había entrado el deseo de perderme en esas soledades de los campos cuyos fuertes olores me encantaban. Tenía ganas de avanzar hasta los confines del mundo civilizado. ¡Qué romanticismo!

Sí, qué romanticismo, pero qué lata también lo de hacer una etapa en el Morro Azul y, como adivinaba, tener que escuchar hasta desear la muerte las quejas y desconsuelos de ese viejo chiflado doctor Oswaldo Padroso olvidado en su perdida hacienda.

¡Qué tarea tan dura!

¡Dios, qué difícil es desprenderse de todo y romper con todo de una vez por todas!

¿Por qué había aceptado y prometido ir allá? Y ahora se me esperaba en la hacienda del Emperador.

Me puse a pensar en los amores del viejo. ¿Quién era ella? ¿Una negrita, una puta...? ¿O un mal bicho, una mujer doméstica desencadenada y chillona con la que se condena un soltero, o, por el contrario, una gobernanta, seca y dominante y haciéndole pagar muy caro el no haberla pedido el matrimonio y no exhibirla ante la gente? ¡Ah, esos viejos estudiantes! Sócrates soportaba bien a Jantipa, y también Schopenhauer a su desabrida costurera, el uno con una serenidad antigua sin límites y el otro arrojando a la mujer por la ventana de la primera planta, lo que le causó algunas fracturas que le valieron una pensión vitalicia, fortaleciendo así la misoginia de este pesimista.

¿Y Caio, el banquero, con su chacha para todo a la que disfrazaba unas veces de arzobispo o legado pontificio, otras de paje andrógino, o de marinero, o de Juana la Loca? ¿Era su querida o su súcubo? Pues Caio de Azevedo también hacía poesías.

La noche iba cayendo rápidamente.

II

ORILLA DERECHA

SEGUÍA PENSANDO aquel atardecer al volante de mi *Alfa Romeo* que me llevaba al fondo del valle ya en sombras, con el motor sonando en sordina, estornudando durante toda la travesía de los naranjales, inmenso vergel reluciendo hasta el infinito, con sus frutos relucientes por los últimos fuegos del sol, mientras que por abajo, en medio de la espesa nube de mosquitos procedentes del río y las humaredas de un amarillo cacao por encima de los tejados —era la hora de la cena— todas las luces de Glareola se iluminaban a la vez de repente, un estallido de electricidad, una fiesta.

Era la primera vez que el pequeño pueblo campesino tenía luz.

¡*A luz, a luz!*, gritaba la gente en el momento en que enfilaba la calle principal a golpe de claxon, adelantado por jinetes que desembocaban en los callejones, disparando al aire llenos de alegría sus revólveres, mientras que unos negros vestidos enteramente de algodón blanco, adornos adustos y pies descalzos me aclamaban felices cada vez que encendía los faros, y las jovencitas, asomadas a sus ventanas del primer piso o apiñadas en el umbral de su casa para no perderse la asombrosa llegada del hada electricidad, me sonreían o reían maravilladas, puesto que el más humilde de los coches era aún motivo de curiosidad en aquella región cuyos habitantes no habían visto nunca un vehículo como el mío, puntiagudo por delante y por detrás, descapotable, con una luz azul en el tablero de mando, con las rojas luces de posición, con su matrícula francesa iluminada, con los faros alternando el rojo y el blanco, lo que hacía que se encabritaran los caballos, que llovieran mosquitos y nevaran mariposas nocturnas, que capotearan sucios murciélagos y que se redoblaran las risas y las exclamaciones de sorpresa entre las chiquillas febriles como si yo fuera el buen genio de la fiesta. Y no sabía cómo hacer para avanzar y llegar hasta el puente a la salida de la población que debía servirme de referencia para no errar el inicio del camino lleno de barrancos que llevaba al aislado vallecito del Morro Azul.

—No puede equivocarse —me había dicho Caio, precisándome que era el antiguo camino mulero que unía las haciendas antes de que se construyera la *Paulista*, añadiendo a continuación con un tono burlón—: Es un rincón salvaje. Tiene más de lecho de río seco sembrado de gruesas piedras redondas que de pista bien trazada. Pero estoy seguro de que no le pasará nada, pues es muy inteligente. Dicho esto, le recomiendo que no entre en él de noche, dadas las cerradas y peligrosas curvas que rodean el precipicio. Por allí era por donde se asaltaban los convoyes de café de la época. ¡Suerte!

Me lancé hacia ese puente de madera y, recorridos unos setecientos metros, tomé a mano derecha por aquel barranco profundo, escalando sus laderas cubiertas de plantaciones de cepas tan milenarias como solitarias medio carbonizadas, zigzagueando, girando, echándome casi siempre a la derecha, subiendo a una velocidad tan loca como en las persecuciones que se ven en las películas, evitando a duras penas, debido a la oscuridad de la noche y al trazado del camino, bloques de piedra desprendidos, troncos gigantes caídos, queriendo recuperar el tiempo perdido durante la tarde en la montaña de enfrente. Y cuanto más ascendía por ella, menos ganas tenía de llegar a la cima, pues sentía que el tiempo no corría en aquella soledad nocturna y salvaje.

El último repecho, una pronunciada rampa, una cota derecha y tensa como cuerda de saltimbanqui sobre la que un hombre avanza en equilibrio inestable, el último repecho, estrechísimo, desembocaba en pleno cielo, como un balcón, en una explanada suspendida, una mesa rocosa dominando el valle del Tieté y las aplastadas luces de Glareola a mil metros de profundidad, el horizonte de frente, taponado por la silueta de la sierra de la Cascada del Perro, recortada cual espalda de ballena varada; y cuando intentaba orientarme, me encontraba perdido en el fondo de un circo bañado por la luna, un macizo en anfiteatro formado por selvas y plantaciones en diferentes pisos que se adivinaban más o menos próximos o alejados, escenografía barroca, atormentada, en donde caminos, pistas y senderos iluminados por la luna serpenteaban en todas direcciones yendo a perderse en las lejanías, al final de los cuales se descubría otro lienzo de un cielo sembrado de estrellas dibujadas como sobre una tela arrugada y vastísima ya usada anteriormente. Me paré en esta explanada lunar, apagué el motor y los faros.

III

ENTRE MONTES-ENTRE MUNDOS

AQUELLA NOCHE, parado el motor y apagados los faros, fumando cigarro tras cigarro, cada vez que encendía el mechero y aspiraba el tabaco iba añadiendo una luz a la luminosidad de millares de luciérnagas que se extendía cual vía láctea, lucecillas parpadeantes por delante y por detrás de mí en aquel paisaje oscurecido, y a la de las estrellas fugaces que se encendían y apagaban en las profundidades del cielo, y a la de las fijas que me fijaban y me hacían volver la cabeza a medida que las regiones bajas del cielo se ennegrecían con el rápido declinar de la luna, mientras que las regiones altas, infinitas, se poblaban de todo tipo de estrellas, de conocidos planetas alrededor de los cuales el curso de los aerolitos levanta una polvareda de diamantes, de resplandores, de eclipses que bizquean, de elipses desorbitadas, todo eso reluciendo por transparencia a través de las clásicas constelaciones y que se puede admirar como nervaduras de una hoja muerta que fosforece intermitentemente, caída de un arbusto sobre un tapiz de humus.

Había renunciado a querer orientarme en ese dédalo de pálidas luminarias consumiéndose en la oscuridad.

Todos esos soles muertos, esos rayos póstumos que necesitan millones de años luz para llegar hasta nosotros; esos asteroides, todos esos fragmentos de viejos mundos estrellados y esa última gota de luz que brilla en lo más alto del cielo, todo eso no son lágrimas ni gotas de rocío, sino una gota de pus. El universo está en plena descomposición y, cual cementerio, rebosa de futuro y huele bien. Las estrellas palpitan de fiebre y cada uno de sus rayos que siembran el cerebro del hombre deja en él un germen de destrucción. La materia gris tiene sus manchas solares que la roen por todo su contorno. Un indicio de desintegración. El pensamiento es una peste.

En esas latitudes, la Cruz del Sur es la dueña del hemisferio. El saco de carbón se sitúa exactamente por debajo y ligeramente a la izquierda del teórico punto de encuentro de las dos ramas en cruz de la simbólica constelación sur. En efecto, hay ahí una bolsa negra. Y cuanto más se la contempla, más profunda parece. Es un abismo tan hipnótico y de un negro tan intenso, que parece retroceder, dando relieve a las estrellas en escisión que relumbran un instante en primer plano. Cuanto más se contempla ese agujero, más te atrae hacia su profundidad insondable. Está como recubierto de terciopelo que se tiende y se extiende cada vez más, como mancha de aceite o, mejor, de alquitrán por detrás del cielo, y se espesa hasta el punto de que todas las estrellas del cielo acaban siendo débiles pabilos que se confunden en ese

negro intenso que las absorbe cual papel poroso y acaban desapareciendo una a una a los ojos del espíritu como por lenta ósmosis.

Ese negro vertiginoso, ese negro absoluto, ese negro que te traga, esa mancha, ese moho húmedo, esa tarde animal, sangre, garganta, pulmón, glándula, cerebro gomoso, tumor blando, pólipo, es un abismo, el abismo del cielo. Es una esponja viva. Y el cielo una pizarra, sin el menor trazo de tiza ni ninguna huella. ¡Todo está borrado!

Yo he visto esa esponja, con mis propios ojos. Es un enigma.

IV

«EL SACO DE CARBÓN»

EL SACO DE CARBÓN no figura en ninguna carta celeste. Les pregunté a muchas personas en Brasil. La gente del interior lo situaba con exactitud y me lo indicaba extendiendo el brazo y, apuntando con el dedo, me hacía seguir su estela, sus pliegues, interpretaban su negrura como las echadoras de cartas interpretan las manchas de tinta, al tiempo que me hablaban de sus campesinas supersticiones al tiempo que se persignaban: «Es el Diablo, decían, para las cañas de azúcar, y para el ganado. Una vez más la recogida del café está en peligro; este año hay gusano en el maíz, el mandioca estará negro, las bananas se pudren y habrá inundaciones...». Esa buena gente se torturaba por sus trabajos, sus cultivos, al no tener otra preocupación en su cabeza que su esfuerzo de hombres siempre inclinados, con el culo hacia el cielo, y que se interrumpen raramente de lo que están haciendo para mirar el cielo con desconfianza, y entonces se alzan con las manos en las caderas, mostrando unas espaldas llenas de chepas.

La gente del litoral, de las grandes ciudades y de la capital había oído hablar del *saco de carbón*, pero no sabían situarlo o discutían largamente de la realidad del fenómeno. Es lo que hacen también nuestros burgueses que van a pasar un fin de semana a la orilla del mar y se ponen a discutir del rayo verde que sólo conocen de su lectura de Julio Verne y que afirman haberlo visto, o no, emitiendo cada cual su hipótesis y opinando sobre la posibilidad o imposibilidad de poder ser visto dadas las condiciones meteorológicas o geográficas. O como en Niza, los que van a pasar el invierno o los veraneantes, que pretenden haber visto, o no, desde el casino o desde la habitación del hotel cómo se dibujaba al atardecer la isla de Córcega, apostándose rondas de aperitivos, botellas de champán, una cena, cuando lo que ven, si es que ven algo, no es una isla, sino, en las mejores condiciones de limpieza de la atmósfera, y excepcionalmente al alba, y más particularmente en el mes de febrero, la sombra de Córcega proyectada al aire formando una mancha en el horizonte marino, exactamente como le ocurrió a Dan Yack cuando veía la mancha sobre la blancura del Antártico formada por las sombras de la tierra proyectadas por el sol en la pantalla del cielo a medida que el astro luminoso se desplazaba por debajo del horizonte norte, de donde no emergía aún pero ya anunciaba el final de la larga noche polar, fenómeno grandioso que ese inglés excéntrico comparaba a una lección de mecánica celeste en una habitación paseando una vela por detrás de unas figuras de papel para demostrar la complejidad del movimiento circulatorio de los astros y concluyendo

lleno de júbilo: *Sólo se ven mover las sombras, nunca el sol*^[66].

La noche, las sombras en la negrura, las bestias anímicas, los seres que bullen, la negra cámara de la imaginación: no se puede hablar de esas cosas secretas más que con los niños, pues sólo ellos saben de qué se trata, están al acecho de las sombras en sus camas, las siguen con sus ojos, y cuando los cierran las toman en serio. Por eso los niños de Brasil le escuchan a uno sin decir palabra, pero con una mirada inteligente, un chispazo de sorpresa al oír a una persona mayor interesándose por esas cosas, por el *saco de carbón*, que no toman como si se tratara de la entrada del infierno, sino, en su creencia, de la salida del mundo, la boca de lo maravilloso, el mundo de los cuentos, ya sean niños blancos, negros o mestizos: *Había una vez un ogro...*

Es la estricta verdad. El universo es un monstruo. La vida, un ogro. Las nodrizas hacen bien en meter miedo a los niños. Pienso en la mía egipcia que, al enseñarme el zodíaco, divinizaba la muerte^[67]. ¡Que los que no han olvidado lo entiendan!

Dice un poema negro^[68]:

*La estrella en lo alto,
el fuego abajo,
el carbón en la chimenea,
el alma en el ojo.
Nube, ¡humo de muerte!*

V

EL MUNDO ES MI REPRESENTACIÓN

«**D**ETRÁS DE LA VÍA LÁCTEA hay una Anguila o especie de Serpiente del Cielo. Se nutre de soles que bullen en el vaso de la Profundidad. Su ojo es como el trébol de cuatro hojas del Espacio y en el extremo de su cola, cual cascabeles, mundos en erupción marcan el Tiempo. De cada escama de su piel, cuando se pela, cae un cometa. Y la digestión de dicho ser es la Luz. Está tomada, como gusano de tierra en una raíz, en el pie de una Esponja que se traga y escupe casi entera. Cada poro de esa esponja respira y gime como una generación humana. Esta esponja es la Esponja de las Tinieblas. Mata de Lenguas. Órgano de los Orígenes. Como un cerebro sin cráneo, se modula en la primera Forma. Es la muestra primaria más simple, más elemental de una familia de seres marcha atrás, incalificables e inadmisibles, en las Antípodas de la Unidad^[69]».

... La noche. Las sombras en la negrura. Las bestias anímicas. Los seres que bullen. La negra habitación de la imaginación...

VI

LA NOCHE

EN 1917 TODAVÍA no había visto el *saco de carbón*, ni siquiera había oído hablar de este enigma del cielo estrellado de Brasil, jeroglífico que se posa cada vez más melancólico y negro según se avanza en el interior del país. Por el contrario, me había librado de milagro de otros «cubos de carbón», como se calificaba a los proyectiles que los *Minenwerfer* lanzaban sobre nosotros y que se vaciaban en nuestras trincheras estrepitosamente como un tren de canastas explosivas y sucias. Muchos fallaban, haciendo más ruido que daño. Nuestras vidas corrían más peligro si quedábamos sepultados o asfixiados, pues el peso de esos escupitajos de mortero y su desplazamiento en el aire era enorme, su aliento caluroso, su baba venenosa y su carga envenenada por la humareda amarilla del cloro. La muerte no me quiso. Volví del frente, pero con un brazo menos. Faltaban camas. Me sacaron del hospital y hacía ya un año que vagabundeaba como un pobre por las calles de París, pidiendo limosna. Una vergüenza. Mi mano cortada me dolía y empecé a beber demasiado. Para no convertirse en un desastre, el hombre necesita irse al campo y el poeta retirarse a la soledad.

Ya hablaré de ese año crucial en otra ocasión, en otro libro. Pero es en ese preciso momento de desesperación cuando M. Doucet me envió a un empleado para que escribiera *L'Eubage* (=sacerdote galo). Alguien le había dicho (nunca pude saber quién fue) que yo tenía mucho talento epistolar y me pedía que le escribiera una carta mensual para su colección de libros autógrafos y que me pagaría cien francos al mes, al tiempo que se disculpaba de no poder venir a hojear mis papeles tal como se va a casa de un pintor para escoger un cuadro colgado en la pared.

Es verdad que hubiera sido indecente dejarle hacer una elección entre mis papeles, pero, dado que M. Doucet no era un amigo, no había ninguna razón para que le mandara lo que fuera (¿y para decirle qué?), pues no lo conocía de nada. Es lo que le dije en mi respuesta, añadiendo que hacía ya un buen negocio al recibir esta primera misiva para su colección. Mi carta le informaba además de que aceptaba su propuesta a condición de escribir para él todo un libro del que le enviaría un capítulo cada mes.

Todavía no había transcurrido una hora, cuando ese empleado volvió y me entregó un sobre que contenía un limpiísimo billete de cien francos y en una tarjeta unas palabras muy amables confirmando nuestro acuerdo. Le respondí con unas letras de agradecimiento, sin olvidar decirle al coleccionista de autógrafos que hacía una

excelente operación por el hecho de recibir una segunda carta en el mismo día, también de balde, como la anterior. Pero tampoco había olvidado precisarle nuestro acuerdo, diciéndole que por cien francos al mes tenía que comprender que no podría escribirle otras tantas páginas, con el número tanto de líneas por página y palabras por línea (he olvidado las cifras que fijaba, pero no eran muy elevadas) y que, consecuentemente, el librito que escribiría para él sería muy corto, pero con calidad, cuyo tema sería el itinerario de un viaje por el *hinterland* del cielo, en las Antípodas de la Unidad. En cuanto al título, *L'Eubage*, solo di con él mucho más tarde, una noche en que hojeaba el *Petit Larousse* y me encontré con esa palabra. En *post scriptum* exigía que se me pagara por adelantado, es decir cien francos cada primero de mes, y que yo le enviaría lo escrito a final de mes. En un segundo *post scriptum* precisaba que, puesto que el año sólo tiene doce meses, nuestro acuerdo solo valía para un año y que me comprometía a terminarlo en ese plazo, y que en ningún caso prolongaría ni renovarí­a la experiencia cualesquiera que fuesen el resultado, la insistencia del mecenas, el apetito del coleccionista de autógrafos y las necesidades de su catálogo. En un tercero, especificaba que yo era el único propietario de los derechos de autor, el único que podía fijar la fecha y oportunidad de la edición de mi pequeña obra maestra. (¡Doy mi palabra de que empleé ese calificativo de «obra maestra» sin tener la menor idea de lo que iba a emborronar en esas páginas que tenía que escribir por encargo para un *amateur* desconocido!).

No hay más remedio que creer que el coleccionista estaba encantado de haberme convencido, puesto que, lejos de enfadarse con mi intransigencia y del tono burlón de mis misivas, este buen hombre me volvió a mandar a su empleado por tercera vez el mismo día con el encargo de entregarme doscientos francos como premio de mis misivas anteriores, otros billetes novísimos que el criado sacó de un fajo y me entregó sin mucha seguridad, impresionado por el cuchitril en que vivía, y añadiendo que no tenía que firmar nada.

Entonces invité a este joven a tomar un vaso a la taberna de la esquina, pagué, di mi dirección a la portera y me encaminé a la estación para tomar el tren. A media noche, ya estaba escribiendo para M. Doucet a la luz de una vela puesta en una botella vacía, cuyo fondo reposaba sobre un montón de heno en una granja abandonada, sirviéndome de mesa un batiente de la puerta que había sacado de los goznes, bajo una abertura que daba al cielo, con los ojos perdidos entre las estrellas cada vez que levantaba la vista para aspirar el humo de un cigarro, dirigiendo la oreja para escuchar el cañón que salía de la profundidad nocturna y venía a turbar la dormida Beauce, marcando el tiempo de mi soledad. Estaba en La Pierre, junto a Courcelles. Era el cañón de la ofensiva que se había iniciado para liberar Verdún. Sobresaltado, iba de vez en cuando a la puerta de la granja e incluso daba algunos pasos fuera para escuchar en la noche.

Cuando amaneció, el primer capítulo de *L'Eubage* estaba escrito y, gracias a M Doucet, hasta finales de mes no tuve otra cosa que hacer que pasearme por el campo,

acostarme en la hierba, fumar, soñar despierto... y, transcurrido el año y escrita mi «pequeña obra maestra», puesto que el coleccionista no obtenía nada más de mí a pesar de su insistencia y sus argumentos, terminamos haciéndonos amigos. Era un anciano galante al que yo distraía con mis historias y él me divertía a mí como todo veterano de bulevar perfecto conocedor de su gente y, listo como era, contaba graciosas anécdotas a las que añadía su pimienta, aficionado a rodearse de mujeres elegantes que él había vestido y de actrices a las que proveía ocasionalmente de vestidos y afeites. Este guapo veterano no era en absoluto aburrido y mantenía, como buen pilluelo de París, a una «pardilla» a la que liaba y hacía rabiar enfadándola, jugueteando con ella y haciéndole cantar, una vieja querida amazona con la que se había casado en el ocaso de su vida y a cuya casa iban algunos íntimos para ver cómo se manejaba ese raro ejemplar en su jaula dorada. Era una dama entrada en años que sólo conservaba de su anterior celebridad y belleza, llamativas hasta hacía poco, un collar de perlas de siete metros y medio.

Un día, M. Doucet me quiso honrar mostrándome su célebre colección de libros autógrafos: «Estoy muy orgulloso de ese pequeño opúsculo», me dijo mostrándome el delgado manuscrito de *L'Eubage* conservado en una suntuosa envoltura. «Es usted el único de mis autores en haber podido llegar a tiempo, es decir antes de la hora de mi muerte, para que yo pudiera gozar un poco de mi colección. ¿Cómo podría agradecersele? Pues los otros me siguen, me agobian, me empujan por la espalda desde hace años. Tiene usted razón, la bola de nieve se convierte en avalancha». Mientras me hablaba, me iba señalando carpetas, carpetas y carpetas llenas a reventar en las estanterías de su biblioteca. «No pararán nunca de escribir», suspiraba el anciano al tiempo que me abría el dossier de tal o cual autor, célebre o joven promesa de la poesía, pasando páginas con su delicada pero temblorosa mano. Había muchas cartas de mis contemporáneos, pero pocas obras, manuscritos engalanados o llenos de correcciones. ¡Todo un mundo! Las partes prohibidas de las *Flores del mal* y documentos de Baudelaire, de Verlaine, cuadernos de Pierre Louys, un inédito de Rimbaud, otro de Proust, sin contar los «maestros» bien conocidos como fabricantes de piezas únicas y de variantes para bibliófilos y la serie de dadaístas que no eran ni cojos ni mancos, cuyos representantes pretendían hacer fortuna a expensas del anciano, al que pretendían meter lo último de la moda, estar en primera fila de lo último.

Expongo estos prolegómenos para explicar por qué escribí *L'Eubage*: para evocar el ambiente en el que estaba sumido, explicar el tono, el gasto, el desglose de esta obrita. La naturaleza, el cielo, las hierbas, las corrientes de agua subterránea, mis ocupaciones durante la jornada, hablar con la gente que me rodeaba, la absoluta sencillez de vida que llevaba en ese encierro al margen del mundo contemporáneo que es un país hundido en el barrizal, entre una fauna y una flora variadas y muy características por su primitivismo, opuestas formalmente a la monótona imagen de la vecina Beauce, ese trigal, esa llanura que se extiende al infinito, todas esas cosas que

he mencionado una primera y una segunda vez en *L'Homme foudroyé* (*El hombre fulminado*)^[70] para marcar mi estado de ánimo cuando abandoné sin intención de volver a París y a la Poesía, todo lo cual dará probablemente la clave del vocabulario y la fuente de las imágenes poéticas de *L'Eubage* aunque no explique la elección del tema.

¿Pero elegí?

Gran lector de diccionarios como soy, iba en busca de mis palabras. El tema está incluido en las palabras o, cual varilla de vidrio que se moja y da vueltas en una mezcla sobresaturada, es el tema el que cristaliza las palabras, y así me venía el tema.

VII

LAS SOMBRAS EN LA NEGRURA

POR LA NOCHE, estando en el frente, cuando no estaba de patrulla, el universo venía a asentarse en mi trinchera de lujo, una trinchera protegida por una lámina blindada, una tronera desde la cual podía echar una ojeada al mundo de enfrente, o disparar al enemigo, o lanzar una granada al aire como niño que lanza una piedra a un pozo y sigue su caída en el vacío rebotando y rebotando hasta el final para, lleno de curiosidad, conocer su profundidad. Lo mismo puede decirse de un contemplativo ignorado, un joven que acababa de consagrar dos, tres inviernos, al estudio de la terminología kantiana que define como ninguna las nociones de lo subjetivo y lo objetivo, un entusiasta cuyo amor metafísico había cristalizado en torno al pesimismo de Schopenhauer, un aprendiz de la vida que acababa de descubrir al hombre y a los hombres (en 1914 yo tenía veintisiete años) a los que disparaba y se exponía, como jugando y por simple gusto por el riesgo, por un lejano atavismo, aprovechándose de la coartada de ser soldado para ver hasta dónde podía llegar y llevarle ese juego, cogiéndole una enfermiza apetencia al hecho de envilecerse. Así me despreciaba yo en particular y despreciaba con una sádica alegría a la condición humana en general a la que veía pateada, machacada, asfixiada, desangrada, ofrecida en holocausto en el feroz y atroz altar de las patrias, ante una bandera cubriendo la innoble mercancía ofrecida en subasta, sacrificada por nada, echada a la basura. ¡Qué miseria! Me daba vergüenza el tener razón.

El dolor de vivir, el sufrimiento anónimo multiplicado por tantas cifras como sumaban los números de las placas de identidad de tantos y tantos millones de soldados en la línea de fuego, generaciones de muertos vivos en la línea del *no mans land*. ¿Puede concebirse un cuadro sintético más absurdo y a la vez más lógico de esta gran sandez que es la vida en la tierra, una mejor ilustración del vacío de la vida espiritual del hombre, una prueba más manifiesta de la impotencia, de la inutilidad de su actividad intelectual? Eso no tenía nombre y no encuentro palabras para definirlo, si no es el estribillo de la Legión, que le hace a uno destruir los parapetos de la razón:

*Pire Grognon,
Descends ton pantalon:
Tiens, voilh du boudin, voilh du boudin, voilh du boudin
Pour les Alsaciens, les Suiss's et les Lorrains!
Pour les Bochs y en na plus, pour les Boch's y en a plus*

Car ils sont tous carrés dans l'cul!
Pour le Boch's y en a plus, pour les Boch's y en a plus!
Carrés dans l'cul^[71]

Pero después, ¡cuánto camino recorrido! Pues es el mundo entero el que ha seguido los clarines y los tambores de la Legión en el *no mans land*, ese espacio que no es de nadie, esa sombra, esa única realidad, esa negrura absoluta que podía sondear a simple vista, tocar con la mano y contra el que podía disparar mentalmente, ese «culo cuadrado» del famoso estribillo, ese vacío materializado parapetado tras una lámina blindada y asesina, una especie de Judas traidor, estrecha fisura a través de la cual mi espíritu podía arriesgarse para captar en un abrir y cerrar de ojos, cuando un proyectil amigo o enemigo desgarraba la opaca noche que se cicatrizaba instantáneamente con la rapidez de un Resplandor, la vejez de la Tierra, sus profundas arrugas, su rostro, sus cicatrices, una selva asolada bosquejada como un decorado de Gran Guiñol, un trozo destrozado de carretera, una pancarta, un surco, una haya, una población en ruinas, la puerta de una granja destrozada, un trozo de paisaje desbaratado, alambradas hasta el infinito, un cadáver en primer plano en medio de una cuneta, detalles todos iluminados y fotografiados *flash-ligth*.

Me parecía estúpido. ¿Para qué puede servir esa fotografía animada, focalizada y disparada por quién, para uso de quién o de qué? ¡Tanta nitidez y tantas expresivas imágenes! Me quedaba pensativo. No podía liberarme de mis pensamientos, y seguía así durante horas. Hacía el relevo a mis compañeros encantados de poder irse a dormir como troncos y que se burlaban de mí tratándome de poeta. ¿Habían adivinado cómo era, los bobos?

Un poeta con fusil en una trinchera y que no escribía y que elegía sus palabras para definir las cosas que veía como venían desde lejos a su cabeza y quedarse reflejado en ellas como en un espejo o pantalla portátil. Se me cortaba la respiración. ¿Un ojo testigo, una toma de consciencia acusadora, un autómata? ¡Pues no se es neutro! ¿Cómo enumerar las sombras en la oscuridad? Puesto que los hombres eran unánimes, nada era tan negro como la negrura de la noche en el frente. Se perdían en la hostilidad. Se les oía jurar, decir tacos, maldecir su existencia, esa puta vida, golpearse con cualquier cosa, tropezar, hacerse el muerto, tanto los nuestros como los de enfrente, cuando empezaban a oírse los proyectiles, seguidos de ráfagas de ametralladora en medio de la noche que caía por todas partes avanzando como rebaño de paquidermos. El silencio no acudía. El silencio no es humano.

No encontraba las palabras. Y no podía entender que Guillaume Apollinaire pudiera escribir tan bellos poemas sobre las noches en el frente; ni tampoco que, en mayo y en junio de 1940, Aragon dijera que la guerra le había inspirado. Ni la primavera que tuvimos entonces, ni ese buen tiempo (un anticiclón de cuarenta días había sido anunciado por la meteorología que el cerdo de Hitler tan bien supo aprovechar) pueden ser una excusa, pues Aragon no es ningún ingenuo. ¿De verdad

que el poeta no podía imaginar lo que iba a seguir? Dicho esto, *Les lilas et les roses* es bonito.

Las mismas metáforas más obsesivas de Lautréamont, ese genio maligno de la noche, no me servían de nada para clasificar esas sombras en la negrura que fotografiaba mi ánimo y que mi cerebro agitaba, desarrollaba, almacenaba automáticamente a una velocidad loca, dado que mi imbécil lengua no recurría al Verbo creador para darles un nombre a esas fugitivas formas que se enmarañaban, que se enlazaban, que se arremolinaban deslizándose unas de otras y que expiraban emitiendo un poderoso estertor. Pero yo me recitaba mentalmente las fórmulas de *La raíz cuadrada del principio de la razón suficiente*, esa piedra de toque de todo espíritu pensador, *Über die vierfache Wurzel des Satzes deszureichenden Grundes*, ese manojo de llaves que abre todas las cerraduras del entendimiento y cierra a doble vuelta las hipótesis, el pequeño tratado amargo de Arthur Schopenhauer, el último de los metafísicos, el filósofo más inteligente de los modernos, el primero y quizás único Europeo desde Descartes. Y no me servían dado que la fotografía y el cinematógrafo son abstracciones, como todo lo que está en blanco y negro, la letra impresa, la escritura, fuera del tiempo y no en el espacio.

Si antes de la guerra del 14 ya me había ocupado del cine, rodando documentales para la productora *Pathé*, que formaban parte de una serie titulada *La Nature chez elle*, no fue tanto para ganarme la vida con eso, ¡ni mucho menos!, como para aprovechar la ocasión que se me ofrecía para viajar a los rincones más paradisíacos del planeta e ilustrar esa sentencia que había escrito en el libro de oro de una casa de té en Kioto:

El mero hecho de existir es ya la verdadera felicidad...

que firmé con mi nombre.

Pobre de mí, eso me ocurrió hacía apenas unos años, allá por 1911, y heme ahora exponiéndome en una trinchera corriendo el riesgo de recibir un balazo en la cabeza, hinchando y deshinchando mi sesera, esperando el final fulminante de una muerte súbita o de una problemática trepanación como le ocurrió a Apollinaire, o como a René Dalize, al que un obús le arrancó la cabeza, o como a ese idiota de Bikoff^[72], que se camuflaba en árbol, o como Hernando de Bengoechea^[73] del que supe, según *Les Nouvelles littéraires* del 26 de agosto de 1948, que era poeta (lo era sin que yo lo supiera hacía ya 33 años), ignorancia de la que me avergüenzo, pues podía haberlo imaginado puesto que él también estaba en las trincheras en el frente del norte de Arras, en las cuales halló la muerte el 9 de mayo o el 11 de junio de 1915, no recuerdo bien. ¡Y me pregunto todavía si fue de un balazo entre los ojos o víctima de una iluminación, como decía Rimbaud...!

El cañoneo ininterrumpido que venía del norte, exactamente de Bapaume, era

como la respiración del océano en la noche; su flujo y su reflujo, *crescendo*, *decrescendo*, hacían pensar en un *ballet* cósmico, invisible al cielo, pero que se inscribían como constelaciones sonoras sobre la membrana del tímpano. Era ensordecedor. Entonces me ponía a pensar en ese corazón de pollo que latía desde hacía ya muchos años en una vasija de cristal en el piso 37 del Rockefeller Institut de Nueva York para el Desarrollo de las Ciencias, y contaba, tal como se cuentan los segundos entre el pistoletazo de salida y la explosión de la llegada, las pulsaciones de ese corazón desplumado, de ese «corazón puesto al desnudo» por el Dr. Carrel, que lo mantenía en vida orgánica rociándolo cada mañana con un suero artificial fabricado en su laboratorio (al parecer, ese corazón se ha parado hace poco —¿o hay que decir que acaba de morir?— durante un fin de semana del doctor, en el que lo sustituyó un ayudante de laboratorio, el cual se olvidó de regar el corazón un lunes por la mañana, según cuentan estos últimos días los periódicos americanos, es decir que latió más de siete veces del tiempo que hubiera funcionado normalmente como víscera en el pecho de un pollo vivo o de una llueca. Pero ¿de qué sexo era el animal? ¡Será recompensado quien me lo diga!)

Y muchas otras cosas más, y mucho más absurdas por su coincidencia, pasaban por mi cabeza; las noches de los bombardeos de París y Londres, tal como se ve en los antiguos mapas marinos al viento Bóreas saliendo de la boca de un mofletudo ángel, grabado en una esquina soplando una tempestad repentina; una tempestad de sonidos desgarradores cayendo sobre mí desde lo alto del aire y cinco, seis, siete enormes capas de sombras que me aplastaban. Eran los zepelines, esos mastodontes que se orientaban cual fuegos oscuros hacia mi trinchera y pasaban a ras del suelo perpendicularmente, tan pronto vistos como desaparecidos (es entonces cuando comprendía la parábola que hace pasar a un camello más fácilmente que a un rico por el ojo de una aguja). Llegado el invierno y en su momento exacto, veía ante mi trinchera a Orión, esa mano gigante colgada como el letrero de una guantería de la avenida de Ópera, lo que me hace pensar hoy, cuando me duele la mano, que la que me cortaron sube a su constelación.

Mi trinchera me recordaba el agujero practicado por mi amigo Robert Delaunay, el pintor de la torre Eiffel, en los postigos que había hecho insertar en ventanas y cristalera para transformar su taller de artista (un salón muy burgués) en cámara oscura el día en que ciertos problemas de la pintura se pusieron a atormentarlo, en especial el «contraste simultáneo», como denominaba su nueva técnica pictórica para hacer juego con el «hormigón armado», término que había acuñado y que empleaban cada vez más los arquitectos-estetas de nuevo cuño.

Delaunay era un primitivo y trabajaba así^[74]: se encerraba en una habitación, oscura, con los postigos cerrados. Una vez preparado el lienzo y desleídos los colores, hacía con un berbiquí un pequeño agujero en el postigo. Una vez que se filtraba un rayo de sol en la habitación, se ponía a pintarlo, estudiarlo, descomponerlo, analizarlo en sus elementos de forma y de color. Sin darse cuenta, se

estaba entregando al análisis espectral. Trabajó de este modo durante meses, estudiando la luz solar pura, alcanzando fuentes de emoción fuera de todo tema. Después ensanchaba un poco el agujero del postigo y se ponía a trabajar los juegos de colores en una materia transparente y frágil como el cristal. Con los reflejos y las pequeñas fracturas, sus cuadros tomaban un aspecto sintético propio de las joyas, y entonces hacía entrar entre los colores que limaba de piedras preciosas, a la manera especial de Fra Angélico, un lapislázuli pulverizado. Tan pronto como el agujero practicado en los postigos se hacía muy grande, Delaunay abría de par en par los batientes y dejaba entrar en la habitación la amplia luminosidad diurna. Los cuadros de esa época, de formato un poco más amplio, representan ventanas cerradas donde la luz se estampa en los cristales y en las cortinas de muselina blanca. Finalmente, retiraba las cortinas y abría la ventana: se ve entonces un gran agujero luminoso y el tejado de la casa de enfrente a contraluz, duro y sólido, una primera forma tosca, angular, inclinada... Delaunay se ve cada vez más atraído por lo que pasa fuera y las ínfimas combinaciones que ha estudiado en los rayos de sol las termina encontrando gigantescas, enormes, en el océano de luz que cae sobre París. Son los mismos problemas que siente el pintor, pero en otra proporción y a una escala inmensa. Entonces se pone a pintar esos cuadros de cinco, de seis metros, como *La Ciudad*, *Las tres Gracias en París*, en los que intenta poner de acuerdo el academicismo y todas las novedades pictóricas que acaba de descubrir: la flecha de Nôtre Dame con el Sena remontando hasta la periferia parisina, Charenton y Alfortville. Encuentra finalmente un tema nuevo que le permite aplicar todos sus descubrimientos y sus procedimientos: la Gran Ciudad. Una multitud de problemas nuevos se le plantean: analogías, correspondencias poéticas, contrastes, tanto espirituales como físicos, cuestiones de perspectiva, de materia, de cuestiones abstractas, unanimismo y síntesis, penetrándole así toda la personalidad de París. Y cada vez más, ahora que se pasa meses y meses contemplando la ciudad desde lo alto de las torres de sus iglesias, sus ojos no cesan de dirigirse hacia esa forma extraordinaria de la torre Eiffel.

Ya tuve la ocasión de contar en *Aujourd'hui* el drama que supuso para Robert Delaunay su lucha con la torre Eiffel. Este pintor, del que me convertí en su poeta (pues cada uno de los maestros actuales tenía su poeta antes de la guerra del 14: Picasso, Max Jacob, Braque, Pierre Reverdy, Juan Gris, Ricciotto Canudo, Ferdinand Léger, Chagall, Roger de la Fresnaye, Modigliani, Blaise Cendrars —perdón— y toda la escuela de París, cubistas y orfistas, Guillaume Apollinaire; y no son ni los marchantes, ni los críticos de arte, ni los coleccionistas, sino los poetas modernos los que han hecho célebres a estos pintores, lo que se suele olvidar a menudo; y todos esos pintores hoy millonarios también olvidan con mucha frecuencia lo que nos deben a nosotros, los pobres poetas). Sí, fui el poeta de mi compadre Delaunay, un tipo sano que desertó de Francia cuando se declaró la guerra —cosa que admito, pues comprendo el miedo a los disparos—, pero que volvió de España una vez lograda la paz, poniéndome ante las narices un certificado de locura oficialmente establecido a

su nombre por la embajada de Francia en Madrid, exhibiéndolo con orgullo, empeñado en demostrarme que estaba en regla sin que yo se lo hubiera exigido, gesto que en mi opinión no lo excusaba ante mis ojos, aun siendo su amigo, y no lograba comprender ese extraño coraje moral que le había hecho actuar indebidamente, si bien tengo que aclarar que nunca más he vuelto a ver ni al pintor ni su pintura desde entonces.

¡Tanto valor moral gastado en balde como tanto valor físico derrochado por los que estábamos en el frente!

Por aquella época, tenía una teoría que los chicos de mi escuadrilla tomaban a broma un tanto fuerte. Afirmaba que prefería una emboscada por detrás a que se produjera por delante, esa que se lleva el morapio y el tabaco del avituallamiento y se vanagloria hipócritamente de ser un soldado en plena campaña, cuando pasar dos o varias veces más por delante de la casa del portero entrañaba un auténtico peligro en París, y era necesario tener valor, desde luego, para el emboscado de atrás, que volvía para acostarse con la mujer de un amigo que hacía el payaso estando en primera línea. Y añadía además que prefería con mucho a un desertor que a un emboscado de la retaguardia, por cuanto un desertor era de alguna manera alguien que había dicho no, lo que, a mi parecer, es viril y digno de grandeza y denota carácter. Por supuesto, porque el valiente quedaba como el héroe más farsante de todos los franceses, ya que sabía muy bien que no era más que un gilipollas. Mi paradoja hacía reír a mis compañeros, que estaban igual que yo hasta las narices de estar allí.

Pero, entre los desertores, hay quienes han hecho un gran desgaste de energía para intentar salvarse, aunque no lo hayan logrado en todos los casos. Por ejemplo, el poeta Arthur Cravan, del que voy a contar el caso. Cravan formaba un trío con Delaunay y conmigo en el *Bal Bullier* cuando bailábamos el tango, él con un *smoking*, con camisa negra, con una pechera descubierta dejando ver tatuajes salvajes e inscripciones obscenas, y yo con corbatas al estilo Chicago más llamativas que el plumaje de un periquito, un abigarramiento de arlequines órficos para provocar escándalo, pero también para adelantarnos a los futuristas de Marinetti, cuyo representante permanente en París, Gino Severini, llamaba cada tarde a Milán dando detalles de nuestro atuendo, detalles que irradiaban hasta influir en San Petersburgo el estilo de Larionov y Gontcharova, pareja decoradora y diseñadora del vestuario de la compañía de Diaghilev, lo que era conocido y se imitaba hasta entre los futuristas de Moscú, siendo la célebre camisa amarilla chillona de Maiakovski el último eco a la moda de nuestras locas noches de París. El poeta Arthur Cravan tenía mucho talento, tan evidentemente mal empleado como llamativa su gran fortaleza física. Era un campeón, un atleta, un boxeador, pero de una moral débil, como tantos deportistas profesionales agotados por un entrenamiento intenso, esclavos del bello cuerpo que buscan, víctimas de su torso y de los músculos que exhiben, de sus bíceps que muestran para seducir y que les procuran honores, dinero, mujeres, confort, lujo y, en definitiva, la apatía que acaba coronándolos ya a los treinta años.

El 2 de agosto de 1914, día de la declaración de la guerra, el poeta Arthur Cravan, «el sobrino de Oscar Wilde», «poeta y boxeador», «el poeta con el pelo más corto del mundo» como gustaba que se le calificase en su revista *Maintenant* y en los anuncios de *Noctambules*, en donde algunas semanas antes había dado una conferencia en la que anunciaba con gran aparatosidad que iba a suicidarse en público y remplazar la tradicional jarra de agua por una botella de absenta y, en honor de las damas o de alguna alma gemela, dar su conferencia poniendo sus cojones encima de la mesa (no hizo nada de eso, pues vació en un descuido la jarra, y farfullaba alocadamente citando a Victor Hugo, no atreviéndose a mostrar el revólver sin munición que tenía sobre la mesa y dando una conferencia exasperante, de una simplicidad tal que hubiera sido milagro que tuviera éxito, ni siquiera ante un público de *snoobs* y de estetas que habría dado envidia a Van Dongen y que esperaba una sesión de locura. Pues sus amigos, conociendo desde hacía mucho el fatal desinflamiento de ese gigante, no se habían molestado en asistir, seguros como estaban de volverlo a ver vivo y de volverlo a encontrar fofo. Mientras, el pobre Arthur se embrollaba y se embrollaba, sintiéndose incómodo, no sostenido, intimidado a pesar de sus fanfarronadas y de sus extravagancias). Este Arthur Cravan, pues, el día que se declaró la guerra, se lanzó al océano, franqueó de un braceo infatigable, tan grande era su canguelo, la amplia desembocadura del Bidasoa, de baja marea pero de arenas movedizas, y enfiló de una tirada a Hendaya, en donde se encontró con Robert Delaunay, el cual había cruzado el puente internacional de Behovia el día anterior por la noche, antes del cierre de la frontera y estaba a punto de tomar el tren para Lisboa con armas y bagaje, es decir con su paleta, pinceles, colores, rollos de tela vírgenes, lienzos, su nurse lituana y su propia madre. ¡Toda una mudanza!

Sin dudarle un instante, Arthur se unió a la caravana Delaunay. Pero en Lisboa no se sintió seguro por ser ciudadano inglés, ya que Portugal, aliado de Inglaterra, declaró también la guerra y entró en campaña, por lo cual se pasó a España *ipso facto*, yéndose a vivir a Madrid durante un tiempo, siempre en compañía de Robert, que no tardó mucho tiempo en unírsele. Allí, Sonia, la lituana, hacía la comida para todos y se las arreglaba como podía ayudada por mamá, pues ambas habían abierto una tienda o un taller de moda.

Vivir de las agujas de estas dos mujeres no le molestaba en absoluto. Pero Cravan no se sentía tranquilo en Europa. Quería pasar a América, en donde tenía familia y amigos. Pero no tenía un centavo y el dinero que esperaba de Gran Bretaña y de Irlanda no acababa de llegar, ya que su hermano Lloyd había sido movilizado en Inglaterra, su cuñada Alice se hacía la sorda y sus otros parientes, amigos, relaciones y conocidos no le respondían, por lo que Arthur no sabía a qué santo encomendarse y tuvo que vivir a costa de mamá Delaunay (una parisina que no se guardaba de decir las cosas) a base de darle sablazos, de frustrarla, de sisarla^[75], haciéndose el encantador para que enviara telegramas y llamadas desesperadas en todas las direcciones. Finalmente, un día se fue a la chita callando a Barcelona en busca de

Jack Johnson, el famoso boxeador campeón del mundo, un negro tan espectacular como juerguista, al cual había tenido ocasión de conocer en las salas de boxeo y de entrenamiento y al que tiempo atrás había servido de guía en París y Berlín recorriendo los clubes de la Chapelle y de la Alexander Platz, yendo de juerga en juerga a sus expensas en los *cabarets* de Montmartre y del Kurfürstendamm, bebiendo champán, fumando puros en galante y numerosa y decadente compañía de drogados y homosexuales. Pero sin malicia, claro.

En Barcelona, Jack Johnson hacía de las suyas en el puerto y en el barrio chino. Por entonces, el campeón negro no estaba todavía del todo descalificado a causa de estas juergas, pero había tenido sus más y sus menos con diferentes policías europeas. Y ya estaba harto. Soñaba con volver a los Estados Unidos y reiniciar su carrera de boxeador, pero no acababa de decidirse pues había algo que lo retenía, una baronesa alemana que lo volvió a meter hasta en los bares más turbios en donde se acabó refugiando. Por otra parte, no se sentía ya en forma y, como en el caso de Cravan, sus fondos eran ya reducidos. No sé a cuál de los dos se le ocurrió la idea, pero el caso es que muy pronto se pusieron de acuerdo. Fue la de organizar un sensacional combate de boxeo, un *match* anunciado como la vuelta al *ring* del campeón del mundo, el gran negro J. J., poniendo en juego su título contra el aspirante Arthur Cravan, «el sobrino de Oscar Wilde, poeta y boxeador, el poeta con el pelo más corto del mundo, etc., etc.». Los empresarios españoles de dicho evento hicieron las cosas a lo grande. La publicidad era tan espectacular como la de las corridas, con anuncios en las calles de Barcelona, artículos en los periódicos de Cataluña, por lo que muy pronto la curiosidad, la excitación del público, alcanzó el grado máximo: se arrancaban las entradas de la mano, subía continuamente el precio de las localidades. Y la cosa fue lamentable: Big Jack no perdió su título, pero sí lo poco que le quedaba de honor y nunca más reapareció en un *ring*. En cuanto a Cravan.

El bello Arthur se puso en guardia, colocando sus dos enguantados puños ante su cara.

Doy los detalles que me proporcionó un testigo ocular de dicho encuentro que marcó época y no tiene parecido en los anales del noble arte del boxeo. Como es habitual, cada uno de los combatientes tenía asegurada una cantidad de dinero, más sustanciosa la del vencedor y menos la del vencido. Da igual la que fuera. La víspera del combate, Cravan, a través de sus managers, había exigido y se le había pagado un adelanto, pongamos cinco mil pesetas, con las cuales fue a reservar un billete para un barco que salía al día siguiente por la tarde para Nueva York. No le había dicho nada a su compadre, pero como no daba la talla para resistir más de tres asaltos, había suplicado al negro que no le golpeará muy fuerte ni lo tumbara antes de llegar al tercer asalto.

Posteriormente, Jack Johnson tuvo la ocasión de expresar en público su desprecio por ese gran cobarde Blanco, sobrino de Oscar Wilde, etc., etc., que le había hecho hacer el ridículo.

Parece ser que, ya en Nueva York, el negro andaba buscando al poeta-boxeador por todos los bares del Bronx frecuentados entonces por los deportistas tras el entrenamiento con la intención de darle su merecido, pero por aquellos días, en Nueva York, el poeta de los cabellos más cortos del mundo se los había dejado crecer para no parecer alguien que podía ser movilizado, ni tampoco reconocido, y el pesado, espeso y seductor sobrino del *dandy* Oscar Wilde ya no se veía con los deportistas, sino con los rufianes de toda ralea a los que la tormenta que soplaba en Europa había llevado, como en su caso, a Nueva York, en donde triunfaba en los salones de los Stieglitz, entre los fotógrafos de arte y otros marchantes de cuadros, proclamando su guerra particular, convirtiéndose en portavoz de la mala conciencia, lanzando sus tan fulminantes como anodinos rayos que no causaban ni heridos ni muertos, pero que entusiasaban a su muy variado auditorio formado por desertores europeos, internacionalistas, pacifistas, neutrales y americanos cien por cien orgullosamente aislacionistas, con un tren de vida de todos los diablos. Esto era en 1915. «¡El Arte no tiene Patria!».

El combate de Barcelona se había celebrado un domingo por la tarde en no sé qué sitio. Una vez en el *ring*, hechas las presentaciones, oído el ¡Go! del árbitro, el bello Arthur ya estaba en guardia, colocados sus puños enguantados ante la cara, bajada la cabeza, metido el vientre, doblándose hacia adelante para cubrirse mejor, puestos los codos uno contra otro, la nuca agachada, y esperaba el golpe fatal sin esbozar el menor gesto, ni la menor finta, para parecer que aparentaba, contentándose con bailotear, dar vueltas, *visiblemente tembloroso*, con el negro girando en torno al guaperas cual grueso gato negro en torno a un queso holandés, haciéndose llamar al orden tres veces seguidas por cuanto Big Jack le había dado tres pataditas en el trasero para que el sobrino de Oscar Wilde se animase un poco, y el negro atacando por los lados, dándole golpes mientras reía, animándolo, gritándole y, de repente, tumbándolo de un golpe formidable sobre la oreja izquierda, un golpe digno de un carnicero en un matadero o de un asesino cuando ya estaba harto. Cravan se quedó clavado. El árbitro contó los segundos. El gong señaló el fin del combate y Jack Johnson fue declarado vencedor por *knock out*. La cosa no había durado ni un minuto. El negro se puso a insultar al público catalán que protestaba con vehemencia invadiendo el *ring*, reclamando ser reembolsados, pegando fuego las barreras. La policía vino al rescate para poner orden pero, habiéndose generalizado el altercado, fue necesario llamar a los *carabineros*, que se llevó al campeón del mundo a la comisaría, mientras que los managers se veían obligados a actuar: ¡devolviendo el dinero!

Big Jack estaba furioso. Se pasó una noche en el calabozo llamando a voces a Arthur, jurando que se las pagaría, hasta el punto que el sargento de guardia tuvo que amenazarlo varias veces con que le pondría la camisa de fuerza.

Y mientras los managers españoles buscaban al ya huido Cravan por toda la ciudad, el bello Arthur, encerrado en su cabina a bordo del vapor que navegaba ya

hacia América, se estaba humedeciendo la oreja izquierda absolutamente roja, no de vergüenza, sino de la violencia del soplamocos encajado. Y tal como lo conozco, debía importarle un pepino todo, y diría: «Salvar las apariencias, la cara, es cosa que está bien para los chinos. Por lo que a mí respecta, el retrato está intacto, y eso es lo que le interesa a mi carita». Diría esto sonriendo mientras se miraba en el espejo, inclinado sobre el lavabo, poniéndose compresas con sumo cuidado. Y quizás pensando en su esposa, a la que había dejado en París, y acaso conociendo ya a la mujer con la que se iba a casar en Nueva York, pues Arthur Cravan murió bígamo.

Contar lo que fue la vida de Arthur Cravan en Nueva York sería como hacer la historia de la fundación del dadaísmo, pero no lo voy a hacer ahora, como tampoco ha hablado nada hasta hoy el vividor del arte por el arte que es Francis Picabia, que veía a Cravan todos los días en Nueva York y que, arrastrado por su ejemplo, tuvo el gran coraje moral de decir en la revista de arte *391* que le colocaría a *La Gioconda* de Leonardo da Vinci un par de mostachos como los de Guillermo II; como tampoco ha dicho nada de él hasta hoy el inventivo Marcel Duchamp (¡qué haría en Nueva York este malicioso parisino más que enseñar cosas del amor!), el cual veía también a Cravan todos los días en esa ciudad y que, influenciado por él, tuvo también el gran coraje moral de proveer de la siguiente garantía los wáteres que se exponían en un bazar: «*Declaro que este utensilio hogareño es una auténtica obra de arte*», enriqueciendo dicha declaración con su firma en facsímil, que para los iniciados era *Rose Sélavy*. Como tampoco ha hablado de él hasta ahora el gran muftí de Zurich, el cual no conocía a Cravan y que para su desconcierto recibió con reconocimiento la investidura de la nueva iglesia de manos de Picabia en 1917. Los Estados Unidos habían entrado en guerra por aquel entonces y Picabia, cubano él, había ido a refugiarse a Suiza, supuestamente para cuidarse de una infección y hacer una cura de desintoxicación, pero ocupado en realidad en una propaganda desenfadada del movimiento dada, con todo el aparejo necesario de planes de combate, manifiestos, obras de Cravan y una nueva fe que el gran muftí Tsara se apresuró a comunicar a sus adeptos del *Cabaret Voltaire* y que los epígonos del danzarín del *Bal Bullier* y del tartaja de los *Noctambules* recibieron como los Apóstoles al Espíritu Santo. (Aclaración: los miembros del *Cabaret Voltaire* de Zurich eran en su mayoría alemanes que adoraban lo suficiente a Francia como para combatirla con las armas en la mano, y el resto judíos del Este europeo que se habían despojado de cualquier tipo de uniforme militar. Segunda aclaración: por entonces, Suiza se había convertido en la Tierra Prometida de los espías y los estetas, de los pacifistas y los zimmerwaldianos. Bolo, Dada, Romain Rolland, Lenin, conformaban un curioso cocktail para acelerar la confusión de las lenguas, un cachondo lacito de edelweis puesto en el gorro de gendarme con el que se cubrían estas cabezas a los cuatro vientos). «¡Dada, Dada!», gritaban los neófitos de Zurich, que llevaban un estupendo tren de vida, con los ojos puestos en París. En cuanto a Cravan, estaba desaparecido.

La historia guerrera de Arthur Cravan no se acaba con la invención de Dada, muy

al contrario: es precisamente ahora cuando sus verdaderas desventuras de desertor comienzan y van a precipitarse.

A la entrada en la guerra de los Estados Unidos, fue tan intenso su canguelo a ser detenido y enviado a filas, que nuestro poeta, que no quería que su retrato sufriera el menor destrozo, se largó sin pensarlo dos veces a Canadá, la frontera que tenía más cerca y adonde podía llegar en una noche. Y apenas la había cruzado, se dio cuenta de que acababa de caer en la boca del lobo, pues, al ser un dominio inglés, y en guerra, él era inglés por muy objetor de conciencia que se considerara y que dijera que no quería saber nada de esta guerra imperialista, ¡por Dios! *Quos vult perdere Jupiter, dementat prius*. A los que Júpiter quiere echar a perder, antes los vuelve locos.

Escondido en una granja, este descerebrado permaneció en ella de mala manera durante algún tiempo, no sabiendo qué hacer ni cómo escapar de allí. No puedo imaginarme cómo le vino la idea a este gran chuleta de disfrazarse de mujer. Probablemente, pensando en los homosexuales que había frecuentado y visto bailar juntos en las *boîtes* nocturnas del Kurfursten-damm y en la *Petite Chaumiere* de Montmartre cuando formaba dúo con el generoso Jack Johnson en Berlín y París. Son cosas que le vienen a uno a la imaginación cuando se está solo y se recuerda el pasado mientras se canturrea una canción de otra época.

No puedo saber cómo se procuró esa vestimenta de mujer en esa granja perdida en medio del bosque. Los canadienses no son muy avispados y es posible que los granjeros no vieron en ello ninguna malicia por parte de ese chicarrón bromista que sabía hacerse el simpático y que seguramente debía de echarles una mano de vez en cuando durante la jornada y hacerles reír llegada la noche. Las distracciones no son abundantes en el campo, el invierno canadiense es largo y el extranjero de paso que cuenta historias y hace gracias siempre es bienvenido. Es cierto que muchas de aquellas granjas son destilerías clandestinas, ambiente en el que Cravan podía tutearse, mediada una suma de dinero, con los gánsteres que las controlaban y los contrabandistas que las frecuentaban. A lo mejor hasta se le había dado una oportuna dirección en Nueva York. Pero también podría ser que Arthur hubiese logrado seducir a la hija del granjero que lo acogió, o acaso a una sirvienta, ya que era un vistoso macho, sobradamente mentiroso y adulador.

Tampoco sé cómo se las arregló para que lo llevaran a Montreal sin despertar sospechas, llegar a Quebec sin que lo detuvieran durante el camino, embarcarse a bordo de un barco y acabar en Terranova, todo eso vestido de mujer. Pero lo que sí sé es que desembarcó sin un céntimo y se encontró inmediatamente (justo el tiempo de cambiarse detrás de un vallado) en la obligación de buscar trabajo, lo que prueba que su fuga en travesti le había costado carita, pues Arthur había dejado Nueva York con los bolsillos llenos: había hecho la ronda a sus amigos y conocidos, se había ido llevándose las joyas de su joven esposa americana. Tengo motivos para pensar que le hicieron un falso carné de identidad, pues no tardó mucho en encontrar trabajo como marino en Bonavista de Terranova, en un barco danés que izaba ancla para ir «al

banco», a la pesca del bacalao, en donde Arthur las tuvo que pasar mal, ¡es cierto, querido Cravan!

Estos días en que estuvo en la pesca del bacalao se convirtieron en la más desagradable época de la vida de Arthur Cravan. El oficio de marino no es nada agradable y el del que va a Terranova es aún más duro. Cravan pasó las de Caín. Por primera vez en su vida, el sobrino de Oscar Wilde se había puesto a trabajar y a este poeta-boxeador tampoco le gustaba que el retrato le arruinara las manos como el del personaje de su tío. Me acuerdo de una carta que envió desde Terranova a su esposa parisina en la que expresaba su rencor, la despreciable vida que llevaba y su desesperación, a la cual le suplicaba que hiciera lo imposible para olvidar todos sus desencuentros y que le enviara un giro postal. Dado el tono empleado, la exageración de parecida misiva de chantaje sentimental, escrita en aquellas condiciones y en un momento de abatimiento, me llevan a pensar que la vida no tenía que ser nada divertida «en el banco» y que debía de estar hasta la coronilla. La mujer le envió ese giro «con la protección del consulado de Dinamarca», tal como le había indicado en su carta, firmada con un nombre falso. Pero tal giro no le fue entregado y volvió a París vía Copenhague con la mención «*Destinatario embarcado a bordo de la Santísima Madre de Dios, goleta mejicana*». No pude saber cuál fue el segundo nombre falso que Cravan usó en Terranova, pues usó otros muchos más en Méjico antes de recobrar el coraje moral de firmar con el suyo propio las cartas que iba enviando a su esposa. Temía ser extraditado. Creía que la guerra mundial se había declarado sólo contra él. ¡Bendito Cravan!...

A París llegó una primera carta desde Méjico, después otra, a la que siguió un largo silencio. Después, al cabo de algunos meses, llegaron uno tras otro tres paquetes de cartas. Estaba viajando por el sur del país explorando minas de «plata». Luego, otro silencio de algunos meses y una última carta desde Méjico City, en la que anunciaba que había abierto una academia de boxeo en la ciudad, que tenía mucho éxito, que daba conferencias, que su fama estaba por todo lo alto, «sobrino de Oscar Wilde, poeta y boxeador, el poeta...» etc. etc., o sea el mismo bluf que en París, que en Barcelona, que en Nueva York. Estaba pletórico, sus negocios prosperaban y preguntaba qué se pensaba de sus éxitos en París. Después, nada. Pasaron cinco meses, seis meses y de repente se extendió el rumor en Montparnasse, sin que fuera posible saber su procedencia ni control, de que Arthur Cravan había sido asesinado en un *dancing* de una puñalada en el corazón.

¡Bendito cine!

¡Haber hecho todo eso, todo eso, para librarse de la guerra y haber reventado antes del final, unos días antes de que llegara la paz, y en Méjico...!

Pero nada de todo eso le quita mérito al inmenso talento del poeta. Se debe pensar que su estancia en Méjico, su viaje por el sur del país, su exploración de minas habrían sido su camino de Damasco si no hubiera abandonado la senda de la soledad. En aquellos días escribió a su esposa parisina cartas extraordinarias de emoción y de

una poesía intensa y contenida, himnos a la noche tan profundos y suaves como los de Novalis y fulgurantes iluminaciones tan proféticas, tan rebeldes, tan rebeldes y tan desesperadas como las de Rimbaud. Había encontrado su ambientación. Pero esta regeneración, esta catálisis de su genio en contacto con la vida india en la gran naturaleza salvaje no se sostuvo, no duró: de vuelta a la capital, la adulterada vida de la gran ciudad y su sofisticado ambiente de modernidad se apoderaron de nuevo de él y su íntimo desequilibrio no pudo resistir a la vanidad, al éxito, al dinero, a las mujeres, a la popularidad, al fácil escándalo de dada, a su viciosa y congénita puerilidad, ¡pues no se es impunemente un guapo y además sobrino de Oscar Wilde! Estoy seguro de que un día se editarán las cartas que Arthur Cravan escribió a su mujer, unas sesenta, a las que se añadirán los tres o cuatro prometedores poemas de juventud, poemas por los que he sentido una tierna debilidad, como la de un hermano mayor por su hermanito.

Mi almena de lujo daba sobre el *no mans land* cual magnífico objetivo de cámara cinematográfica que hubiera podido también estar provisto de un ojo de gato, que no es un simple accesorio, sino otro truco de seguro efecto psicológico, otro más de la técnica cinematográfica profesional como los esfumados encadenados, el *travelling* o panorámica, el primer plano o *close-up*, el juego de espejos, la aceleración o el ralentí, las luces tamizadas o crudas, el maquillaje, el montaje simultáneo, el ritmo de secuencias, el fraseado de imágenes, su cadencia, la belleza inhumana de un rostro seco y reseco, resquebrajado como porcelana acrisolada por supervoltaje o iluminada desde el interior por transparencia y resplandeciendo como el santo copón del Grial y, puesto que la película es sonora, el empleo graduado y detonante del silencio.

Pero cuando estoy en una sala de proyección, suelo desviar la mirada de la pantalla para observar los rayos de sombra que bullen por encima de las cabezas de los espectadores en el haz de luz blanca que se va desvaneciendo en su trayecto desde el proyector hasta la plateada pantalla; rayos oscuros que son las sombras emanadas del obturador originado por el movimiento giratorio de la manivela, *tempo* que impresiona a la retina y da relieve desde la vida animada a las imágenes que destaca y encadena; rayos oscuros, pero también los ejes en torno a los cuales giran los personajes que se estiran desde el hogar del proyector hasta la pantalla; prodigiosa espiral que he intentado captar en vano en un corte longitudinal y no vertical como el de la pantalla de uso universal; patética espiral de seres vivos —¡famosas vedetes y estrellas con *sex-appeal*!— que imagino persiguiéndose no de pie como en la pantalla, sino acostados, estirados, arrebuados, reptando en ese cono de sombra que intenta continuamente reconstruirse. Y si la película se proyecta hacia atrás, esas sombras estiradas, entremezcladas, enroscadas como serpentinas deberían entrar en bloque compacto y oscuro en ese proyector cual nido de víboras. Pero no es el caso. Ese negro abstracto que se intenta queda inmóvil... Proyección de la caída del cielo, todo es confusión mental.

Mi almena no era sino mi imaginación. Mi corazón, el objetivo. Focalización.

Amplia panorámica. Simple gradación, angulación, puesta a punto, lámina cifrada.

Llegada la noche, todo se deforma en el frente. El universo acababa de grabarse en mi almena equipada con un obturador: ¡yo!...

¿Y mi imaginación y mi corazón patentados como accesorios *ad hoc*?

Todo es confusión mental cuando uno se centra en la contemplación. ¿Dónde está el entendimiento? Viéndome como pobre poeta, con casco, con la cabeza vacía, no encontraba palabras, esos sagrados monstruos.

VIII

LOS ANIMALES ANÍMICOS

YA NO RECUERDO EN QUE LIBRO VIEJO, olvidado en algún lugar de la carretera, no sé si después de una siesta o en alguna etapa nocturna de acampada, leí la historia de un peregrino del siglo IV allá por el año 350, que, yendo desde el convento de Belén en el que había ingresado a Egipto con objeto de seguir la enseñanza del gran San Antonio y sus anacoretas, se perdió por el desierto de Sur o de Zin y cayó en manos de una tribu de nómadas que se lo llevaron al desierto de Farán, en donde lo retuvieron cautivo durante diez años.

Estos bandoleros nómadas eran paganos que adoraban el fuego y todas las noches, al levantar sus tiendas, se alumbraban con lámparas de petróleo o queroseno sujetas en racimos a un mástil inmenso provisto de numerosos brazos o vergas que formaban un globo rotatorio de lámparas encendidas durante toda la noche y dispuestas en grupo según el orden de la magnitud de las constelaciones, la fluctuación de las estaciones y la fijación de las horas, imitando los movimientos de los astros y su gravitación, su inclinación, la diversa intensidad de sus fuegos y sus diversas coloraciones. Y me da vértigo pensar en el extraño espectáculo que debía de ser ese mástil equipado en pleno desierto, en pleno corazón de la noche de Oriente, con sus baterías de lampistas acróbatas moviéndose por los obenques y suspendiéndose de los cordajes para alimentar sus fuegos rotatorios de luz, las cuales les servían de augurio para trazar sobre las dunas su itinerario del día siguiente y su consiguiente efímera pista de hombres de presa y rapiña.

En otro sector del frente solamente estábamos separados de los del otro lado, tan mal provistos como nosotros, por un parapeto hecho de tres o cuatro montones de cadáveres, y pasábamos las noches tumbados boca abajo entre esas apestosas filas escuchando a los de enfrente maldecir en su lengua la misma puta existencia en guturales y roncós juramentos, oyéndoseles resbalar con sus pesadas botas forradas como caballos trabados y, de vez en cuando, siendo abatidos en uno y otro lado. En cuanto a mí, pasaba la noche boca arriba, sin moverme, contemplando las frías estrellas del mes de marzo, tal como un moribundo abandonado en una habitación sigue con la vista las moscas que revolotean por el techo sin parar, cual pequeñas estrellas negras que se cruzan y entrecruzan incansablemente en el vacío, girando sin cesar, como cayendo al extremo de un hilo invisible y balanceándose, zumbando, posándose en la nariz, en las manos, en la frente, cabalgando por las sienas del agonizante, aglomerándose en las comisuras de los labios, molestas, monstruosas y

sucias, defecando sobre sus ojos, dejando hileras de suciedad sobre los apergaminados párpados, haciéndole cosquillas, picándole, devorándolo, hasta que el moribundo gira la cabeza y exhala su último suspiro entre las sábanas, momento en que las moscas rebosan de alegría y absorben el aroma del vuelo del alma hacia el Espíritu infinito.

«*Los mismos astros carecen de pureza ante Él*» (Job, XXV, 5). Y el Espíritu me invadía y no podía desviar los ojos del cielo, por cuanto la trinchera de las Carroñas no suponía ni abrigo, ni refugio ni obstáculo alguno. «*Él no se fia de sus santos y hasta en sus ángeles encuentra imperfecciones*» (Job, XV, 15).

Así, pues, me quedaba absorto en la contemplación del cielo descifrando las constelaciones, reconstruyéndolas trazo a trazo, una tras otra, según la hora, recordando sus nombres, y me pasmaba de la pobreza de la denominación de las estrellas, pareciéndome que sólo los boyeros al principio y más tarde los peones evocadores de retórica, y no los héroes y los genios, fueron quienes les dieron nombre (habrían podido también desbautizarlas, tal como se hizo en su día con las locomotoras y desde su puesta en servicio con los taxis cuando les dieron un número de serie, dado que tenían una mente tan pesada, una memoria tan corta y tan faltos de fe, exactamente como les ocurría a los profesionales de la geografía contemporáneos de Marco Polo, los cuales no llegaban a creer en sus viajes a pesar de los itinerarios entregados gratuitamente por el gran Veneciano en su prisión de Génova para que con ellos pudieran hacerse con sedas, telas, gasas, bordados, muselinas, satines, tapices; con piedras preciosas de todos los colores: zafiros, rubíes, esmeraldas, topacios, amatistas, turquesas, diamantes, perlas; con todo género de especias: canela, nuez moscada, jengibre, pepitas de girasol, pimienta blanca, pimienta roja; y con todo tipo de perfumes y ungüentos, desde el jazmín a la algalia, al incienso, al almizcle, al alcanfor, al aceite de palma, al sándalo, a la holoturia, un afrodisíaco de reyes; y a pesar de las riadas inmediatas de mercaderes europeos impacientes de enriquecerse a través de esos nuevos caminos asiáticos, los cartógrafos de la época, fieles a la tradición clásica heredada de Ptolomeo, se limitaban a las representaciones de la Tierra en forma de disco rodeado de agua, situando esquemáticamente la distribución de los pueblos alrededor de Jerusalén como centro de residencia de los humanos, y esos sabios especialistas se quedaron atrás, más aún que la Iglesia, la cual, por su parte, se había apresurado a tirar de esa guía comercial tan práctica puesta a su disposición —pues el *Libro de las maravillas* no era un simple relato de viajes, sino una especie de gran *Bottin* lleno de buenas direcciones— para ir a evangelizar a idólatras y hacer cosecha de almas a lo largo de esas pistas y trasladarlas a sus mapamundis de los siglos XIV, XV y XVI —el primer mapa coreográfico de Asia, de Giacomo Castaldi, es del año 1561. Y me preguntaba por qué ninguna de las constelaciones llevaba el nombre, aunque fuera por casualidad, de algún barco o tripulación lanzado al descubrimiento, dado que el mar es el único espejo de los astros y los astros la única guía de los marinos, verdaderos conquistadores del mundo.

«Desprovisto de emoción, me propongo declamar en alta voz la seria y fría estrofa que vais a oír.
... ¡Yo te saludo, viejo Océano!... ...¡Severas Matemáticas, no os he olvidado^[76]!

(LAUTRÉAMONT)».

¡Qué increíbles pobreza y mezquindad! La Ballena, El Delfín, El Sextante, en el hemisferio boreal; La Ballena, El Pez Austral, El Navío, en el hemisferio austral; y Piscis y Acuario en el zodíaco: es toda la alusión al océano y a la marina que se puede encontrar en el calendario del cielo; los otros nombres no son sino batiburrillo, la pocilga mitológica de la anticuada poesía clásica como La Cabellera de Berenice, El Centauro, Casiopea, Perseo, Hércules, Régulo, Antínoo, Andrómeda, El Fénix, La Hidra, etc., etc., terminología pretenciosa para elevar un poco la nota del vulgar vocabulario de los primitivos boyeros que han dado un prosaico nombre a todas las demás estrellas: El Perro, La Osa, La Cabra, El León, El Águila, El Toro, La Paloma, La Liebre, La Osa Menor, etc., etc., clichés en uso desde la noche de los tiempos. Cada alucinante término en los almanaques de los astrólogos o de los libros de garabatos de los alquimistas son ya más elocuentes sobre los parajes del cielo y los enigmas del universo que los de los astrónomos y los físicos modernos con sus cartas astrales, sus tablas, sus proyecciones y sus fotografías acerca de la pululación sideral, pues no han tenido aún el valor de enumerar, de clasificar, de catalogar, de racionalizar con vistas a un horario práctico, prefiriendo mantenerse supersticiosamente en esta enumeración pastoral de escasas miras, de cosa pastoril, de granja y de caza, y en esa falsa poesía de escuela, cuando nos hallamos en vísperas de correr la maravillosa aventura de la navegación interplanetaria y preparados para asumir todos los riesgos de dicho periplo^[77]...

Ya los mandarines chinos, que inventaron mil años antes de la era cristiana lo concerniente a la óptica y la brújula (lo que permitió a los jesuitas establecer ya desde el siglo XVII un primer observatorio astronómico en Pekín) habían dado a las estrellas nombres de animales: El Dragón, La Serpiente, El Escorpión, El Pavo, La Gruya, etc., y es preciso remontarse a las Lemurias para dar un nombre al cielo, en la época en que el Hombre, un recién llegado salido del centro de las ondas universales, un ser mágico, fijaba su atención en el nervio óptico que se desarrollaba como el tallo de los helechos arborescentes y la punta de las hierbas gigantes y unicelulares que lo desbrozaban, sentía brotar sus ojos en esta ramificación y, por el influjo de una primera gota de luz y de una lágrima de la primera corriente de agua dulce, veía madurar su cerebro, inflarse como una glándula babosa y congestionarse para formar un tercer ojo, la glándula pineal, un ojo girado hacia el interior, turbio y sangrante y blando pero de cortocircuitos magnéticos que debía reabsorberse desplegando la

lengua, proporcionándole así el don de la poesía. Y en esta fiebre que le subía, el mágico hombre se puso a llamar las cosas por su nombre, a identificarse con ellas, a domesticar los animales, a mostrar sus preferencias y gustos al igual que se buscan las rimas y las asonancias, a seleccionar en la opacidad uniforme de los carboníferos la espuma acuática que le aportaría el grano —arroz, mijo, trigo— para su alimentación y farmacopea según la esencia y las propiedades ocultas existentes entre las cosas y sus correspondencias, pues tenía un olfato muy fino y siete huesecillos en la oreja que le daban dotes para la adivinación, para la referencia (pues las orejas eran orientables y con postigos), para hacer fuego, para diferenciar los sexos, para procrear a través de los secretos: Dios, los cuatro puntos cardinales, los espíritus, la elipse y las matemáticas de los astros que celebran la fiesta del eterno retorno, el océano y la tierra, lo alto y lo profundo tal como se sueña en lo de delante y lo de atrás, la izquierda y la derecha, a mantener artificialmente la alta temperatura de su fiebre cerebral haciéndose picar por una serpiente familiar contra cuyo veneno se había inmunizado, y a proporcionarse una máscara de destellos psíquicos por cuanto su vida se había convertido en una frase formulada por el enigmático yo que se consume y se perpetúa con la aparición de ese fenómeno de acompañamiento que es el gran antepasado en sus fases, esa estrella fugaz en el inconsciente del instinto y el esperma que de él brota como el rayo, germinación en el vientre, el verbo: «¡Oh, Amor mío!», el grito: «¡Ay, querido, me haces daño!» (frase en la que *querido* es una onomatopeya o armonía imitativa de ¡ay! con el significado de *cacho bestia* o algo parecido).

¿Pero quién conoce hoy la cosmogonía de los Lemúridos y su metafísica de los fantasmas y quién podría descifrar sus tatuajes, que son cicatrices hieráticas, jerárquicas, la marca de su magia operatoria, su invención, una insigne crueldad, una sagrada cirugía que va de la incisión, del injerto, de la trepanación a la ritual comunión espiritual, al sacrificio, a la sangre bebida y la carne comida, al falo circunciso, a la vulva enucleada y muy frecuentemente a los dedos de pies y manos, a los antebrazos y las nalgas cortados, desarticulados, amputados, los muñones tallados en forma de silbato o de pico de pájaro o de diente de arpón o de punta de aguja cual espina de pez o cabeza de maza propia de cierta élite o familia de brujos en recuerdo del totem salido del centro de las ondas y que danzaba en espiral zumbando cual peonza en las playas de la luz, pivotando sobre sus aletas atrofiadas, azotándose con la cola, sacudiendo furiosamente su cabeza provista de branquias externas crepitantes, aullando de alegría —estallidos de risa feroces, locura, espuma, mordeduras— y que ha dejado por doquier en el universo sus huellas irradiantes en forma de letras y de caparzones, runas al borde del mar, conchas de nácar, huellas indelebles llenas de dibujos de fuego entre rojizos y azulados, huellas que avanzan, profundas desazones, lesiones, grietas, tumores, cortezas lívidas, escamas de una sífilis hereditaria, el aura, la noche estrellada?

Extraña genealogía la del Dios de los *Cantos de Maldoror*, el cual, mientras tomaba un baño de pie un sábado por la tarde, aplastaba distraídamente a sus criaturas

con sus enormes dedos armados de uñas en forma de espátula y que, al salir de un burdel, olvidó en una cama anónima que había servido a alguien un cabello desprendido de su cabeza. Tal dios es solamente un lejano, un lejanísimo tataranieta de moda en Bretaña (o más bien de Uruguay, pues los altivos Indios de la Pampa, los gigantes Patagones, tenidos por caníbales, han hecho temblar de miedo durante mucho tiempo a los cronistas españoles), un descendiente del Gran Antepasado, ese doble del Hombre mágico salido de las ondas del cosmos. Y el cabello caído de su cabeza, que se enroscaba y estiraba como un muelle y armaba un bochinche de mil diablos en la habitación de una prostituta ausente sin llegar a derribar la puerta, pues la mujer había pasado al cuarto de aseo en donde se estaba lavando la vagina, «*el pulpo de mirada de seda*», no es más que una pálida caricatura ciudadana (¡es bien conocido hasta qué punto los habitantes de Montevideo, cuyo licántropo, Isidore Ducasse, llamado conde de Lautréamont, originario de allí, se convirtieron en amables y sonrientes burgueses a los que les encanta reunirse en torno a una mesa giratoria para darse miedo y divertirse, pues se aburren, ya que nunca ocurre nada en su ciudad y su pequeña República de la Banda Oriental está al margen del gran tráfico del mundo!) del tatuaje concéntrico que el hombre lémur enarbolaba en su cara de todos los días y en sus máscaras los días de iniciación, en una espiral que es símbolo de la libertad de la caída de la vida en el centro del desvanecimiento universal.

Hoy día, nadie practica (¡es muy peligroso!) esa poesía en acción recargada de electricidades contrarias que es la magia, ni lleva la máscara refractaria que aterrorizaba al enemigo interior y lo fijaba en esa hipnosis que es la HERENCIA. Se tiene vergüenza de la epilepsia, del alto mal. Eso no significa que el hombre esté olvidado, o la psique desvirtuada, o la visión agotada de sus emanaciones creadoras, sino que lo REAL está actualmente precintado. TABÚ. Está prohibido. *¡Verboten!* ¡No se toca si no se quiere que todo estalle! Es la razón. La lengua es el reflejo de la conciencia humana. El lenguaje va de lo concreto a lo abstracto, de lo místico a lo racional. Las lenguas de los salvajes abundan en categorías concretas y particulares, mientras que las de los civilizados carecen ya casi de ellas haciéndose cada vez más abstractas y generales. Ya no se habla de uno mismo. El YO poético está proscrito. A fuerza de analizar especulativamente, el átomo ha surgido a la superficie como un atolón. Es hoy. Un incentivo. Un botón. Se cierran los ojos. Un guiño de párpados. Presión del dedo. Explosión inmediata. La voz de los cañones y de las bombas. Nada significa ya nada. Se tiende a refugiarse en la guerra automática de los robots para no tener que sufrir el choque de las contradicciones internas. Se tiene miedo del Verbo, un miedo cobarde. ¡El cielo nos va a caer encima! Ponemos todo patas arriba. Glosotomía. La inspiración está viviseccionada. Llega el SILENCIO, sordo y mudo. Espanto. Estupor. Pérdida de conocimiento. Convulsiones. La inspiración. Es el mal caduco o comicial. Se levanta la sesión. Alguien grita...

... Un primer obús acaba de caer a mi lado y a hundirse en el barro, pero no ha

estallado. Justo cuando me entraron unas ganas locas de orinar y me había dado la vuelta...

... ¿Por dónde iba, en donde me había quedado?

En mi desvarío, asistía a sus jugueteos y de repente tuve la intuición de que asistía a una sesión de iniciación.

Los veía a lo lejos formando un círculo inmenso en medio de la luz crepuscular; pero, al acercarme a ellos como en un *fundido* encadenado, me di cuenta de que lo que a lo lejos había creído que era una aglomeración o una gran ciudad esparcida sobre pilotes era en realidad un ejército de grupos y de tribus de gente amontonada no en sus piraguas de migración (eso debía venir más tarde en el transcurso del tiempo, porque esas piraguas polinesias, artísticamente talladas a mano mostrando una figura en la altiva proa tal como se pueden ver varadas en las playas de la Isla de Pascua, con sus estatuas estilizadas, con su máscara, con sus tatuajes, soberanamente grandes y serenas, con una fina espiral alrededor de los ojos, eran las más fieras flotillas de guerra, y las más atrevidas que jamás hayan navegado, espumando el océano Pacífico desde Nueva Zelanda a Honolulu y la península de Malaca en Chile)^[78], sino como si fueran náufragos, en medio de un revoltijo de ramas, de hojas de algas, de raíces submarinas aflorando a la superficie, paquetes de hierbas, de haces, un colchón de esponjas. No había oleaje. El cielo estaba bajo, la atmósfera enrarecida, con nubes cargadas de rayos de calor, y el agua de color de estaño. Unos rayos de luz incierta pasaban por entre las largas piernas descarnadas de esos extraños y hambrientos náufragos chorreando sudor y gesticulando de pie e inclinándose todos a la vez como bajo el efecto de ondas magnéticas que les alcanzaran el vientre, seguidas de ansiedades que los devolvían a la posición perpendicular, con la espalda dolorida, los brazos continuamente sacudidos por calambres, las piernas separadas y lanzando gritos en coros alternados de mujeres y hombres, y de una balsa en peligro a otra.

Vistos de cerca, esos hombres eran trípodes, cada uno haciendo pareja con su parásito familiar que lo acompañaba y le servía de punto de apoyo y de soporte, un tipo de sanguijuela que le salía del trasero a su llamada y al que el inmundo gusano anélido le respondía ronroneando suavemente desde los borborigmos y desenroscándose hasta el fango, atracándose de él, doblándose en arco, jamba auxiliar de esos inestables seres que eran entonces los hombres y que parecían estar sentados estando de pie, como las familias de canguros sobre su cola, inquietos y versátiles, prestos a saltar al agua a la menor alarma. Algunos estaban aún provistos de rudimentos de branquias externas. Todos tenían orejas extraordinariamente móviles que giraban sin cesar en todas las direcciones, pero las dirigían sobre todo hacia aquella desde la que, según me parecía, creían que podía venir el peligro o amenaza y en la que convergían sus miradas, sus ojos prominentes de nictálopes fijando un punto ahogado en la niebla, como un ojo saltón en medio de pequeñas ondas concéntricas, como un gluglú en el orificio de una fuente. Creía ver brotar algo inagotable en el fondo de la noche secreta, adivinar una presencia, pero el

comportamiento de las mujeres me sacaba de la contemplación.

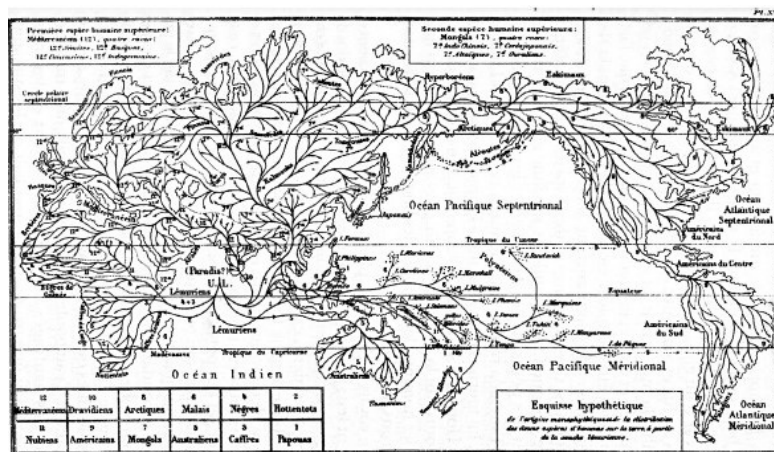
Las mujeres, todas ellas con hemorroides, se mantenían fatalmente con las piernas separadas todo lo que podían, mucho más inestables que los hombres, soportando el peso de racimos de carne de anémona balanceándose como huevas que caían de sus partes íntimas y les picaban y ensangrentaban y de las que se deshacían rascándose sin parar y arrancándose las vejigas y los trozos de piel que lanzaban al agua como si fueran fetos abortados, masas informes, grumos gelatinosos que se irisaban al contacto con el agua y que estallaban amarillentos en las estelas de esos tipos de islotes flotantes sobrecargados de hombres que despedían un olor a hidrógeno sulfuroso, a huevo podrido.

Las tribus, las familias de Lemuria, estaban todas allí, cada clan apelotonado cual colonia de ranas croando sobre un hoja gigante de nenúfar a la deriva, y toda esa flotilla de balsas arrastrada al mar por una corriente imperceptible, arrastradas a remolque una a otra, separándose según la fuerza de las electricidades contrarias que las atraían en dos direcciones opuestas para acabar formando un círculo perfecto y delimitando una laguna en alta mar, en el centro de la cual, sentado en su sueño nucleado, se encuentra Dios, Dios pescando con caña, con su pesada sombra inscribiéndose en una red aérea de orbes fosforescentes y un silbido de carretes fulgurantes trazados por el hilo de la caña que hacía girar por encima de su cabeza antes de lanzarlo. Es probablemente el dios Tangaloa de las Islas Marquesas, el único dios de la mitología de Lemuria cuya leyenda se conoce de una forma aproximada y quizás también su nombre, puesto que los degenerados indígenas de Polinesia hablan aún de ella en sus palabrerías interminables acerca de la población del cielo y de las islas del Pacífico y lo citan, evidentemente desfigurado hasta el desconocimiento, cuando esos vikingos de los mares del sur se ponen a contar sus pesadillas llenas de brujos que vuelan, de brujas que se suicidan, de vampiros que se llenan la boca hasta el hartazgo, de necrófagos que están de parranda en el momento en que los más locos de estos nativos interpretan sus sueños sexuales más siniestros. Es un delirio religioso, al igual que el amor que practican hacia y contra todos, de día y de noche, sin alma.

Esta es la única versión humana de la más reciente leyenda de Tangaloa. Hay otras más, variantes terroríficas teñidas de nagualismo:

Así, pues, es pescando con caña como el dios Tangaloa sacó al mundo fuera de las aguas^[79]. Al verlo, se puso a reír y la lanzó de nuevo, lo más lejos que pudo y volvió a sacarlo de las aguas. ¡Le divertía la cosa! Siguió con el juego y la lanzó aún más lejos, pues era muy fuerte y su sedal muy bueno, largo y sólido, y salió el mundo, y otra vez, y otra. Se puso entonces de pie, riendo cada vez más fuerte y, en un supremo esfuerzo, en un último lanzamiento, lanzó el sedal más allá del horizonte, empezó a tirar y tirar y volvió a sacar al mundo. A medida que pescaba un mundo, lo lanzaba por encima de sus hombros, pues quería otro más, lanzándolos uno tras otro a sus espaldas conforme iban saliendo. Cuando se despertó, se encontró con que no

había capturado nada durante la jornada y que había vuelto con la cesta vacía. Pero es así como el universo se encontró poblado de estrellas en el Cielo, de islas en el Mar, de montañas y continentes en la Tierra, con Cometas y Volcanes por todas partes, así como con Fantasmas y Espíritus sacados de los abismos del Sueño, cada Cosa provista de su alma y de su reflejo y formando pequeños grupos, los Archipiélagos y las Nebulosas. Pero cuando Tangaloa volvió a la oscuridad de su casa, la Luna, su esposa, le volvió la espalda y se puso a insultarlo, mientras que sus hijos, los Hombres, se pusieron a llorar, pues morían de hambre. Esa es la razón por la cual la Luna ya no aparece con el Sol y que, desde entonces los hombres, los hombres, los hombres, todos nosotros, morimos de hambre.



«Esquisse hypothétique» de Lemuria. Mapa publicado en Historia de la creación de los seres organizados según las leyes naturales, de Ernst Haeckel.

... Yo veía el cielo poblándose de mundos que chirriaban y ardían; veía mundos caer detrás de la espalda de Tangaloa para formar montañas que se amontonaban, estallaban, se agrietaban, explotaban, se helaban, en erupción; veía la Tierra apenas formada empezando a fundirse por la acción de su calor interno y a cubrirse de moho y pesados vapores; veía su superficie resquebrajarse, cocida y recocida, mudando de piel al discurrir de los tiempos, y escamas que se desprendían y caían lentamente y que, como capas de cebolla, marcaban las diferentes épocas de su estado: el primario, el secundario, el terciario, el cuaternario... y cada vez que un globo giraba y caía a poca distancia de la espalda de Tangaloa, veía ese nuevo mundo aplastando una de las flotillas o haciéndola zozobrar en sus remolinos, géiseros expulsando agua agitada, ahogando, escaldando, haciendo girar las balsas de los naufragos en un estruendo y provocando desencadenamientos de espuma que surgía en tromba y volvía a caer sobre los supervivientes cual lluvia diluviana, gotas corrosivas que les provocaban muecas, polvo de agua adherente que les desfiguraba y les roía la piel de la cara como si fuera vitriolo. A cada nueva ola que los levantaba y precipitaba, los calaba, los empujaba y sacudía en las furiosas ondas provocadas por el bello entusiasmo y la actividad del pescador Tangaloa, veía esas poblaciones de lémures levantar la cabeza, con sus caras en las que se plasmaba el terror cual máscara tatuada de pálidas

espirales, y oía a los hombres apostrofar a su dios para que paralizara sus desordenados movimientos y ese juego que creaba tifones, y seguía sus gritos agudizando el oído. No eran gritos de angustia que respondían a la risa de Dios, sino un hechizo mágico, un placer para hacerse con la situación, pues todos esos gritos que ascendían separadamente de los distintos islotes flotando entre el barro se reunían en el aire según un ritmo bien escondido para formar las sílabas de un nombre, y cuando empezaba a entender, comprender, apoderarme de dicho nombre... un segundo obús...

... Un segundo obús vino a caer a mi lado y a hundirse, a chapotear y revolverse en el barro, pero sin estallar...

... Y según iba comprendiendo ese nombre de los lémures y captar la fórmula de los hechizos, un tercer obús estalló a mi lado, esta vez seguido de un bramido, de un grito de dolor... ¿De un francés o de un alemán? No era capaz de distinguir... Alguien gritaba como si lo hubieran destripado, y yo no conseguía situar de dónde venía ese grito.

Los obuses venían ahora de todas partes y explotaban muy bajos, regando el sector de estallidos y explosiones, levantando géiseres de tierra y de barro, llenándose la trinchera de humo acre que te ahogaba. Y, de repente, un ruido de cacerolas y de latas de conservas vacías sacudidas como collares de cascabel comenzó a sonar por todas partes, una campana perdida sonó a lo lejos entre la niebla... y una voz aterrada, seguida de otras angustiosas, se pusieron a gritar: «¡Los gases, los gases!»... Era la alerta a los gases, y de la línea de esos macabeos de la trinchera de los Carroñas empezaron a salir espantajos que se levantaban por todas partes, se pusieron a correr por todo el sector lanzando alaridos, huyendo en todas las direcciones para desaparecer en una nube nauseabunda que se los tragaba al espesarse... El puro pánico... Y cuando, salido de mi sueño, me puse también a correr con la lengua fuera, estornudando, escupiendo, sofocado, ahogado y con los ojos escociéndome cada vez más, acabé junto a un grupo de otros que huían y estaban amontonados en un rincón, detrás de un trozo de muro, lo único que quedaba de algo parecido a una casa o establo en medio de aquel desastre...

... ¿Dónde estoy?... ¿Delante, detrás, a la izquierda, a la derecha, al norte, al sur?... Ya no sabía con quién estaba... ¿Con franceses, con alemanes?... ¿Con gente del siglo xx?... No sé... Todos llevaban la misma máscara: un morro de cerdo.

... Y entonces fue cuando me puse a vomitar, presa del vértigo, cuando me descompuse, oí entonces una voz que me decía muy claramente: «¡Es de la Cruz Roja! Te voy a meter en chirona. ¡Y estarás arrestado durante ocho días, so cabronazo! ¿Dónde has dejado tu máscara?...». Me hablaba en francés. Pero yo ya me deslizaba en el vacío como cuando de chiquillo me dejaba caer de lo alto de una cucaña después de coger el premio, creyendo en medio de mi desvanecimiento haber ocultado la última lámpara del vertiginoso mástil de los nómadas del desierto de Faran, y tenía la sensación de ser perseguido en el dédalo de dunas por haber apagado

dicha lámpara... Una última estrella... Y perdí el conocimiento... Ardiente arena en mis ojos, la boca llena de barro, una galopada y cloro, una sábana de cloro.

IX

LOS SERES QUE SE AGITAN

CUANDO ERA UN CHAVAL, esperaba a que mi padre se diera la vuelta para meterme en su biblioteca, lo que me estaba formalmente prohibido.

No levantaba un palmo del suelo cuando comencé ese juego que duraría años y años, pues los niños adoran jugar a asustarse. Me metía en su biblioteca, una pieza silenciosa, con las persianas siempre bajadas, evitando que en esa media luz la menor lámina del *parquet* crujiere al tropezar en un pliegue de la alfombra y me hiciese caer. Entonces me quedaba boca arriba, inmóvil, escuchando el silencio, sumergido en una atmósfera azulada con olor a cera, con olor a cigarro apagado, y sintiendo un sutil relente de alcohol que se volatilizaba de las botellas descorchadas, todas maculadas de polvo pegajoso procedente de debajo de la mesa de trabajo de mi padre y de los sillones de cuero en donde se amontonaban diferentes informes, rodeado de estantes de la biblioteca que se multiplicaban hasta el infinito en el espejo de la chimenea adornado de dorados en donde se reflejaban encuadernaciones con sus títulos y los nombres de los autores que podía adivinar gracias a la transparencia que me permitía ver unos libros aprisionados detrás de una lámpara colgante con adornos de bronce que oscilaba imperceptiblemente sobre sus cadenas cuando un carro pesado pasaba por la calle sacudiendo la casa.

¿Sabía leer ya? No, o quizás sí, eso no viene al caso. Las diferentes llaves se guardaban en uno u otro de los diferentes cuerpos de la biblioteca. Brillaban en la penumbra. Si no ocurría nada en mi tropiezo en la espesa alfombra, y estando la casa en silencio, me arrastraba, avanzaba a cuatro patas, me alzaba sobre la punta de los pies para alcanzar una, la giraba y, con el corazón en un puño, abría una vitrina, siempre la misma, la que estaba cascada y temblequeaba cuando con mil precauciones hacía pivotar el débil batiente de caoba en sus goznes de plata. Y entonces me tumbaba boca arriba para contemplar, reteniendo la respiración, la fila de libros en la estantería de abajo, los amenazadores y enormes in-4.º, más grandes que mi cabeza. Eran de la *Geografía Universal* de Élisée Reclus. Terminaba estirando el brazo y, con un gran esfuerzo, conseguía retirar un volumen. Era siempre el mismo, el tomo IX, el *Africa Ecuatorial*, el menos pesado pero el que más me atraía, el cual, cuando caía sobre mí, se abría siempre por la misma página en la que había un grabado que representaba un gran ídolo de madera agachado al pie de un gigantesco árbol en una selva virgen, un ídolo cúbico de ojos desmesurados, de dientes gesticulantes que me daban miedo. Y me iba de allí hasta el fondo del pasillo

tambaleándome, crujiéndome los dientes, con un sudor frío, volviendo después sin hacer ruido. Pues había que tener valor para volver a colocar el volumen en su lugar, volver a cerrar la vitrina con llave, cerrar la puerta de la biblioteca, ir a ocultarme en el jardín, o encerrarme en mi habitación, o hacer que estaba jugando en la terraza, todo eso como un sonámbulo o un autómatas, dominado por el miedo, taciturno, con todo un día por delante para saborear mi pánico. En aquellos días mi madre me encontraba más bueno que de costumbre, ¡bueno yo, que era un revoltoso empedernido!

—Vete a jugar, me decía mamá de repente inquieta.

—Ya he jugado, mamá.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Este niño es muy raro, le decía por la noche a mi padre. No sé qué hacer con él.

Mi padre se encerraba en su biblioteca. Mi madre, a tocar el piano. Y yo me quedaba con los ojos abiertos en mi cama, pues, si los cerraba, el ídolo negro se insinuaba entre la piel de mis párpados y yo. Y se me quedaba mirando. Y me entraba un escalofrío por la espalda, sintiendo que lo sentía respirar a mi ritmo y que pasado un momento ya no sabía quién imitaba la respiración de quién y cuál de los dos, para engañar al otro, retenía la respiración hasta quedarse sin aire. Me quedaba helado. Me pegaba a la pared del fondo. Gritaba cuando dormía. Me despertaba sobresaltado. Desnudo. Sábanas y mantas por el suelo, que recogía para envolverme en ellas. Volvía a quedarme dormido. Me estiraba como un elástico y me encogía inmediatamente después, y me acurrucaba como un viejo. A la mañana siguiente, se me venía a buscar a la cama. Me encontraban enteramente tapado. No ocupaba más espacio que una mosca muerta. Soñaba mucho con las moscas, y también con los troncos de árboles, unos troncos que me aplastaban. Una pesadilla. Temblaba como fuego de cerilla... Pero al día siguiente, y cuando mi padre no me veía, volvía a meterme en la biblioteca, cosa que tenía prohibida, y volvía a reanudar mi juego, ese que me daba miedo, y así durante años.

No sé cuándo jugué por primera vez a ese juego que me llenaba de malestar y que no dejaba de amueblar mis sueños, pero recuerdo que durante mucho, mucho tiempo lo hacía solo, cuando apenas levantaba un palmo del suelo. Era en Alejandría. Y nadie sospechaba nada. Ni mi nodriza.

Más tarde, lo repetí con amigos de mi edad, con chavalitos, pero nunca con niñas. Los llevaba a la biblioteca de mi padre, prevenidos de lo que iba a ocurrir. Abría la vitrina. Hacíamos caer el libro que se abría por sí mismo siempre por la misma página: ¡la del ídolo negro!

Huíamos de allí a empujones. Alguno de nosotros se golpeaba contra el piano de mamá, piano de cola que se encontraba entonces en la biblioteca junto con otros muebles que llenaban la pieza. Pero cualquiera que fuese su emplazamiento, cualquiera que fuese el amontonamiento de los muebles como consecuencia de

numerosas mudanzas a otros sitios, cualesquiera que fuesen las dimensiones y en los lugares más diferentes con condiciones de existencia más diferentes, la disposición y el orden de la biblioteca de mi padre era invariablemente la misma, los volúmenes del Reclus siempre en la balda de abajo.

Fue más tarde cuando comencé a leer. Había de todo en la biblioteca. Mi padre acababa de reunir las *Obras Completas* de Balzac. Como regalo en mi décimo cumpleaños me había conseguido *Las hijas del fuego* de Gérard de Nerval. Entonces tenía permiso para leer en su biblioteca. Pero mucho tiempo después, cuando vivíamos en Nápoles, París y Londres, al volver del colegio, mis compañeros y yo nos seguimos encerrando en la biblioteca para volver a coger el volumen de *Africa Ecuatorial*, que caía al suelo y se abría siempre en la página del Ídolo.

Por más que queríamos consultar y ojear los otros tomos, una vez que ya éramos mayorcitos y sabíamos leer, volvíamos una y otra vez a los negros de África ecuatorial y a ese grabado del tomo IX del dichoso ídolo negro.

Por más que queríamos ser famosos futbolistas y creernos magníficos ciclistas cuando tuvimos las primeras bicicletas, esa figura nos seguía haciendo temblar. Era enigmática. No tenía nombre. Ninguna nota, ni comentario ni explicación indicando su origen ni el lugar real de residencia. El texto del capítulo en donde estaba inserta sólo hacía consideraciones genéricas acerca de la religión, las prácticas de los negros, sus costumbres, sus hábitos. Nos perdíamos en conjeturas. Los más atrevidos hablaban de ir a verlo cuando fueran mayores. Pero no sé si alguno de ellos ha realizado ese sueño que nos invadía de hacerse explorador. De Palestrina al general Leclerc, de san Vicente de Paul a Braque, Brancussi o Picasso, muchísimas vocaciones han sido provocadas por una imagen, una lectura, una impresión, un recuerdo de infancia, pero no por un exótico ídolo perdido en tierra lejana y metido en un colección de in-4.º. Pero muy a menudo una imagen de un céntimo basta, o un ejemplo de entrega o de caridad, o el tema de un cuadro religioso o militar, una escena de la historia romana, una amena lectura de *La vuelta al mundo* de Julio Verne, una simple anécdota ¡y cuantos fracasados en las finanzas se han imaginado que iban a ser como Rotschild por el hecho de haber conseguido un simple alfiler y lo numerosos que son! En lo que me concierne, el ídolo del tomo IX de esa *Geografía* más bien me paralizó, no es lo que me ha llevado a viajar. Pero una vez en ruta, es esa imagen la que me ha llevado a la tranquilidad, a apaciguarme, como ella se muestra, cúbica y milenaria en su soledad, a mostrarme el porqué de mi existencia, inhibición que hace que me sienta extranjero en todo el mundo, desterrado, y ya desde entonces, sin yo saberlo, lo entiendo ahora, en el seno de mi familia.

Como todo grabado, esa imagen proporcionada por Reclus estaba arreglada según el gusto de la época. No era un documento. El ídolo estaba en el centro. Unas hojas de bananeros, de palmeras, y algunas lianas lo encuadraban en medio de un claro en la selva. El árbol gigante ante el cual estaba agachado y sobre cuyo tronco se destacaba, ascendía de un solo trazo como el fuste liso de un palisandro, pero en lo

alto sus ramas estaban revueltas, llenas de nudos, gruesas, contorsionadas, ramificadas como las de un baobab, y de cada nudo, de cada codo, de cada axila colgaban flores parasitarias, musgos, manojos que caían a media altura. Sus visibles raíces eran las de un mangle entre las cuales bostezaban cocodrilos en medio de una charca de agua o marisma. No se veía el cielo, ahogado por la espesura, y no había pájaros por el aire, sino mariposas posándose en las corolas y lagartos y ranas por el suelo. Una serpiente crótalo estaba enroscada entre los sólidos pies del monstruoso fetiche estrechamente encajonado entre cactus. Pero la fantasía botánica y zoológica del grabador no lograba distraernos de la asombrosa Presencia. Las románticas fiorituras de la naturaleza del trópico no nos engañaban ni liberaban de nuestra malsana curiosidad. El ídolo de madera tenía dos senos. Pero mirándolo detenidamente, estaba también provisto del miembro masculino, parecido a un badajo de campana. Uno de nosotros trajo un día una lupa (su padre era experto en cuadros antiguos) y el juego degeneró rápidamente entre risas y cosquilleos, el juego inocente de mi infancia, el juego que me había inventado, el juego que daba miedo. Por la noche, mi angustia y mis pesadillas acababan en lo obsceno. Desde entonces, no invité a nadie más a la biblioteca de mi padre y en mucho tiempo no volví a tocar ese tomo IX.

Posteriormente, en Neuchâtel, donde cumplí los catorce y quince años y estaba a punto de saltar por la ventana e irme hasta la misma China sin idea de volver a casa, pues mi padre había tenido la barroca idea de matricularme en la célebre Escuela de Comercio de esa ciudad, me solía encerrar en la biblioteca el mayor tiempo posible para no seguir los cursos, eso cuando no pasaba el día junto al bello lago practicando la vela. Y como esta vez consideré leer los veinticuatro tomos de la *Geografía Universal* desde la primera hasta la última página, al volver sobre el tomo IX, que ya estaba en regular estado y despenalizado y que se seguía abriendo por sí mismo por la misma página, pero del que se había arrancado (¡no fui yo!) la famosa imagen del ídolo, y, en fin, habiendo descubierto en la parte inferior de la página la traducción de un cuento negro dado en las notas por Reclus a título de curiosidad, una *Historia del elefante y de las ratas blancas*, y habiéndome venido la revelación del mundo de los negros y de sus maravillas, me puse a buscar por las librerías del barrio académico todos los libros sobre África que pudiera descubrir y que tuvieran historias negras, tales como *Cuentos populares de los Basuto* y *Cantos y cuentos de los Ronga*, reunidos y traducidos por Jacottet y Junod, unos misioneros protestantes. Y también el relato de ese explorador y aventurero que fue el famoso periodista yanqui Stanley, el cual, so pretexto de ir en socorro de Livingstone y hacer un reportaje sensacional, acabó conquistando el Congo a cuenta del rey de los belgas y en pleno barullo encontró el tiempo para escribir *My Dark Companions and Their Strange Stories*, historias para dormir de pie que sus portadores negros le contaban por la noche, al final de la etapa, en torno a un fuego de brozas que este hombre de acción, voluntario y hasta feroz y temible cuando se trataba de abrir un camino por entre poblados

hostiles, haciendo masacrar a sus habitantes a su paso, adentrándose y avanzando sin preocuparse por las violentas protestas que provocaba en todas las cancillerías de la vieja Europa su intervención armada en África Central ni de las repercusiones posteriores que su actuación podía acarrear ni de las consecuencias fatales para el mantenimiento de la paz en el mundo, había tenido la humanidad de escuchar y transcribir. Y la obra maestra de Frazer, *El Totemismo*. Y numerosos escritos del Rev. 1! Trilles, de la congregación del Espíritu Santo, encargada de la evangelización y conversión de los negros y que para defenderse y con sutileza poder combatir con las mismas armas el animismo y las diabluras de los africanos, se vio obligado a estudiar su cosmogonía y su metafísica, por lo que acabó traduciendo sus leyendas y cantos mágicos, traducción publicada en Múnich en edición para antropólogos, labor que llevó a cabo durante diez años pasados en el corazón de ese continente, motivado por la gran impresión que le había producido la alta moralidad y el alcance de la palabra de los Pigmeos y los Fán, esos primeros y últimos fetichistas y antropófagos. Nadie ha ido más allá que este religioso en el estudio de la conciencia de los primitivos y en la penetración del alma negra^[80].

Desde entonces, mi amor por la literatura de los negros en todas sus manifestaciones no ha descendido nada (como tampoco menguó nunca la vibración íntima que siento cuando veo una estatuilla o una máscara negra, recuerdo punzante del ídolo que me aterrorizaba en mi infancia y me poseía por la noche) y sin ser un lingüista ni haber querido especializarme en ello, mi erudición en la materia se extendió hasta el punto que en 1919 pude componer mi *Antología negra*^[81] en una habitación desprovista de todo mueble en la que, llegada la noche, tumbado sobre el *parquet* e iluminándome con una vela, escribí en un mes las 350 páginas bien repletas de ese grueso libro de compilación del que sólo obtuve cuatrocientos francos. ¡Qué ganga! Por la noche, cuando estaba muy cansado (durante el día investigaba en la Biblioteca Nacional) no tenía más que soplar la vela y ponerme a dormir en un rincón, lo más al abrigo posible del aire que se colaba, contando con que mi brazo cortado me dejara dormir; y cuando no me dejaba, con la otra mano me ponía a hacer algunos acordes disonantes en un viejo piano olvidado en esa fría habitación, lo único que quedaba del antiguo esplendor a la anciana que me albergaba, una viuda de guerra. ¡Pobre mujer! Tuve la alegre satisfacción de poder pagarle por adelantado todo un año de alquiler con esos cuatrocientos francos. Desde entonces no he vuelto a tocar un instrumento musical, me daban vergüenza esos acordes que lograba, pues tocar música es algo sagrado. Y para no chillar día y noche, me sigo contando historias negras. Y ya no sueño. Me domino.

Es así como a los sesenta años, cual vigilante nocturno profesional^[82], he deducido que llevo quince años de sueño retrasado, los cinco últimos de los cuales durante la ocupación de la Segunda Guerra Mundial, tiempo en el que, puedo asegurarlo, nunca cerré más que un ojo a la vez, a los que hay que sumar las noches dedicadas a la escritura. De ahí la inmensa fatiga que se abate sobre mí y me ocupa

desde la cima del cráneo hasta la punta de los pies y la redondez de los talones y me paraliza a veces durante noches enteras ante mi máquina de escribir desde que me puse a ello, lo que, al parecer, no es malo según la práctica de los yoguis, que enseñan que la falta de sueño, el cansancio y la inmovilidad hacen ver con claridad y proximidad lo que está turbio y alejado en el inconsciente.

¡Cachondo yogui!... El velo se desgarrar... Noche estrellada... El destino... Los hombres... Mis personajes... Yo mismo, hombre de letras... No entiendo nada... Y me vuelvo a poner a escribir para recuperar el tiempo perdido, la vida que discurre, los hombres que danzan al ritmo de los dioses de la creación y de la destrucción, que suelen tratarse generalmente de un solo dios y una sola diosa, Kali y Shiva, la gran gilipollas y el mono sagrado formando sólo uno, que hacen el animal a dúo. No es posible, no soy yo quien escribe lo que escribe, esas frases que se forman no sé dónde, esas palabras que me vienen, esas expresiones a menudo incomprensibles, esos hallazgos, esas imágenes sueltas, esa luz irreal y parabólica que lo reanima todo, el diccionario, el herbario, los muertos, su propio pasado en la vida con todos los seres que se han amado o detestado y perdido de vista desde hace mucho tiempo, por no citar a los que se les espera desde siempre y que van a llegar hoy, mañana, ya muertos por haberse suicidado o haber sido matados o se están pudriendo en prisión o en el vientre de su madre, a los que se admira, por los que esbozan frases de amistad, todo un alineamiento que se dibuja y se precisa como una red extendida para recibir a los acróbatas que caen o saltan ¿puedo decir desde la bóveda iluminada?, no, desde más alto, desde las oscuras cintras de un circo, todo un amontonamiento de danzarinas de la cuerda y de trapevistas, hombres, mujeres, niños de todas las naciones, e incluso un riente *clown* haciendo que planea y deshinchándose como un globo cuando toca el suelo para volver a hacerlo entre una tormenta de aplausos, todos enredados en la red, Dios sabe cómo, a los que se aclama con tristeza al final del espectáculo, juego de masacre, masacre de seres legendarios, todo el Olimpo en taparrabos, atletas, gimnastas, saltarines y saltarinas embutidos en maillots ceñidos, sirenas nocturnas, libélulas, murciélagos de alas negras, de azul nocturno, arañas con guantes rojos, danzarinas estrellas, por un lado hombres nostálgicos a menudo antiguos esclavos podridos de orgullo, bigotudos, y por otro mujeres centelleantes de oropeles, escamas doradas, lentejuelas de plata, emblemas mitológicos bordados, coronadas de plumas, con flores de tafetán, con la cara cubierta con un antifaz de encaje y la sonrisa iluminada a las que los muchachos envían besos, bellos cuerpos sin aliento, sudorosos, oliendo a animal, pesca milagrosa pero trágicamente interrumpida y efímera, pues es la hora del cierre, la representación ha terminado, la gente se va, y los malditos inmortales se vuelven a vestir despojándose de todo aquello para ponerse sus tristes atavíos de todos los días ya sin iluminación, pues se han apagado las luces, llueve afuera, se abotonan esos impermeables que habrá que ponerse al día siguiente, volver a empezar ese descorazonador juego, pues la cuestión es el llegar a ganarse una miserable existencia, a proporcionar comida a los chavalitos

y hacer salir de su aburrimiento al indiferente público, y si fuera necesario para atraer espectadores, se tendrá que hacer lo imposible por lograrlo jugando cada día con la muerte un juego cada vez más arriesgado, atrevido: el triple salto, el quíntuple, el *salto de la muerte* sin red, juego que se puede asociar a las máquinas, motos, coches, aviones. Y a mí, pues teclear la máquina de escribir no es precisamente santificar la vida, desde luego que no.

Escribir, descender como un minero al fondo de la mina con una lámpara en la frente, luminosidad cuya dudosa claridad lo falsifica todo, cuya llama es un peligro permanente de explosión, cuyo resplandor parpadeante entre el polvo de carbón carcome y gasta los ojos hasta el punto de que, cuando el minero sube de la noche al día, la gran luz de afuera le hace daño y el así cegado se pone a frotarse los ojos sanguinolentos e inflamados por las profundas tinieblas, y se pone a balbucir, a salivar, a hablar como un perdido de los fantasmas aparecidos entre los bloques de antracita, pero nunca dirá nada de la huella de una mano de mujer o de un pie de un hombre fósil entre las capas de carbón, tristes huellas como las de los pasos a la orilla del mar en una arena rebosante de guano de la isla de Robinson Crusoe. Y escapado de una explosión de grisú, piensa en ello una y otra vez llegado el domingo mientras se fuma silenciosamente su pipa entre los girasoles de su huerto^[83].

¡Pobre Blaise! Tienes que saber que allí donde se levanta un tótem, en cualquier lugar en que un ídolo está agachado, por todos esos lugares reina el Dios desconocido, desde el tronco pictografiado de los Pielas Rojas del Labrador hasta los *paraderos*, esas montañas de detritus de la Tierra de Fuego; hasta en las pirámides de los Incas y de los Egipcios, derrumbado bajo sus bestiarios; hasta en los Grandes Fetiches bajo la luna, abandonados en los claros de la selva tropical de África, de América, de Asia o reunidos en las salas desiertas del *British Museum*; hasta en los huesecillos mágicos que se muestran en los Alpes de Provenza o en el extremo sur californiano, el país más atrasado y pobre del mundo habitado todavía por Indios con guardapolvos que van a la escuela de Tío Sam y conducen viejos *Ford* y viven como el hombre de la edad de piedra; hasta en las progresistas provincias vascas que buscan su mentalidad en la *puszta* de Hungría habitada por hombres rocosos y supersticiosos hasta lo inimaginable; hasta en las estepas de los Mongoles en donde, por si fuera poco, de cada caravana que pasa ante un túmulo cada componente añade su piedra al montón; hasta en la tundra del extremo norte de Siberia con sus tallas malélicas tan grandes como las vértebras de un mamut, o, en el litoral del mar de Hielo, en los dientes de una ballena, figuras que están a menudo talladas, ornamentadas o grabadas con un dibujo tan tosco y lineal como los que se pueden ver en la roca de las paredes de las cavernas del hombre prehistórico de los Pirineos españoles; en las *cuevas de Altamira*; en las vajillas de barro blanco cocido de los altiplanos del Bajo Himalaya, que datan de antes de la invención del fuego, secadas al sol y con las señales de las cuerdas de las que colgaban. Todo eso hace millones y millones de años. Por no hablar de los diablos subterráneos del Tibet, de las estatuas

fonolitas de la isla de Pascua, de las máscaras enemigas de los Polinesios que hipnotizan y hechizan: allí donde la imagen se manifiesta, el hombre no puede dormir por la noche al sufrir angustia de identidad de sí mismo y del otro, inquietud propia del atavismo que, cuando se solicitan los augurios del estado del cielo y se hacen horóscopos según la posición de los astros a la hora del nacimiento, descifran marcas, quemaduras, cicatrices y tatuajes para conocer la edad y el origen del prototipo del Gran Antepasado, no dudando en mutilarse en nombre de cualquier tabú o en adornarse de plumas de conchas o cualquier otra cosa para camuflarse en Animal, pensando escapar así, y también gracias a una frenética danza y a una ebriedad irresponsable, de su condición humana de miserable semilla profusamente expandida en la inmensidad del Universo.

¡Qué vértigo! La eternidad no es más que un breve instante en el espacio y el infinito te coge de los pelos y te fulmina instantáneamente. El tiempo no cuenta. ¡Ay, dolores inútiles y sufrimientos incondicionados de la evolución de los seres! En cada escalón de la evolución creadora hay un dios cada vez más envidioso de sus criaturas. El más cruel no está necesariamente en lo alto de la escala. En la India, de entre un millón de otros, hay uno que no hace daño. Se contenta con digerir. Su vientre está hinchado hasta hacer reventar su cintura y, a fuerza de olfatear y olisquear la vitualla, su cabeza se ha alargado en forma de trompa y rebusca con ella en los holocaustos. Nadie sabe si es el dios de la Vida o el de la Muerte.

En cualquier caso, no tiene más cerebro que el que le ha fluido por las fosas nasales. De su ojo oblicuo gotea una espuma de grasa caliente. *¡Nopienso, pero existo. Soy el que es!* Visión de pesadilla. Todo él es carne, sin un hueso. Me pregunto quién pudo soñar tal cosa. Por desgracia, las cosas claras: los hombres. Usted o yo. Depende de los sueños que haya tenido uno. Dormir, ¡qué horror!

La religión, ese *opio del pueblo* según el *slogan* del proletariado revolucionario actual, y antes de la confusión de las lenguas y la dispersión de las razas, era una forma de totemismo individual^[84]. Como consecuencia de una revelación acaecida en sueños o de un estado extático debido a privaciones, a la hambruna, a un largo y forzado ayuno o la absorción de una droga, o al jugo de plantas masticado o a una bebida fermentada, o por el contrario, en una época de abundancia o al final de una feliz partida de caza, o de una guerra, de una masacre, de una matanza, de los excesos de carne fresca, de fiesta, de sexo y de danza, el hombre se siente vivir en estrecha comunión con el espíritu, un ser o una cosa. Se evocan las sombras y se practica la nigromancia del *chamán* y de los magos y se consultan «sus» pócimas. Cada cual tiene su propia esencia: la selva, el pantano, la pradera, el trigo, la pantera, el águila, el antílope, la serpiente, tal o cual fase de la luna, una estrella, el agua, el pelícano, un pez, un crustáceo, el cocodrilo, el lobo, una flor que canta, una hierba, cierta piedra, el árbol, el pájaro, la pulga. El tótem con el que se identifica es el origen de la cosa que engendra el ser, tal como hoy las máquinas en las que se concretan no sólo el genio del hombre contemporáneo, sino también todos los sueños de felicidad del

género humano y sus aspiraciones espirituales de salvación futura, lo que explica, por ejemplo, que a lo largo de las autopistas alquitranadas los surtidores de combustible se parezcan tanto a los fetiches de los salvajes, con sus mismas formas estilizadas, con los mismos colores chillones, con los mismos adornos de vidrio, espejos, cobre, níquel, con las mismas salpicaduras de sangre o grasa, con el mismo bruñido, con los eslógenes eléctricos que reemplazan a los sagrados tatuajes de los primitivos, equiparables a las siglas de las compañías de petróleos, con la misma necesidad espiritual que engendra la misma estética para expresar el mismo terror, Dios, Dios Padre. Y es la razón por la cual los surtidores de combustibles a orillas de las carreteras y a la salida de las ciudades, por no hablar de los altos hornos, las chimeneas de las fábricas y todos esos chirimbolos industriales, los conjuntos de tuberías, de vigas, de cables, de resplandores, de pesados humos, de vapores, de brillos fulgurantes y descargas eléctricas que hacen de la actividad del hombre de hoy un espectáculo trágico, están agrupados, forman círculo y llevan un rótulo cual máscara negra que se anima por la noche y deja estupefacto^[85]. Los ídolos no bromean casi nunca, pero las máquinas tampoco cuando hacen rechinar sus dientes. Es un espanto. Son más feroces y reivindicadoras que Jehová, ese vengativo Dios de los Judíos. Pues no hay más que ver nuestros utensilios de guerra: lo exterminan todo con total indiferencia desde la primera hasta la última generación. ¡Fenomenal!

Dios ha creado al hombre a su semejanza. Dijo: «*No te harás otro Dios a tu semejanza*». Pero el hombre tiene miedo y cada cual se ha procurado un dios a su imagen para vivir bajo su protectora tutela, e incluso Jesús, el Hijo del Hombre, ha dicho familiarmente en su plegaria: «*Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*», lo que hace suponer la intervención del hombre en la majestad de Dios. Y añadió: «*Venga tu reino, hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra...*», lo que permite dudar de la omnipotencia de Dios. Y añadió: «*No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Mal*», lo que equivale a una acusación de complicidad.

Ahora bien, no hay que querer juzgar al padre, pues de lo contrario todos esos complejos e impulsiones del psicoanálisis que son los tótems, los espantosos ídolos, las llorosas máscaras de los Judíos, de los anglicanos, de los protestantes y de los sectarios modernos, todos iconoclastas, se apoderan de uno para devorarlo y volverlo loco. Es la venganza del Viejo. En China nunca se juzga a su propio padre, el Antepasado. (*El hijo es el padre del hombre.— Lao Tse*).

En China, la antigua patria de los ilustrados mandarines, se pueden encontrar a cada paso que se da en el campo diferentes tótems al borde del camino o de las vías imperiales. Son estelas estilizadas en forma de monograma o letra de alfabeto tan antigua de su escritura, que nadie lo comprende ni se esfuerza en descifrar, por lo que la gente pasa y se le observa sin levantar la cabeza, pues tal ideograma de piedra o madera se levanta a modo de pórtico. Es un símbolo. Dichos pórticos no llevan a ninguna parte y todos desembocan simplemente en la paz, la Paz china, es decir la

paz de los cementerios, pues, efectivamente, ese paisaje sembrado de fúnebres taludes y tumbas sobre el cual dan dichos pórticos encuadrándolo todo, como absurdas ventanas al vacío, es solamente extensión y desolación, un lago de barro desde el crepúsculo vespertino hasta el crepúsculo del alba, barrizal de las inundaciones que datan del diluvio y continúan, barrizal insondable en el que se refleja el cielo nocturno y las constelaciones, entre ellas la del Dragón, el cual sostiene entre sus dientes la luna llena, iluminada cual lámpara al extremo de una caña de bambú y transparente y luciente como un recipiente en el que nadaran monstruosos peces rojos cuyos movimientos de cola y cuyas aletas trazaran caligramas y cuyas incansables fauces escupieran no una nube de tinta como el pulpo que sólo tiene un orificio que le sirve a la vez de ano y de boca, sino un universo de infusorios, los más gruesos de los cuales son gusanos y larvas de mosquitos tan desunidos como los febriles signos de una estenografía de los sueños, trazados ondulatorios, vibrátiles, temblorosos, nerviosos, evanescentes, grises, lechosos, coagulándose finalmente en una masa espumosa en suspensión, turbia y espesa como un papel secante, plancton de un inmenso y demasiado vasto sueño de opio.

Nebulosidad y volutas de humo.

La píldora chisporrotea en la lámpara.

Es de noche.

La descorazonadora noche de China.

Una película azul y negra y gelatinosa y arrugada.

El rostro leproso de una anciana mendiga.

Solamente los *coolies* duermen fuera, no al raso, sino al abrigo, bajo la capota de tela impresa de sus carros que, con los varaes al aire, parecen poner cuernos, un gesto de conjuración.

Tinta china.

Desleimiento.

Está nevando.

X

LA CÁMARA NEGRA DE LA IMAGINACIÓN

EN LA ESTACIÓN, ya sea la de Tsitsikar, la de Tchita, la de Krasno'íarsk o la de Irkoustsk, en cualquiera de ellas, cuando esperábamos el tren que muy a menudo traía más de ocho días de retraso, hasta el punto que no se sabía exactamente si se iba a tomar el de ese día o en el de la semana anterior, en fin en la estación, desde detrás del cielo calafateado cual puerta de casa cerrada, llegaba como un ruido de cubiletes que se agitan, seguido del golpe seco de una regla de madera sobre un mostrador de laca, o del tic-tac precipitado del *chiotka* ruso haciendo el balance y el del chorreo del plato de la balanza de los cambistas cuando se paga al cliente con diferentes tipos de monedas, piastras, dólares o rublos cayendo cual tupida lluvia. Las rebosantes callejuelas del barrio chino estaban llenas de anuncios y de pancartas caligrafiadas perpendicularmente. En algún lugar sonaba el grito de los patos que se descabezan en un lupanar. Apesta a cocina, a carroña, un olor a estiércol humano extendido por todas partes.

En la estación, cuando nos instalábamos en el Transiberiano mi jefe Rogovin y yo, dejando detrás o bien el cielo timbrado con los monogramas chinos cuando íbamos al norte de Asia, o bien las fantasmagorías del cielo polar, adornado con franjas, sacudido cual telón de teatro por las auroras boreales, el granizo de los aerolitos, la cola de un meteoro, los parhelios, la combustión de un eclipse y las llamas del fuego de san Telmo que crepitaban hasta en los patines de nuestros trineos cuando bajábamos del extremo Norte viniendo de la desembocadura del Lena, o en otra ocasión del Yeni-sei, en donde la primera vez hicimos un intercambio de discos de sal gema por otros tantos de plata pura y la segunda por marfil fósil, dientes de narval, llamado unicornio o licornio, y colmillos de mamut, en total treinta y seis trineos —y hacía tanto frío en la noche escarchada y sideral del extremo Norte, que el excremento del caballo estallaba al llegar al suelo helado como la detonación de un disparo— (¿por dónde iba?, ¡ah, sí!) cuando nos instalábamos en el Transiberiano para una cita con el gran patrón de Rogo-vin, un tal Leouba, el joyero más rico de San Petersburgo, una vez llegados a nuestro destino y después de haber desembalado nuestra mercancía, desatado nuestro bultos, vaciado los baúles de doble fondo, abierto nuestras maletas rebosantes de joyas, desabrochado nuestros cinturones llenos de pedrería y, por parte de Rogovin, vaciado su saco de prestidigitador, y después de hacer la contabilidad de nuestras compras, trueques e intercambios, Leouba me hacía entrar (por cuanto Rogovin se escapaba, feliz cual provinciano para ir a cenar, seducir

mujeres de la ciudad en un reservado y hacer bailar a unas zíngaras durante toda la noche antes de ir a pasar ocho días con su mujer y hacerle un nuevo hijo) en la cámara fuerte de su almacén, situado en la esquina de las calles *Gorokhovaia i Saovaia*, una antigua sala de exposición transformada en caja fuerte que contenía millones y millones de rublos en piedras preciosas, la más bella colección de diamantes y perlas de la Rusia de los zares, en donde permanecía unas veces durante ocho días, otras quince y hasta un mes entero para separar y clasificar la mercancía, pesarla, seleccionarla, tasarla según sus quilates, su calibre, su grosor, su brillo, su pureza, y, en cuanto a las perlas, su oriente, su redondez, su blancura, su perfección, ajustando, apartando las destinadas a ser talladas de tal o cual manera según sus impurezas, limpieza, fallos, emparejándolas para ser montadas como pendientes, calibrándolas en series para formar una gargantilla de diamantes o un collar de perlas, eligiendo entre las piedras de color las destinadas a engastar en broches, en cruces, en alfileres, en pendientes, en nudos, en flores, en plumas, en bucles, o dignas de figurar en una severa diadema clásica o para adornar un cubilete o aro de servilleta o petaca de puros, excitándome con la intensidad de un solitario, apartando lo estrambótico del lote, así como las perlas negras o rosas y las piedras raras, un diamante blanquiazul puro de Golconde o un carbunclo amarillo onagro, un rubí como huevo de paloma, o una esmeralda como la palma de la mano y biselada para exponerla en el escaparate, empaquetando, con destino a Amsterdam y a Amberes, el guijarral que había que corregir y valorar por una talla nueva y adecuada y un suplemento de pulido delicado, envolviendo con cuidado en un papel de seda muy suave, para los relojeros de Ginebra y de La Chaud-de-Fonds, y los menos aprovechables para venderlos al por mayor a los fabricantes de baratijas de Pforzheim, ocupado, meticoloso, concienzudo, ganando mucho dinero, con dieciocho años y ya con cuenta bancaria, pero sin la menor idea de que un día esos años de aprendizaje... (y los viajes con mi jefe Rogovin a China, a Persia, a Mongolia, y, en el extremo Norte, a Tiflis, a la feria de Nijni o de Man-churia; y mis estancias en San Petersburgo en casa del jefe de mi jefe, el gran Leouba, que confiaba tanto en mí que sólo me tuvo encerrado en esa habitación hasta el día en que me confió las llaves de su tesoro; y nuestras estancias basculantes entre Londres y París, donde nos proveíamos de novedades clásicas antes de volver a coger el Transiberiano, haciendo un alto en Berlín, en donde nos parábamos, a la ida, para depositar nuestra cartera en Mendelsshon, el único banco de entonces que negociaba con moneda china con plazos a tres-seis-nueve, es decir a tres, seis o nueve años de vencimiento, y, a la vuelta, nuestra carta de pedidos de poca monta *Made in Ger-many*, bisutería y hojalatería de Pforzheim, despertadores y cucús de la Selva Negra, reguladores *Westminster* y relojes de pared de Frankfurt, ojos de buey, pipas de Suabia, pipas de ámbar artificial, pipas de falsa espuma de mar, pipas de porcelana, etc. etc. (¡menos mal!), cargamento que esperaba el deshielo en Siberia o el descenso de inundaciones en China para obtener beneficios en nuestros depositarios a lo largo del Transiberiano, con nuestros representantes en Asia central,

para los cuales Mendelsshon nos abría nuevos créditos ilimitados)...no, jamás se me habría ocurrido que esos años de aprendizaje me serían contados ;como de aprendizaje en poesía... y que un día, sí, un día sería poeta... y que después me dedicaría ya a escribir! Pero así es la vida, y las mujeres me comprenderán al saber que una jaula, incluso si es de oro, incluso si se cree haber anidado en ella, que una jaula, incluso si es mágica, a la larga no es habitable y sí insostenible cuando el amor llama a la puerta o merodea alrededor de la casa y que el ogro que te retiene quiere sacar provecho o darte su hija para mejor atraparte. ¿Para conseguir qué, os pregunto? Es un viejo tema de los cuentos y las canciones populares (Leouva quería adoptarme, Rogovin me ofreció en matrimonio a su hija única y ya mi padre había pretendido retenerme. Yo consultaba a mis malas amistades, me dejaba arrastrar por mis demonios, vivía mi vida a cara o cruz y un día lo dejé todo para evadirme, creyendo que elegía mi libertad. Para mis inicios en la vida, confabulaba. Hoy, soy novelista, ¡el colmo! Pero así es).

Encerrado en mi habitación blindada, leía mucho, durante noches enteras, pero también durante el día para distraerme cuando estaba ya cansado de hacer brillar las piedras con mi lámpara portátil, vaciando el contenido de los platos de peluche violeta de nuestras bolsas de viaje en una caja de terciopelo verde, atareado durante días y días, durante semanas y muy a menudo durante meses, sentado en un taburete tan alto como el de los bares, sacudiendo cual coctelera una extraña herramienta de hierro blanco, de la dimensión de una cafetera y dividido como este utensilio de cocina en una serie de filtros más o menos gruesos, a través de cuyos agujeros se colaban las gemas clasificándose según su grosor en los diferentes compartimentos desmontables, las más pequeñas en el fondo, a las que metía en una bolsa, y las más voluminosas arriba, en la superficie. Y cuando uno de los compartimentos, numerados de 000 a 21, estaba lleno, lo vaciaba en una escudilla, y cuando todas estaban llenas, clasificaba las piedras según su especie, alineándolas en la gran mesa según su categoría, su talla, su color; y cuando la mesa, de muchos metros de superficie, estaba totalmente llena de esas piedras preciosas que titilaban en la oscuridad, las pesaba una a una en una pequeña balanza que extraía de mi bolsa profesional, cargando en las frágiles cúpulas los decigramos que también extraía de mi bolsa con unas pinzas que manejaba con destreza; y cuando todas las piedras habían sido pesadas una a una y dispuestas según su peso en otros platillos, las volvía a tomar para examinarlas con una lupa de joyero (que yo me ponía, contrariamente a los demás, en el ojo derecho) valorando todos los brillos, haciéndolas girar en todos los sentidos para detectar cualquier defecto, dejando la lupa para acercarlas y alejarlas y catalogarlas a simple vista bajo una bombilla cegadora que me permitía calibrar su transparencia, su irisación y su tornasol antes de evaluarlas y meterlas en bolsitas etiquetadas y ordenarlas en los cofres.

El tiempo iba pasando. Días, semanas, un mes. Aquello era interminable. Me sentía prisionero. Leía mucho, para distraerme y cuando estaba cansado de manejar y

manejar mis piedras y volver a comenzar todas las operaciones para controlar, recalibrar y revalorar mis clasificaciones y estimaciones. Leía a los clásicos en ediciones inglesas. Pero se me ocurría también, cuando quería distraerme, desplegar un mapa astral sobre la gran mesa recubriendo cada constelación con las piedras preciosas que iba a buscar en la reserva de los cofres, marcando las estrellas de primera magnitud con los diamantes más bonitos, completando las figuras con las más vivas piedras de color, rellenando los espacios entre dibujos con una fila de las perlas más bellas, encendiendo todas las luces de que disponía y, según a la que iluminaba, inundándola de olas de luz cruda, cada piedra sobresalía llegado su turno tal como florece cada planta según las estaciones, como cada muchachita en cada corro: se adelanta, se presenta, se aísla un instante, se coloca en el centro, canta y entra en la danza, se vuelve al corro y se mezcla con sus compañeras:

... ¡besad a la más bella!...

¡Todas eran bellas! Y me recitaba mentalmente la página inmortal y para mí inolvidable de Marbode sobre la simbología de las piedras preciosas que acababa de descubrir en *Le Latin mystique* de Rémy de Gourmont, ese precioso libro compuesto de compilación, traducción y antología que sacudió mi conciencia y, en definitiva, me bautizó, o al menos me convirtió a la Poesía, me inició en el Verbo, me catequizó.

Cuando, un buen día, el singular y desconfiado Leouba (que aparece en este capítulo sólo como una sombra, pero del que daré el retrato entero en una historia próxima, de la que será el personaje principal, como haré ahora después con el vivo retrato del Dr. Oswaldo Padroso, el héroe de la hacienda del Morro Azul), cuando un buen día el extraordinario y desconfiado Leouba ya me había confiado las llaves de su tesoro, mi primera salida fue para ir a comprarme el susodicho *Latin mystique*, aunque también metí en mi bolso *El idiota* de Dostoievski instigado por la muy amable vendedora; la segunda, para ir a la Biblioteca Imperial a cotejar una antología de cuentos en eslavo antiguo sobre la ciudad de Pskov y las conquistas de Antar, ese ciclo ruso equivalente oriental de los relatos de la Mesa Redonda (se suele olvidar que Rusia es un país de Oriente); la tercera, para ir una tarde a la Ópera con... (para escuchar *La flauta encantada* de Mozart, cuya gran aria *Ich bin die Kbnigin der Nacht* suena desde entonces patéticamente en mi memoria cada vez que me encuentro particularmente feliz: era antes de 1907, pues Lenotchka, mi dulce colegiala, fue ahorcada en Viborg antes de ese año, que fue cuando reñí con mi jefe Rogovin^[86].

Fue la encargada de la librería quien me hizo conocer a mi dulce y entusiasta colegialita revolucionaria, en recuerdo de la cual, y también de la primera lectura del *Latin mystique* a la que la asocio en mi pensamiento, compro cada año^[87] un tomo de la *Patrología* de Migne (la versión latina, pues la griega es demasiado para mí), y por esa misma razón releo una vez al año *El idiota* y así no olvido la bella lengua rusa

(que sigo chapurreando); y es R. R., el bibliotecario, ese anciano que me trataba con tanto afecto, hasta el punto que ese sabio lingüista dirigía las lecturas de este aprendiz joyero y le empujaba a escribir y al que tuve la audacia de confiar mi primer manuscrito que también tuvo la paciencia de traducir sin que yo lo supiera y la generosidad de publicarlo a su costa, gastando en ello sus últimos ahorros poco antes de su muerte para darme una gran sorpresa y animarme: *La leyenda de Novgorode, prosa traducida al ruso por R. R., 14 ejemplares tirados en tinta blanca sobre papel negro, en un estuche de 144 páginas. Tipografía Sozonoff, Moscú, 1909*, edición de la que no poseo ni un solo ejemplar, como tampoco tengo una copia (era, reminiscencia de mis lecturas de la gesta de los Eslavos conquistadores, la historia de la feria de Nijni-Novgorod, una especie de epopeya divertida y heroica), pues he desperdigado mis libros por los cuatro rincones del mundo, y los últimos que había reunido y todos los demás papeles desaparecieron cuando robaron mi casa de campo de Tremblay-sur-Mauldre en junio de 1940. Aquella obra es actualmente imposible de encontrar después de tres guerras en Rusia y la Revolución en Moscú. (Todos esos personajes, mis aventuras y mis encuentros con *El idiota* en San Petersburgo, el círculo de Chejov, el opiómano Alexandre Blok, mi eventual pero activa participación en la revolución por el amor que sentía por Lenostchka y también por la fundación del primer club de fútbol en la capital y a la introducción y propaganda de este deporte, todo eso figurará y creará la atmósfera en torno al personaje central de mi libro sobre Leouba; aquí, sólo quiero hablar del valor de las piedras preciosas).

La Revolución. El tiempo pasaba. Se hubiera oído el vuelo de una mosca cuando me centraba en el apasionante juego de las piedras preciosas en la habitación blindada. El tiempo pasaba, hacía ya tres años que trabajaba con Rogovin y de vez en cuando, entre dos larguísimos viajes, hacía una estancia en San Petersburgo. En una de ellas asistí al espectáculo compuesto de disparos, ráfagas, bombas que estallaban cada vez más a menudo acompañadas de un sordo rumor de muchedumbre que patalea, que se agrupa o se desbanda poniéndose a correr por entre las *nagaikas*, y los roncotes gritos de los cosacos excitando sus caballos salvajes, gritos que llegaban hasta mí a través de los telones mecánicos de mi habitación blindada. Llegó un día en que, tras cada manifestación, me decía que la más bella era probablemente esa que enarbolaba la bandera roja entre la muchedumbre que desfilaba bajo mi ventana cantando himnos socialistas-revolucionarios.

Corrían tiempos revueltos. Ya desde mucho antes Rogovin me había proporcionado una *Browning* niquelada que yo consideraba que formaba parte de mi equipaje profesional de joyero incipiente. Por otra parte, el hecho de que Leouba me confiara las llaves aquella mañana no significaba que fuera un gesto espontáneo ni de manera absolutamente desinteresada. Al entregármelas, también me proporcionó un revólver de grueso calibre, pues era muy miedoso, pero no de perder la vida, sino que temblaba de pánico ante la posibilidad de perder sus joyas. ¡Una colección tan preciosa! Se ponía enfermo al pensarlo. Era muy divertido: había instalado todo un

sistema de alarma en puertas y ventanas de sus almacenes, cuyo funcionamiento él solo conocía, y más particularmente una red secreta de contactos eléctricos en las salidas que daban a la habitación blindada en la que yo quedaba encerrado. El día que me dio las llaves, me informó también de ese secreto, por lo cual no era ningún juego de niños el salir o entrar por la noche: tenía veintiocho contactos eléctricos que apagar y encender sucesivamente delante y detrás de mí, en plena oscuridad, y según un riguroso orden para no desencadenar la alarma en todo el edificio, en el piso de abajo, en casa del portero, en el patio, al vigilante de noche, fuera, en la esquina de la calle y, más allá, en la comisaría de policía del barrio, y como el gran patrón había empezado trabajando en los ferrocarriles antes de dedicarse a hacer fortuna con la joyería, y dado que era muy experto en el tema, ingeniero salido de la Central, había complicado concienzudamente la cosa, instalando los hilos con sus propias manos, disimulando los contactos en los recodos más inverosímiles, y bajo los objetos más heteróclitos: una cadena de luces vigías rojas y azules que parpadeaban un segundo servían de guía en el circuito, lámparas deslumbrantes golpeaban repentinamente en los ojos para sorprender y poner nervioso y se apagaban igual de brutalmente para sumergirte en la oscuridad entre dos puertas y totalmente desorientado. Ahora que las «expropiaciones» se estaban generalizando, convertidas en cosa corriente y cotidiana, Leouba me había hecho reunir sus colecciones y sus piedras más raras para llevarlas a las cajas fuertes del *Crédit Lyonnais*, un banco extranjero, lo que a su parecer era un suplemento de seguridad.

—En caso de revolución en Rusia, nadie tocará ese banco francés. El pueblo ruso le debe muchos millones. Por otra parte, los revolucionarios cantan también *La Marsellesa*. Eso es una garantía, me decía. No se atreverán.

Ignoro cómo concebía la Revolución este hombre. Pero, ya con el revólver, me ordenaba ir en lo sucesivo a la banca a buscar las bolsas que pudieran necesitarse durante la jornada y después ir a devolverlas por la tarde. Así, pues, salía siempre armado y Leouba me hacía reír, ya que, por mucho que le quería demostrar que los revolucionarios no eran unos malhechores, que solo les interesaba la Tesorería del Estado, que jamás habían atacado una joyería, que los principios de la Revolución eran otros y mucho más lejanos, que de todas formas la suerte de los capitalistas estaba prevista de antemano, incluidos los bancos, y que el *Crédit Lyonnais* no ofrecía ninguna garantía de seguridad, ni la menor garantía suplementaria, y que quizás se acudiría a él precisamente, dada su competencia y su organización profesional, para inventariar si llegaba el caso el tesoro de la Corona, precisamente iba a ser él el más cualificado para colaborar con la Revolución a título de experto, de técnico, de especialista. Me respondía diciendo que yo era un pánfilo y por mi parte no conseguía hacerle entrar en razón, pues él además tampoco quería irse al extranjero pensando en sus clientes, la gran nobleza, y en tres o cuatro amigos suyos igualmente locos con los que compartía la pasión por las piedras y las joyas. Y a mí me daba pena el pobre hombre, que sudaba sangre y agua todas las tardes

ingeniándose cómo encontrar un camuflaje apropiado para las bolsas que yo transportaba (lo que hacía yo era simplemente envolverlas con viejos periódicos y atar los paquetes con un trozo de cuerda), y me acompañaba hasta la puerta de la calle preguntándome si llevaba el revólver, si iba armado, y agobiándome con recomendaciones y alusiones a la prudencia hasta cuando el simón o trineo en el que me subía con todos los paquetes partía al galope fundiendo la nieve, en medio del barro y soltando salpicaduras de basura.

¡Hala, rápido, al banco!, pues transportaba millones. ¡*Birigiz!*, gritaba el *izvoschik* arreando al caballo. Me sentía feliz cuando me encontraba afuera. Respiraba. Al salir del banco, me paseaba por la Nevsky. Sólo ante la idea de tener que manipular los horrorosos contactos y sus malditas alarmas ante las que una simple distracción, un olvido, lo que un falso movimiento podía desencadenar, me quitaba ya las ganas de volver al almacén. Durante el verano, las noches en blanco son muy largas en San Petersburgo y la gente va a divertirse a las Islas; en invierno, la vida nocturna es trepidante en las pistas de patinaje, en los cafés, en los clubes nocturnos en donde se baila, en los *cabarets*, en los garitos. Los conciertos, los teatros, los estrenos de películas. Dudaba, iba de acá para allá. Iba a tomar una copa. Me detenía. Iba a la Biblioteca Nacional para encontrarme con R. R., que estaba de servicio hasta las doce de la noche. A menudo lo acompañaba hasta su casa, y subía a su pequeño apartamento forrado de libros y de iconos antiguos y pasábamos momentos maravillosos bebiendo té, fumando y charlando durante toda la noche. R. R. me hacía hablar, sonreía, me acariciaba con su mirada. Yo le hacía reír, lo ponía nervioso. Aquellas noches no volvía a casa. ¡Pobre jefe, juro que me olvidaba de él! La vida que llevaba se me hacía dura... Y un día, para gastarle una broma, le jugué una pasada que le hizo palidecer y de la que pudo morir de repente. Mi intención había sido simplemente que me pusiera de patitas en la calle. Pues ya nada me apetecía. Mi dulce colegiala había sido condenada a muerte.

Ya el año anterior me había arriesgado a gastar una broma parecida. Era en Suiza, por donde pasaba sin detenerme viniendo de Londres y París. Fue al pasar por Lausana, en un trozo de vía en línea recta en donde el Simplon-Express intenta hacer un esfuerzo de velocidad a orillas del lago Lemán. Estaba en el pasillo, parado ante una placa donde se enumeraba el reglamento del modo y empleo autorizado de la señal de alarma, y cuando estaba leyendo el artículo en el que se estipulaba una multa de cien francos en caso de uso innecesario del freno de urgencia, mi mano se posó instintivamente en la empuñadura pintada de rojo y tiró de arriba abajo. Me quedé expectante ante lo que iba a pasar. Ya había preparado y tenía en la mano un billete de cien francos de la multa. Habría tenido que imaginarme una catástrofe, pero, al no producirse, juro que la hubiera pagado por ese dinero. Efectivamente, el tren se paró violentamente después de haber patinado con todas sus ruedas a lo largo de unos cien metros soltando un vapor que brotaba ruidosamente por todas partes, seguido de un brusco retroceso con la consiguiente riada de viajeros que querían enterarse de lo que

pasaba. Todas las puertas de los compartimentos chirriaban. La gente corría por el pasillo haciéndose preguntas. Los pasajeros de mi vagón salían muertos de miedo de sus compartimentos frotándose la cabeza aquellos a los que les había caído encima su maleta, mirándose en el pasillo, preguntándose los unos a los otros, cuchicheando, mirándome, por lo que adiviné que todos estaban convencidos de que yo era el autor de esa travesura, de esa inconveniencia, y que todos sabían que había actuado por hacer una broma. Y de repente apareció en el vagón y se lanzó sobre mí como impulsado por una banda de amotinados que se amontonaban en el pasillo a sus espaldas y gritando «¡es él, es él, yo lo he visto!» el revisor con su bonito bolso rojo apoyado en el vientre, un lapicero y su libreta de multas en la mano, con un sudor que le caía de su gorra con galones, congestionado, con los ojos exorbitados por la emoción, el cual me increpó sin apenas aliento:

—¿Es usted, jovencito, el que ha hecho esto?... ¿Por qué?... ¿Qué le ocurre?... ¿Está loco?...

Los demás me la hubieran hecho pagar si el revisor no hubiese sido tan corpulento, pues les cerraba el paso, mientras que yo no era capaz de decir nada muerto como estaba de risa mientras le mostraba el reglamento y le tendía el billete de cien francos. Después me volví a mi asiento, sin poder reprimir la risa. Hasta se me saltaron las lágrimas. Entretanto, el revisor seguía sin comprender cómo era posible que le pagara sin yo preguntarle el motivo, lo que tomó como una ofensa a su dignidad, y, en cuanto a los viajeros, cuanto más me vituperaban, más me hacían reír al ver tan buenos burgueses cabreados, ofendidos, con la cara crispada, pero a la vez temiendo que la pudiera tomar con alguno de ellos. Parecían personajes de Breughel el Viejo. No eran dueños de sí mismos. Todos se sentían amenazados, y las mujeres eran las que más furia mostraban. ¡Qué placer no tener ya nada que ver con ese mundo! Una vez prevenido al maquinista, el tren se puso en marcha. El revisor tomó el billete, y yo tuve aún la cara de pedirle un recibo para parecer formal. Y hasta Domodossola todo fue un desfile de pasajeros por el pasillo para ver al «loco» autor de una tan estúpida broma, haciendo comentarios nada corteses. Estoy convencido de que los buenazos periódicos suizos del día siguiente estuvieron llenos de noticias sobre el incidente y fustigarían sin la menor ternura a los padres de un jovenzuelo que... y que... y que... Pero no tuve la ocasión de leerlos. Pues ese día por la noche me encontraba ya en Abbazia, en donde debía reunirme con Rogovin, que, como de costumbre, se estaba pegando unas vacaciones en la Riviera d'Almata, lo que según él era una cura de *high-life*, y nos habíamos citado antes de iniciar el viaje a Dios sabe dónde.

Así, pues, una noche, a eso de las dos de la madrugada, al volver de la calle Gorokhovaia, hice aposta una falsa maniobra y me quedé oculto en el hueco de la escalera. ¡La que se armó! Pero los rusos son gente comprensiva. El portero vigilante de noche, el conserje y hasta los polis de la comisaría de la esquina, que acudieron revólver en mano, se mostraron más humanos que los viajeros de Suiza, pues

consideraron la cosa como una broma inocente, cosa de un joven que ha bebido y que, andando de puntillas para no hacer ruido por regresar muy tarde, despertó a toda la casa por una torpeza. Pero mientras los timbres de alarma aún sonaban, el comisario había subido hasta el tercer piso en busca del gran patrón para salir en mi defensa. Bien es cierto que previamente les había distribuido a cada uno una propina, y en concreto un buen billete al oficial, cosa que no se hace en Suiza. De modo que solamente Leouba se había tomado la cosa en serio, lo que le retuvo en cama enfermo durante cuarenta días. Cuando se repuso, Rogovin y yo ya nos habíamos ido para una corta estancia a Tachkent, la ciudad de la seda y los melones, sandías y otras cucurbitáceas comestibles pero con sabor a farmacia, a yodo, a alcanfor. A la vuelta, no se habló del asunto, que no acarreó consecuencias. De todas formas, era el final. Un viaje más a Persia y después cortaría con Rogovin^[88]...

Nada era ya igual. Yo seguía leyendo a los Clásicos durante mi última estancia en San Petersburgo, encerrado en mi habitación blindada de la que apenas salía. Se había desencadenado la huelga general al principio de aquella semana. La luz había sido cortada. No se sabía qué estaba ocurriendo. Los periódicos ya no aparecían. A través de mi ventana no se oía el menor ruido. La ciudad estaba como muerta. Ni un solo simón por la calle. De vez en cuando el sonido de un silbato, la única señal durante el día, me ponía alerta; por la noche, el galope de una patrulla, un disparo aislado, griteríos bajo mi ventana, un grito de terror: otro desgraciado más que había sido atrapado, que se llevaban al hospital o a la comisaría o que le iban a sobar la badana en una calle.

Para distraerme, aquel día en que el patrón, presa de pánico y no sabiendo a qué santo acudir, me mandó a que trajera los sacos depositados en el *Crédit Lyonnais*, fui a abrir los cofres que estaban a rebosar: nunca hasta entonces había tenido a mi disposición para dibujar el cielo en mosaico tantas piedras preciosas.

Aquel día, pues, y justamente a causa del corte de corriente eléctrica gracias al cual tuve la revelación del virtuosismo de las piedras del que habla Marbode y de su suave y lejano centelleo de estrellas perdidas parejo a las del cielo en su inmensidad y su profundidad en el vacío del Universo, visto que, como en la corte del Zar, me iluminaba con velas y que bajo esta suave, cálida, íntima, discreta luz, pero tan carnal como la emanación y el olor familiar de una piel humana al respirar, vistos el resplandor del cuello, de los hombros que se ofrecen, de la nuca voluptuosa, del turbador escote de una bella mujer, por no hablar de su cabellera embalsamadora, las gemas no son tan ostentosas ni los fuegos de las piedras vanidad tan diabólica ni su orgullo tan satánico, pues las joyas brillan con un destello secreto, íntimo, y las piedras talladas que palpitan no ciegan, son vivas, giran la vista con emoción, son húmedas y tiernas, parecen despertadas después de un mágico sueño para reiniciar el esplendor de la creación cual si fueran santos inmovilizados en la oración que ignoran estar nimbados al emitir rayos luminosos cuya faz resplandeciente reveladora de su concentración de espíritu es el reflejo del Esplendor que están contemplando en el

más allá en una acción pasiva, un fuego helado, una muerte viva, mensaje intermitente de un sol que nos llega con tanto retraso y con tan prodigiosa profundidad, que el frío rayo que nos toca, viniendo de un pasado petrificado, es una anunciación, una promesa, el futuro, un futuro contingente que puede darse o no darse.

Me había hecho por casualidad con el ejemplar de una magnífica revista de arte, no recuerdo ahora cuál, que reproducía en color las miniaturas de Fouquet, conservadas en el museo Condé de Chantilly. Ya tenía desde hacía algún tiempo los grabados del *Libro de horas* de Estienne Chevalier, tesorero de la corte francesa de Carlos VII y Luis XI, que me servían de modelo no por el dibujo, pues nunca he sabido dibujar, y el de Jean Fouquet, que era un gran retratista, es demasiado realista, sutil y nervioso para ser imitado en mosaico, sino para la aplicación de los colores, su reparto, la distribución del rojo, el amarillo, el verde, el azul y los blancos, que son de una sensibilidad muy aguda y casi inimitables; pero el manejo de las piedras preciosas del que me servía como imitación esquemática de esos célebres grabados me permitía igualar en brillo e incluso superarlos en espíritu en mis mosaicos a gran escala, pues las perlas, los rubíes, los zafiros, las esmeraldas, los topacios, las amatistas, los berilos y los diamantes cantan en contraste simultáneo como formando un coro, y las partes sombreadas y masas átonas, los desvanecidos y los entrecruzados en su encuadre dorado estilo renacentista de los grabados de Jean Fouquet los rellenaba poniendo jaspe, granate, aguamarina, marcasita, coral, piedra de luna, enmarcados en lapislázuli o carbunclos. Aquel día recompuse con las piedras la más extraordinaria y grandiosa de las composiciones de Fouquet y encendí todas las luces. Me refiero a su gran obra maestra, *La Trinidad en su gloria*, la apoteosis de Dios, la más maravillosa de las galaxias^[89].

Me había quedado absorto contemplando todo eso. Las velas se estaban consumiendo lentamente, las piedras lanzaban reflejos, perdidas y lejanas como jubilosas vibraciones de campanas que rompen los muros de su prisión cuando se celebra un *Te Deum*. Me encontraba en plena irrealidad y nunca me había sentido tan feliz ni tan colmado como aquel día. Ni siquiera, cuarenta años más tarde, el día de la liberación de Francia, aquel famoso domingo de septiembre de 1944, al oír por la radio el *Te Deum* que se cantaba en Notre-Dame mientras me encontraba en la cocina en la que me había confinado voluntariamente durante cuatro años aplastado por el peso del mundo. ¡Oír en Aixen Provence las campanas de París llenas de alegría!

Reviviendo instantes tan exaltantes, me suelo imaginar esta escena: me meto un revólver en la boca y me suicido.

Aquel día, estando ya las velas a punto de consumirse del todo, apagando así toda la pedrería e invadiendo de sombras la sala blindada, me imaginaba perfectamente tumbado en la mesa de trabajo introduciéndome el *Colt* del gran patrón en la boca y disparándome...

Durante toda mi vida me ha obsesionado la idea del suicidio y en especial más en

los momentos de alegría, de felicidad, de exaltación que en los de depresión o cansancio. Es como un sobrante de vida que quiere manifestarse. No temo morirme, estoy preparado a ello. La idea de la muerte me es muy familiar. Quizás es que le tomé gusto desde mi más tierna infancia al mamar del pecho negro de mi nodriza, que era egipcia, una pobre y corajuda *fellah*, fatalista y supersticiosa como lo es ese pueblo antiguo de la tierra de los Muertos desde la época de los grandes Faraones que siguen aún soñando, emparedados en su hipogeo de forma piramidal, con su predestinación y se vengan de un lord Carnavon que viene a molestarlos. Puede ser también que dicha obsesión sea atávica, pues mi padre no logró suicidarse cuando se lanzó desde lo alto de un puente a la edad de ochenta y cinco años no por desesperación, sino, según me escribió para anunciarme su funesta determinación, «*porque he comenzado a estar un poco duro del oído derecho. La naturaleza está mal hecha, querido muchacho. El hombre debería envejecer y morir como una milenaria encina del bosque: de golpe, derrumbada en cenizas...*».

Aquel día, escogí entre la *Browning* niquelada que me había dado Rogovine y el grueso *Colt* de Léouba, y me introduje en la boca el cañón largo y negro porque era de mayor calibre. Me daba más seguridad. Había repetido ese gesto a menudo delante de un espejo. No quería fallar y dejarme tuerto.

HOY PUEDO RELEER UNA PÁGINA arrancada de un cuaderno de notas. Y me pregunto cómo ese trozo de papel encontrado por casualidad entre mil hojas ha podido escapar a tanto desorden, si es que no se trata de adversidades o desastres — viajes, mudanzas, fugas, pérdidas de papeles, de libros, embargos de bienes, fasto y pobreza, guerras y revoluciones y otras aventuras, empujones y prisas que tanto han abundado en mi agitada vida—. Recuerdo muy bien la agenda de la que fue arrancada. Era una agenda encuadernada en cuero ruso y dorada en el canto. En ella hacía anotaciones sobre mis lecturas y también me servía para escribir fórmulas químicas para fabricar bombas. Muchas de sus páginas estaban ya amarillentas y carcomidas por los ácidos que chorreaban de los experimentos. La perdí cuando registraron mi casa finlandesa de Terrioki^[90] aquel domingo por la mañana en que vinieron a detener a Lenotchka. No puedo precisar cuándo ni a propósito de qué pude arrancar esa hoja. Aquí está, sin comentarios. Es lo único que me queda de aquella jodida época:

Hostem cum fugeret, se Faunius ipse peremit. Hic, rogo, non furor est ne moriari mori^[91]?

M. Val. Martialis *Epigrammata*.
(Lib. II. Epig. lXXX)

(Clarendon Press).

Himself he slew, when he the foe would fly. What madness this, for fear of death to die!

(G. Bellond Sons, 1877.)^[92]

To escape death Phaunius killed himself.

Tell me, what madness is that to have no thought or memory of death^[93]!

XI

REALIDAD

En el azul del cielo, el «saco de carbón» se quedó apuntándome cual revólver en primer plano en la portada de una novela policiaca americana.

Mi ojo puede evocar su alma y rehacer en sentido inverso, en el interior del vacío de esa boca de bruñido fuego, la trayectoria del ojo que me apunta a quemarropa, un ojo duro, un ojo de acero, un ojo que ciertamente no me ve y en el cual se mira el mío: azul frente a azul tirando a negro.

Me arranco de esa hipnosis mostrándole la nuca al cañón.

Vuelvo en mí como si me hubieran dado un golpe en el cuello.

Me sobresalto y el disparo se produce.

¿Pero estaba acaso realmente «ausente»?

Todo eso ha transcurrido en un cuarto de segundo, en un pestañeo.

Estaba de pie antes de que el disparo se produjera.

Pues, por otra parte, no hubo disparo propiamente dicho. Pero se produjo una explosión detrás de mí, allá lejos en el valle y, como disparado desde un sueño o de una cabeza confundida por lo fantasmagórico, me di la vuelta para ver a mis pies cohetes que se elevaban, palmeras rojas, serpientes, girándolas, destellos de oro y de platino que surgían silbando y se vaciaban, cesaban su estruendo y volvían a caer al fondo del valle en fragmentos crepitantes cual migajas de un estallido insostenible en el extremo de un rastro de humo mientras serpentean, se ondulan, se enrollan, se entremezclan, se revuelcan, se contorsionan y envenenan las orillas pantanosas del Tieté, en el que se reflejan durante un instante y después se deforman. No es una visión, pues esas estrellas de fuego vomitan literalmente y se vuelven a formar, se acoplan, se anudan.

Son exactamente las doce de la noche, hora de la salida del cine. Siguen los fuegos artificiales tradicionales con sus cohetes y sus petardos. El espectáculo ha terminado. Oigo los tambores de una fanfarria. Adivino un desfile por las calles de Glareola. Y de repente la central eléctrica corta la luz. Las doce y un minuto. La fiesta se ha acabado. El hada electricidad ha emprendido el vuelo. El valle se sumerge en su oscuridad de salvajismo natural, hecha de miasmas del Tieté, de cimas de montañas repentinamente agrupadas y, en sobreimpresión opaca en primer plano, de la frondosidad de las selvas.

Ya no se ve la luna en el cielo. En la inmensidad azul, ¿no son también los astros reptiles que cambian la piel?, ¿y no contiene la cabeza del signo Serpiente piedras

preciosas que le dan ese resplandor sideral?

Vuelvo al coche, lo pongo en marcha y continúo en búsqueda de la hacienda del Morro Azul.

El bochorno es inhumano y el camino que tomo al azar es puro bache.

Me identifico con mi coche y chirrió como él.

Me deslizo por una pista resbaladiza bordeada de troncos y cortada por torrentes. Subo, bajo, vuelvo a subir, serpenteo. El altiplano está desierto, picado de negro, lleno de rodadas, garrapateado de bifurcaciones cual desgarraduras. Derrapo entre tanta piedra. Patino en los montoncillos de arena. Doy botes en un estrato de piedra, en un banco de arena o en un profundo reguero oculto bajo una corteza de barro que se hunde. Una de las dos ruedas gira inútilmente en un agujero lleno de polvo sedimentario.

En medio de todo eso el motor se calienta.

Nada se mueve, nada tiene vida en esta soledad y, cuando paro para orientarme, ni un estertor, ni un suspiro, ni siquiera un grito perdido de un ave nocturna o la roedura de insecto, ni la menor huella de ningún animal en el camino, ni un tatú al trote, ni una rana saltando, ni una mariposa nocturna. Solamente miles de silenciosas luciérnagas que revolotean a mi alrededor y se posan en los faros cual pétalos de almendro en flor en la brisa primaveral. Pero no hay ninguna brisa primaveral ni almendro alguno, sino cactus hostiles, mimosáceas, hierbas espinosas. Se respira un aliento de bochorno y las luciérnagas que se amontonan en los faros caen como cerillas carbonizadas, chisporrotean sobre el radiador dejando un olor indefinible de matarratas, acetato de plomo, fósforo (al día siguiente tuve que dedicarme a limpiarlo con una lima de uñas, un cepillo de dientes, con amoniaco, con papel de lija).

Enciendo un cigarrillo. Hago mis necesidades bajo un ficus (lo normal). Pienso en las serpientes y, cuando vuelvo a ponerme en marcha, tengo la impresión de ser un parásito perdido en el cuerpo de alguien con pelagra de lo destruido que está el lugar. De todas partes bajan sendas empinadas, entre taludes. Me he perdido.

Pero sigo avanzando.

Ahora, el brillo de las estrellas ha aumentado un poco. El *saco de carbón* ya no se destaca en el cielo. Se ha quedado en piel arrugada, abandonada. Los astros se han ocultado y aparece la Renovación en la Tierra, un dios popular, meteorológico, agrícola. Los *caboclos* lo esperan: el brujo, el adivino, el conjurador, el divulgador que hace cada año su turné ofreciendo sus almanaques con ilustraciones por las poblaciones del interior y sus remedios contra los males de amor, el contador de historias, el casamentero, el embaucador, el echador de cartas, el demonio de la soledad, el asesino, el Hombre Viejo y el *surucuri*, la gran boa cazadora.

Escucho atirantarse el muelle del Universo.

¡Qué lejos se puede estar de todo lo que uno ha conocido y querido en tan poco recorrido! ¡Es lo último!

A lo largo de un montón de quilómetros voy circulando entre alambradas tras las

cuales las plantaciones están dispuestas como ejércitos babilónicos. Y, de repente, en una curva, en pleno viraje, me adentro en el vallecillo de la hacienda de la Montaña Azul.

¡El Morro Azul!...

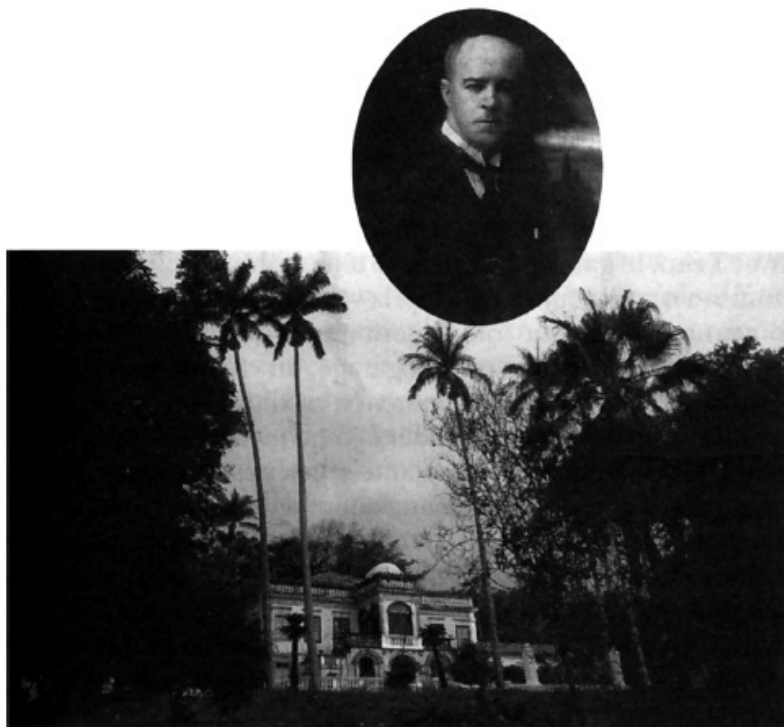
Solo tenía que pasar una noche allí, y me quedé más de un mes. Pero por entonces no me adentré más al interior, pues di media vuelta y me volví a Sao Paulo. La revolución positivista del general Isidoro se había iniciado aquel año. El adentrarme solo lo llevé a cabo el año siguiente, y el siguiente y otra vez el siguiente y el siguiente. Entre viaje y viaje volvía a París para escribir, trabajar, montar un negocio para hacer algunos dinerillos, preparar la siguiente expedición. Como cuando lo de Leouba en San Petersburgo, hice junto a Oswaldo Padroso un estancia de aprendizaje, el de mi oficio de novelista, pues fue a la vuelta de ese primer viaje a la provincia de Sao Paulo cuando publiqué *L'Or (El oro)* en Grasset, un libro en el que llevaba pensando desde hacía más diez años, un manuscrito casi abandonado en el que trabajaba solo intermitentemente, una historia maravillosa que de repente me puse a podar y aligerar para hacerla verdadera, un relato que rescribí enteramente en presente de indicativo, el modo del verbo en que se expresa el estado, la existencia o la acción de una manera cierta, positiva, absoluta, lo que impresionó como novedad a ciertos rarísimos escritores amigos míos, pero simplicidad que no agradó a la mayor parte de los hombres de letras y críticos literarios que se ocuparon de ese pequeño volumen en el que el editor no creía y que dio sin que yo lo pudiera entender la vuelta al mundo, pues hoy conozco docenas de diferentes ediciones en diferentes idiomas y que se dirigen a todas las clases de la sociedad, puesto que en 1927 apareció por entregas en *LLHumanité*^[94] y en América se hizo una edición en Braille para los ciegos, y en las escuelas de Holanda como libro de lectura francesa («*Rimbaud en la escuela de La Fontaine*» decía de mí Jacques Bainville en *LLAction française*), un texto lineal exactamente opuesto a la escritura polímera o polimorfa, pero seguramente universal que es el que utilizo ahora para trazar el retrato de un sonámbulo.

XII

UN SONÁMBULO

EL SR. OSWALDO PADROSO era un ser lleno de mansedumbre, de amabilidad, de timidez, de dulzura. Pero también espantoso en su flujo de palabras cuando, como ocurre a muchos solitarios que no tienen la ocasión de hablar cada día (¿sólo a ellos?), se ponía de repente a discurrir sobre cualquier cosa y no se sentía dueño de la volubilidad que le dominaba, parándose sólo cuando se sentía agotado, aunque continuaba deslizando alguna que otra sílaba mientras fijaba sus bellos y profundos ojos sobre uno como no estando muy seguro de lo que ha dicho y se ha dejado llevar por su impulso.

Tenía un aspecto curioso: pequeño, regordete, rechoncho, ajado, manos blandas, una larga pipa entre los gruesos dedos, piernas flácidas —al menos su pantalón estaba lleno de pliegues y repliegues—, vestido de negro durante todo el día, zapatos de charol, calcetines de seda de vivos colores, mangas hasta las muñecas, una especie de chorrera orlada de un hilo de oro, un lazo negro como corbata, un cuello alto que le hacía rozaduras y mofletes muy afeitados, durante el día en bata y por la noche con un traje, con botonera decorada (¡insignia de su fidelidad al positivismo de Auguste Comte, de seguidor de su humanitaria religión, de miembro de su Iglesia laica!), con su escasa pelambreira engominada y su mostacho delgado y hacia abajo. ¡No es así como me imaginaba un *fazendeiro*!



Arriba, retrato de Luis Bueno Miranda, propietario de Morro Azul y modelo de Oswaldo Padroso. Abajo, la hacienda de Morro Azul (Estado de Sao Paulo). Grabado fechado hacia 1915.

En cuanto a su hacienda, no se ocupaba demasiado, dejándola deteriorarse, llenarse de arbustos, con hierbas trepadoras ahogando árboles centenarios. En cambio, toda la plantación se llenaba de aves que encontraban allí un refugio seguro, pues tenía prohibido que se disparara un solo tiro. Debía de ser por algún principio o por cierto sentimiento, pues cualquier tiro le arrancaba de su sagrada ociosidad, que pasaba encerrado en su despacho, meciéndose en su sillón basculante a lo largo del día, fumando su pipa detrás de las celosías. Cuando oía el disparo, salía a la barandilla, se protegía los ojos con la mano, inspeccionaba el horizonte, llamaba a voces a Chavin, su mayordomo, su factótum, un mestizo de blanco e india que siempre andaba cerca y al que hacía ir a pelo sobre el único caballo que había para buscar al culpable entre el centenar de ancianos negros que vivían, más bien vegetaban, en ese dominio de diez mil hectáreas, agotados después de toda una vida de trabajo, pero al abrigo de toda necesidad y bien instalados ante la indolente administración del Dr. Oswaldo, que dejaba que todo fuera a su ritmo, pues era tranquilo y sin otra ambición que la de afirmar su derecho de que lo dejaran en paz, que no le molestaran visitas ni papeleos, contentándose con una pequeña cosecha de café, pero de una gran calidad bien conocida por todos en Santos, que se le pagaba a precio de oro, lo que le aseguraba una renta más que suficiente dado su ritmo de vida, su horror a todo cambio y a toda novedad.

No obstante, si entendí bien, el Dr. Oswaldo representaba en aquella región el punto conflictivo del banco que, según Caio, detentaba prácticamente todas las hipotecas de los cosecheros arruinados del municipio. Pero esa gerencia, si entendí

bien, debía de ser más bien una sinecura, pues el doctor salía poco, y era generalmente para ir a la ciudad a hablar por teléfono, adonde iba en su ya viejo Renault descapotable, tapizado en piel al gusto de un mundano, reluciente hasta el punto que el paisaje se reflejaba a su paso en la carrocería de manera anacrónica, primero las palmeras imperiales plantadas ante la fachada, luego los bananeros y después las interminables filas de los cafetales, dando botes continuos por los baches, desapareciendo en una nube de polvareda roja, tomando un camino distinto al que yo había tomado, más transitado, que bajaba directamente a Glareola por la vertiente opuesta para no tener que llegar hasta la cima del Morro Azul. El Dr. Oswaldo se indignó mucho cuando se enteró por mí de que fue el propio Caio quien me había indicado la antigua pista de los muleros y no la nueva carretera que su propio banco había hecho construir para mejorar la viabilidad de la región en la que tanto interés tenía, al precio, según el doctor, de alterar la secular economía del municipio y para cuyo trazado se habían construido puentes, esclusas, canales de riego, centrales eléctricas arrancando viejas plantaciones de café, desbrozando lo que quedaba de la antigua selva virgen para plantar naranjos cuyo rendimiento se había asegurado para los mercados de Australia, echando a los antiguos propietarios para instalar a emigrados italianos a los que se distribuía en diferentes colonias y en viviendas recién construidas que se les vendía a crédito, unas casitas prefabricadas, hechas en serie según el modelo de los chalets suizos, lo cual no dejaba de ser absurdo dado el clima diferente, pero coquetas, con agua, luz, gas, teléfono (¡cosas que el doctor no había querido de ninguna manera instalar en su hacienda!), abriendo en cada colonia una escuela, un servicio social, una cooperativa, sin olvidar un garaje, un cine, un *dancing*, vendiendo también a crédito los pequeños *Ford*, de forma que cada recién llegado se encontraba endeudado hasta el cuello antes de establecerse, antes de plantar un árbol, encerrado en su parcela, hasta el punto de llevar en su nuevo decorado y sus modernos accesorios una vida mucho más precaria y miserable que la de los antiguos esclavos negros en las plantaciones dados esos contratos, compromisos, deudas, la compra a plazos de los caros aperos de labranza difícilmente amortizables, con un falso confort, con los riesgos de todo tipo a los que estaban expuestos en un país nuevo al que aún no se habían aclimatado y que los encadenaba al terreno con más firmeza que las cadenas en los pies de los esclavos en la zensala, ese espacio de detrás de la mansión del amo en donde estos eran encerrados por la noche.

Yo le dejaba hablar. ¿Qué edad podría tener? Sin duda menor que yo, aunque parecía diez años más viejo. Un soñador como él que se hubiera despertado sentado en un trono, ¿qué personaje hubiera dado?

—Caio es un filibustero —me decía—. ¡Haberle faltado en esto! ¡A un hombre como usted! ¡A un poeta! ¡Ese muchacho no respeta nada! ¿Sabe que podría haberse matado en ese sitio, que es un paso peligroso conocido por todos, señor Cendrars? ¡Y haberle mandado en plena noche por esa pista perdida que ya no lleva a ninguna parte

es criminal!

—Pero a lo mejor quería que pudiera admirar las obras que ha emprendido su banco por todo el país y así constatar el porvenir de Brasil, ¿no, señor Padroso?

—¡No toquemos ese tema! ¡Desde que se inició el negocio, el porvenir de Brasil va a la bancarrota! En cuanto a esas famosas obras, con las que me rompen los oídos, por ahora están haciendo el país inhabitable, pues sabe Dios dónde van a pescar la chusma que nos está viniendo, bandidos todos. ¡Hasta a los pájaros les resulta imposible soportar tanta trituradora, tanta hormigonera, tanta serrería, esos vehículos pesados, esas apisonadoras, esa dinamita que pone todo por los aires y todos esos motores con sus estruendos, todo ello en cualquier camino y hasta el corazón de la selva! ¡Menos mal que estoy yo aquí y que las diez mil hectáreas del Morro Azul son la salvación de los pájaros! En mis tierras no se avanza ni un paso y la caza está prohibida. Que no entre nadie que quiera.

El doctor Oswaldo se ponía después a hablar de los pájaros y podía seguir durante horas, maravillándose de la bandada de colibríes alimentándose de plátanos, calificándolos de agresivos, batalladores, intolerantes, celosos, cada cual defendiendo bravamente su sector contra toda incursión del vecino, ariscos, coléricos, siempre al acecho, de una audacia feroz y, al igual que los insectos, toda la bandada indiferente a la presencia de los humanos, zumbando, jugueteando, luchando, volando a más de cien kilómetros por hora en cualquier dirección... Yo le dejaba hablar, hablar... encantado como estaba de haber conocido un personaje así, y sonreía al pensar en la jugada que Caio creía haberme hecho.

Ya en la noche de mi llegada, cuando me acompañaba por el palacio del Emperador donde había ordenado que se me pusiera una cama, me había declarado en un arranque que me dejó confuso por tanto honor y tantos detalles a los que ni por asomo estaba acostumbrado en Francia, donde, muy al contrario, un antiguo combatiente hasta estaba mal visto:

—Seguro que Caio ya le informó acerca de que este pequeño palacio fue construido por mi predecesor para recibir a Don Pedro, que anunció su visita. Pero Don Pedro nunca vino, su palacio nunca fue habitado y yo estoy muy orgulloso de poder hacerle el honor de acogerlo aquí, por considerarle digno de él, y a doble título: *primo*, porque es poeta, y, *secundo*, por ser francés. Adoro Francia, señor Cendrars, y nunca hasta ahora ningún francés ha venido al Morro Azul, usted es el primero. ¿Cómo agradeceréle? Ofreciéndole este palacio. Haga como si estuviese en casa. Sí, sí. Pero Caio, que es un intrigante, no me dijo que era usted un mutilado de guerra. Señor Cendrars, el honor que usted me hace es muy grande, demasiado para mí. Tanto, que no lo puedo aguantar. Me rindo. Me ahogo. Es la emoción. Voy a llorar. Permítame que salga a tomar un poco de aire. Venga a reunirse conmigo afuera dentro de un rato, pero no se retrase, tengo que decirle cosas. ¡Perdón! Su presencia aquí me agita. Ya no sé lo que digo, lo que hago. ¡Ha sido tan inesperado todo! Un francés en mi casa... Un héroe de Verdún. Un día para no olvidar.

—El Dr. Oswaldo está hoy muy nervioso, y desde luego que con razón. Pues yo también adoro Francia. Bauticé a mi niña con el nombre de Jofrinette. Mi mujer quería que le pusiéramos Batalla del Marne, pero yo preferí el apellido del gran general que salvó París, pues eso es un título, y mi niña es una santa —me dijo Bueno, el mayordomo del doctor, un negro gigantesco y rubicundo que se había quedado conmigo para deshacer las maletas. Y al disculparme por la hora tan tardía de mi llegada y las molestias que estaba causando, pues eran las dos de la madrugada, me respondió:

—No se preocupe en absoluto. El Dr. Oswaldo no cena nunca antes de las dos, usted ha llegado casi a tiempo, todo perfecto, y Leontina y yo ya estamos acostumbrados, el Dr. Oswaldo es sublunar...

—¿Sublunar?...

—Sí, ¿no es así como se dice del que se levanta por la noche para andar? Él va de un lado para otro...

—¿Un sonámbulo?

—Será eso si usted lo dice. Vale, sonámbulo. Pero en mi opinión el Dr. Oswaldo es más bien sublunar, pues, según creo, es la luna la que lo pone en marcha.

Había una lámpara sobre una consola de mármol. Me encontraba, pues, en la mansión del Emperador. Efectivamente, todo era de mármol rosa, desde el suelo hasta el techo. La inmensa habitación de la planta baja en la que me encontraba, en la cual Bueno estaba ordenando mis cosas sobre bancos de mármol, formaba un cubo enorme, al lado del cual se había añadido otro a modo de vestíbulo por donde habíamos entrado en el palacio, y otro más como cuarto de aseo con su piscina. El conjunto resultaba feo, demasiado desnudo, muy macizo, y aunque construido con pretensiones de eternidad, parecía no acabado, le faltaba algo, no sé. Un amontonamiento de bloques, de columnas, todo ello previamente tallado, colocado sin gusto, sin equilibrio. Resultaba pesado, aplastante, con muros demasiados espesos, con pocas ventanas, a razón de cinco por fachada. Todo era de una simetría agobiante y sin decoración ninguna. Era a la vez rico y zafio. Se notaba que nunca había sido habitado. Todo ese mármol debió de costar una fortuna, pues era tan fino como el de Carrara.

En medio de la amplia pieza, entre cuatro columnas cuadradas, elevado por un peldaño y aislado por una balaustrada también de mármol, había una cama también de mármol, con una mosquitera encima de una muselina rebosante de pliegues cual vestido de novia. Y encima de tal lecho, en el que ya no se tendrían ganas de hacer el amor y más apto para agonizar después de la consulta del médico o de ilustres profesores convocados telegráficamente y llegados en un vuelo especial —no podía dejar de imaginarme a un monarca revolviéndose asustado en tal polvoriento lecho, con un cáncer de pulmón propio de los fumadores y con ansias de fumarse un habano, imposibilitado para llamar a nadie por falta de voz y con el timbre demasiado alejado—, encima de tal lecho imperial, donde me temía que no podría dormir,

encima de ese lecho, trágica y mortalmente aburrido, había una grosera estera de juncos trenzados suspendida de las cuatro columnas, a través de la cual podía ver brillar intermitentemente las estrellas. Era muy amplia y formaba una bolsa en donde parecía que algún animal se había acostado en ella. Ya tumbado, levantaba de vez en cuando la cabeza y agudizaba el oído creyendo que crujía por el peso de algo, al caerme además algunas briznas de los juncos. Tenía la segura sensación de que se me estaba espiando, que se seguían mis mínimos movimientos, que había algo arriba que estaba vivo, un ser insólito, pero pensaba también que acaso se tratara de un nido de ratones. No, nunca dormiría en ese lecho, ni siquiera una noche...

—Bueno, venga a decirme cómo funcionan estos grifos de la piscina, que me parecen muy complicados. Me gustaría darme un bañito antes de cambiarme y ponerme guapo para su ama antes de ponernos a la mesa.

(Dado que toda mujer lo espera de un francés fuera de su país, quería agradecerla con un toque de buen porte mientras se hablara de chismes parisinos, ecos mundanos, y con cierta impertinencia divertir, caer bien incluso ante la vieja amante y la loca sirvienta del doctor, de la que Caio se había burlado diciéndome que sus amores eran secreto de polichinela desde hacía veinte años).

—¡Por Dios santo, que no se le ocurra al señor! —gritó Bueno levantando los brazos al cielo—. Hay arañas venenosas.

Encontré un tanto grosera su malicia conociendo la flema tradicional de los negros, pero no hice ningún comentario dada la hora que era. Leontine, su mujer, debía de estar impacientándose en la cocina, el señor Padroso en el mirador y como Bueno no parecía querer hacer la menor alusión a su ama, le dije:

—Coge ese frasco; no, ese otro, el de la colonia, y frótame...

—El señor no parece creérselo —me dijo mientras me frotaba a conciencia—, pero hay toda una cañería alrededor tan complicada como para perder la cabeza. He intentado entender cómo funciona, pero cuando se giran los grifos no es agua lo que sale, ni caliente ni fría, sino arañas rabiosas, grandes, negras, peludas, que apestan, muerden, muy venenosas, satánicas. Un día tuve que defenderme de ellas a tiros, eran tan grandes como la palma de la mano y me corrían por todo, desde la cabeza hasta el pantalón. Un hervidero. Me libré de milagro y estuve malo durante seis meses, con llagas en las caderas y en el vientre. Pregúntele a mi mujer. Leontina se ponía mala al verme cuando me ponía pomadas y vendas y me hacía beber un caldo de hierbas amargas en el que había echado esas mismas arañas, pero quemadas, reducidas a polvo picante como pimentón rojo, mientras recitaba las fórmulas que Chavín, el *capita*, le había dicho, pues ese potingue criollo es una medicina india y el *capita*, que nació en esta misma propiedad, conoce por su madre todos los secretos de la naturaleza. Si no hubiera sido porque me lo indicó mi mujer, no hubiera tenido el valor de mojarme los labios con esa cerdada, ni por curiosidad. Era algo demoníaco, pero Leontine tiene carácter. Lo consiguió y me salvó. ¡Un hombre no es nada sin su mujer! Dicho esto, si el señor quiere probarlo, ¡allá él! Pero que sepa que hasta hoy

nadie ha intentado darse un baño en esa piscina embrujada.

—Vale, Bueno, lo voy a probar, mañana mismo sin más tardar. Ahora pásame el traje blanco.

—Como quiera, pero que el señor no cuente conmigo para sacarlo de ahí, me da mucho miedo... Pídaselo a Chavín, que es quien tiene las llaves del sótano.

El gigante negro se puso a persignarse, a tocar repetidamente el amuleto que llevaba al cuello, un manojito *balagandá* compuesto de trece fetiches: la mano bahiana, contra el mal de ojo; Momus, el chepa erótico, contra los ligues; los dados de la fortuna; la escuadra de San José, para el buen trabajo; el perro de la casa, símbolo de la fidelidad; la cantimplora, para la sed; el panecillo en su canastillo, para el hambre, pero también con una connotación sexual: la satisfacción del hambre uterino; el bastón del caminante o la varita del mago; la piragua, para no morir ahogado; los cascabeles de la locura; la ardilla, para la fantasía; la cabeza de pez para la prudencia; la pata de liebre, la más mágica de todas. Acto seguido me pasó mi traje blanco, me ayudó a ponérmelo y me anudó el calzado.

—Gracias, Bueno. Y ahora bajemos. Pero antes, respóndeme con franqueza: ¿qué es lo que nos pasa por encima de la cabeza?

—¿El señor lo ha adivinado?

—Sí, hay algo que nos acecha, que revolotea. Creo adivinar que es un... — ¡Chsss! El *bicho*^[95] nos está escuchando. No lo cite. ¡Venga conmigo! Se hizo con una lámpara y salió rápidamente. Le seguí hacia el exterior.

Ya afuera, nos encontramos en lo alto de la escalinata de mármol que descendía de la terraza del palacio del Emperador hasta la vivienda.

—Yo iré delante, me dijo. Tenga cuidado, hay ciento un escalones.

Empezó a bajar, lámpara en mano para alumbrarme, parándose cada diez para decirme, mientras contaba con rapidez:

—1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10... ¡Ah, el señor es tan listo como él!

—¿De qué me hablas, Bueno?

—11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20... ¡Y pensar que el señor no lo parecía!

(Así es como se debía de bajar por la escala de Jacob, haciendo una pausa en ciertos escalones o grados fatídicos: los *números de oro* al subir, pero sobre todo *recordándolos* al volver a bajar).

—31, 32, 33... ¡Bendito sea Dios! ¡Hemos quedado fuera de su alcance!

—¿Pero qué dices?

—¡Es una liana!

—¿Una liana?

—¡Chsss! Mejor no citarla con su nombre. Bajo hasta el cincuenta.

Al llegar a ese escalón, se paró a esperarme sonriente, guiñándome el ojo y con la lámpara en alto:

—Aquí ya estamos fuera de su alcance, absolutamente al abrigo de toda indiscreción. Más vale no pronunciar su nombre, pero puedo decírselo muy en

secreto al oído: es la serpiente de cascabel.

—¿Una serpiente de cascabel, Bueno?

—¡Chsss! No, no, no. El señor no sabe nada, no ha dicho nada. Bueno es un imbécil y el señor tiene razón. ¡Bueno no ha dicho nada! Pero el señor ha actuado tan bien, que me ha hecho reír. Le diré de qué se trata, pues de todas formas terminaría sabiéndolo: no es una serpiente, sino *la* serpiente: la Señora del Morro Azul... ¡Ah, ah, pobre de mí, la he nombrado...!

Y continuó bajando a toda prisa los escalones que quedaban, en el penúltimo de los cuales me esperaba con la lámpara apagada y los ojos de par en par.

Me acerqué a él lo que pude y le murmuré al oído:

—Bueno, ¿es de Nuestra Señora del Morro Azul o de la Señora de la casa de quien me hablas?

—¿Ah, el señor la conoce? ¡Gracias a Dios que existe! Aquí nadie la había visto nunca, ni siquiera el fotógrafo que vino en tren especial para fotografiarla. Pero venga, el amo nos está esperando. Creo que se llama Maa-Eiffel... ¡Chsss!

Bajamos los dos últimos escalones.

—100, 101, le oí contar en alto.

Nos acercamos en silencio al rincón del mirador.

—Mire, el Dr. Oswaldo no está. Sigue paseando como un alma en pena. Lo encontrará ante la vivienda, yendo y viniendo por el palmeral, o al final del paseo sentado en un banco. Yo voy a la cocina a prevenir a Leontina para el servicio.

Efectivamente, el señor Padroso parecía estar soñando sentado en un banco bajo un magnífico manto de bambúes gigantes que formaban un escalofriante nicho al final del paseo. Tal retiro era paradisíaco y romántico a más no poder con los ramos en estrella de las palmeras imperiales que se balanceaban planeando en la noche del trópico a más de treinta metros de altura. Sólo faltaba un efecto lunar para transformar ese rincón vegetal en un mágico decorado de ópera.

En cuanto me vio, vino a mi encuentro, me dio en emotivo abrazo acompañado de sonoros golpes en la espalda y me dijo:

—Al fin lo veo, querido amigo. Venga, vamos a la mesa. La mujer de Bueno debe de estar preguntándose qué estamos haciendo, y además usted debe de tener hambre.

El secreto de polichinela, recordé la frase de Caio.

Solo estábamos en la mesa los dos y el Dr. Oswaldo no habló más que de ella.

Era muy emocionante.

¡Esa pasión!

Otra historia de un gran amor, de un flechazo, para añadir a mi primera crónica de *La Femme aimée*^[96].

Todo el mundo conocía a esa querida mujer, pero resultaba que yo había sido testigo de su final como ayudante de un director de cine americano de cuyo nombre no me acuerdo, el cual la llamó para su última película dándole el papel de echadora de cartas, una película absolutamente idiota, lo que explica que también haya

olvidado el título. Ese animal americano, que no hablaba ni una palabra en francés y gritaba como un sordo por su megáfono, sintiendo que esa gran protagonista se le podía escapar por estar muy enferma y temiendo perderla antes de dar la última vuelta de manivela, me había hecho venir para que le ayudara y así ganar tiempo a la muerte, antes de que desapareciese la *vedette* que le aseguraba la publicidad y le estaba costando los ojos de la cara. Sólo pensaba en su dinero. ¡Maldito dinero! La célebre actriz también lo necesitaba y estaba agotada. No podía más, estaba muy enferma y para el rodaje bajaba de su habitación al gran salón de su hotel particular que habíamos transformado en estudio, con los electrógenos petardeando en las aceras, los cables entrando por todas las ventanas, un ejército de ayudantes, figurantes, técnicos y operadores invadiendo la casa, entrando, saliendo, gritando, chillando, ocupando todas las piezas en las que sonaban los martillazos de los carpinteros y tapiceros, moviendo los muebles, destrozando alfombras, desgarrando cortinas, trasladando cacharros, estatuas, cuadros, poniendo sus sucias zarpas en los íntimos recuerdos de una de las vidas más apasionantes, en los trofeos de una carrera de artista excepcional, de un triunfo universal, de una gloria sin par en los anales del teatro, plantando decorados por todas partes según las necesidades de las tomas, con los pintores enluciendo techos y puertas con ese gris que tanto gusta a los cámaras. Y esa gran artista agotada, esa anciana además de una sola pierna, esa desgraciada asaeteada de deudas, agobiada, bajaba de la habitación al salón temblando de fiebre, se maquillaba cubierta de pieles ante la chimenea en la que ardía un gran fuego, se mantenía absolutamente dispuesta a sus sesenta y nueve años y, levantándose ante la implacable llamada del megáfono, venía a exponerse a las voraces luces de los deslumbradores proyectores, a los insoportables reflejos de los espejos que se apuntaban sobre ella, a la cruda luz de las pantallas de aluminio, sometiéndose a las exigencias de la cámara, repitiendo la escena tantas veces como fuera preciso para delimitar el campo, regular la luminosidad, obedeciendo a pesar de ser la mujer más impaciente del mundo, la más caprichosa, la más original, la más fantástica, la más independiente intérprete, cuya carrera se había significado por el escándalo, tanto en la escena como fuera de ella, y que, siendo una debutante, no había dudado en varias ocasiones en darle portazo a la Comédie Française para gozar de su libertad y vivir a su antojo y formar parte de una *tournée* que revolucionó a los Estados Unidos, a pesar de lo cual obedecía sin rechistar a los rugidos del megáfono del que ese autoritario americano parecía no saber desprenderse (lo cual era aún más ofensivo por cuanto entonces, en 1923, el cine era mudo y la actriz tenía una voz de oro, voz que transportaba, que provocaba lágrimas, que exaltaba a todos los públicos y que nunca pudo ser grabada en película unos días antes de su muerte), y cuando la pobre mujer estaba a punto de desvanecerse, un médico joven, que formaba parte de ese equipo de impresentables, se lanzaba sobre ella para ponerle una inyección.

Puedo certificar que Sarah Bernhardt murió en la tarea, en pleno trabajo, drogada, dopada, espoleada, molida como una potra que se destaca claramente del pelotón de

cabeza y cuyo corazón estalla a punto de llegar a la meta, cae y revienta... Al final de la carrera... cuando sólo nos faltaban por rodar unas diez escenas.

Esto no es humano. Es una historia de locos.

Pero ya unos años antes, al día siguiente del estreno de *Romeo y Julieta* de Shakespeare, Jean Cocteau me había dicho por teléfono:

—Te equivocaste, Blaise, no acompañándome al teatro. ¡Fue un éxito! Sarah ha estado prodigiosa. Creíamos que estaba acabada después de la amputación de su pierna, pero ha mostrado a todo París que no estaba muerta. *Es un monstruo sagrado...*

Era la primera vez que oía esa expresión en la boca de Jean y estoy por apostar que era la primera vez que la empleaba.

Y eso tampoco era humano.

Sarah Bernhardt había desempeñado travestida el papel de Romeo. Cuando, en la escena del balcón, en ese diálogo de dos niños transportados por las alas del amor seduciéndose el uno al otro se iba acercando a la escala de seda que pendía de la ventana de Julieta atravesando la totalidad del escenario, no como un amante ebrio que pone el pie en el primer escalón y va a subir insensiblemente, extasiado, como seductor seducido, sino cual serpiente, cual larva rampante, rodando a brazadas en su silla de ruedas. Y cuando se levantó apoyándose a duras penas en un bastón y en su única y envejecida pierna visiblemente temblorosa bajo su atuendo, esa escena sofisticada fue un éxito aclamado con gritos, histerias, pedidas de repetición, aplausos inacabables del Todo París formado por esnobs, nuevos ricos, generales gloriosos, ministros y diplomáticos.

No quise acompañarle al teatro porque ese espectáculo me habría resultado horrible. Fue al final de la otra guerra. Yo había visto demasiados soldados, ellos sí jóvenes de verdad, el porvenir de Francia, sufrir sin quejarse, olvidados en camastros de hospitales militares y no atreviéndose a presentarse ante sus novias dadas las caras llenas de cicatrices, sus cegueras, sus tuberculosis, sus amputaciones de brazos o piernas, y yo mismo recién salido de ahí.

¿Sarah?

¿Picasso?

¿Los *Ballets* rusos? ¿El *Esprit Nouveau*?

No iba a tardar mucho en abandonar París para siempre, ese sofisticado París. ¡Irme!...

Pero todo el mundo es sofisticado, incluso Rusia a pesar de las purgas.

Y hoy, recién acabada la Segunda Guerra mundial, lo que sigue de ese complejo, de ese malentendido, de ese snobismo es el Existencialismo, tanto en teatro como en filosofía, representado por Sartre y todos esos jóvenes literatos literaturizados que se apelonan en los antros de Saint-Germain-des-Prés, que se sitúan en la punta de la extrema vanguardia de la exégesis poética y que se sumergen a contrapelo y hacen carrera en el conformismo, que no pueden vivir si no es en grupo, en bandas, a la cola

de un jefe de filas, pues lo que importa es el filete... «¡Viva la libertad!».

*En este desamparo y este hastío,
nadie hay a quien acudir se pueda.*

según el gran poeta Nekrassov, que se suicidó por hastío según la tradición de los poetas rusos, frase que el vagabundo Máximo el Amargo (es decir Gorki) transformó en «... ¡nadie a quien partirle la cara!»^[97].

XIII

LA NOVELA DEL MORRO AZUL

EL SEÑOR PADROSO me contó:

—¿Se acuerda usted del inicio de *Safo* de Alphonse Daudet, cuando el estudiante sube los seis pisos de su domicilio con una mujer en brazos, deja después en la cama la pesada carga, esa mujer disfrazada sacada del baile de la Ópera, y se lanza sobre ella jadeando, casi sin respiración, con dolorosos latidos de corazón, presto a estallar de emoción, de apresuramiento, de impaciencia, de juvenil triunfo pero también de agotamiento y fatiga física dado el esfuerzo realizado para llegar a lo alto de todos esos escalones sin flaquear, sin soltar a la desconocida que a cada piso pesaba más y sin dejarla caer al llegar al último rellano? Pues en ese mismo estado de agitación, de angustia nerviosa, sudoroso, sin aliento, sintiendo los latidos del corazón en la garganta, así me encontraba yo cuando dejé a Sarah Bernhart en su habitación, salvo que yo la dejé de pie en medio de ella con mil precauciones de tan frágil como me parecía esa divinidad. Y en vez de lanzarme sobre esa famosa mujer, como el otro sobre aquella desconocida, no llegaba a entender mi audacia de haberme hecho con la ilustre actriz y terminé de rodillas ante ella, echándome al suelo para besar con devoción el dobladillo de su vestido, pero sintiendo también un escalofrío en mi corazón...

»En 1909, cuando Sarah Bernhardt vino a actuar a Sao Paulo, la ciudad no era la capital que usted conoce, ruidosa, atestada, en la que se edifica una casa cada hora en medio de un ruido que aturde y una nube de polvo que sobrevuela y de la que sólo sobresale el rascacielos del Automóvil Club, orgulloso de sus cuarenta y siete pisos. Sao Paulo era una tranquila capitalita de provincias, de ciento veinte mil habitantes en lugar del millón con que cuenta orgullosamente hoy, cuyas calles ni siquiera estaban pavimentadas, por las que pasaban más burros y mulas de carga que paseantes actuales por las aceras. Hace quince años, ni siquiera había aceras. No se andaba por las calles. La gente se quedaba en sus casas, se observaba desde las ventanas. Las casas eran de una sola planta. Instalaron a Sarah en la *Rôtisserie Francaise*, que era el único edificio con un primer piso, un gran salón, una sala de reuniones y banquetes comunicada con el bar de la planta baja por una escalera muy estrecha y más escurridiza que esta escalinata de mármol del palacio del Emperador, pues estaba revestida de un *parquet* de madera roja de Brasil, bien cuidada y encerada, siendo la única escalera de esta dimensión, larga como una avenida y con ciento un escalones, exactamente como la del Emperador, pero como ninguna antes

vista en la ciudad. ¡Me pregunto cómo pude subirla a toda prisa y sin sentir vértigo! Podría haberme escurrido y romperle los huesos a la artista. ¿De dónde me vinieron mi seguridad, mi ánimo, mi fuerza? ¡Y mi seguridad! Tenía apenas veinte años y jamás me había destacado en nada. ¡Y qué audacia! Pues yo era más bien tímido por naturaleza. Además, era huérfano...

»Después de la representación que tuvo lugar en el aula de la Facultad de Derecho, pues en Sao Paulo no había aún ningún teatro, el entusiasmo por la diosa fue tan grande, que los estudiantes desengancharon los caballos de su coche y condujeron a la ilustre visitante a su hotel tirando de él, llevando a la Victoria en medio de una barahúnda indescriptible, con el público que se agolpaba, gente del pueblo, incluso negros poniendo en peligro el vehículo, mientras que ramos y ramos de flores lanzados de todas partes lo iban llenando, con la ilustrísima actriz enviando besos a la muchedumbre, escoltada y rodeada por estudiantes en medio de un estrépito de cohetes que no lograban dominar el estruendo de los aplausos. Se le hizo dar una vuelta por toda la ciudad. Era el delirio. Yo estaba situado en la portezuela de la derecha y mi mejor amigo en la de izquierda para preservarla del furor de los admiradores más fervientes. Conociendo la pasión de mis compatriotas, temiendo los extremos a los que podrían llegar, me había hecho con un revólver, así como mi amigo. La admirada mujer había sido objeto de varias apuestas y algunos hijos de papá, de esos ricos de las plantaciones del interior, se habían jurado raptar a la gran artista de París no para pedir por ella un rescate o despojarla de sus joyas, ¡sino para casarse con ella a la fuerza! Era una idea muy propia de lo salvajes que somos, pues el *Tupi* dormita en todo brasileño. Es así como, apenas llegados al hotel, tomé a Sarah Bernhardt en mis brazos y me puse a correr, subiendo sin parar esa terrible escalinata de la *Rôtisserie Francaise*, con un grupo de amigos detrás blandiendo antorchas y seguidos de una banda de locos excitadísimos peleándose en los escalones que llegaron a golpear sin ningún miramiento la puerta de la habitación con la que yo les había dado en las narices echando después el cerrojo, lleno de vergüenza...»

—Levántese, Señor —me dijo la divina.

»Allí estaba ella, de pie en un salón rebotante de esos cien bultos de los que hablaban los periódicos, más cincuenta cajas de sombreros, pieles, sombrillas, mientras iba y venía por la habitación expandiendo un aroma deliciosamente femenino, con el vestido hecho jirones, el cabello revuelto, con sus ojos glaucos que me sonreían a través del ramo de flores que tenía agarrado, menuda, soberbia, febril, feliz de esa pasión unánime que había desencadenado, oyendo los golpes en la puerta y las aclamaciones de la muchedumbre en el exterior bajo sus mismas ventanas reclamando que saliera al balcón, miles y miles de voces repitiendo su nombre, con una mueca de alegría en sus labios, con su boca que me daba miedo cual si fuera la de una serpiente, que se va acercando, moviendo los labios, la lengua... Y sus brazos se abrieron para cerrarse sobre mí, atraerme, apretarme contra su pecho, mientras que, dominado por un escalofrío, la oí decir “¡Pobre muchachito!...” y a mí murmurar:

»—Perdóneles, Señora, no saben lo que hacen. Entienda que es el latido del corazón por usted y por Francia, el corazón de toda la juventud de mi patria que late de amor.

»También oí latir el suyo, de una manera loca, mientras que el mío estaba callado.

»—Y ahora, muchachito, ya puedes retirarte —me dijo la diosa.

»Y mientras recogía su vestido, arrancando un trozo de encaje que me apretó en la mano, añadió empujándome nerviosamente afuera:

»—¡Como recuerdo! Como recuerdo de la mujer.

»Yo estaba paralizado por la emoción. No podía dar un paso. Todo me daba vueltas. Me senté en el escalón de más arriba con aquel encaje entre los dedos. No podía saber lo que mis amigos podían estar pensando de mí. En un momento dado, me encontré abajo, en el bar. Todos bebiendo champán. Primero hubo un pequeño jaleo, seguido de una batalla general. Finalmente, se desalojó el local y, al día siguiente, los periódicos contaban esta escandalosa noticia: que me había batido en duelo con mi mejor amigo y, como se produjo una muerte, ¡publicaban unos versos de amor que le había dirigido a la divina! Me convertí en el héroe del día, yo que acababa de quedar tocado en lo más profundo de mi alma y que pretendía mantener en secreto mi pasión. Y todo eso por un trozo de encaje.

»¿Qué más puedo decir? Pasados los años, he ido leyendo las *Memorias* de Sarah Bernhardt y, según creo, todo lo que se ha escrito sobre ella hasta el día de su muerte, por cuanto me suscribí al *Argus* para obtener todos los recortes de prensa que hablaran de ella. Había hecho de ella una religión. Sé que tuvo innumerables aventuras y que, especialmente en los Estados Unidos, fue perseguida por, entre otros, el propietario de un rancho que estaba loco por ella y quería darle todo un rebaño de bueyes que había incluso conducido a una pequeña estación perdida del Oeste, para lo cual sus *cow-boys* habían bloqueado la locomotora; por un “fuera de la ley” tejano que paró el tren en plena noche para robarle sus bultos y que se llevó toda su lencería; por buscadores de oro y diamantes que le ofrecían sus pequeñas fortunas. Sin olvidar las cabezas coronadas de Europa, príncipes y duques que le enviaban las joyas más bellas del mundo, vividores que la rodeaban y poetas que escribieron para ella inmortales obras de arte, como Jean Lorrain y Edmond Rostand. Hoy soy consciente de hasta qué punto mi sentimiento amorosamente caballeresco era juvenilmente ridículo. ¡Y pensar que me batí por ella y que mi vida quedó marcada por su único beso! Pues, desde el día siguiente, fui junto a mi tutor para decirle que ya no podía vivir así, que había sido tocado por una gracia divina y que iba a retirarme en la soledad. Y el anciano, que temía nuevas extravagancias por mi parte y también que le reclamase las cuentas de la tutoría para ir tras la diosa a París, se las arregló con el padre de Caio para permitirme que me instalara aquí, en esta vieja hacienda del Morro Azul, la hacienda del olvidado Emperador. Y es así como discurre mi vida, lejos de todos, en este dominio que vuelve a su antigua selvatiquez, entretenido en el descubrimiento que hice de una nueva constelación, la *Torre Eiffel*

sideral, de la que quisiera hablarle con el ruego, pues confío plenamente en usted, de que acepte hacer lo necesario en París para que se registre oficialmente mi descubrimiento (¡sería mi mayor alegría antes de morirme!). Pues, según creo, supone un pequeño homenaje que le hago a la diosa y a Francia localizando la Torre Eiffel en el cielo y en nuestro hemisferio austral.. Es un símbolo. He tenido tanto miedo por ellas dos durante la guerra. Sarah y la Torre son las dos proyecciones espirituales de la Francia actual y están muy íntimamente unidas en mi mente, como comprobaré y tal como lo he explicado en mi comunicación en la Academia de Ciencias, pues no es ninguna chifladura... Pero el Instituto no me responde, a pesar de la documentación que adjunto, con una fotografía astronómica que no deja lugar a dudas sobre la realidad de mi descubrimiento, ni tampoco a los escritos detallados y las llamadas que les hago periódicamente por intermediación de nuestro ministro de Asuntos Exteriores y de nuestro embajador en París. Ya no trataré más sobre Sarah. No me hable de ella. No diga nada. No quiero saber más. Pero escúcheme...

»Quince años. ¿Cómo no hablar de ella y cómo contarle mi vida aquí sin pronunciar su nombre? Lo que me desagrada de ella es que dejó que se publicara en sus *Memorias* una fotografía en la que se muestra vestida de caza con otros amigos suyos, estando en Canadá, gozosos en esa caza. En ella se la ve apuntando a un pájaro. Seguro que disparó, lo que me hace llorar... Hace quince años que vivo aquí. Cada vez que oigo un disparo, me siento mal. Pues es un canto que ya no se oirá. Un perdido trino de amor. Plumas al aire. Un montoncillo. Un sombrero en un charco de sangre. La cabeza exangüe de mi amigo. Me ocurrió un amanecer. El ave estaba cantando en una palmera. Disparé mi revólver sin querer, sin mover un dedo. Me vino la noche. Cuando se han vivido abismos de tanto sufrimiento, cualquiera que sea la responsabilidad de la pena sentida, se sale de ellos con un sentimiento de haber cometido una injusticia... Es atroz. No encuentro palabras. Me gustaría poder explicarle cómo el alma desata cada atadura para evadirse del amor. Es imposible hacérselo comprender a quien no ha sentido la cuerda en su cuello y después deshacerse el nudo, aflojarse el ahogo, abrirse los grilletes. Es pasmoso. ¡Se vuelve de tan lejos! Uno ya no se reconoce y se pregunta angustiosamente sobre la parte de responsabilidad que se ha tenido en el progreso de su propia liberación. Tantos movimientos involuntarios, esfuerzos secretos, impulsos oscuros, reflejos que te permiten respirar, defenderte, constituir una reserva de aliento extraño en el pecho y, de repente, en un supremo esfuerzo, tensar todos los músculos y hacer estallar la camisa fuerte y sus correas opresoras. Pero no se es todavía libre, pues sigue habiendo muros que franquear, y aunque el alma sueña ya con la libertad reconquistada, se sigue estando clavado en el suelo de tu calabozo, ya que se sigue estando preso en una pesada vestimenta que se adhiere a uno de mil maneras y de la que se tardará tiempo en liberarse por los muchos cordones, lazos y complicaciones que la componen. Hay broches en la espalda a los que no se llega. Sigues estando maniatado. Das vueltas y revueltas por el suelo. Haces mil esfuerzos. Te frotas contra

las cerraduras de la puerta. Te restriegas contra la pared haciéndote heridas. Se te rompen las uñas. Pero las costuras no se deshacen. Uno llega a ponerse loco de rabia y, cuando finalmente salta todo en un ataque de rabia, el loco se encuentra aún vestido de un arnés de trozos de cuero y de correas que cuelgan de todas partes, sin olvidar los jirones de tela que flotan alrededor de tu persona señalándote y ridiculizándote si intentas huir. Entonces te resignas y esperas que esos jirones se deshagan por sí mismos una vez podridos; si no es así, te impacientas y vuelves a agitarte, a enredarte llegando hasta estrangularte a ti mismo. Entonces basta un simple sobresalto. ¿Suicidio secreto? ¿Muerte? Muerto para el mundo. Pasa el tiempo... Quince años... Una nadería me bastaba para volver a mi abismo. Ocurrió con un simple recorte de prensa, un eco...

»Todos los días hasta que murió le escribía cartas que no enviaba y aún hoy le escribo poemas de adoración amorosa que tampoco he enviado a la divina, pero de los que tuve la debilidad de permitir que se hicieran copias, algunas de las cuales quizás haya ya leído usted mismo, ¿no?... ¿Se las pasó Caio? Veo que sonrío. Seguro que a este hombre le impresionó usted como me impresiona a mí también con su calma, su bondad y su manera de escuchar y comprenderlo todo. ¡Qué paciencia! Estoy confuso. Disculpe. Pero tengo que volver sobre la divina para hablarle de mi Torre Eiffel...

»Le debe de parecer que me repito y vuelvo siempre sobre el mismo tema. Nada de eso. Es por el mal que seguía avanzando. Un cáncer en el corazón de la soledad. Sin mi amor por Sarah y por Francia no habría hecho nunca mi descubrimiento. Estaba obsesionado, y es esa angustia que sentía por la divina desde que empezó la guerra la que me hizo alzar los ojos al cielo, y fue justo cuando la entrada de los alemanes en París, suceso que me produjo una gran desesperación, cuando descubrí en el cielo la Torre Eiffel, que me hizo confiar en el destino de Francia y me anunció la victoria en la batalla del Marne y que París se había salvado. Las fechas son prueba de ello. ¡Qué día! Lo pasé en Glareola llamando a todos los periódicos franceses, y los brasileños publicaron mi predicción. Era el 7 de septiembre de 1914. Francia es inmortal. Los telegramas que confirmaban oficialmente la gran victoria del Marne llegaron a cuentagotas y escalonados durante ese mes, y el primero de ellos, muy dubitativo e inseguro, diez días después de mi predicción. Pero en aquel momento, yo ya había hecho venir un fotógrafo del Observatorio de Río para que tomara una fotografía de la Torre Eiffel sobre el cielo de Brasil y redactar un comunicado para el Instituto de Francia. Tenía prisa por hacer conocer *la Torre Eiffel sideral* al mundo entero. Pero el Instituto no se ha dignado responderme hasta la fecha, lo que no impide que siga estando muy orgulloso de mi descubrimiento.

»Como le decía, le escribía cartas a la divina cada día, cartas que no le enviaba y llenan hoy mis carpetas. También versos, que tampoco recibía, guardándolos en un clasificador americano, una pequeña caja fuerte de un metro cúbico que está lleno a rebosar, cuya llave llevo siempre encima. Mire, es esta. Me pregunto cuántos versos

puede contener un metro cúbico de poesías, probablemente más de cien mil en números redondos. Calcule: quince años de escritura, cada noche hasta las dos de la madrugada, y cartas a lo largo del día. Pues a las dos de la madrugada salgo cada día a dar cien pasos ante la casa, yendo y viniendo bajo las palmeras, de un extremo a otro del paseo, pensando en ella, componiendo versos mientras ando, después de lo cual acabo sentado en un banco, agotado, roto, con la cabeza perdida bajo una bóveda vegetal, y la evoco, me pongo a soñar con ella, y levanto los ojos al cielo y la veo como cuando actúa, pues no me duermo, perdí el sueño hace ya tiempo, mi criado pretende que soy un sonámbulo y se compadece de mí y me riñe cariñosamente, mientras sigo con la mirada las constelaciones que se mueven, viajan y cambian de situación según la hora y las estaciones. Y para descubrirlas miro a la izquierda, a la derecha, impedido por las palmeras imperiales que han crecido a lo largo de quince años para dificultarme la visión. Dígame, ¿no hay motivo para agobiarse?... La profundidad de la noche... Ustedes, los poetas franceses, son inimitables. Eso me descorazona. He leído todo Victor Hugo y Edmond Rostand, lo que me obligará a no publicar nunca nada. Así que esté tranquilo, que no le aburriré con mi poesía. Me da vergüenza. Dicho esto, observe que dar ese paseíto durante quince años hubiera podido llevarme en línea recta hasta París. ¡Y todo ese papel malgastado durante quince años! Quizás más me hubiera valido montar una fábrica de papel. Es para desanimarse. Mi vida está perdida. No soy más que un fracasado, si no fuera por ese descubrimiento del que me enorgullezco y del que todo el mundo se ríe, de la *Torre Eiffel sideral*...

Francia. París. La Torre Eiffel. Sarah Bernhardt. Una mujer única. Un monumento esplendoroso. Una ciudad luminosa, la *Ville Lumiere*, la capital del mundo. Un país, la patria de la Fraternidad humana. No olvide que no soy cristiano, soy positivista. Y mi maestro Auguste Comte era también francés. Sé muy bien que sólo se pueden conocer con exactitud las verdades constatadas por la observación y la experiencia. Creo que nunca nadie tuvo la ocasión de observar y experimentar su vida en condiciones tan buenas como las mías. Pues yo estoy encerrado en el inmenso Brasil salvaje como si estuviera en una probeta. Y esta es mi experiencia: nunca he abandonado el Morro Azul. Jamás he salido de mi provincia natal. Ni siquiera conozco Río. Jamás he estado en Europa. Jamás he puesto los pies en París. Jamás me puse bajo las ventanas de la divina. Jamás he palpitado de emoción bajo la lluvia de invierno siguiendo su sombra reflejada en las cortinas iluminadas de su cuarto de aseo con la vana esperanza de ver su silueta. Jamás he ido al Teatro Sarah Bernhardt de la plaza del Châtelet. Jamás me he perdido entre la gente a la salida ni he espiado la puerta de los artistas. El conocimiento ideal que tengo de todo eso está hecho de nostalgia y de meros detalles obtenidos de aquí y de allá, vertiginosamente verdaderos e irreales o surrealistas como todo lo que nos viene de la imaginación o de la lectura, o por abstracción, deducción, estudio, recortes, poesía de un mapa de Francia colocado en la pared de mi despacho, sueños ante el plano de París u

hojeando un álbum de fotos o postales de la ciudad y de actrices célebres que me enviaba una sospechosa agencia situada en los Grands Boulevards. Dicho esto, dada mi inocencia, mi abatimiento fue indecible y total mi postración cuando me enteré de la declaración de la guerra en 1914, cuando la invasión de Bélgica, cuando supe del avance del ejército alemán y la ocupación de París por esos Boches. Estaba desesperado. Quise enrolarme en la Legión extranjera, pero ya no salían barcos...

»Imagine que al principio de mi estancia aquí quise instalarme en el palacete para así vivir en un marco digno de ella, pero las arañas, los animales, las serpientes me daban miedo, por lo que no subí allá arriba hasta esta noche para que le instalaran la cama del Emperador. Imagine que la vieja mansión colonial en la que vivo está llena de apariciones, de sombrías leyendas de los Negros, de espíritus espantosos y de la trágica historia de mi predecesor, *Herr Karl Vogt*, un severo y cruel amo que fue asesinado por sus esclavos el día de la liberación y cuyo fantasma frecuenta la casa. He hecho tirar la *senzala* para así borrar el recuerdo de aquellos días, de aquellas cosas. Vivo desde hace quince años entre mi sirviente, que es tan abnegado como devoto, y el gerente de la plantación, que siente nostalgia por los tiempos antiguos y es vengativo y limitado, pero fiel, aunque avaricioso. Su padre era ya el delegado del antiguo amo de aquí, y era él mismo quien marcaba a los esclavos a fuego y los hacía trabajar a golpe de látigo. Cuando se produjo la supresión de la esclavitud y después del asesinato de *Herr Karl Vogt*, en 1887, el mismo que hizo construir el palacio al que el Emperador nunca vino, los Negros se dispersaron. Algunos se fueron a Río y Pernambuco, otros peregrinaron hasta Bahía, la Roma supersticiosa de los Negros brasileños. Posteriormente, los más ancianos volvieron al no encontrar trabajo ni salidas, pues en definitiva la libertad que se les concedió fue el derecho a morir de hambre en cualquier rincón sin que eso afectara a nadie. Cuando vine a instalarme en el Morro Azul, que estaba en una situación de abandono desde hacía veinte años, unos cincuenta de ellos habían vuelto ya a la plantación en la que tanto habían apocado y sufrido hasta hacía poco. Chavin los maltrataba, pero ellos preferían eso a la libertad que se les concedía. Pero cuando se supo qué tipo era yo, alguien atormentado, cuya fama de sonámbulo se iba extendiendo, otros Negros más volvieron, algunos de los cuales nunca habían trabajado aquí. Hoy cuento con más de cien, algunos muy ancianos, que me siguen con veneración y dedicación, pues aquí viven en su reino, pueden soñar y, estén dormidos o despiertos, creen estar viendo lo que ocurre aquí o en cualquier parte del mundo, o lo que va a ocurrir próximamente. Por más que se confíe en su trabajo, por más que se les vigile, en realidad ellos obedecen sólo a los decretos de un mundo invisible, el suyo. En esto me parezco a ellos y somos como hermanos. Para ellos soy el padre mágico y me ayudan adivinando mi mal, participando en él de una u otra manera, con palabras o con ceremonias secretas. Verdaderamente, le aseguro que esta es una hacienda de locos en donde la vida se mantiene a fuerza de nostalgia. Venga, salgamos, voy a mostrarle la *Torre Eifel sideral* que ese imbécil de Bueno no logró ver ni distinguir, ni siquiera en

la foto, y que él la llama *Máa Eiffel* cuyo culto propaga entre sus congéneres como si se tratara de una *Máa d'Agua*, y también *Máa do Ceo*, el hada de las Aguas o del Cielo, un genio maligno, un espíritu, una Madre. Lo sé con toda seguridad por las informaciones de ese bruto de Chavin, que me suplica que actúe con energía. “Nunca se sabe lo que puede suceder con estos sucios Negros, ni lo que están maquinando. Debería darles duro, decía. ¿O es que le han embrujado?”. Embrujado o no, mi vida está siendo una continua derrota y me parece que mi descubrimiento fracasará. Pero venga, salgamos, voy a enseñársela. Es ahora cuando brilla con un resplandor incomparable, con todos sus fuegos iluminados. Ya me dirá si la Torre Eiffel es tan bella.

»Es aquí, ya hemos llegado. Siéntese. Mire, es como le he dicho. Cuando hay un bonito claro de luna es como si se estuviese en un teatro, ¡y cuántas veces no habré evocado a la divina recitándome versos para mí solo, largas tiradas patéticas, elegidos de las escenas más apasionadas de su repertorio que me sabía de memoria —y a las que yo le respondía, balbuciendo de emoción— y ella recitaba a su vez versos míos con su voz de oro! Imagine también lo que puede ser para un ciudadano nacido en Brasil la idea de pasar una noche fuera. Me ha costado mucho acostumbrarme a eso, debido a los animales nocturnos, insectos, murciélagos, vampiros, serpientes silbadoras que se oyen entre los bambús, ratas o zorros, o una enorme rapaz gris ceniza que se posa habitualmente en el tejado del palacio y se queda ululando toda la noche sin dejar de revolverse, enseñando su picazo y erizando sus plumas con estrépito. Su grotesco y siniestro grito me causa pavor. Soy cobarde. Todavía hoy a veces me pongo a correr hasta entrar en la casa, sofocado, cerrando inmediatamente la puerta con cerrojos y quedándome temblando hasta que amanece, oyendo el traqueteo de mis dientes en el palo de la pipa, con la mandíbula contraída por el miedo. Es ridículo verme a mis años tan atemorizado y sensible y a la vez tan gozoso con sus miedos. Es que la soledad es aquí muy grande. ¡Y el amanecer tarda tanto! Sólo el canto de los pájaros me consuela y acuna. Pero ya le dije que perdí el sueño. ¡Qué lento es el amanecer cuando se le espera entre lágrimas detrás de una puerta para liberarse de un espanto! Esto parece infantil, y lo es. Pero el saberlo no te da ánimos. Muy al contrario. Es para reírse, pero es absurdo creer que uno se podrá curar alguna vez, curarse... Se está condenando. El alma del solitario se condena a sí misma. No se puede querer a un fantasma si no se es un perverso... de su propio fantasma, pues a menudo me desdoble...

»Como le decía, la noche del 6 al 7 de septiembre de 1914 estaba aquí, sentado en este banco, pensando en las tristes noticias procedentes de Francia, absolutamente abatido, desesperado. La suerte que podía sufrir París bajo las bombas, las ruinas invadidas por la soldadesca enemiga, Gallieni haciendo saltar la Torre Eiffel, los Teutones siguiendo a la divina, haciéndola prisionera, llevándosela, haciéndole avanzar a golpes de culata por entre los escombros, maniatada, con una mordaza en la boca para que no pueda llamar al pueblo a que se alce con esa voz suya de oro y

fuerte como una trompeta, ¡oh, amor mío!, simbolizando a Francia entera. Entonces me ponía a llorar a raudales. Y me ponía a mirar el cielo, buscando si acaso la mayor catástrofe histórica de los tiempos modernos no se fuera a reflejar en él con los resplandores del fuego, cuando, ¡victoria!, a través de las lágrimas que estaba derramando descubrí de repente una constelación que no había visto ninguna noche en los quince años que he pasado sentado en este banco. ¡Mire! Allá, entre esas ramas que se entrecruzan... no, allá, allá... un poco más alto... mire, allá, en la punta de mi dedo, en medio de ese ramaje agitado hay como una abertura, un tragaluz triangular, un cristal que se refleja en pleno cielo... allá, puede contarlas, hay cuatro grandes estrellas que marcan los pilares de la Torre Eiffel; después, un poco más alto, tres estrellas que marcan la primera plataforma; y después dos más, más arriba, un poco menos brillantes, que marcan la segunda plataforma; y en todo lo alto, a cierta distancia, esa otra estrella deslumbrante, el faro de la Torre Eiffel, todo ello ligeramente inclinado sobre nosotros... ¿No encuentra usted que esta nueva constelación es la figura misma de la Torre...? No hay lugar a dudas. Sé muy bien que esas diez estrellas pertenecen a diversas constelaciones ya catalogadas y archiconocidas que se nos enmascaran por la evanescencia de las palmeras, pero, tal como las vemos desde aquí, y de eso no hay duda, esas diez estrellas agrupadas dibujan la silueta de la Torre. Es también lo que opina el fotógrafo del observatorio de Río que hice venir especialmente, que también las localizó y sacó una muy bella fotografía astronómica sin mayores complicaciones. Permítame que le ofrezca un ejemplar en recuerdo de su paso por el Morro Azul. Y no vaya a pensar que haya tomado esas estrellas de otras constelaciones para hacer una nueva y para recordar el impacto que me produjo tal descubrimiento y la iluminación que tuve para predecir la victoria en el Marne, así como para anunciar, *urbi et orbi*, que Francia se había liberado. El fotógrafo del observatorio parecía temerlo, y me decía que mi nueva constelación jamás sería considerada oficialmente por los astrónomos. ¡Quizás sea por eso por lo que el Instituto de Francia no me responde!... Pero el cielo no pertenece a nadie, ellos no tienen la exclusiva y todos los nombres vulgares y vacíos de sentido que los astrónomos han puesto para llenar sus cartas astrales todavía muy incompletas y defectuosas no significan nada, mientras que la Torre que se alza en el cielo de Brasil, mi patria, sí significa algo digno de ser registrado para la Humanidad entera dadas las circunstancias de mi descubrimiento, ese drama shakesperiano de ser o no ser que se desarrollaba en Francia, la salvación inesperada de la ciudad luminosa, sin olvidar el papel simbólico que le atribuyo a Sarah Bernhardt, que es algo personal de doble visión en un estado de trance caracterizado. ¿Puedo contar con usted para intentar un último paso en París para la homologación de mi descubrimiento?... Gracias, querido amigo, gracias de todo corazón...

XIV

¡BANZO!

YA HABÍA TRANSCURRIDO casi un mes. Ya me estaban entrando ganas de irme, pues sentía que el *banzo*, la melancolía de la tierra de uno, me iba invadiendo. Todos los días empezaba anunciando mi partida para el siguiente, y al siguiente la aplazaba para más tarde por no decepcionar al Dr. Padroso, quien, por la confesión que me había hecho, había dado muestras de valor y me había demostrado una confianza fraternal, ilimitada. Pero esa misma confesión envenenaba nuestra relación y, aunque no nos evitábamos, nos encontrábamos lo menos posible fuera de las cenas. El doctor debía de encontrarse algo molesto por haber dicho demasiadas cosas y yo, por discreción, no me atrevía a preguntarle nada más o hacerle retomar un tema para precisar algunos datos y pequeños detalles que nos llevarían a su infancia de huérfano, a su más tierna infancia, siguiendo el método de los psicoanalistas, obligándole a hacer una introspección de sus sueños fallidos. Nos volvíamos a encontrar en las cenas de madrugada pero intercambiando banalidades, él siempre un tanto estirado pero con buen apetito, lo que no le ocurría desde hacía ya mucho tiempo, según confesaba con una triste sonrisa, y yo bebiendo mucho, contando chistes y preguntándome, sin que pareciera que lo observaba, hasta qué punto ese buen hombre por el que sentía la más cálida simpatía y cuya historia me había llegado al corazón se había liberado de su angustia al contarme su pesado secreto.

Durante el día, pasaba el tiempo en mi coche, con el que recorría las plantaciones buscando a Chavin, con quien solía charlar y cuyo cinismo y gusto por la bebida me revigorizaron en un principio pero acabaron también por profundizar mi melancolía; o bien me daba una vuelta por los alrededores hasta Glareola, esa pequeña población que se iba modernizando, con inauguraciones continuas —unos aseos públicos, un lavadero, unos servicios sanitarios— lo que era pie para organizar una fiesta; allí me detenía en el *Pinhao*, su primera sala de baile y, de regreso, paraba en todas las obras que estaban rejuveneciendo la región para hablar con los obreros, generalmente italianos, pero también muchos alemanes y polacos víctimas de la guerra pero que, aunque es cierto que encontraron un inmediato contrato de trabajo, muchos de ellos estaban descontentos y lamentaban amargamente haber emigrado. «Pasa lo mismo en todas partes, decían. Siempre somos los mismos los que currelamos. Los explotados». ¡Todos se quejaban de ser dirigidos por capataces negros!

En cuanto al doctor, se pasaba toda la mañana encerrado en su despacho, según su costumbre, cuya puerta me abrió sólo una vez, una tarde, para entregarme la

fotografía de la *Torre Eiffel sideral* enrollada cual pergamino diplomático y metida en un tubo de cartón con unos sellos rojos, lo que fue una oportunidad para ver el famoso mueble atiborrado de cartas dirigidas a Sarah Bernhardt y la curiosa caja fuerte que contenía un metro cúbico de poesía, es decir cien mil versos, de los que no me entraron en absoluto ganas, como sí me ocurría con otros, de hacerme con una copia por más que el Sr. Padroso se pudiera incomodar. En cambio, sí que me detuve ante un marco clavado en la pared entre el mapa de Francia y el plano de París que contenía un trozo de encaje amarillento.

—¿Es este? —le pregunté.

—Sí, ese es —me respondió volviéndose de espaldas para ocultarme su confusión.

Para cansancio nervioso, la castidad es más agotadora que la juerga.

Se había dejado caer en un sillón mientras llenaba su pipa. Yo me senté en una esquina de la mesa, lo que produjo que cayeran al suelo recibos de banco. Encendí un cigarrillo.

—Disculpe —le dije.

—No pasa nada, déjelo. No importa...

—Me voy mañana.

—No se vaya todavía —me dijo dando una calada—. He pedido al fotógrafo que venga, quisiera tener un retrato suyo...

El despacho estaba lleno de polvo, mal amueblado, demasiado amplio, con tres grandes ventanas que daban al mirador y con las persianas echadas. Una nube de moscas revoloteaba alrededor de un oblicuo rayo de sol. Montones de papeles por todos los rincones y una biblioteca bamboleante con la colección completa de la *Revista de los Dos Mundos*, desde el primero hasta el último número aparecido, aún sin abrir. Pero en ninguna parte vi libro alguno. De la pared colgaba una fotografía ampliada de Auguste Comte, otra de Victor Hugo y una tercera de Edmond Rostand, las tres en marco de ébano. La de Victor Hugo estaba un tanto ladeada.

—No se vaya todavía —me dijo el doctor—. Quisiera tener su retrato para colgarlo junto a esos otros. El fotógrafo viene de Sao Paulo esta semana, en tren especial. Le he pedido que venga...

Nos quedamos en silencio un largo espacio mientras fumábamos, sin saber qué decir.

Tendría que haberlo sacado de su silencio, pero ¿cómo?

—¡Hasta esta noche! —le dije cogiendo la puerta.

—Hasta esta noche, querido amigo...

Durante la cena, más de lo mismo. No sabíamos qué decirnos. La conversación no cuajaba. Él no dejaba de comer, quizás por el embarazo de la situación. Yo tampoco de beber, también por lo mismo. De vez en cuando contaba un chiste sonriendo..., pero no se producía el eco. Entonces, le preguntaba acerca de la evolución de la región, sobre la gente, sus vecinos, la vida en otras haciendas, lo cual

empeoraba la situación. Y terminaba preguntándole sobre los pájaros, su otra pasión, y entonces se mostraba inagotable. Yo me animaba y sentía renacer nuestra amistad. El ambiente volvía a ser cálido. Rellenaba otra vez su pipa mientras peroraba. Yo era todo oídos, a menudo maravillado. Me fumaba otro cigarrillo. Vaciaba una jarrita, dejando pasar el tiempo. Lo que me contaba de los pájaros me hace pensar hoy en el libro de Delamain, *Por qué los pájaros cantan*, el más bello título del mundo^[98]. ¡Qué pena que en su soledad el Sr. Padroso no escribiera sobre los pájaros de Brasil en vez de parir cien mil versos!

Terminada la cena y acabada la arenga, el doctor se retiraba para hacerse sus cien pasos ante la casa y caer agotado en su banco. Era desesperante. Yo no lo acompañaba, seguro como estaba de que no tenía nada más que contarme sobre Sarah Bernhardt, la mujer de su vida. Lamentaba no haberme ido ya la mañana siguiente a su relato sobre ella. Me trataba a mí mismo de idiota por haber tenido esos escrúpulos. Me retiraba cobardemente puesto que no se es sonámbulo por mucho que se quiera. En todo caso, noctámbulo. Me retiraba a echarme en mi coche, como la primera noche pasada en la hacienda. Pero no dormía. Esperaba con impaciencia a que el señor Padroso entrase en la casa golpeándose en la puerta, dándole dos vueltas a la cerradura. Entonces salía furtivamente del coche, subía la escalinata de mármol, me instalaba en la terraza del palacio del Emperador, escuchaba ulular las aves nocturnas sobre mi cabeza, temblando al menor ruido que se acercase, incómodo, pensando en la serpiente de cascabel señora de aquellos lugares, mirando las estrellas, perdido, absorto en el gran paisaje nocturno, esperando el amanecer y tiritando dentro de mi pijama.

Bajo el trópico, la sinfonía de las aves comienza un cuarto de hora antes del alba. El doctor debía de estar asomado a su ventana. Yo tendría que haber ido a hablarle sinceramente, sin complejos. Pero no me venía el valor de hacerlo. Me fastidiaba tener que volver sobre el mismo tema, por mucho que el caso me había interesado al principio y que mi simpatía, mi amistad y mi sentimiento fraternal le habían aportado mucho. Pero un caso es un caso. Ya que no soy ni cura ni psiquiatra, ¿qué podía hacer por él sino ocupar su lugar en el Morro Azul y mandarlo a él al mío en París? No veía otra solución. Pensé seriamente en la cosa, pero el señor Padroso no hubiera aceptado de ninguna manera. Hay casos en que no se puede hacer nada por nadie. ¡Ayúdate tú y Dios te ayudará! Que el hombre solitario se las arregle solo. Cada cual está solo en el mundo con sus complejos. Pero también puede dominarlos. Por mi parte, no me interesa nada la política, sino los prismas de la contemplación.

Como decía, al amanecer, después de la lúcida sinfonía de los pájaros, fui al sótano de la piscina como aquel primer día pensando desalojar las arañas de la tubería, y allí encontré a Chavin escondido, examinando una retorta de acero instalada bajo el horno de la calefacción en la que destilaba un aguardiente con el que llenaba botellas. ¡Bonitas arañas venenosas, qué ricas! Y nos pusimos a beber como buenos borrachines.

Como todo buen *caboclo*, este malvado Chavin era un taciturno. Nunca se sabía lo que podía estar pensando, si estaba preparando una sangrienta venganza o si maquinaba traficar oscuramente para hacerse con pasta. Era astuto. Y autoritario. Se sabía indispensable pero también generoso. Su sorna confundía a los Negros, lo que le divertía mucho. Sus torvos ojos de córnea amarilla en una cara agujereada por la viruela daban miedo. Tenía una dentadura de caníbal, casi nada de cuello, con la nuca haciendo bloque con la espalda de lo desarrollada que tenía la musculatura. Era de estatura media, casi tan alto como ancho, con una leve barriga debida a la edad. Podía tener unos setenta, no tenía mujer, vivía solo, pero embarazaba a todas las Negras de diez leguas a la redonda en una región que conocía al dedillo, recorriendo la montaña por la noche, volviendo al amanecer, siempre por lugares en que no lo descubrieran a través de sendas y pistas secretas cual jaguar, evitando los disparos, las trampas, los cuchillos, armado de un bastón que manejaba virtuosamente, eludiendo los problemas, vivo, alerta, dispuesto a todo, provocador, cínico. Cuando le citaba sus éxitos de macho cabrío, no decía nada pero se sentía orgulloso, satisfecho, adulado, guiñando el ojo. Pero si le preguntaba sobre la condición de los Negros, mostraba todo un arsenal de argumentos a mi disposición.

—Es un pueblo de nada. Si se le agita, no se pone blanco, sino gris. Son cobardes. Perezosos. Además, curiosos animales. Si los alimentas, se quedan dormidos. Acuéstate con su mujer y verás que la han servido muy bien. Unos chiflados. Unos cerdos, muy buenos para hacer embutido con ellos. Su dios es el *jacaré*, el cocodrilo: *Ponte ahí para que te coma, que si no soy comido*. Esa es su moral, una pesadilla de la digestión. Si uno logra tener la panza llena, todo el grupo sueña con tenerla llena. Todo Negro es brujo. Hay que desconfiar de ellos. Les gustan los golpes, parece que con ellos se hacen más mágicos, pues es increíble las dosis que pueden soportar sin decir palabra, ni siquiera murmurar un conjuro entre dientes. Un peligro para el mundo. Como sus danzas. Es una raza que no es de este mundo.

A pesar de sus maquinaciones de destilador siempre al acecho de lo que pudiera venir, no dejaba de mirar al pasado. Fue el que primero me habló del «árbol del castigo» del que extraía las varas para golpear a los Negros, mostrándome un último ejemplar oculto en una pendiente de cuyo cuidado se ocupaba, convencido de que el tiempo de la esclavitud iba a volver pronto.

—Esto no puede seguir así. Es el mundo al revés. ¡Pensar que Negros dirigen a Blancos haciéndoles trabajar en esas obras de alrededor del Morro Azul! ¡El amo anterior no lo hubiera soportado! Usted ya ha visto a esos capataces negros encorbatados, engominados, con su bloc, su lapicero, sin dar palo al agua, y anotando las retenciones y las multas, los que llegan tarde, los enfermos, los ausentes, mientras que los pobres diablos Blancos trajinan llenos de sudor, semidesnudos bajo un sol como el de aquí, ¿no le dice nada ese espectáculo? Toda esa mano de obra que nos llega de Europa no conseguirá nada con las máquinas que hay. Los Negros terminarán jodiéndose a sus mujeres, ¡se lo digo yo! Esto ya no es vida. Hay que

respetar el trabajo bien hecho. Y eso sólo se consigue con una buena vara. Ya hay pruebas de eso.

La vara o el látigo. Al preguntarle un día acerca del maltrato que se daba a los esclavos en las plantaciones de antes, teniendo en cuenta las exageraciones que se me contaron y poniendo en duda dicho régimen de atrocidades que me parecían contrarias a los intereses de un amo que en principio debía cuidar su manada como se cuida y alimenta un rebaño selecto de ganado, Chavin estalló en risotadas:

—¡Pues claro que *Herr* Karl Vogt cuidaba a sus Negros, pagando ya por ellos un buen precio al comprarlos sin hacer mayor distinción! Era un amo justo y severo que sabía como actuar y también como usar el látigo. Los Negros lo adoraban justamente porque tenía carácter y se mostraba inflexible. Se lo pedían incluso, y los más viejos comentan aún hoy las famosas azotainas colectivas que se llevaban a cabo aquí, y que recuerdan tanto como las *batucadas*, esas sus danzarinas fiestas nocturnas. ¡Pero ya no hay hombres así! Que lo hayan asesinado el día de su liberación no fue para vengarse, sino el final de una larga sesión de magia y como última sílaba de una fórmula de conjura, un último acto de su locura colectiva. Un mal sueño. Lo que me extraña es que no se lo comieran. La libertad les daba miedo. Y la prueba es que muchos de ellos han vuelto a su antigua plantación. Venga, va a ver de lo que mi padre era capaz y comprobará si miento cuando le digo que al Negro le gusta que lo golpeen. Pues la oferta bien vale la demanda y si el Negro no exigía la corrección, nunca se hubiera inventado el látigo, los grilletes ni ningún otro instrumento de tortura más perfeccionado. Venga a ver. Pues me parece que usted se hace una idea muy curiosa sobre el asunto, jovencito. Porque no se llega a alinear una plantación ni trazar líneas rectas y rectángulos bien ordenados sin hacer doblar el espinazo, pues la tierra está a la altura de los pies, y solamente con el látigo se consigue eso. Venga, venga...

Así que me llevó a un hangar apartado en donde, después de rebuscar en un oscuro rincón y separado un montón de cosas viejas, me puso ante los ojos unos látigos de nudos, otros con clavos, una máscara de hierro que se ataba a la cabeza de los que comían tierra roja, la famosa diorita de Brasil, muy fértil y que tanto les gusta amasada con cierta tierra blanca, probablemente baritina; además de cadenas, hierros, todo un arsenal de collares de tornillo, esposas, anillos para los pies, tirantes dorsales con puntas, peines para surcar la piel del vientre, un suplicio chino.

—¿Qué me dice? Si el doctor supiera que he guardado todo esto, me imagino que me pondría de patitas en la calle a pesar de todo lo que he hecho, pues en definitiva soy yo quien se cuida de la hacienda. Pero no me cabe duda alguna de que volverán los días de antes. No hay más que ver la que se está armando alrededor del Morro Azul. Esto no puede durar. No es serio. Debe saberlo, y yo se lo confío con todo secreto y porque después vamos a ir a tomarnos un vaso juntos: son los del banco los que me han permitido y entregado ocultamente todo el material para destilar recomendándome que venda toda la *caninha* que sea posible y también lo más caro

que se pueda a los que trabajan en las obras de alrededor, pero sin correr ningún riesgo de que se me pille. Es un trato que hemos hecho. ¿Qué dice a esto? Unos listos. Vuelva a venir por aquí pasados unos diez años y verá el resultado. Como le digo, los tiempos que corren son pamemas...

Inmediatamente se puso a mostrarme cómo se ataba a los Negros, demostrando su mucha destreza en diferentes series de nudos, cada uno de ellos denominado de diferente manera, y su uso particular, los más complicados para amarrar firmemente a los reincidentes en la huida, a los que se sujeta desde la nuca a los pies, pasando después a ilustrarme sobre el amaestramiento de los perros que se soltaban tras las huellas de los pobres fugitivos, a los que les desgarraban las corvas de una dentellada o simplemente los degollaban. Pero aquel día no quise oír más ni tampoco beber ni una gota de su sucio alcohol y me fui, perdiéndome entre las filas infinitas de los cafetales que se extendían cual tableros de ajedrez hasta perderse de vista. La huella de la civilización.

¡Qué angustia!

Era como para volverse loco, o sentir el *banzo*, como decían antes los esclavos negros brasileños que terminaban suicidándose en un acceso repentino de desesperación debido a la nostalgia de su tierra africana, actitud muy temida por los plantadores, pues se extendía como una epidemia que arruinaba las cosechas, tal como ocurre hoy en las plantaciones entre los obreros malayos, los cuales, en contacto con los blancos y su moral, su disciplina y su modo de trabajo, viéndose separados de los dioses tutelares de la jungla y obligados a no respetar sus tabús a cambio de un puñado de arroz, llegan a suicidios colectivos como no se ven en ningún otro rincón del planeta de los Hombres. Chavin tenía razón: los Negros no son de este mundo.

Escuche su música. Es la indígena voz de sus antepasados. El tam-tam mágico. La voz de Dios en el desierto. El corazón del África negra. Las últimas pulsaciones. Nadie les presta atención. El *jazz* norteamericano anuncia el fin del mundo y las *batutas* brasileñas el fin del reino del hombre. El suicidio colectivo.

La síncope. El hechizo.

EL TECHO A CIELO ABIERTO

NADIE ESCUCHABA. Las músicas se alternaban, ahora *jazz*, después *samba*. Los solos tristes de trompeta y los gruñidos amenazantes de la batuta me llegaban a jirones (¡qué intensas secuencias nostálgicas!) desde el bar hasta la piscina del puente trasero del barco en donde tomaba un baño de sol. Acabábamos de perder de vista la costa de Brasil y sus últimos islotes de forma oval. El *Andes*, un magnífico paquebote de la Royal Mail, iniciaba su singladura hacia Cherburgo. Me encontraba finalmente a bordo. Al día siguiente, pasábamos por Fernando Noronha, cuya pirámide y terrazas rocosas son los últimos vestigios de la Atlántida. El mar estaba como entarimado, liso, brillante, compuesto de láminas que se alejaban hasta el infinito, mientras los pasajeros no dejaban de bailar día y noche.

Nadando, bebiendo, fumando, tumbado al sol del Ecuador, con los jirones de música negra que llegaban hasta mí en el puente trasero... Pensaba en el Doctor Padroso, en su soledad, en su tristeza, en la representación mental que él mismo se daba cada noche bajo las palmeras imperiales del Morro Azul cual si fuera Luis II de Baviera, encerrado en la prisión de su residencia real como único espectador de ese teatro. El sonambulismo del señor Padroso me hacía pensar también en Marcel Proust y su búsqueda del tiempo perdido, el cual se dejó morir de hambre, asqueado de la vida después de haber dado fin a su obra maestra, suicidándose finalmente con elegancia a base de no alimentarse, y me preguntaba si el Dr. Oswaldo acabaría como el ilustre escritor con la ilusión de haber encontrado el tiempo, ¿dónde? ¿cuándo? ¿cómo? desconocido, olvidado... perdido en ese inmenso Brasil sin pasado, sin futuro, en un presente enigmático, entre su criado y su capataz. Bueno y la serpiente. Chavin y el alambique, y la revolución de Isidoro que me había retenido durante un mes en Sao Paulo, ese anciano general positivista que había ocupado la capital del modernismo en Brasil peleando en las calles para lograr una vuelta a los principios puros de Auguste Comte con el objetivo de salvar la República de los politicastros apoyado por unos partisanos, generalmente gauchos de Río Grande do Sul, que empujaban locomotoras atiborradas de explosivos hacia las líneas de las tropas legalistas divirtiéndose como niños... Me hubiera gustado verlo y quedarme hasta el final. La revolución... el pretexto que me había permitido separarme del doctor, que lloraba mientras me ponía un saco de café en el coche, ese café que tanto gustaba a Sarah Bernhardt. «*Como hacía con la divina, le enviaré un saco cada año*», me dijo mientras me recordaba por última vez que no me olvidara del asunto de su Torre

Eiffel.

La *Torre Eiffel sideral*. La contemplaba todas las noches, como también el «saco de carbón», hasta que la Cruz del Sur se perdió de vista detrás del paquebote, allá a lo lejos, en ese techo a cielo abierto que es la noche para un hombre acostado en el puente de un barco en plena mar.

Todo flota. El mástil mayor se balancea, su tope describe círculos en el cielo designando alternativamente todas las estrellas con el dedo. Un sueño.

No se está en ninguna parte.

No se tendría que llegar a ningún sitio.

—Es *Herr Karl Vogt* quien hizo construir el palacio del Emperador, me había dicho Caio cuando le hablaba de las rarezas del Dr. Oswald y de la serpiente que se deslizaba por la esterilla suspendida alrededor de la cama del Emperador. Un viejo testarudo que se arruinó con la obra. En aquel tiempo no había en Brasil quien tallara la piedra, y desde luego no entre los campesinos. Tampoco había canteras en explotación, por más que, desde entonces, el banco explota los más bellos mármoles del mundo, en Itu, apenas a cincuenta quilómetros de la capital. *Herr Vogt* hacía venir el mármol desde Italia en bloques tallados previamente, es decir todo el palacio en piezas numeradas que se ensamblaban al llegar, transporte que se hacía en barco desde Carrara hasta Santos, desde allí en fardos tirados por doce pares de bueyes hasta Morro Azul por esos caminos que usted ya conoce, con meses y meses de retraso cuando llegaban, colocando las baldosas antes que las columnas, los encuadres de ventanas y puertas a veces antes que los bloques de los muros, las balaustradas antes que los escalones, todo en un bonito desorden. Lo más extraordinario de todo fue que lograra levantar el palacio. El techo a cielo abierto del que me habla se debe sencillamente al naufragio de un velero que se perdió en aguas del Atlántico y no a una ambición desmesurada de un arquitecto improvisado ni a su incapacidad de constructor aficionado. Leí un informe concerniente al caso. Es entre Viareggio y La Spezia donde se hacían las cargas, pues los mármoles de la región son cortados y desbastados allí mismo, lo que disminuye el coste del transporte, ya que los desechos quedan en la cantera. Como es el caso de las mercancías muy pesadas, los mármoles frenan mucho a las embarcaciones si se las carga en demasía. La medida media de los bloques era entonces, en su mayor dimensión, de 4'5 o 6 palmos, cada uno de 0'249 metros. Muchos veleros desaparecían si se les cargaba en exceso. La goleta que transportaba la bóveda del techo para la habitación del Emperador había aparejado en Viareggio. Su paso fue anotado en Gibraltar, y desde allí ya no se tuvieron noticias. En cuanto a la serpiente de cascabel, es infantil creer que el Dr. Oswald estuviera al corriente. Es una sucia broma de Negro. No toque más el tema, Cendrars, si no quiere hacer el ridículo.

—¿Cree usted eso, Caio? ¿No será más bien una jugada de Bueno para alejarme del palacio, igual que su historia sobre las arañas envenenadas?...

—¿Por qué?

—Por el alambique de Chavin, hombre.

—¿Lo cree así? Pero eso tampoco tiene ninguna importancia. No se hable más del asunto.

POST-SCRIPTUM EN RECUERDO de un viejo francés, sabio, sonriente y escéptico. Por supuesto, en París todo el mundo se burló de mí y ningún periódico quiso publicar mis informaciones sobre la *Torre Eiffel sideral*, ni siquiera con la reproducción de la fotografía astronómica, cuyo cliché acabó perdiéndose en los archivos de un famoso diario. En cuanto al venerable anciano, miembro de la sección de astronomía de la Academia de Ciencias, decano por elección de dicha academia y del Instituto, elegido en 1902 y con 93 años de edad, fue mucho más educado al reírse de mí. Me escucho la defensa con bondad y concluyó el debate diciéndome:

—Lo que me cuenta de su amigo brasileño es emocionante, pero, permítame que le diga, es un iluminado. Nuestros archivos están llenos de informes de locos. Los recibimos a diario, sobre todo en primavera. Sería muy divertido establecer una estadística acerca de la influencia de la primavera en la actividad carente de razón de los locos pseudo-científicos que bombardean el Instituto de proyectos alucinantes, de cuadraturas de círculo, de movimiento perpetuo, etc., etc. La curva sería curiosa y permitiría constatar que esta febril actividad coincide con el empuje de las fuerzas oscuras de la naturaleza que actúa sobre los seres en primavera.

POST-SCRIPTUM PARA EL PESIMISTA QUE SOY. Veinte años más tarde, el 21 de agosto de 1944, día de la liberación de Aix-en-Provence por el ejército americano, un grupo de colegas internacionales destinados en ese ejército y uniformados todos como corresponsales de guerra invadieron mi cocina trayéndome la noticia del desembarco y la certeza de la victoria. Descorché varias botellas y bebimos entre risas y gritos de alegría y felicitaciones, mientras sacaban cigarrillos de todos los bolsillos. Yo tenía un montón de cosas que preguntarles, pero fueron ellos quienes me interrogaron y fotografiaron. ¡Qué franca cordialidad después de tantos años de ruinas, de dudas, de silencios, de desánimos en esta misma cocina transformada en puesto de escucha con su radio y sus mapas del frente acribillados de círculos de lápiz rojo y azul, ante los cuales había razones para desesperarse, con la cabeza apoyada en la pared, en esa habitación en cuyo interior me había confinado voluntariamente desde junio de 1940! En medio del bullicio del ambiente, le pregunté a un colega brasileño corresponsal de un periódico de Sao Paulo si conocía al Señor Oswaldo Padroso y si podía darme alguna noticia sobre él.

—¿El Dr. Oswaldo Padroso del Morro Azul? ¡Quién no lo conoce en Sao Paulo!
—chilló mi colega riendo—. ¡Pues imagine que ha abandonado la hacienda para irse
a vivir a la capital! ¿No lo sabía? ¡Y que se ha casado! Sí, el mismo, el cantor
exclusivo de Sarah Bernhardt a quien le había jurado serle siempre fiel, al cual los
miembros del *Automóvil Club* se la organizaron buena en su noche de bodas. Pero
¿qué quiere usted? Después de la derrota de Francia en junio de 1940 y el armisticio
de Pétain, el Dr. Padroso había perdido toda su confianza y no creía en nada más...

Me felicité de este prosaico fin que marcaba para mi amigo el final de una larga
hipnosis, de un hechizo; me alegré de su liberación, pero no conseguía evitar
considerarla y sentirla como una abdicación humillante para la Poesía.

Así es la vida...

Aix-en-Provence,

11 de agosto de 1946.

Villefranche-sur-Mer,

1 de septiembre de 1948.

Saint-Segond,

9 de marzo - 1 de mayo de 1949.

I/.

LA TOUR EIFFEL
SIDERALE.
.....

Histoire vraie
de

BLAISE CENDRARS

Le 1^{er} septembre 1939, jour du décret de la Mobilisation générale, mais aussi jour de mon anniversaire, j'ai reçu de mon ami Luiz Buene de Miranda, l'heureux propriétaire de la fazenda "Morre-Azul", de la ferme de la "Montagne Bleue", près de Limeira, Etat de São-Paulo, Brésil, le câble suivant :

"LA FRANCE EST IMMORTELLE - STOP - AGREEZ CHER AMI MES
"VOEUX LES PLUS ARDENTS POUR VOTRE ANNIVERSAIRE -
"STOP - 1939 ANNEE TRAGIQUE MAIS ANNIVERSAIRE MIRACLE
"DE LA MARNE ET CINQUANTAIRE TOUR EIFFEL - STOP -
"N'OUBLIEZ PAS MA DECOUVERTE EN 1914 DE LA TOUR EIFFEL
"SIDERALE - STOP - CETTE CONSTELLATION SYMBOLIQUE ET
"PRESTIGIEUSE BRILLE CETTE NUIT DANS NOTRE CIEL DU
"BRÉSIL A GAUCHE DE LA CROIX DU SUD C'EST A DIRE
"PRES DE NOTRE COEUR - STOP - VIVE LA FRANCE

LUIZ MIRANDA"

• •

Luiz est un homme heureux car il n'est pas donné à tout le monde de découvrir par hasard une constellation nouvelle, et surtout pas dans le ciel débordant d'étoiles et de feux du trépique du Capricorne. Mais il est encore plus rare de rencontrer un homme dont le cœur est consumé par un seul amour

Blaise Cendrars, *La torre Eiffel sideral, Historia verdadera*, manuscrito dactilografió) fecho el 1 de septiembre de 1939.

APÉNDICE PARA EL LECTOR DESCONOCIDO

CUANDO IBA A ENTRAR EN IMPRENTA este libro, leí en *Le Figaro littéraire* del 11 de diciembre de 1948 un magnífico artículo de Pierre Lépine titulado *Le télescope électronique nous apprend du nouveau sur l'Univers*. Telegrafíé a mi editor que solicitara al periódico y al autor la autorización para reproducir ese magnífico artículo de actualidad, y por consiguiente de poesía, en su totalidad para que pudiera informarse mi *Lector desconocido*. Doy las gracias tanto al periódico como a Pierre Lépine por su cordial delicadeza.

B. C.

EL PASO DE UN COMETA, actualmente visible en el límpido cielo de las noches californianas, distrae durante un momento a los hombres de sus efímeros problemas y recuerda a los que de entre ellos saben todavía pensar que, en esta orilla terrestre, se encuentran situados al borde del infinito.

Nuestro conocimiento del universo ha progresado a pasos de gigante en los últimos cincuenta años. Con el desarrollo de la astrofísica, con la puesta en servicio de nuevos instrumentos como el telescopio del monte Palomar en California y con la próxima realización de telescopios electrónicos, es de esperar que se ensanche aún más el horizonte de sus descubrimientos.

¿A qué escala infinitesimal estos descubrimientos reducirán el planeta en el que discurren nuestros precarios días? Pues, desde la aurora de la astronomía, la importancia relativa de la tierra no ha hecho más que retroceder a medida que se perfeccionaba nuestra concepción del universo.

Para los primeros astrónomos —que al parecer fueron los Sumerios de hace miles de años— era muy natural situar la tierra en el centro del cosmos, rodeada de esferas concéntricas en las que se movían la luna, el sol, los planetas, bajo una bóveda de la que estaban suspendidas las estrellas fijas.

Ya a Aristarco de Samos, que murió en Alejandría en el año 230 antes de Cristo, le fue imposible imponer su idea, notablemente precisa para la época, de un sistema heliocéntrico. Hubo que esperar dieciocho siglos y el libro de Copérnico, *De revolutionibus orbium celestis*, de 1543, para alimentar la reforma galileana que relegó a la tierra al rango de satélite menor del cielo.

Pero el propio astro de nuestros días quedaba asimismo destronado por el progreso de las ciencias, por lo que debemos contentarnos con reconocerlo como una estrella enana amarilla, que sobrepasa por muy poco la quinta magnitud, figurante ínfimo entre millones de estrellas que despliegan en el cielo la centelleante espiral de la Vía Láctea.

Vista de canto, nuestra galaxia, para emplear el lenguaje de los astrónomos, presenta el aspecto de un disco lenticular que gira lentamente en torno a sí mismo a razón de una vuelta cada doscientos millones de años, cuyo diámetro es de alrededor de 78 000 años luz (el año luz es el espacio recorrido en un año por la luz que camina a la velocidad de 300 000 kilómetros por segundo, es decir alrededor de 8500 mil millones de kilómetros). El sol se halla a unos 30 000 años luz del centro de ella, hacia el borde adelgazado de la espiral, con una masa de apenas una ciento sesenta y cinco mil millonésima del conjunto. Pero el sistema galáctico, a cuyo destino estamos ligados, ¿es él mismo el centro del universo? No. Al igual que esos juguetes de Nuremberg en los que cada elemento está encerrado en una envoltura mayor, cada vez que el hombre ha creído tocar los confines de su universo no ha hecho sino retroceder los límites del enigma.

Existen otras galaxias, otras nebulosas además de la nuestra. Muchas estrellas visibles a simple vista se descomponen vistas con telescopio en masas espirales de estructura densa o gaseosa. Pero es sobre todo con la fotografía como se cazan las nebulosas extragalácticas. Cada perfeccionamiento de los telescopios ha permitido aumentar su número, y con él la distancia. El menor cliché astral descubre docenas de ellas. Su número estimado sobrepasa con mucho el millón. Lo que equivale a decir que la cantidad de estrellas existentes crece en proporciones fantásticas si se tiene en cuenta que una de las más próximas nebulosas, la de Andrómeda, a 800 000 años luz de nosotros, cuya magnitud, con un diámetro de 75 000 años luz, se acerca a las modestas proporciones de la Vía Láctea, contiene alrededor de 200 000 millones de estrellas que son otros tantos soles.

¿Eso es todo? Ni mucho menos. El examen por espectroscopio de la luz emitida por esas nebulosas ha revelado uno de los más espectaculares descubrimientos de la astrofísica. Si se consideran los rayos característicos que da el análisis espectral de los elementos que entran en la composición de la fuente luminosa, por ejemplo los del calcio, fácilmente detectables en los espectrogramas, se constata que esos rayos, cuya posición es constante en la luz solar, son desplazados hacia la extremidad roja del espectro, y más aún cuando las nebulosas que los emiten están más alejadas de nosotros. La teoría explica ese fenómeno por un efecto Doppler, debido a una velocidad muy rápida de alejamiento de la fuente, velocidad que llega a los 5500 kilómetros por segundo para las nebulosas situadas a 23 millones de años luz, y 23 000 kilómetros por segundo para la nebulosa de Géminis, situada a 133 millones de años luz.

De donde resulta que al aumentar con la distancia la velocidad de huida, o recesión, hay que pensar que más allá de los límites alcanzados por los telescopios (alrededor de 500 millones de años luz) y de los que alcanzarán

los venideros, habrá todavía, a muchos miles de millones, otras nebulosas alejándose tan velozmente de nosotros, que su luz no llegará nunca a nosotros. Por otra parte, todo ocurre como si el espacio sideral fuera de una magnitud uniformemente creciente, lo que significa que los hechos observados no implican un movimiento real en el sentido normal de la palabra, sino una función del espacio-tiempo, una especie de estiramiento del universo que daría a cualquier observador situado en cualquiera de las galaxias la impresión de que todas las nebulosas se apartan de él.

De manera que nuestra concepción del universo evoluciona también ella con una velocidad sorprendente. Si, allá por 1915, la aplicación de la relatividad de Einstein, genial teoría que ha proporcionado a nuestros conceptos físicos los mismos progresos que el descubrimiento de la inercia de Galileo o de la gravitación de Newton, permitía llegar a la edificación estática de un universo, inestable pero finito, de un diámetro de alrededor de 70 000 millones de años luz, nos vemos obligados a prever con *Sir Arthur Eddington* un universo infinito en expansión continua, concepción dinámica que completa y no contradice la concepción estática al lanzarnos fuera de los límites espaciales.

La idea de un universo no estático comporta además diferentes interpretaciones de lo temporal, según se parta o se desemboque en un universo vacío como pretende el astrónomo holandés Willem de Sitter, o si se trata de un sistema oscilante sin principio ni fin.

Para dar una imagen, no comparemos el universo a unas pelotas de *ping-pong*, que serían las galaxias, que van y vienen en el interior de una esfera vacía más grande que la tierra, sino a los granos de plomo disparados al espacio en abanico en una explosión inicial y divergente en sus trayectorias infinitas.

Esta última imagen coincide con la teoría emitida ya en 1927 por el abad belga Lemaître según la cual todo el universo, desde el infinitamente pequeño hasta el infinitamente grande, deriva de la dispersión de un átomo único, teoría que da cuenta a la vez de las analogías de estructura en los dos dominios, de la unidad de composición de la materia y de las transmutaciones de elementos como datos acumulados sobre la edad del universo.

Es efectivamente asombroso, y aquí radica una de las recientes y más curiosas adquisiciones, el que los diferentes métodos a través de los cuales nos está permitido evaluar ya sea la edad de la tierra, ya sea la del sistema solar, o la de las estrellas, o la de las galaxias —es decir las diferentes edades del sistema universal—. Estos métodos, basados en las técnicas más diversas como la proporción de los isótopos del plomo resultante de la desintegración del uranio, la proporción en helio del sol, la relación masa-luminosidad de las estrellas o la evolución de las estrellas dobles, conducen en cada caso a cifras de un orden de magnitud muy comparable, de tres a cinco mil millones de

años, en todo caso menos de diez.

De ello se deduce que, contrariamente a lo que se creía antiguamente, el universo entero sería sensiblemente de la misma edad, ya se trate de mundos apagados o de nebulosas gaseosas, y que apenas comienza su evolución.

Incluso parece que continúa creándose ante nosotros por la condensación en materia de la energía extendida en el vacío interestelar.

También aquí los hechos establecidos chocan en alguna medida contra las nociones de sentido común al afirmar la predominancia del vacío sobre la materia concreta, tanto a escala astronómica como a escala atómica.

Las nebulosas, esos «islotes de universo», están repartidas en el espacio en una proporción de alrededor de una galaxia cada tres mil millones de millones de años luz al cubo, y el vacío interestelar es cien mil veces más perfecto que el que pueden dar nuestras mejores máquinas. No obstante, la materia condensada no representa más que una fracción de la dispersada en el vacío.

Para dar una idea, digamos que los átomos de hidrógeno expandidos en el espacio sideral (átomos de los cuales se necesitan más de seis mil millones de millones para hacer una millonésima de miligramo, cuyo núcleo formado por un protón desempeña muy probablemente un papel en la génesis de los rayos cósmicos en su choque con la tierra) están distantes entre sí de uno a dos centímetros. Dicho esto, un cono del diámetro de la tierra que se extendiera hasta el sol que tiene próximo (150 millones de kilómetros solamente) englobaría cerca de 150 000 toneladas de ellos.

Actualmente se considera que esta materia interestelar tiene tendencia a agruparse lentamente en el plano ecuatorial de las galaxias, compuestas ellas mismas de gas y de polvo estelar tanto como de estrellas y a formar ahí la materia oscura de donde nacerán las futuras estrellas.

En el otro extremo de la cadena, hoy sabemos que las supernovas, estrellas que han sido particularmente estudiadas en el observatorio del monte Wilson y cuyo súbito aumento de luminosidad puede alcanzar mil millones de veces el resplandor del sol, corresponden a una brillante irradiación de energía que afecta a la masa total del astro para desembocar al estado de contracción extrema de las estrellas enanas blancas, cuya densidad acusa la increíble cifra de varios millones de veces superior a la que atribuimos a los metales más pesados. De esta manera, la astrofísica nos hace observar a escala sideral todos los términos del ciclo energía-luz.

A principios del siglo XVII, Fontanelle y el abad Pluche disertaban ante mentes ilustradas sobre la pluralidad de los mundos: distracción que gustaba mucho. Actualmente, la astronomía supone la coronación de las ciencias físicas a las que proporciona las técnicas más delicadas y las teorías matemáticas más osadas. Resulta muy difícil a las mentes no preparadas seguir su progreso. Pero no se puede regatear la admiración a quienes, en el monacal silencio de

los observatorios, prosiguen su secular y desinteresada tarea gracias a la cual el hombre se esfuerza en atravesar el misterio del universo.

PIERRE LÉPIN



BLAISE CENDRARS (Seudónimo de Frédéric Sauser Hall; La Chaux-de-Fonds, 1887 - París, 1961) Escritor francés de padre suizo y madre escocesa. La característica más notable de este extravagante escritor fue su gran afición por los viajes, que le sobrevino a la temprana edad de nueve años, debido a las visitas que sus padres realizaron con él a Egipto e Italia. Fue un adolescente problemático y un mal estudiante, lo cual le valió ser internado en un estricto colegio alemán, al que tampoco se adaptó.

A los quince años realizó un largo viaje por Asia en compañía de un comerciante en piedras preciosas. Con apenas diecisiete años, marchó a Rusia, donde consiguió un notable dominio del idioma sin cesar de viajar a lo largo y ancho del país. De regreso a su país natal, cursó estudios de filosofía y medicina en Berna (1908-1909). A continuación, Cendrars reanudó sus viajes por Europa y Estados Unidos, donde ejerció los oficios más diversos y escribió sus primeras obras: *La légende de l'or gris et du silence* (1912), *Hic Haec Hoc*, *Pascuas en Nueva York (Les Pâques à New York)*, 1912) y *Séquences* (1913), mayormente inspiradas en sus experiencias viajeras.

Algunas de sus poesías, cuya estructura constituye un precedente de la de Apollinaire, se publicaron en *Les Hommes Nouveaux*, revista fundada por el propio Cendrars en París, donde se instaló definitivamente en junio de 1912. En la capital francesa, Cendrars se movió en los ambientes bohemios y vanguardistas de la época, trabando conocimiento con la mayor parte de sus protagonistas.

Antes de la Primera Guerra Mundial, publicó sus poemas *Le Panama ou les*

aventures de mes sept oncles, además del libro compartido con Delaunay —libro «simultáneo»— titulado *La prose du Transsibérien et de la petite Jeanne de France* (1913), con el que introdujo el surrealismo en la literatura y empezó a forjarse un nombre en los círculos literarios parisinos. Su poesía, permanente elogio de la vida de acción, es, precisamente, un intento de inmortalizar ésta en versos, mediante el uso de recursos estilísticos innovadores, tales como una mezcla vertiginosa de imágenes, sentimientos y sorprendentes asociaciones.

Al inicio de la contienda, se alistó en la Legión Extranjera y fue herido en Champagne el 28 de septiembre de 1915, siéndole amputado su antebrazo derecho. A partir de ese momento, su actividad literaria fue muy intensa. Aparecieron, entre otros, *La Guerre au Luxembourg* (1916), *Profond aujourd'hui* (1917), *Dix-neuf poèmes élastiques* (1913-1919) (*Diecinueve poemas elásticos*), *J'ai tué* (1918) (*He matado*), *La fin du monde filmée par l'ange Notre-Dame*, *Au coeur du monde* (1919-1922), *Anthologie nègre* (1921) y *L'Eubage* (1926, aunque escrita diez años antes).

Durante esta época (momento en el que se nacionalizó francés), sus inquietudes se diversificaron notablemente, abarcando desde el cine (fue guionista) hasta la música: escribió, junto a Milhaud y Féger, el *ballet La Création du monde* (1923). Dos viajes sucesivos por Brasil le inspiraron sus siguientes novelas, auténticas epopeyas del aventurero moderno: *Feuilles de route*, *El oro* (*L'Or*, 1925) y *Moravagine* (*Moravagine*, 1926), que fue un gran éxito. Siguió *Cuentos negros para los niños de los blancos* (*Petits contes nègres pour les enfants des blancs*, 1928), *Le Plan de l'Aiguille* (1929), *Les Confessions de Dan Yak* (1929), *Ron* (*Rhum*, 1930) y *Comment les Blancs sont d'anciens Noirs*.

Tras un período de reposo en Biarritz (1931-1933), donde escribió *Aujourd'hui* (1931), libro de ensayos, junto al famoso *Elogio de la vida peligrosa* y *Vol à voile* (1933), se lanzó de nuevo a la vida aventurera, como reportero para varios periódicos, lo cual le llevó a recorrer América del Norte y Central, a cubrir la guerra civil española y a informar de la Segunda Guerra Mundial desde las filas británicas. Cada una de estas experiencias se reflejó en sendas novelas: *Panorama de la pègre* (1935), *La Vie dangereuse* (1936) y *D'Outremer à Indigo* (1939), respectivamente.

La publicación de *Chez l'Armée anglaise* (1940) le obligó a retirarse a Aix-en-Provence en el momento de la ocupación nazi de Francia. En 1944 vieron la luz sus *Poésies complètes*, a las que siguieron varias novelas de cariz autobiográfico: *El hombre fulminado* (*L'Homme foudroyé*, 1945), *La mano cortada* (*La Main coupée*, 1946), *Bourlinguer* (1948) y *Le lotissement du ciel* (1949), a la vez que descubrió al mundo a Robert Doisneau, quien ilustró con sus fotografías el libro de Cendrars *La Banlieue de Paris* (1949). En 1950, el autor regresó a París, donde publicó sus últimas obras: *A barlovento*, *Le Brésil, des hommes sont venus* (1952), *Noëls aux quatre coins du monde* (1953), *Emmène-moi au bout du monde* (1956), *Trop c'est*

trop (1957), *À l'aventure* (1958) y *Films sans images* (1959). En 1961, poco antes de morir, recibió el Grand Prix Littéraire de la Ville de Paris.

Notas

[1] Según la gran obra *La Levitación*, de Olivier Leroy, catedrático de Universidad (i vol. in-8.º. Les Éditions du Cerf, Juvisy, 1928). <<

[2] Bernino (D.): *Vie de saint Joseph de Cupertino, de l'ordre des Freres Mineurs*, París, Poussielgue, 1856. <<

[3] Medida italiana cuyo valor no es constante, «Cinco pértigas», o sea unos veinticinco metros, según el texto latino de Angelo Pastrovicchi, encargado por Benito XIV para la composición de una biografía del más grande extático de la Historia.— Nota de Leroy, página 125. <<

[4] Nota biográfica de Leroy, páginas 123-124. <<

[5] Muerto el 12 de octubre de 1946 en San Francisco. <<

[6] Hoja de propaganda *Pour le succes dans les Examens (Para tener éxito en los exámenes)* editada por los Hermanos Menores Capuchinos. <<

[7] *Zambo*, mestizo de negro e indio. <<

[8] Éditions de la Sirène, 1919. <<

[9] Véase Blaise Cendras: *Con el ejército inglés*, reportaje de guerra con fotos, Correa, París, 1940. <<

[10] Editorial Denoel, 1946. Hay edición española: *El hombre fulminado*, Nostromo, 1974. <<

[11] Leroy, cap. VI, pgs. 123-129. <<

[12] «Similar fue el pasmo de quienes lo vieron VOLANDO HACIA ATRÁS sobre sus cabezas en vuelo elevado, mientras realizaba sus labores, sacando brillo a la lipsanoteca o doblando los hábitos del santo patriarca Francisco». (La *lipsanoteca* es una especie de caja para guardar reliquias). <<

[13] «Durante el tiempo que vivió, dio una enseñanza excelentísima, no tanto por sus palabras como por sus actos; como desdeñaba la tierra, conocía éxtasis frecuentes y casi cotidianos quedando suspendido en el aire. De repente, transportado de gozo y volando en círculo en un movimiento muy rápido, ejecutaba un tipo de danza, llevándose a veces consigo por el aire a otras personas». <<

[14] «El día 18 de septiembre.— Para la festividad de san José de Cupertino: Su muy ardiente fervor se manifestaba principalmente en éxtasis muy agradables hacia Dios y en ascensiones asombrosas que le sucedían frecuentemente». <<

[15] Leroy, página 6. <<

[16] Sum. 2.2. q. 96, I, citado por Leroy, página 345. También era la enseñanza de Buda. <<

[17] Leroy, página 198. <<

[18] Cita de Leroy, página 61. <<

[19] Cita de Leroy, página 55. <<

[20] Esta selección se compone de textos escogidos en la monografía de Olivier Leroy. Al igual que en el apartado 27 del relato presente, en el que se relatan los vuelos más notorios de san José de Cupertino, presento la traducción que Leroy ha publicado de las citas de los Bolandistas; si no *in extenso*, sí textualmente y siguiendo su cronología que no siempre ha sido fácil de establecer. Reitero mi homenaje de reconocimiento al autor por su concienzudo y magistral trabajo que agota verdaderamente el tan controvertido tema de la levitación y se centra en todas sus facetas y manifestaciones, ya sean legendarias, hipotéticas, fraudulentas o reales. (Hay que hacer referencia a la obra de Leroy para las citas extraídas de las *Acta Sanctorum* que he verificado y que no contienen ningún error importante en su resumen; consúltese la Bibliografía establecida por Leroy para los otros casos). <<

[21] *Bloudy Gay*, 1927 (citado por Leroy). <<

[22] Cita de Leroy. <<

[23] Cita de Leroy. <<

[24] Cita de Leroy. <<

[25] Entonces, ya transportado por la llama de fuego ardiente del amor divino alumbrada en el corazón, no fue capaz de contenerla dentro de sí. Súbitamente dicha llama salió fuera de él como un horno siete veces más ardiente que antes, hasta el punto de que se elevó visiblemente por el aire, en presencia de toda esa muchedumbre reunida, observando el milagro todo el mundo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, devotos e incrédulos; por tal razón, cuando lo contemplaban, mientras unos gritaban llenos de estupor ante la novedad de algo tan inaudito, otros gritaban en voz alta «¡Jesús, Jesús, Jesús!», otros más caían al suelo, o parecían privados de sentido debido al estupor, al temor o a la novedad de la cosa. Apareció suspendido en el aire, elevado por encima de su silla. Se mantuvo en esa situación sin apoyarse en nadie. Elevado por su éxtasis. Se tenía verdaderamente la impresión de que quería ir al cielo, quedando así durante un largo momento y no pudo seguir hablando, en un estado de languidez y totalmente sumido en Dios. <<

[26] Cita de Leroy. <<

[27] ¡Oh, Dios! Si has dispuesto todas las parcelas de tu criatura en una tan bella disposición, cómo estará ordenada la apariencia de tu celestial palacio, donde ángeles y bienaventurados resplandecerán al contemplar tu faz, mucho más que estos rojos granos dispuestos de un modo tan admirable. <<

[28] *Vida de santa Teresa*, escrita por ella misma, t. III, cap. V (cita de Leroy). <<

[29] Está probado que, muy a menudo, sumida en la oración, se arrebató fuera de sí misma. A veces era objeto de éxtasis tan violentos, que hasta su mismo cuerpo se elevaba del suelo. Durante el proceso de Ávila, el testigo número 20 declaró que eso ocurrió más de quince veces; y en la primera parte del proceso de Salamanca, según el testigo número 47, más de diez veces; según el 49, más de tres veces; y según el 100 y el 102, más veces; durante la segunda parte de este proceso, según el primer testigo, más de 74 veces; según el 20, más de dos; según el 30, más de setenta; durante la tercera parte, según los dos primeros testigos, más de dos veces, y según los demás, muchísimas veces. Entre los que declararon *de visu* sobre el tipo de estos raptos y las levitaciones durante el proceso de Ávila, el testigo 49 contó más de 15, etc.. <<

[30] Cita de Leroy. <<

[31] Cita de Leroy, según Thurston. <<

[32] Cita de Leroy, según Scoraille. <<

[33] Cita de Leroy, según Imbert-Gourbeyre. <<

[34] Cita de Leroy. <<

[35] Cita de Leroy. <<

[36] Cita de Leroy. <<

[37] *La Estigmatización*, t. II, página 247, cita de Leroy. <<

[38] El poeta y místico persa Jalál al Din Reümi, muerto en 1273, cuenta en su *Mathnawi* otra levitación marítima: cierto shaykh, sospechoso de haber robado unas perlas, demostró clamorosamente su inocencia con una majestuosa levitación, realizada en el mar, elevándose del puente de un navío. (Cita de Leroy, página 22, según Wilson). <<

[39] Cita de Leroy. <<

[40] Cita de Leroy, según Tanoja. <<

[41] Anécdotas citadas por Leroy según Berthe. <<

[42] Se le vio en muchas ocasiones iluminado de un milagroso esplendor por la imagen de la Virgen que tomaba posesión de él y elevarse en el aire ante todo el pueblo. <<

[43] Cita de Leroy según Franclieu. <<

[44] Sucedió durante la Revolución (nota de Leroy). <<

[45] *Recueil de documents relatifs h la lévitation du corps humain*, París, Leymarie, 1897. <<

[46] Este mueble se ha conservado, sin reparación alguna, en la capilla de la casa fundacional de la Congregación, en la Souterraine (Creuse). Nota de Leroy. <<

[47] Émile Baumann: *Mon frere le Dominicain*, páginas 391-2, ed. Grasset, 1927. ¡Y pensar que Émi-le Baumann figuraba en la misma lista «Otto» que yo, en 1943, y que fuimos prohibidos por los alemanes como «escritores judíos de expresión francesa» es el colmo! Pero quizás también una maquinación de la estupidez y de la delación...

<<

[48] Los Estados Unidos tenían de todo. Todo menos un santo, laguna actualmente reparada. Recientemente, Pío XII ha canonizado a la primera santa norteamericana, la madre Francesca Severino Cabrini (1889-1917), de la orden del Sagrado Corazón de Jesús, de la que fue fundadora. A propósito del acontecimiento, con fecha del 15 de agosto de 1946, el semanario ilustrado *Cavalcade* publicó fotografías de la santa yanki, cuyo cuerpo, a imitación del de santa Catherine Labouré, se ha conservado por sí mismo sin necesidad de ser embalsamado y ha dado lugar a la primera peregrinación que se registra en la historia de los Estados Unidos. Dicha publicación precisa las doce condiciones y el procedimiento que se requiere para la canonización. Son las siguientes:

1. — El santo debe haber sido objeto de una proposición local.

El obispo o cualquier superior de congregación debe hacer la primera proposición después de haber organizado un «proceso diocesano» y llevado a cabo una información local.

2. — El santo debe haber sido proclamado «venerable» por la congregación de ritos. Los resultados de la información local son transmitidos a Roma y examinados por la congregación de ritos, la cual, tras examen, rechaza la causa o la declara introducida proclamando «venerable» al candidato a la santidad.

3. — El santo debe ser cristiano y miembro de la Iglesia Católica.

El santo tiene que ser obligatoriamente hijo de la comunidad católica. Antiguamente, los fieles se llamaban «santos», tal como muestra la expresión «comuni3n de los santos» que designa la solidaridad entre los miembros de la Iglesia. Adem3s, Benito XIV establece que «si es posible encontrar entre los paganos verdaderas virtudes morales susceptibles de ser consideradas heroicas, no obstante, los que entre ellos son considerados como h3roes por ciertas virtudes carecen de otras y no pueden ser considerados h3roes en sentido cristiano».

4. — El santo debe presentar las virtudes cristianas hasta un grado heroico.

Estas virtudes son la fe, la esperanza y la caridad. El aspirante a santo debe estar limpio de toda mancha. Debe estar unido a Dios, pues la santidad supone una ayuda particular de Dios. No debe ser «quietista», pues la pasividad no puede ser considerada como hero3smo, ni sospechoso de haber ca3do en la herej3a m3stica de Eckart, para quien el alma en 3xtasis se identificaba con Dios, lo que constituye un pecado de orgullo. «El verdadero santo ejerce sus virtudes en materias dif3ciles, con prontitud, con alegr3a, y no excepcionalmente, sino en cualquier ocasi3n» (Benito XIV).

5. — El santo debe haber obrado al menos dos milagros debidamente identificados. En nuestra época, son considerados como tal las apariciones constatadas y atestiguadas por muchos creyentes, y en particular las curaciones de enfermos o discapacitados. Las enfermedades mentales y nerviosas son objeto de una particular desconfianza. Todo milagro de una cura debe ser atestiguado por médicos, siendo también admitido el testimonio de médicos que no creen, y hasta preferido.

6. — Previamente, el santo debe haber sido beatificado.

Cuando la congregación de ritos ha concluido favorablemente sobre los puntos preferentes, propone al Papa la firma de un breve de beatificación. Desde ese momento, el bienaventurado es objeto de un culto restringido a su diócesis. Hay dos tipos de beatificación: la beatificación formal u ordinaria, y la beatificación equivalente, referida a un santo aspirante objeto de un culto «inmemorial» atestiguado por el obispo. En este segundo caso la congregación de ritos se limita a una aprobación de las conclusiones episcopales, en cuyo caso el breve papal se denomina «de aprobación».

7. — El santo de haber sido objeto de un proceso en consistorio secreto.

Un consistorio papal debe retomar el examen de la causa, con los escritos, los actos, la vida, las virtudes y los milagros del candidato. Un representante de la congregación de ritos defiende el *dossier*. Un promotor (el abogado del diablo) presenta objeciones y pone en duda el que los milagros hayan sido obrados por la intercesión del bienaventurado.

8. — El santo debe pasar por un doble proceso semipúblico.

Las conclusiones del consistorio, en caso de ser positivas, son sometidas a otros dos procesos análogos, pero en consistorio semipúblico, en donde pueden ser presentadas nuevas objeciones.

9. — El santo debe ser objeto de una proposición favorable del sagrado colegio.

El sagrado colegio de los cardenales, como conclusión del procedimiento precedente, debe dar en sesión solemne su opinión favorable y proponer la canonización al Papa.

10. — El santo debe ser designado por el Papa.

Vista la última opinión cardenalicia, y después de un último examen de las piezas, el Papa toma su decisión y fija la fecha de la ceremonia de la canonización, que debe tener lugar con gran pompa en Roma. También puede ser objeto de ceremonia en la diócesis del santo, en presencia de un legado pontificio.

11. — El santo debe ser proclamado por bula pontifical.

Efectuada la ceremonia, una bula pontificia notifica su conformidad con la cristiandad.

Tal bula comporta el decreto de canonización.

12. — El santo debe ser inscrito en el canon de los santos.

Es la última etapa. En aplicación del decreto, el nuevo santo es añadido a la lista o canon de los santos. Desde ese momento, tiene derecho entre la comunidad de los fieles al culto llamado de «dulía» (el de «latría» está reservado exclusivamente al Dios y a Cristo). Este culto de dulía comporta: un oficio el día de la festividad del santo; mención de su nombre en el sacrificio de la misa; homenajes exteriores a la imagen del santo; dar su nombre a los que se van a bautizar; ser considerado patrón de un pueblo, o de estados o iglesias. La Virgen está en primer lugar en el orden del santoral y recibe un culto especial llamado «hiperdulía». <<

[49] Edit. Grasset, 1936. <<

[50] Citado en español por el propio Cendrars. <<

[51] *Página 1017, columnas E/F/G*: «Cuanto mayor era su gozo interior de comunicarse con Dios, más duro era el trato que infringía a su cuerpo para mantenerlo sujeto a su espíritu. A tal fin, después de haber elegido el sacerdocio, durante cinco años se privó del pan y durante diez no probó el vino, contentándose con las hierbas del huerto o de frutos secos, o habas machacadas de un amargor intolerable, hasta el punto de que algunos religiosos acabaron por hacerse una purga al tomarlas creyendo que era pimienta molida. En cuanto a las hierbas de las que se solía alimentar en los días festivos, eran tan insípidas y nauseabundas, que un religioso que las probó con la punta de la lengua sintió como el estómago se le revolvía y no pudo comer nada durante tres días debido a las náuseas. Se solía entregar a ayunos continuos... y los guardaba con tal rigor, que antes de tomarlo (¿el santo sacramento?) se ponía pálido y endeble, pero, una vez tomado, le volvía el color y la fuerza». <<

[52] *Página 1018, columnas A/B:* «A causa de eso, su agotado estómago no podía soportar la carne. No obstante, la comió un día por mandato de sus superiores, pero la expulsó inmediatamente. Y como, por la misma razón, su garganta se contraía a veces, ocurría que apenas podía tragar cualquier tipo de alimento. A efectos tan insólitos contribuía además un sueño muy breve, que efectuaba en un lecho que, más que llamarlo de reposo, se le podía considerar de dolor, sin olvidar tampoco otras duras torturas que infringía a su cuerpo con látigos llenos de agujas, alfileres y pequeñas estrellas de acero. Su sangre corría tan abundantemente, que los muros de su celda y otros lugares determinados en los que solía retirarse terminaban teñidos de rojo, o mejor, incrustados después de algunos años. Además de estas flagelaciones, a la cadena o el cilicio con los que se torturaba desde hacía ya tiempo añadía una hoja de acero que, a medida que la apretaba el cilicio y la cadena, penetraba en su cuerpo de una manera tan horrible, que, habiendo recibido una vez una orden de su superior instándole a deshacerse de ese suplicio, le siguieron apareciendo numerosas heridas. Por eso, el superior, viéndolo en un estado en el que sólo era un mero soplo, le ordenó que retirara de su cuerpo esos espantosos instrumentos de penitencia». <<

[53] En el trabajo de Leroy se pueden consultar todos los detalles y los ejemplos históricos que ilustran esta tesis de la antinomia entre extasiados y médiums y, paralelamente, los fenómenos que acompañan a los neurópatas catalogados y las observaciones clínicas hoy día clásicas.— Este estudio está aún muy lejos de ser definitivo, no por falta de test, sino porque las mentes más objetivas ponen serios obstáculos para admitir como hechos reales los mil años de experiencia católica. ¡Ni siquiera la dialéctica histórica más documentada lo toma en consideración! Los primeros que se han burlado han sido los Enciclopedistas y, desde entonces, al descender los hombres del mono, les han nacido innumerables bastardos en Facultades y Laboratorios. Apuesto a que Voltaire fue el primero en reírse —pues se burló particularmente de san José de Cupertino— de esta degeneración de los Sorbonastras y otros Cientifistas oficiales de tantos países. En cualquier caso, yo me río de los protestantes y los anglicanos que desde el siglo XVI han originado esta pocilga espiritual de las sectas espiritistas y metafísicas que reclutan en sus iglesias a sus adherentes cual guiso de cultura de todos los diablos. ¡Es el Progreso!

... *veni, Creator spiritus...* <<

[54] Teresa de Ahumada y Cepeda tenía cincuenta y dos años. Y Juan de Yepes veinticinco. Ella estaba fundando su segundo monasterio de la Reforma de los Carmelitas, mientras que él era un simple monje de permiso. Sucedió en Medina del Campo, a finales de agosto de 1567. <<

[55] Santa Teresa: *Libro de la vida, sextas moradas*. <<

[56] Yepes: *Vida, virtudes y milagros* (cita de Leroy, página 99). <<

[57] Inscripción referida por Leroy, página 100. <<

[58] T. VII de octubre, página 239/BC. <<

[59] [Página 100.](#) <<

[60] Fr. Bruno de J. M.: *San Juan de la Cruz*, página 133, Librairie Plon, 1929. <<

[61] J. Berlioz: *La vie des Colibris* (Gallimard, París, 1944). <<

[62] Abril de 1948: Un joven físico brasileño acaba de fotografiar en la Universidad de Manchester y en la de California ese bombardeo nuclear que no tendría su origen ni en la Tierra, ni en el Sol, ni en la Vía Láctea, ni en las nebulosas, ni, al parecer, en ningún punto del universo donde la materia existe en estado de condensación: de ahí el nombre de rayos cósmicos. (Noticias de prensa). <<

[63] Para honrar la memoria de Jacques Decour, citemos estas tres frases de Philisterburg que no han perdido actualidad: «El clérigo verdaderamente traidor es, en mi opinión, el que lleva en su bolsillo el carnet de un partido. Las injusticias del espíritu de partido, las falsificaciones impuestas por la propaganda, las concesiones exigidas por la doctrina, nada de eso debe contar para el escritor. Su mundo no es ese». <<

[64] Frase de Valéry (el conservador de las bibliotecas de Carlos X, no el autor del *Cementerio marino*): «En días aciagos, la soledad y el silencio se convierten en medios de libertad». (Cita de Guy Lavaud en un artículo periodístico a propósito de las «tiranías» salidas de la Liberación). <<

[65] Ed. Grasset, 1947. <<

[66] Blaise Cendrars: *Dan Yack*, novela, página 84 (Ed. de La Tour, 1946). <<

[67] Blaise Cendrars: *Bourlinguer*, página 238 (Ed. Denoel, 1948). <<

[68] Blaise Cendrars: *Antologie negre*, página 14 (Ed. Correa, 1946). <<

[69] Blaise Cendrars: *L'Eubage*, página 17 (Au Sans Pareil). <<

[70] Blaise Cendrars: *L'Homme foudroyé*, página 173 y página 230 (Ed. Denoel, 1945).
Véase nota página 82. <<

[71] Este estribillo histórico de la Legión extranjera, que tan bien ilustra lo absurdo de la guerra, es a la vez la mejor ilustración de la ley de la constancia intelectual en lo que respecta a esa fuerza que los historiadores no tienen lo suficientemente en cuenta en las vicisitudes de la formación de Europa: *la permanencia de la lengua*.

Desplazar mediante las guerras las fronteras que corresponden a diferencias profundas de poblaciones como son la lengua, la mentalidad y la idiosincrasia no tiene éxito.

En Occidente, por ejemplo, los emperadores sajones pretendieron con la ocupación de la Lota-ringia avanzar la frontera alemana hasta la línea Ródano-Saóne, lo que provocó cinco siglos de guerras. Francia pretendió empujar esa frontera hasta el Rin, lo que acarreó de nuevo otros cinco siglos de guerras particularmente sangrientas, a pesar de lo cual, después de mil años de guerras, la frontera lingüística se encuentra hoy donde lo estaba antes: ¡Nunca cambió!

Tío Gruñón / bájate el pantalón: / ¡toma, hay morcilla, toma, hay morcilla, toma, hay morcilla / para los Alsacianos, los Suizos y los Loreneses! / ¡Para los Boches ya no queda, para los Boches ya no queda / pues tienen todos el culo cuadrado! / ¡Para los Boches ya no queda, para los Boches ya no queda! / ¡Tienen el culo cuadrado! <<

[72] Blaise Cendrars: *La main coupée*, página 76 y página 21, (Ed. Denoel, 1946). <<

[73] Blaise Cendrars: *Aujourd'hui*, página 141, (Ed. Grasset, 1931). <<

[74] Papaoutemari significa en polinesio «miradas de virgen». Cf. Émile Chautard: *La vie étrange de l'argot*, p 374 (Eds. Denoel y Steel, París, 1931). <<

[75] En 1936, un día en que estaba sin un céntimo y que tenía que pagar la habitación del hotel, situado en la calle Montaigne, le vendí a Matarasso, el librero de la calle del Sena, todo lo que tenía de Arthur Cravan: papeles, cartas, acuarelas, el esbozo de un gran poema que quedó inédito y la completa y rarísima colección de su revista *Maintenant* (= *Ahora*), en uno de cuyos números estaba encartado el original del famoso atestado de su duelo con Apollinaire, con su firma seguida de los 32 títulos que el poeta-boxeador se atribuía, desde «sobrino de Oscar Wilde» hasta «taxista y ladrón de Berlín»... un cuarto de siglo antes de Jean Genet. Así marcha el mundo. <<

[76] Véase al final del volumen el apéndice para *El lector desconocido*, para que se pueda constatar que no pierdo de vista las matemáticas, no más que Lautréamont. <<

[77] Pasadena (California), 15 de junio de 1949 (A. P.).— El primer atlas celeste será puesto a la venta dentro de cuatro años al precio de 2000 dólares (más de 600 000 francos).

Esta obra del California Institute of Technology y de la National Geographic Society mostrará todas las estrellas visibles del hemisferio boreal, es decir tres cuartas partes del cielo, hasta una distancia de 300 millones de años luz.

Dicha realización será posible gracias al telescopio Schmidt, de 48 pulgadas, instalado en el monte Palomar, al igual que el famoso telescopio de 200 pulgadas.

El telescopio Schmidt es comparable al objetivo gran angular de los fotógrafos. Permite cubrir en cuatro años una extensión de espacio cuya exploración con ayuda del telescopio de 200 pulgadas exigiría de 1000 a 5000 años. (Noticias de prensa). <<

[78] «... Está fuera de toda duda que, muchos siglos antes de nuestra era, los nativos del Pacífico sabían construir las dobles piraguas de las que se sirven hoy día, cuya longitud es dos veces la de las carabelas de Colón, las de Gama y las de Magallanes cuando hicieron sus famosos viajes. También es sabido que, mucho antes que los europeos, sabían utilizar la fuerza del viento para sus grandes embarcaciones, tan rápidas como nuestras goletas modernas, y remontar el viento como los yates de regatas... Las actuales embarcaciones árabes del mar Rojo y las egipcias del Nilo son muy parecidas a las que se construyeron en tiempos de los faraones. Las piraguas polinesias actuales son también las mismas que existían en los primeros siglos de nuestra era e incluso antes... Su fabricación, con los medios de que disponían entonces, exigía una paciencia a toda prueba y una notable ingeniosidad. Horadando a fuego ciertas partes del casco, retocándolas con pequeñas hachas de jade y con cuchillos de piedra, las realizaban con planchas hechas de madera de los bosques y pulidas con hachas. Tales planchas eran cosidas con fibras de coco, las juntas estaban protegidas con goma de resina, la cual, mezclada con ceniza de madera, produce una masilla maravillosa; la espina de erizo de mar y el diente del pez sierra servían de puntas a los berbiquíes primitivos... Las capas tejidas con hojas de pandano y dispuestas como ala de pájaro les proporcionan un gracioso velamen sobre unos mástiles de bambú gigante sujetos por un cordaje de coco que no se pudre... En unas plataformas suficientemente elevadas, se puede descansar y cocinar los alimentos, ya que, desde los tiempos más remotos, las piraguas polinesias han cruzado el Pacífico en todos los sentidos, por lo que sus constructores se vieron obligados a tener todo eso en cuenta... Tal como ocurre con los pastores de Asia en los tiempos bíblicos, los nativos de los mares del Sur tenían un conocimiento práctico de la astronomía que les permitía navegar mucho antes de que lo hicieran los pueblos de Europa... Ya en los tiempos de Cook y Bougainville se hicieron valorar los medios de los que se servían estos osados navegantes maoríes para reconocer su ruta, sus primitivos pero muy precisos mapas de las islas que frecuentaban. En dichos mapas, grabados en capas finamente tejidas, los diferentes signos y dibujos representaban los vientos, las corrientes, los arrecifes... En definitiva, un tipo de sextante, uno de cuyos ejemplares existía aún en Nantes hace medio siglo, según informó el capitán ballenero Darmandaritz... También llevaban consigo sanguijuelas, conservadas en vasijas de barro, cuyos movimientos parece que indicaban la proximidad de los malos tiempos... En fin, también llevaban pájaros enjaulados, que se soltaban para indicar la proximidad a las tierras más próximas.

»Mientras que en los navíos de Europa la alimentación hasta el siglo XIX se componía exclusivamente de salazones y algunas legumbres, los polinesios ya sabían proveerse de los víveres adecuados para sus largas travesías. Tortas, galletas de mandioca, leche

de coco, pescados secados o ahumados... Al igual que los primeros habitantes de Perú se servían de la cola para mitigar su hambre, los maoríes conocían cierta nuez que calma los tirones de estómago y a la vez alimenta. En caso de escasez de agua, algunas hierbas masticadas les permitían beber un agua salada durante algunos días. Con naves así cruzaron el Pacífico...»

(Louis Lacroix: *Les Derniers Baleiniers fangais*, páginas 73-74, Nantes, 1947). <<

[79] Cf. Blaise Cendrars: *Le Panama ou les Aventures de mes sept oncles* (Ed. de la Sirène, 1918); folleto reimpresso en las *Poésies complètes*, (Ed. Denoel, 1944). <<

[80] Varios de esos libros ya habían sido publicados en Neuchâtel, entre 1894 y 1898. Instigados por sus pastores, los devotos de Neuchâtel contribuían con algunos céntimos de sus gastos dominicales al mantenimiento de las misiones evangélicas entre los salvajes y a los impresos de propaganda destinados a los paganos, habiendo editores especializados que no se negaron a publicar este tipo de obras pseudocientíficas. <<

[81] Ed. de la Sirène, París, 1921. Nueva edición en *Au sans Pareil*, París, 1927. Edición definitiva, revisada y corregida, en Correa, París, 1947. <<

[82] Cuando me releo, me viene a menudo el recuerdo ese grabado de época del retrato de Restif de la Bretonne vestido de vigilante nocturno, con su hopalanda, su bastón de hierro, su lámpara, su bonete en forma de lechuza con las alas desplegadas, sus ojos redondos, su capucha en forma de campana. Se diría un merodeador o un ladrón de niños, pues su inquietante aspecto tiene más del perfil huidizo del loco puesto en libertad que del escritor fisgón tomando notas en las calles de mala fama. Es cierto que también era espía de la policía, chivato, y que su acerada pluma de gacetero era de doble filo. Me pregunto por qué la Dirección del Movimiento Surrealista no ha hecho nada para editar este retrato en tarjeta postal y sacar de él millones de ejemplares, pues esta efigie podría pasar por la de Lautréamont. ¡Extraño siglo XVIII, que no dejará nunca de sorprenderme! <<

[83] A un joven periodista que entrevistaba a escritores preguntándoles cuál era su segundo oficio, le respondí que era precisamente escribir. Entonces me preguntó cuál era mi primero, a lo que respondí que soñar despierto, no hacer nada. Y él, que se las daba de literato, naturalmente no publicó mi respuesta. <<

[84] Cf. Blaise Cendrars: *Moravagine*, página 283 (Ed. Grasset, París, 1926). <<

[85]

... Aquí no se conoce la Liga del Silencio

Como en todo nuevo país

*La alegría de vivir y de ganar dinero se expresa a través del claxon y el
petardeo de los tubos de escape abiertos*

*Como los amuletos negros en la selva Los surtidores de gasolina están
desnudos.*

Blaise Cendrars: *Poésies complètes*, página 235 y 271, Ed. Denoël, París, 1947. <<

[86] Cf. Bourlinguer, página 230, página 94 y página 318. <<

[87] Cf. Bourlinguer, página 94. <<

[88] En 1936, estando en Los Ángeles, visité a un joyero, proveedor de las estrellas de Hollywood. Fijada la cita, llegué a la hora prevista. Fui recibido ante la puerta de lo que parecía ser desde el exterior un pequeño hotel particular. Entro. La puerta se cierra a mis espaldas. Me encuentro en un vestíbulo vallado con verjas de hierro forjado, bello pero que parece una jaula. En una mesa de ébano, un impresionante mayordomo negro me ruega que escriba mi nombre en un registro, después me toma ceremoniosamente de la mano (¿se la había lavado?) para untar la punta de los dedos con una tinta y tomar las huellas aplicándolo uno tras otro en el mismo registro bajo la firma, mientras sonrío enseñando todos los dientes (no le faltaba ninguno). Suena un timbre. Una verja se desliza silenciosamente. Doy tres pasos. La verja se cierra a mis espaldas. Me encuentro en el fondo de un pozo perpendicular en el que no puedo habituarme a una luz de mercurio y un olor de ozono. Unos detectives me empujan hacia adelante, hacia una escalera cuya doble espiral ascendente y descendente gira en torno a unas paredes de acero cromado. Todo el edificio está blindado en su interior, desde el sótano hasta el techo. Llego al primer piso. El tubo de mercurio se apaga y he aquí que las planchas se corren, los postigos se abren y en cada piso se iluminan unas ventanillas de cristal, en cada una de las cuales hay expuesta una piedra o una joya tras una pantalla a prueba de balas y golpes de martillo. Otros postigos se cierran, otras planchas se deslizan silenciosamente descubriendo nuevos escondrijos piso a piso, agujeros luminosos cual palomar al que esas aves acudirían a poner sus huevos de oro, seguido por los detectives que indican que mire a la derecha, a la izquierda, o que no me pare más de tres segundos ante un diamante de 123 quilates, pues su resplandor me cegaría, todo sabiamente graduado, el efecto sorpresa, la exposición, la disposición de las joyas, su aparición o desaparición automática, las iluminaciones, las indicaciones de un locutor que no se ve, ese pozo de paredes tan lisas que no permiten descubrir la mínima ranura, aunque se pase el dedo por encima, pues todo el edificio está amañado y todos los movimientos están registrados detrás de unos bastidores mediante una maquinaria radioeléctrica. En cada descansillo hay un hueco para una especie de cabina telefónica, desde la que cualquier clienta puede ponerse en contacto con un encargado experto, invisible, quien, si lo considera conveniente, aprieta un botón y la clienta se eleva y desaparece hacia arriba, donde están instalados la sala de ventas y el taller. Cuando se está arriba y se mira hacia abajo para descender al fondo del pozo, se tiene la impresión de que se está bajando en un batiscafo a los abismos, con tanta joya y tanto brillante iluminándose y apagándose como peces de las grandes profundidades, lo que provoca vértigo y opresión. No sé cómo llegué a la calle. Los detectives privados me rodeaban sonriendo. La visita había durado exactamente diecisiete minutos. «Ha tenido ocasión de contemplar 25 millones de dólares», había indicado en un momento dado desde un

altavoz una voz grave, justo antes de la bajada final...

—*Have a drink, boy!* —me dijo el jefe de los detectives indicándome la puerta de un bar próximo—. *You are knock out, dont are you?* —al tiempo que me ofrecía un buen puro. Fui allá. Me pagué una ronda, y después dos o tres más. Efectivamente, estaba *groggy*. <<

[89] Cf. Bourlinguer, página 194. <<

[90] Blaise Cendrars: *Histoires vraies*, páginas 207-215. <<

[91] Para escapar de un enemigo, Faunio se dio la muerte.

Os pregunto, ¿no es una locura querer morir para no morir? <<

[92]

*A sí mismo se mató, cuando del enemigo hubo de huir.
¡Qué locura, morir por miedo a la muerte!*

(Canciones de G. Bellond, 1877.) <<

[93] Para huir de la muerte Phaunius se suicidó.

Dime, ¡qué locura es ésa de no pensar en la muerte ni recordarla! <<

[94] «Un libro de choque.— Según las declaraciones de Serebrovski, comisario del pueblo en las minas, es la lectura del libro *L'Or (El oro)* de Blaise Cendrars lo que habría convencido a Stalin para industrializar el Ural».

El siglo xx (14 de marzo de 1946)

«*One day, in 1932, I was visiting Serge Ordzhonikidze when Serebrovski, the chief of the Central Administration of Gold Mines, called at his office. In the course of their conversation, Ordzhonikidze thanked Serebrovski for the book he had given him and which he, in turn, had passed on to Stalin. When Serebrovski had gone, I asked Ordzhonikidze about the book. He told me it was by Blaise Cendrars, its title was Sutter's Gold. Ordzhonikidze had given the book to Stalin, he said, because of the boss interest in the references to gold mining in the works of Jack London*».

[«Un día de 1932, me encontraba visitando a Serge Ordzhonokidze cuando Serebrovski, el jefe de la Administración Central de las Minas de Oro, se personó en su despacho. En el curso de su conversación, Ordzhonokidze agradeció a Serebrovski el libro que le había dado y que él, a su vez, había pasado a Stalin. Cuando Serebrovski se fue, le pregunté a Ordzhonikidze por el libro. Me dijo que era uno de Blaise Cendars titulado *El oro de Sutter*. Ordzhonikidze dijo que se lo había dado a Stalin porque el jefe mostraba interés por las referencias a la minería del oro que aparecían en las obras de Jack London».]

A. Kravchenko (*Saturday Evening Post*, nov. 30, 1946)

Ninguna de las dos informaciones citadas tienen como fuente el libro de J. D. Littlepage, el especialista americano que colaboró durante diez años en el equipamiento industrial de las minas de oro en Siberia. ¿Es en él donde se lee que Stalin leyó mi novela? Desde luego, era un gran lector de novelas, probablemente para relajarse de los asuntos de estado, tal como Churchill hacía con la pintura.

La traducción de esta novela mía al ruso la hizo sin mi conocimiento Victor Serge y fue publicada con el título de *Zoloto*, también sin que lo supiera, por las Ediciones de Estado (¿?), Lenin-grado (¿?), 1929 q?).

La primera edición americana, con el título de *Sutter's Gold*, la publicó Harper, Nueva York, 1926. En 1936 se rodó en Hollywood una película basada en ella, y ese mismo año también otra en Baviera, realizada por Luis Trenker (el acusado de ser el autor del *Diario* de Eva Braun).

Esta novela mía la publicó Grasset en 1925.

Lo que me extraña es que el principal centro de extracción de oro en el territorio de

Yakoutia comercializado por el super-trust Soiuz-Zoloto de Serebrovski se llama Kolyma, y no puedo por menos que pensar en una similitud entre ese nombre y el de Coloma, el molino del general Sutter en el que el golpe fatídico de piocha sacó a relucir la primera pepita californiana que desencadenaría «la ruta del oro» en 1848. Es sabido por todos los colonos que los establecimientos rusos eran numerosos a lo largo de la costa oeste del Pacífico norte, llegando hasta Méjico, y que el general Sutter les compró las mejores posesiones del litoral antes de la llegada de los Americanos a California. Según mis informaciones, el descubrimiento de los yacimientos en el Valle del Oro, la Zolota'ía Dolina en Yakoutia y la primera explotación en Kolyma datan de 1863.

El oro es maldito. El Toisón de Oro. El Pacífico es el mar interior de los Argonautas modernos. ¿Cuál podría haber sido la política personal de Jasón que se oculta en la leyenda y cuya trama dio nacimiento a toda una mitología y a tradiciones poéticas que llevó a Platón hasta la Atlántida, a Cristóbal Colón hasta el Nuevo Mundo, a Cortés hasta el palacio de Moztezuma (¡Thalassa!, «¡El mar, el mar!», debió de gritar Vasco Núñez de Balboa en 1513 al descubrir las aguas del Pacífico), al pirata Morgan hasta el saco de Lima y el enterramiento de un enorme tesoro en la isla de los Cocos (¿se da también la misma epopeya del oro maldito en las tradiciones de la India, de la antigua China, de los Ban-túes en el corazón del África negra?)? ¿Se trata realmente de pura política y no de sangre, de deseos y de aventuras, en definitiva, de Vida, de Muerte, de la pasión de los Hombres...? La política y sus móviles, el nombre de los héroes, los conquistadores y sus víctimas, las culturas, las civilizaciones, todo eso cae, se borra, los monumentos se arruinan, las patrias y los pueblos se olvidan. Sólo queda la poesía como recuerdo intermitente y casi inconsciente de un sueño de infancia: la deificación de la humanidad, el hombre REAL. <<

[95] *O bicho*: un animal al que de alguna manera se le respeta en Brasil dadas las supersticiones de toda clase que hacen de él un espíritu bienhechor o maldito, al cual se le atribuye una gran influencia en muchísimas circunstancias de la vida corriente, por ejemplo en su lotería llamada *Os bichos*, la más popular de todas, a la cual todo el mundo juega clandestinamente, tanto en las ciudades como en el campo, apostando por los «animales» que doblan ocultamente los números de las loterías oficiales del Estado o la Federal. <<

[96] *La vie dangereuse*, páginas 221-272, Grasset, París, 1938. <<

[97] Cf. Victor Serge: *LAffaire Toulaev* (Ed. Du Seuil, 1948). <<

[98] Jacques Delamain: *Pourquoi les oiseaux chantent*, Col. Livres de la Nature, Stock. París, 1929. <<